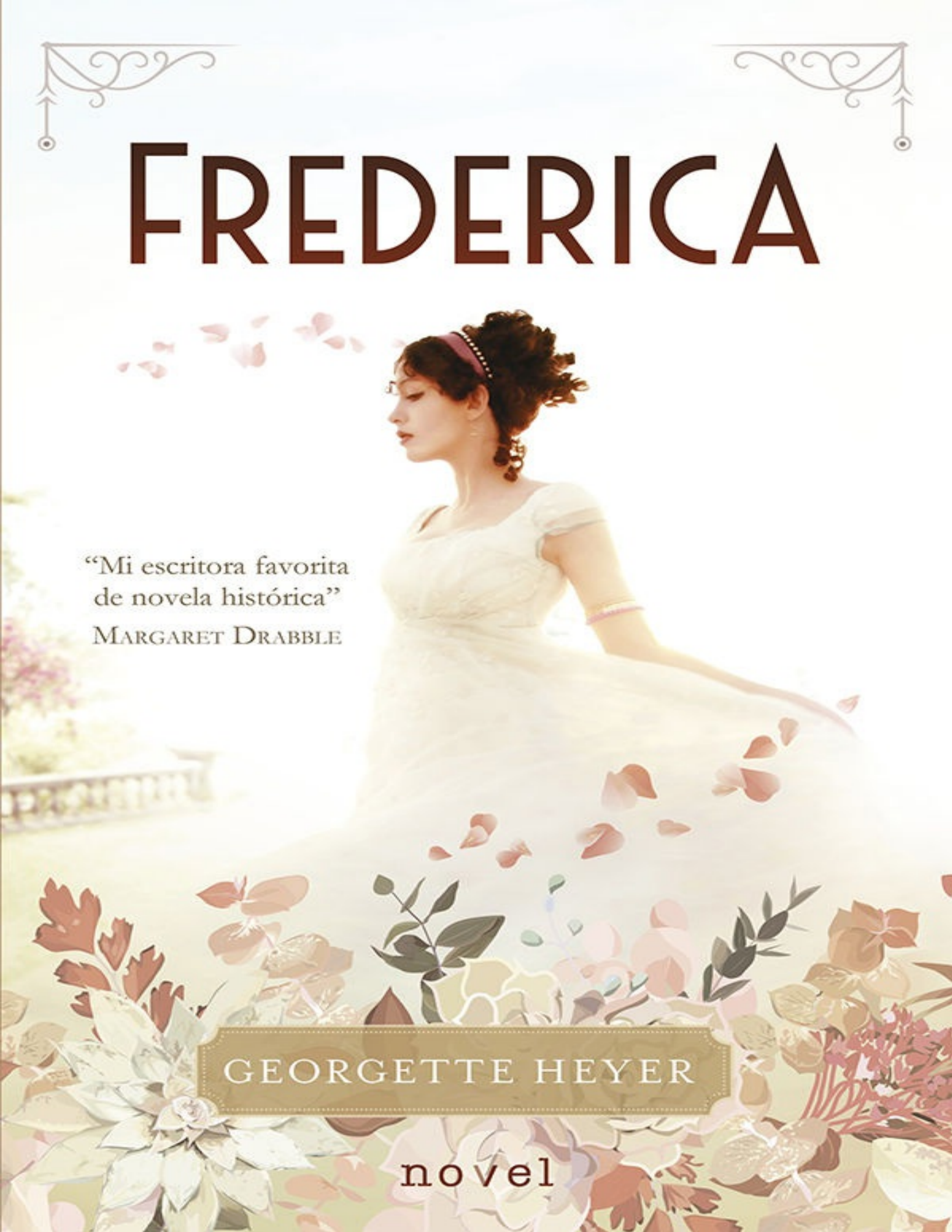




FREDERICA



“Mi escritora favorita
de novela histórica”
MARGARET DRABBLE

GEORGETTE HEYER

novel

FREDERICA

Georgette Heyer

«Deliciosa».

The Independent on Sunday

«Le debo muchas horas felices».

Margaret Drabble

novel

Título original: *Frederica*

Colección: Novel

© Georgette Heyer, 1965

Arrow Books, 2013

Publicado por primera vez en el Reino Unido en 1965 por Bodley Head

© Ediciones Palabra, S.A., 2018

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Almudena Ligeró

Diseño de la cubierta: Raúl Ostos

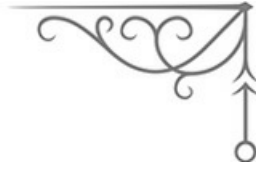
Imágenes de cubierta: © Iliina Simenova/Trevillion Images - © Istockphoto

Diseño ePub: Juan Luis Romero Martos

ISBN: 978-84-9061-823-3

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.



A penas cinco días después de haber enviado una misiva urgente a su hermano, el honorable marqués de Alverstoke, pidiéndole que la visitara tan pronto como le fuera posible, la viuda lady Buxted sintió cierto alivio al saber, gracias a su hija pequeña, que el tío Vernon acababa de llegar a casa, luciendo un abrigo con docenas de capas y tan elegante como un príncipe.

—¡Viene en un precioso carrocín nuevo, mamá, y va vestido de punta en blanco! —anunció la señorita Kitty, aplastando la nariz contra la ventana en un esfuerzo por observar la calle—. ¡Es un dandi de primera! ¿A que sí, mamá?

Lady Buxted le respondió en tono reprobatorio, rogándole que no utilizara expresiones impropias de una dama distinguida y enviándola a la sala de estudio.

Lady Buxted no era una de las admiradoras de su hermano, y enterarse de que había venido a Grosvenor Place en un carrocín nuevo no la satisfizo en absoluto. Era una agradable mañana de primavera, pero soplaba un viento cortante, y nadie que conociera al marqués podía suponer que haría esperar a sus magníficos caballos más de cinco minutos. Esto no presagiaba nada bueno para el plan que lady Buxted tenía en mente. No es que tuviera (como había comentado con amargura a su hermana mayor) muchas expectativas, pues Alverstoke era, sin duda, la criatura más egoísta y desconsiderada del mundo.

Al escucharla, lady Jevington, una dama autoritaria que rondaba los cuarenta, se había mostrado de acuerdo con reservas. Tal vez pensara (y de hecho era así) que su único hermano era un egoísta y un desconsiderado, pero no entendía por qué debía hacer más por Louisa que por ella misma. Respecto a los dos hijos y las tres hijas de Louisa, lady Jevington se sentía incapaz de reprochar a Alverstoke que no se interesara por ninguno de ellos. Era imposible interesarse por unos jóvenes tan corrientes. Que se mostrara igual de desinteresado por sus propios hijos era, sin embargo, una clara muestra de egoísmo. Cualquiera podía esperar que un soltero que no solo era noble, sino que además poseía una considerable fortuna, hubiera estado encantado de introducir en su selecto círculo a un sobrino tan prometedor como su querido Gregory, y que hubiera presentado

en sociedad a su querida Anna. Que Anna se hubiera prometido ventajosamente sin la menor ayuda por su parte no mitigaba el resentimiento de milady. Y aunque reconocía que su anticuado esposo tenía razón cuando le recordaba que ella siempre había condenado el frívolo círculo al que Alverstoke pertenecía, y muchas veces había expresado la esperanza de que Gregory no se dejara arrastrar por él, no podía perdonar a Alverstoke por no haberlo intentado. Decía que eso no le habría importado si no tuviera serias razones para sospechar que Alverstoke no solo había comprado el grado de corneta a su primo y heredero, sino que encima le había concedido una generosa asignación. A lo que lord Jevington respondió que él era perfectamente capaz de mantener a su hijo, el cual no tenía nada que reclamar a su tío, y que se alegraba de que Alverstoke hubiera tenido la sensatez de abstenerse de ofrecer una ayuda económica que habría ofendido profundamente a los padres del honorable Gregory Sandridge. Su esposo tenía razón; aun así, lady Jevington pensaba que, si Alverstoke hubiera tenido un mínimo de decencia, no habría favorecido a un vulgar primo en vez de a su sobrino mayor. También pensaba que, en una sociedad mejor organizada, su heredero tenía que haber sido el hijo de su hermana mayor, no un primo segundo.

Lady Buxted no quería ver a Gregory convertido en heredero, pero en general estaba de acuerdo con su hermana. A ambas les unía el desprecio por el señor Endymion Dauntry, al que consideraban un perfecto zoquete. Si su enemistad hacia este inofensivo joven se debía al odio que sentían hacia su madre viuda, o a su bello rostro y su espléndido físico, que eclipsaban tanto a Gregory Sandridge como al joven lord Buxted, era algo que nadie se atrevía a preguntar.

Sea cual fuere la razón, sus hermanas mayores estaban convencidas de que no había un heredero menos digno del título de Alverstoke que Endymion; y ninguna de las dos había escatimado esfuerzos en presentarle a las damiselas más bellas y cotizadas que se presentaban todos los años en sociedad.

Pero el gran pecado de Alverstoke era su tendencia a aburrirse con rapidez. Aquello había terminado agotando a sus hermanas. Porque, aunque ninguna podía suponer (teniendo en cuenta el número de bellezas que habían vivido bajo su protección) que Alverstoke era inmune a los encantos femeninos, ninguna era tan tonta para hacerse ilusiones cuando parecía enamorarse de algún dechado de nobleza, encanto y fortuna que le hubiera presentado alguna de sus hermanas. Alverstoke era capaz de llenar a la dama de atenciones durante unas semanas, y después desviarse por la tangente, olvidando su mera existencia. Cuando llegó a oídos de sus hermanas que los padres prudentes miraban a Alverstoke con recelo, y que todo el mundo le consideraba peligroso, abandonaron sus intentos de buscarle esposa, y dedicaron sus energías a la sencilla tarea de criticar su indolencia, condenar su egoísmo y regañarle por todas las aberraciones morales que llegaban a sus oídos. Solo su hermana pequeña se mantenía al margen. Pero como había rechazado varias propuestas de matrimonio muy tentadoras y se había casado, solo por gusto, con un simple provinciano, y además casi nunca visitaba la metrópolis, sus dos hermanas no la tenían muy en cuenta. Si hablaban de ella (algo que apenas hacían), la llamaban «la pobre Eliza»; y aunque sabían que era la preferida de Alverstoke, nunca se les ocurrió solicitar su ayuda para buscarle esposa. Y si se les hubiera ocurrido, habrían rechazado la idea, argumentando que, desde que Alverstoke alcanzó la mayoría de edad, nadie había ejercido la menor influencia sobre él.

En esta ocasión, lady Buxted no había llamado a su hermano para sermonearle. De hecho, se había propuesto no decir nada que pudiera ofenderle. Pero mientras esperaba su entrada, las esperanzas que (a pesar de la experiencia) se había hecho al enterarse de su llegada se esfumaron, y empezó a pensar que era muy propio de él dejar pasar cinco días antes de molestarse en responder una llamada que, aunque él no lo supiera, podía ser urgente. Lady Buxted hizo un esfuerzo para poner buena cara; y un esfuerzo aún mayor para adoptar un tono amistoso cuando Alverstoke entró en el salón sin ser anunciado. También eso era muy propio de él: ese comportamiento despreocupado que milady, que era muy puntillosa con el protocolo, tanto deploraba, pues no entendía por qué debía comportarse en su casa como si estuviera en la suya.

Lady Buxted intentó disimular su enfado y, extendiendo una mano hacia él, dijo:

—¡Vernon, querido, qué agradable sorpresa!

—¿De qué te sorprendes? —preguntó él, enarcando sus oscuras cejas—. ¿No me habías pedido que viniera?

La sonrisa permaneció congelada en los labios de lady Buxted, que respondió con mordacidad:

—¡Por supuesto, pero hace tantos días, que pensé que te habrías ido de la ciudad!

—¡Oh, no! —dijo él, devolviéndole la sonrisa.

Lady Buxted no se dejó engañar, pero pensó que lo más prudente sería ignorar lo que identificó como una provocación deliberada. Dio una palmadita en el sofá e invitó a su hermano a sentarse a su lado. Pero él se dirigió a la chimenea y se agachó a calentarse las manos, diciendo:

—No puedo quedarme mucho tiempo, Louisa. ¿Qué quieres?

Lady Buxted, que se había propuesto abordar su propuesta poco a poco, pensó que aquella pregunta era tan ofensiva como desconcertante. Se quedó dudando un momento, y Alverstoke levantó la cabeza para mirarla. Un destello iluminó sus severos ojos grises.

—¿Y bien? —preguntó.

Lady Buxted no se vio obligada a responder de inmediato, porque en ese momento entró su mayordomo con los refrigerios que había considerado oportunos para la ocasión. Mientras el hombre depositaba la pesada bandeja en una mesa supletoria, e informaba al marqués en el tono confidencial de los criados de confianza que había traído el vino de Málaga además del jerez, Louisa tuvo tiempo para reorganizar sus ideas, y también para observar, con disgusto, que su hermano había decidido visitarla con botas y pantalones de montar: atuendo tan informal como su entrada. Que sus botas estuvieran relucientes, su fular perfectamente anudado y su abrigo, que le sentaba como un guante, diseñado por un sastre excelente solo sirvió para enfadarla aún más. Pensó que, si su indiferencia general se hubiera extendido a su aspecto, podría haberle perdonado no considerar necesario honrarla con la vestimenta apropiada para las visitas. Pero nadie que fuera tan elegante como Alverstoke, o cuyo estilo no fuera imitado por tantos dandis, podía ser indiferente a la moda. De hecho, en un momento de exasperación le había preguntado si le importaba algo que no fuera la ropa. A lo que él respondió, después de reflexionar un momento, que aunque su ropa era de extrema importancia, también le importaban sus caballos.

Alverstoke se acercó a la mesa supletoria y, cuando el mayordomo se retiró, volvió la cabeza, diciendo:

—¿Un poco de jerez, Louisa?

—Mi querido Vernon, ya deberías saber que nunca tomo jerez.

—¡Ah! ¿sí? ¡Tengo tan mala memoria!

—No cuando quieres recordar algo.

—¡Oh, no, en ese caso no! —admitió él. La miró, y al ver sus labios tirantes y su creciente rubor, soltó una carcajada repentina—. ¡Qué tonta eres, querida hermana! ¡No he visto persona que se deje provocar más fácilmente! ¿Qué te apetece entonces? ¿Una copa de vino de Málaga?

—Tomaré media copa de ratafia, si no te importa —respondió lady Buxted con frialdad.

—Tu elección me ofende, pero te la serviré. ¡Me parece lamentable beber a estas horas! ¡O a cualquier hora! —añadió con aire reflexivo. Le llevó la copa andando con indolencia, pero con la gracia del atleta de nacimiento—. ¿De qué se trata esta vez? ¡No te andes por las ramas! ¡No quiero que mis caballos se resfríen!

—¿Podrías sentarte de una vez? —preguntó lady Buxted con rabia.

—Está bien. ¡Pero por el amor de Dios, ve al grano! —dijo él, escogiendo una butaca enfrente de la chimenea.

—Necesito tu ayuda, Alverstoke.

—Eso es lo que sospeché cuando leí tu carta, querida Louisa —respondió el marqués, con falsa simpatía—. También podías haberme citado para soltarme uno de tus sermones, pero utilizaste un lenguaje tan cariñoso que esa sospecha se desvaneció al instante, dejándome con la única alternativa: que querías que hiciera algo por ti.

—Supongo que debería darte las gracias por recordar que te escribí pidiéndote que vinieras —dijo ella, fulminándole con la mirada.

—¡No sabes cuánto me gustaría aceptar tu gratitud con una sonrisa! —dijo Alverstoke—. Pero no me gusta llevarme los méritos ajenos. Trevor me dio el recado.

—¿Quieres decir que el señor Trevor leyó mi carta? —preguntó lady Buxted con indignación—. ¿Tu secretario?

—Le he contratado para leer mis cartas —explicó milord.

—¡No las escritas por tus seres más queridos!

—¡Oh, no, esas no! —admitió él.

Lady Buxted tomó aire.

—Eres la criatura más abomina... —se detuvo, visiblemente furiosa consigo misma, y haciendo un esfuerzo heroico, consiguió recuperar la sonrisa y decir en tono divertido—: ¡Granuja! ¡No debería dejar que me tomes el pelo de esa manera! Me gustaría hablarte de Jane.

—¿Quién diantre es...? ¡Ah, sí! ¡Una de tus hijas!

—Mi hija mayor, y si me permites que te lo recuerde, tu sobrina.

—Eres injusta, Louisa. ¡No necesito que me lo recuerdes!

—Voy a presentarla en sociedad esta temporada —anunció lady Buxted, ignorando su comentario—. La presentación tendrá lugar en uno de los salones de palacio, por supuesto. Si es que la reina sigue recibiendo, porque dicen que está tan delicada de salud que...

—Tendrás que hacer algo con sus pecas, si es la que estoy pensando —la interrumpió Alverstoke—. ¿Has probado el agua con limón?

—¿No te he invitado para analizar el aspecto de Jane! —soltó lady Buxted.

—¿Entonces para qué me has invitado?

—Para pedirte que celebres un baile en su honor... en Alverstoke House —reveló, saltándose los preliminares.

—¿Para qué?

—¿Sé muy bien lo que vas a decir, pero piénsalo un momento, Vernon! Es tu sobrina. ¿Y qué lugar mejor para celebrar su baile de presentación que Alverstoke House?

—¡Esta casa! —contestó él sin dudar.

—¡Oh, no seas desagradable! ¡Estoy convencida de que en este salón no caben más de treinta parejas! ¡Y piensa en todas las molestias que ocasionaría!

—¡Lo estoy pensando! —dijo el marqués.

—¡Pero no hay ni punto de comparación! Aquí me vería obligada a retirar todos los muebles del salón, y a utilizar el comedor para la cena, y el vestíbulo para los abrigos de las señoras. ¡En Alverstoke House hay un magnífico salón de baile! ¡Además, también es mi casa!

—Y la mía —dijo el marqués—. A veces me falla la memoria, pero recuerdo perfectamente lo que con gran acierto has llamado las molestias que ocasionaron los bailes celebrados allí en honor de Augusta, de ti misma y de Eliza. Y mi respuesta, querida hermana, es no.

—¿Es que no tienes sentimientos? —dijo ella con aire trágico.

Alverstoke, que había sacado del bolsillo una caja esmaltada de rapé, se puso a examinar con ojo crítico el dibujo de la tapa.

—No. Me pregunto si me equivoqué al comprar esta caja. Me gustó en su momento, pero está empezando a aburrirme. —Después de exhalar un suspiro, abrió la caja con un diestro movimiento del pulgar—. Y desde luego no me gusta nada este rapé —dijo, inhalando una pizca y sacudiéndose con disgusto el polvillo de los dedos—. Dirás que no debería haber permitido que Mendlesham me endosara el suyo, y tienes toda la razón: un caballero debe mezclar siempre su propio rapé —dijo mientras se levantaba—. En fin, si eso es todo, me marcho.

—¿Eso no es todo! —exclamó lady Buxted, acalorada—. Sabía lo que ibas a decir, ¡lo sabía!

—Pues si lo sabías, ¿por qué demonios me has hecho perder el tiempo?

—¡Porque esperaba que por una vez en tu vida mostraras un poco de sensibilidad! ¡Un poco de respeto hacia tu familia! ¡E incluso un poco de cariño por la pobre Jane!

—¡Eso es perseguir un imposible, Louisa! Hace años que sufres mi falta de sensibilidad; no siento el menor cariño por tu pobre Jane, a la que me costaría reconocer si me la encontrara; e ignoraba que los Buxted eran miembros de mi familia.

—¿Yo no soy un miembro de tu familia? —preguntó ella—. ¿Olvidas que soy tu hermana?

—No. Nunca he tenido la oportunidad de olvidarlo. ¡Oh, no vuelvas a organizar una de tus escenas! ¡No sabes lo fea que te pones cuando te enfadas! Si te sirve de consuelo, te diré que, si Buxted te hubiera dejado en la miseria, me habría visto obligado a mantenerte —dijo Alverstoke, mirándola con aire burlón—. ¡Sí, ya sé que vas a decirme que no tienes ni un céntimo, pero sé que tienes dinero de sobra, mi querida Louisa, pero eres la mayor tacaña que conozco! ¡Y no me hables de cariño! ¡Porque tú no sientes más cariño por mí que el que yo siento por ti!

Lady Buxted, que se había quedado muy desconcertada por este ataque directo, balbuceó:

—¿Cómo puedes decir eso? Siempre he sentido un gran afecto por ti.

—No te engañes, querida hermana. ¡Por mí, no, por mi bolsillo!

—¿Cómo puedes ser tan injusto? Y en cuanto a eso de que tengo dinero de sobra, me imagino que a ti, que puedes permitirte todos los lujos que quieras, te sorprendería saber que me veo obligada a hacer muchas economías para sobrevivir. ¿Por qué crees que dejé mi preciosa residencia en Albermarle Street cuando Buxted murió, y me vine a vivir a esta casa tan apartada?

Alverstoke sonrió.

—Como no hubo ninguna necesidad para ese traslado, supongo que se debió a tu incorregible pasión por el ahorro.

—Si lo que quieres decir es que me vi obligada a reducir gastos...

—No, simplemente fuiste incapaz de resistir la tentación.

—Tenía cinco criaturas a mi cargo...

Lady Buxted dedujo por su mirada burlona que no debía ahondar en ese tema.

—¡Bueno! —dijo él en tono comprensivo—. Será mejor que nos despedamos, ¿no crees?

—A veces —dijo lady Buxted con rabia contenida— creo que eres la criatura más odiosa y abominable del mundo. Seguro que, si Endymion hubiera solicitado tu ayuda, habrías satisfecho todos sus deseos.

Estas amargas palabras afectaron profundamente al marqués; pero después de un momento de confusión recuperó la compostura, y le recomendó a su hermana que se fuera a la cama y tomara un poco de tintura de opio.

—¡Porque es evidente que te has vuelto loca, Louisa! Si Endymion me pidiera que diera un baile en su honor, haría todo lo posible para encerrarlo en la cárcel.

—¡Qué odioso eres! —exclamó lady Buxted—. Sabes muy bien que no me refería a eso. Lo que quería decir era que... que...

—¡No, no te molestes en explicármelo! —la interrumpió el marqués—. ¡No hace falta! Te entiendo perfectamente. De hecho, llevo haciéndolo muchos años. Tú (y supongo que Augusta también) estás convencida de que siento debilidad por Endymion...

—Ese... ¡ese zoquete!

—No exageres. ¡Dejémoslo en papanatas!

—¡Sí, las dos sabemos que lo consideras un dechado de perfección! —dijo lady Buxted con rabia, al tiempo que retorcía su pañuelo entre las manos.

Alverstoke estaba jugueteando con la larga cinta de su monóculo, pero al escucharla lo levantó y se lo acercó a un ojo para observar mejor el rostro airado de su hermana.

—¡Qué forma más extraña de interpretar mis palabras! —comentó.

—¡No lo niegues! —soltó lady Buxted, envalentonada—. Siempre que tu querido Endymion quiere algo, solo tiene que pedirlo. Mientras que tus hermanas...

—Siento interrumpirte, Louisa —murmuró el marqués con falsa amabilidad—, pero eso no es verdad. No soy precisamente benévolo, ¿sabes?

—Y tampoco le has concedido una asignación, ¿no? ¡Oh, no, por supuesto que no!

—¿Por eso estás tan enfadada? ¡Qué extraña eres, Louisa! ¡Primero me insultas por tratar mal a mi familia, y luego te enfadas porque cumplo mis obligaciones con mi heredero!

—¡Ese tontorrón! —exclamó lady Buxted—. ¡Si se convierte en el cabeza de familia, no seré capaz de soportarlo!

—No te preocupes —le recomendó Alverstoke—. Lo más seguro es que no tengas que soportarlo, porque probablemente morirás antes que yo. Te doy cinco años como mucho.

Lady Buxted, que era incapaz de encontrar palabras adecuadas para la ocasión, se refugió en las lágrimas y, entre sollozos, le reprochó a su hermano su crueldad. Pero si pensaba que ablandaría su corazón con estas tácticas, se equivocaba. Entre las muchas cosas que aburrían al marqués, las lágrimas femeninas y las recriminaciones encabezaban la lista. Diciendo, con falsa solicitud, que si hubiera sabido que se encontraba indispuesta no habría ido a visitarla, el marqués se marchó seguido de los gritos de su hermana, que le dijo que esperaba vivir lo suficiente para verle recibir su merecido.

Lady Buxted dejó de llorar en cuanto se cerró la puerta; y habría recuperado cierto grado de ecuanimidad si su hijo mayor no hubiera decidido entrar en el salón unos minutos más tarde para preguntarle, con una lamentable falta de tacto, si su tío había venido a visitarla; y en ese caso, qué había dicho de su propuesta. Al enterarse de que Alverstoke había sido tan desconsiderado como siempre, lord Buxted se puso serio, pero dijo que no podía lamentarlo, porque lo había pensado mucho y no le gustaba la idea.

Lady Buxted no era una mujer cariñosa. Era tan egoísta como su hermano, y mucho menos sincera, porque ni percibía ni reconocía sus defectos. Hacía mucho que se había convencido de que su vida era un largo sacrificio por sus hijos; y, por medio de los sencillos recursos de pronunciar el nombre de sus dos hijos y sus tres hijas precedido de epítetos cariñosos, hablar de ellos (aunque no necesariamente a ellos) en tono afectuoso, y pregonar a los cuatro vientos que todas sus ambiciones estaban centradas en sus hijos, conseguía pasar, ante los ojos de la mayoría, por una madre devota.

De sus hijos, Carlton, al que con demasiada frecuencia llamaba su «primogénito», era su favorito. Nunca le había causado ninguna preocupación. De niño era testarudo, y creía a pies juntillas lo que decía su madre. Pero se había convertido en un joven respetable, con un profundo sentido de la responsabilidad y un carácter serio que no solo le mantenía alejado de los líos en los que se veía envuelto su animado primo Gregory, sino que le impedía entender qué era lo que Gregory, o el resto de sus contemporáneos, encontraban de divertido en sus juergas y distracciones. Su inteligencia era moderada, y sus procesos de pensamiento tan lentos como penosos, pero no era nada presumido, y solo se enorgullecía de su sentido común. Tampoco sentía celos de George, su hermano pequeño, cuya inteligencia sabía superior a la suya. En realidad estaba orgulloso de él, pues pensaba que era un chico muy sensato. Y aunque sus elucubraciones le habían mostrado que los espíritus ardientes como el de George podían guiar a la prometedora juventud por la senda de la virtud, nunca había transmitido esa sospecha a su madre, ni le había contado su intención de vigilar a George cuando terminara sus estudios. Ni confiaba en su madre, ni discutía con ella; y ni siquiera con su hermana Jane se atrevía a criticarla.

Carlton tenía veinticuatro años, pero como hasta entonces nunca había intentado imponer su criterio, su madre se llevó una desagradable sorpresa cuando dijo que no entendía por qué debían celebrar el baile de presentación de Jane en casa de su tío, y encima a su costa. Carlton perdió el

afecto de su madre, y como lady Buxted estaba hecha una furia, habrían terminado discutiendo si el joven no hubiera tenido la prudencia de retirarse.

Tampoco le agradó descubrir que Jane estaba de acuerdo con su madre en esta ocasión, asegurando que era lamentable que el tío Vernon fuera tan desconsiderado y tacaño para lamentar el gasto de unos cientos de libras.

—Estoy convencido de que tienes demasiado sentido del decoro para querer estar en deuda con el tío, Jane —dijo Carlton con gravedad.

—¡Tonterías! —exclamó su hermana con rabia—. ¿Por qué iba a estar en deuda con él? ¡No es más que su deber!

Carlton frunció el labio superior, que era lo que solía hacer cuando estaba enfadado.

—Entiendo tu decepción —dijo—, pero seguro que te gustará más una fiesta aquí, en tu propia casa, que una aplastante derrota en Alverstoke House, donde más de la mitad de los invitados serán desconocidos.

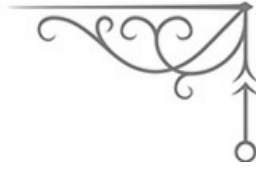
Su segunda hermana, Maria, que pensando en su propia presentación, estaba tan indignada como Jane, no pudo contenerse, y antes de que Carlton terminara su mesurado discurso le preguntó por qué decía tantas tonterías.

—¿Cómo va a ser más divertido celebrar un baile aquí, con solo cincuenta personas invitadas, que hacer su primera aparición en Alverstoke House? ¿Es que te has vuelto loco? —le preguntó—. ¡Ya sabes cómo es mamá, será un baile lamentable! Pero imagina lo espléndido que sería si lo celebrara el tío. ¡Cientos de invitados, y todos de primera categoría! Langostas, gelatinas, y... pasteles de chantilly... y de nata...

—¿Invitados al baile? —intervino Carlton, con su particular sentido del humor.

—¡Y champán! —añadió Jane, sin prestarle atención—. ¡Y yo estaría en lo alto de la escalera con mamá y el tío, luciendo un vestido blanco de raso bordado de capullos de flores, y muselina rosa, y una corona!

Al pensar en esta hermosa visión se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no consiguió entusiasmar ni a Maria ni a Carlton. Maria dijo que con sus pecas y su cabello rubio parecería un adefesio; y Carlton comentó que le preocupaba que sus hermanas pensarán tanto en frivolidades mundanas. Ninguna de las dos consideró que merecía la pena responderle; pero cuando añadió que se alegraba de que Alverstoke se hubiera negado a celebrar el baile, se enfadaron casi tanto como su madre, y con mucha más vehemencia. Así que Carlton se retiró, dejando que sus hermanas pudieran criticar su simplonería, pelearse a cuenta de bordados de flores y muselina rosa y comentar que, aunque el tío era odioso, seguramente era culpa de su madre por ofenderle, lo que ninguna de las dos dudaba ni por un momento que había hecho.



Cuando el marqués entró en su casa un tiempo después, se fijó en una carta que descansaba en una de las consolas de ébano y bronce del recibidor. La dirección estaba escrita en letra grande y florida, y la oblea azul pálido que la sellaba estaba intacta. El señor Charles Trevor, el excelente secretario del marqués, había advertido de un vistazo que la carta pertenecía a una de las bellezas que atraían de vez en cuando la errática atención de milord. Después de dejar el sombrero, los guantes y el abrigo de capas que había suscitado la admiración de Kitty Buxted en manos de su lacayo, Alverstoke cogió la carta y se dirigió a la biblioteca. Al romper la oblea y extender el papel doblado, un perfume ambarino asaltó su sensible olfato. Una expresión de disgusto se dibujó en su rostro; sostuvo la carta a cierta distancia y buscó su monóculo. A través de él, leyó superficialmente la misiva, antes de arrojarla al fuego. Fanny se estaba volviendo insufriblemente aburrida, pensó. Era una joven preciosa pero, como tantas otras bellezas, nunca estaba satisfecha. Ahora se le habían antojado un par de caballos castaños para su birlocho; la semana anterior había sido un collar de diamantes. Alverstoke había satisfecho todos sus deseos, pero eso serviría como regalo de despedida.

El embriagador perfume con que Fanny había rociado la carta se había quedado impregnado en sus dedos. Se los estaba limpiando cuando Charles Trevor entró en la biblioteca. El marqués levantó la cabeza y, al ver la expresión de sorpresa de su secretario, le explicó que no podía soportar el ámbar.

El señor Trevor no dijo nada, pero era tan evidente que estaba al tanto de todo, que Alverstoke dijo:

—Sé lo que está pensando, Charles, y tiene toda la razón. Ya es hora de que le dé a Fanny unas merecidas vacaciones —dijo, suspirando—. Era divertida, pero tan estúpida como avariciosa.

Una vez más, el señor Trevor no hizo ningún comentario. Le habría resultado difícil, porque sus pensamientos sobre el tema estaban encontrados. Como moralista, no podía por menos que condenar la forma de vida de su patrón; como persona profundamente imbuida de los ideales caballerescos, sentía lástima por la pobre Fanny; pero como estaba al corriente del grado de

generosidad de milord hacia la dama, se vio obligado a admitir que esta no tenía ningún motivo para quejarse.

Charles Trevor era uno de los miembros más jóvenes de una familia numerosa, y debía su empleo actual a que su padre había sido elegido, recién ordenado pastor, para el puesto de profesor particular y consejero del padre del actual marqués, y además le había acompañado a un largo viaje por el continente. Su generosa remuneración no fue la única recompensa del señor Trevor: su noble alumno le guardó un cariño sincero, fue padrino de su hijo mayor y educó a su hijo en la convicción de que el reverendo Laurence Trevor tenía derecho a su protección.

Así que, cuando el reverendo Laurence sugirió al actual marqués que Charles era un buen candidato para el puesto de secretario, Alverstoke lo aceptó con mejor disposición que los miembros de la servidumbre. Charles no tenía intención de hacerse pastor, pero era un joven de carácter serio y moral intachable, y nada de lo que había oído de Alverstoke le hacía pensar que su nombramiento pudiera ser otra cosa que una mortificación de la carne. Pero como, además de sentido común, tenía una gran dosis de afecto filial, y sabía que para un clérigo de moderada fortuna no era fácil mantener a un sexto hijo, se guardó sus recelos, aseguró a su padre que haría todo lo posible para no defraudar sus expectativas y se consoló pensando que, cuando estuviera preso en Alverstoke House, le resultaría más fácil aprovechar una buena oportunidad que esperando de brazos cruzados en una parroquia rural.

Como sus gustos se inclinaban por la política, la oportunidad aún no se había presentado. El marqués no compartía su ambición, y hacía pocas apariciones en la Cámara Alta. Pero le dejaba escribir todos los discursos breves que consideraba oportuno pronunciar y, de vez en cuando, le hacía el honor de compartir con él sus convicciones políticas.

Además, a Charles le había resultado prácticamente imposible sentir antipatía por el marqués. Aunque nada le hacía pensar que Alverstoke compartiera sus intereses, le parecía tan bondadoso como amable, y muy campechano en el trato. Siempre que compartía opiniones con un compañero en una situación similar, cuyo patrón parecía considerarle un cruce entre un esclavo africano y un sirviente, Charles se sabía afortunado. Alverstoke era capaz de hacer terribles desaires a los aduladores, pero si su secretario se equivocaba, le regañaba de forma intachable, pues no transmitía ninguna insinuación de superioridad social. Al amigo de Charles le llovían las órdenes; Charles recibía educadas peticiones, que normalmente venían acompañadas de una atractiva sonrisa. Por mucho que lo intentara, no podía resistirse al encanto del marqués, y tampoco podía evitar admirarle por su maestría como jinete y su habilidad en tantas actividades deportivas.

—Deduzco por su aire dubitativo y avergonzado que considera su deber recordarme otra obligación —dijo el marqués, con un brillo divertido en los ojos—. ¡Hágame caso, Charles, y no lo haga! Me parecerá muy descortés por su parte, y lo más seguro es que le mande a paseo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro serio del señor Trevor.

—¡Usted nunca hace eso, señor! —dijo—. Y no es una obligación, o al menos eso creo. Solo pensé que le gustaría saberlo.

—¿Ah, sí? En mi experiencia, esas palabras son el prelude de algo que preferiría no saber.

—Lo sé —dijo el señor Trevor con ingenuidad—, pero me gustaría que leyera esta carta. De hecho, le prometí a la señorita Merriville que lo haría.

—¿Y quién es la señorita Merriville? —preguntó el marqués.

—Me dijo que usted lo sabría, señor.

—Charles, a estas alturas ya debería saber que no puedo acordarme de todas las señoritas...

—Alverstoke se detuvo, frunciendo el ceño—. Merriville —repitió con mucho cuidado.

—Creo que es pariente suya, señor.

—¡Una muy lejana! ¿Qué demonios quiere?

El señor Trevor le entregó una carta sellada. El marqués la cogió, pero dijo con severidad:

—¡Debería echarla al fuego! ¡Así tendría que explicarle a la señorita Merriville que al final no pudo obligarme a leerla!

Alverstoke rompió la oblea y abrió la carta. No tardó mucho en hacerse una idea de su contenido. Cuando llegó al final, alzó los ojos y dirigió una mirada inquisitiva al señor Trevor.

—¿Acaso está indispuerto, Charles? ¿Estuvo anoche de juerga y no se encuentra bien?

—¡Por supuesto que no! —dijo el señor Trevor, escandalizado.

—¿Y cómo es que se ha vuelto loco de repente?

—¡No estoy loco!

—Tiene que estarlo. ¡Porque en los tres años que lleva a mi servicio, nunca ha dejado de excusarme ante mis familiares más inoportunos! ¡Por eso no me explico cómo es posible que haya dado esperanzas a unos muertos de hambre!

—¡Estoy convencido de que no son unos muertos de hambre, señor! No creo que sean adinerados, pero...

—Unos muertos de hambre —repitió el marqués con firmeza—. Teniendo en cuenta que mi hermana cree que vive apartada del mundo en Grosvenor Place, ¿qué se puede esperar de una familia que reconoce alojarse en Upper Wimpole Street? Y si esta... —volvió a mirar la carta— F. Merriville es la hija del único miembro de la familia al que apenas he tratado, tenga por seguro que no tiene ni un céntimo, y que espera que yo tenga la amabilidad de remediarlo.

—¡No, no! —dijo el señor Trevor—. Espero no dar esperanzas a gente así.

—Yo también —convino el marqués—. ¿Son amigos suyos, Charles? —preguntó, alzando una ceja con aire burlón.

—No los había visto en mi vida, señor —respondió el señor Trevor, muy envarado—. Tal vez debería recordarle que me parece sumamente inapropiado intentar presentarle a mis amigos.

—¡Bueno, no se enfade! Le aseguro que no pretendía ofenderle —dijo Alverstoke con amabilidad.

—¡No, señor, por supuesto que no! —dijo el señor Trevor, más tranquilo—. ¡Le ruego que me perdone! La verdad es que... En fin, será mejor que le explique cómo conocí a la señorita Merriville.

—¡Adelante! —le invitó Alverstoke.

—Vino a entregar la carta en mano —reveló el señor Trevor—. El carruaje se detuvo en la puerta justo cuando iba a entrar en la casa. Hoy no me dejó mucho que hacer, así que pensé que no le molestaría que saliera a comprarme unos pañuelos nuevos.

—¿Quién ha podido meterle esa idea en la cabeza?

El marqués arrancó otra sonrisa a su serio secretario.

—Usted, señor. En fin, la señorita Merriville bajó del carruaje con la carta en la mano, y yo estaba subiendo las escaleras. Así que...

—¡Ajá! —intervino Alverstoke—. ¡Así que no tiene lacayo! Seguramente sería un coche de alquiler.

—Eso no sabría decirlo, señor. Le pregunté si podía ayudarla, diciéndole que era su secretario, y empezamos a hablar. Le dije que le daría su carta, y... en fin...

—Le dije que se encargaría de que yo la leyera —completó Alverstoke—. ¡Describame a esa encantadora criatura, Charles!

—¿A la señorita Merriville? —preguntó el señor Trevor, aparentemente desconcertado—. ¡La verdad es que no me fijé mucho en ella, señor! Era muy educada y sencilla y... desde luego no parecía una muerta de hambre —hizo una pausa, tratando de evocar la imagen de la señorita Merriville—. En fin, yo no entiendo mucho de eso, pero me pareció que iba vestida con elegancia. Era bastante joven, aunque no creo que estuviera disfrutando de su primera temporada. Ni siquiera de la segunda —añadió con aire reflexivo. Exhaló un profundo suspiro y dijo en tono reverencial—: ¡La que me llamó la atención fue la otra, señor!

—¿Ah, sí? —le animó Alverstoke, mirándole con ojos cada vez más risueños.

El señor Trevor parecía tener dificultades para explicarse, pero después de una pausa, durante la cual pareció evocar una visión celestial, dijo con solemnidad:

—¡Señor, nunca había visto... ni siquiera había soñado con una joven tan hermosa! ¡Tenía que haber visto sus ojos! ¡Eran tan grandes, y de un azul tan intenso! ¡Y su cabello...! ¡Era como el oro reluciente! Además tenía una naricita preciosa, y un cutis exquisito. Y cuando habló...

—¿Y qué me dice de sus tobillos? —le interrumpió el marqués.

El señor Trevor se ruborizó y soltó una risita.

—No pude verle los tobillos, señor, porque no se bajó del carruaje. Me llamó la atención su expresión angelical y la dulzura de su voz. La verdad es que hay algo cautivador en ella... No sé si me entiende.

—Me hago una ligera idea.

—En fin... Cuando se inclinó hacia mí y me sonrió, y me pidió que le diera la carta, le prometí que lo haría. ¡Aunque sabía que a usted no le haría ninguna gracia!

—Se equivoca, Charles. Confieso que no tengo el menor deseo de visitar a la señorita Merriville, pero me encantaría conocer a su acompañante. ¿Quién es, por cierto?

—No estoy seguro, señor, pero me imagino que será la hermana de la señorita Merriville, aunque no se parece nada a ella. La señorita Merriville la llamó Charis.

—Eso me confirma en mi aversión a la señorita Merriville. ¡De todas las abreviaturas que existen, Carrie me parece la más abominable!

—¡No, no! —exclamó el señor Trevor—. ¡No me ha entendido, señor! ¡Por supuesto que no es Carrie! ¡La señorita Merriville dijo claramente Charis! Y me pareció el nombre más apropiado del mundo, porque en griego significa «gracia», ¿sabe?

—Gracias, Charles —dijo el marqués con resignación—. No sé qué haría sin usted.

—Pensé que a lo mejor lo había olvidado, señor. ¡Tiene tan mala memoria!

El marqués reaccionó a este tímido ataque levantando una de sus fuertes y delgadas manos, como si fuera un espadachín.

—¡No sea descarado, Charles!

Animado por esta broma, el señor Trevor añadió:

—La señorita Merriville dijo que esperaba que fuera a visitarla a Upper Wimpole Street, señor. ¿Lo hará?

—Puede ser. Si me asegura que encontraré allí a la bella Charis.

El señor Trevor no pudo asegurárselo, pero prefirió no insistir en el asunto y se retiró sin perder las esperanzas.

Más tarde, pensando en ello, se le ocurrió que exponer a Charis al destructivo conocimiento del marqués era hacerle un flaco favor. No temía que Alverstoke intentara seducir a una jovencita respetable, por muy bella que fuera: las galanterías de milord no incluían actos escandalosos como ese. Pero sí temía que, si Charis atraía su atención, la arrastrara a uno de sus prolongados galanteos, dedicándole todo tipo de atenciones e incluso haciéndole creer que se había enamorado de ella. Cuando recordó la tierna mirada de Charis y su amable sonrisa, pensó que debía de ser fácil romperle el corazón, y le asaltó un remordimiento de conciencia. Más tarde, pensó que era imposible que estuviera sola en el mundo, y decidió que correspondía a sus padres defenderla de un consumado galán como el marqués. Además, las chicas jóvenes encabezaban la lista de cosas que aburrían mortalmente a Alverstoke. En cuanto a la señorita Merriville, al señor Trevor le había parecido perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Había quedado deslumbrado por su bella acompañante, pero recordaba a una mujer decidida, con una nariz ligeramente aguileña y un aire amistoso y resuelto. No parecía una persona que se dejara engañar fácilmente. Estaba convencido de que el marqués no intentaría jugar con sus sentimientos. Era muy improbable que un experto en belleza como Alverstoke la considerara digna de su atención. Y aún más improbable que moviera un dedo para seducirla.

Después de varios días, durante los cuales milord no mencionó a la señorita Merriville, y tampoco fue a visitarla, empezó a parecer que, o bien había decidido ignorarla, o había olvidado su existencia. El señor Trevor sabía que su deber era recordárselo, pero no lo hizo, pensando que no era el momento. Milord se había visto obligado a soportar tres visitas (dos de sus hermanas mayores, y una de la madre de su heredero) que le habían aburrido tanto que todos los miembros del servicio pusieron especial cuidado en no irritarle.

—Porque le aseguro, señor Wicken, que cuando el señor está enfadado es capaz de cualquier cosa —dijo el orgulloso ayuda de cámara al mayordomo.

—Lo sé muy bien, señor Knapp —repuso su compañero—. Da la casualidad de que conozco a milord desde que era niño. Me recuerda a su padre, el difunto marqués, pero claro, usted no lo conoció —añadió para bajarle los humos.

Ciertamente, milord había sido sometido a una dura prueba. Lady Buxted, que nunca aceptaba la derrota, había ido a Alverstoke House con el más absurdo de los pretextos. Lo hizo acompañada de su hija mayor que, como no consiguió ablandar el corazón de su tío con zalamerías, se deshizo en lágrimas. Pero como no era una de esas mujeres afortunadas que pueden llorar sin convertirse en un adefesio, su tío se mostró tan inmune a sus lágrimas como al relato de

su hermana sobre las terribles circunstancias a las que se había visto sometida. Solo la miseria, aseguró lady Buxted, la había empujado a solicitar la ayuda de su hermano en la importante tarea de presentar a Jane en sociedad. Pero su hermano le dijo, muy educado, que la palabra correcta no era la miseria, sino la tacañería. Ante lo cual milady perdió los estribos, y le echó lo que James (el primer lacayo), que estaba esperando en el recibidor, describió a su subordinado inmediato como una buena reprimenda.

La señora Dauntry fue la segunda visita de milord. Al igual que lady Buxted, era viuda, y compartía con su prima la convicción de que Alverstoke tenía el deber de mantener a sus hijos. Ahí se acababa el parecido entre ellas. Lady Buxted era descrita por el vulgo como una arpía; pero nadie podría utilizar esa palabra para describir a la señora Dauntry, que tenía un aspecto sumamente frágil, y soportaba con entereza todas las dificultades que se le presentaban. De joven había sido una famosa belleza, pero su tendencia a sucumbir a las enfermedades infecciosas la había llevado a pensar que era de constitución enfermiza. Poco después de casarse, empezó (como decían lady Jevington y lady Buxted con crueldad) a someterse a todo tipo de curanderos. La muerte prematura de su esposo fue el golpe definitivo a su mala salud: empezó a sufrir desórdenes nerviosos, y se embarcó en una serie de curas y dietas que, al incluir remedios a la melancolía como el suero de cabra (para una supuesta tisis), pronto la redujeron a las proporciones de un espíritu. A los cuarenta años se había vuelto tan adicta a la invalidez que, a menos que le ofrecieran un entretenimiento de su gusto, se pasaba el día graciosamente recostada en un sofá, con una pariente pobre que la atendía. A su lado había una mesa repleta de botellas y frasquitos que contenían infusión de canela, valeriana, gotas de asafétida, aceite alcanforado de lavanda y cualquier otro elixir o reconstituyente que le hubieran recomendado sus amigas o la publicidad del fabricante. A diferencia de lady Buxted, no tenía mal genio ni era tacaña. Tenía una voz débil y lastimera que, cuando estaba enfadada, sencillamente se volvía más débil y más cansada, y estaba dispuesta a dilapidar fortunas en sus hijos y en sí misma. Por desgracia, su patrimonio (que, según lady Jevington y lady Buxted, era considerable) no era suficiente para que pudiera vivir, sin una buena administración y economía, al estilo que según ellas estaba acostumbrada. Y como estaba demasiado inválida para dedicarse al estudio de estas artes, siempre se pasaba de su presupuesto. Hacía años que vivía a costa de Alverstoke; y aunque según ella habría preferido no depender de su generosidad, no podía evitar pensar que, puesto que su apuesto hijo era su heredero, también era su deber mantener a sus dos hijas.

La mayor de ellas, la señorita Chloë Dauntry, estaba a punto de cumplir diecisiete años. Su presentación en sociedad no había preocupado a la señora Dauntry hasta que se enteró, a través de varias fuentes confusas, de que Alverstoke estaba planeando dar un baile magnífico en honor de la señorita Jane Buxted. Puede que la señora Dauntry fuera una mujer frágil pero, según ella, en defensa de sus amados hijos podía convertirse en una leona. De esta guisa se presentó en Alverstoke House, blandiendo su arma más letal: su frasquito de sales.

La señora Dauntry no le hizo ninguna exigencia, porque ese no era su estilo. Cuando Alverstoke entró en el salón, se dirigió a él arrastrando chales y faldones y extendió las manos, que estaban exquisitamente envueltas en unos guantes de cabritilla color lavanda.

—¡Querido Alverstoke! —exclamó, mirándole con sus enormes ojos hundidos y esbozando una de sus melancólicas sonrisas—. ¡Mi querido benefactor! ¿Cómo podría agradecértelo?

El marqués ignoró por completo su mano izquierda y le estrechó brevemente la otra, diciendo:

—¿Agradecerme el qué?

—¡Oh, eres incorregible! —murmuró ella—. ¡Pero aunque tú olvides lo generoso que eres, yo no! ¡Oh, la pobre Harriet y mis hijas se han enfadado conmigo por aventurarme a salir a la calle con este frío, pero pensé que era lo menos que podía hacer! ¡Eres tan bueno!

—Vaya, esto sí que es nuevo —comentó Alverstoke—. ¡Siéntate, Lucretia, y háblame sin hacer tantos aspavientos! ¿Qué es lo que, sin darme cuenta, he hecho para merecer tu gratitud?

Nada conseguía perturbar la calma en la voz y el comportamiento de la señora Dauntry. Mientras se dejaba caer graciosamente en una butaca, respondió:

—¡Granuja! Te conozco demasiado bien para dejarme engañar. Ya sé que no te gusta que te den las gracias. De hecho, si tuviera que agradecerte lo bueno que has sido conmigo y con mi familia, tu apoyo constante y tu amabilidad con mis seres queridos, temo que podría convertirme en lo que tú llamas un verdadero plomo. Chloë, mi hija, te llama nuestra hada madrina.

—¡Debe de haberse vuelto loca! —respondió el marqués.

—¡Piensa que nadie puede compararse con su maravilloso primo Alverstoke! —dijo la señora Dauntry, riendo con delicadeza—. ¡Eres su primo favorito, te lo aseguro!

—No te preocupes —dijo Alverstoke—. ¡Ya se le pasará!

—¡Eres tan bromista! —dijo la señora Dauntry en tono divertido—. ¡Pretendes burlarte de mí, pero no te servirá de nada, te lo aseguro! En fin, efectivamente he venido a darte las gracias, sí, pero también a regañarte por haber ayudado a Endymion (algo que, desgraciadamente, yo no puedo hacer). ¡Le has comprado un caballo precioso! ¡Me ha dicho que es soberbio! Eres muy amable.

—Así que eso es lo que querías agradecerme, ¿no? —dijo milord, con una mirada sardónica—. No deberías haber salido a la calle para algo tan innecesario: cuando Endymion se alistó en el ejército le dije que le proporcionaría un caballo decente.

—¡Eres tan generoso! —suspiró la señora Dauntry—. ¡Mi hijo lo sabe muy bien! En cuanto a mí, a veces me pregunto qué habría sido de mí cuando falleció mi querido esposo si no hubiera podido contar con tu apoyo.

—Mi fe en ti, querida prima, me lleva a pensar que no habrías tardado en encontrar otro apoyo —repuso Alverstoke con la misma amabilidad. Sonrió ligeramente al ver que su prima se mordía el labio, y dijo mientras abría su caja de rapé—: Y bien, ¿a qué dificultad te enfrentas esta vez?

Al oírle, la señora Dauntry abrió los ojos de par en par, y dijo muy sorprendida:

—¿Qué quieres decir, querido Alverstoke? Dejando a un lado mi delicada salud (y ya sabes que no me gusta hablar de eso), no me pasa nada. Ya te he dado las gracias, y debo despedirme antes de que la pobre Harriet empiece a pensar que he sufrido uno de mis estúpidos espasmos. Está esperándome en el carruaje, porque no quería dejarme venir sola. ¡Se preocupa tanto por mí! ¡Entre todos me tenéis muy mal acostumbrada!

La señora Dauntry se levantó, se envolvió en su chal y extendió la mano. Pero antes de que Alverstoke pudiera estrecharla la dejó caer, exclamando:

—¡Oh, me acabo de acordar de una cosa que quería tratar contigo hace tiempo! ¡Necesito tu consejo, Alverstoke! ¡Me encuentro en un dilema!

—Me sorprendes, Lucretia —dijo él—. ¡Por mucho que te decepcione, tú nunca me decepcionas a mí!

—¡Cómo te gusta burlarte de mí! ¡Pero seamos serios, te lo ruego! Se trata de Chloë.

—En ese caso tendrás que perdonarme —dijo el marqués—. No sé nada de colegialas, y me temo que mis consejos no te servirán de nada.

—¡Ah, tú también piensas que es una colegiala! La verdad es que parece imposible que se haya convertido en una mujer. Pero así es: está a punto de cumplir diecisiete años, y aunque no pensaba presentarla hasta el año que viene, todo el mundo me dice que sería un error atrasar el evento. Dicen que la salud de nuestra querida reina es tan delicada que puede fallecer en cualquier momento. Y aunque no fuera así, se comenta que el año que viene no podrá asistir al baile de debutantes. Y eso me tiene preocupada, porque naturalmente tengo que presentar a la niña (es lo que habría deseado el pobre Henry), y si la reina está a punto de morir, es posible que no haya más bailes. En cuanto a presentarla en Carlton House, no lo haría por nada del mundo. No sé qué vamos a hacer. Aunque la duquesa de Gloucester ocupara el lugar de la reina (lo que agradaría mucho al príncipe regente, porque siempre ha sido su hermana favorita), no sería lo mismo. ¡E imagínate si nos encontramos a la odiosa lady Hertford[1] en el lugar de la reina!

Alverstoke, al que no se le ocurrían imprevistos más inverosímiles, repuso con simpatía:

—¡Eso, imagínate!

—Así que pienso que mi deber es presentar a Chloë esta temporada, cueste lo que cueste —dijo la señora Dauntry—. Esperaba ahorrar lo suficiente para hacerlo el año que viene, pero desgraciadamente no va a ser posible. ¡Pobrecilla! Cuando le dije que tendría que presentarla con uno de mis vestidos de gala, porque el precio del vestido que quería comprarle está por encima de mis posibilidades, fue tan buena y complaciente que me partió el corazón. Es tan bonita que me gustaría vestirla con la mayor elegancia. Pero si tengo que presentarla esta temporada, no puede ser.

—En ese caso, mi consejo es que esperes al año que viene —respondió Alverstoke—. Si te sirve de consuelo, piensa que, si no hay ceremonia de presentación, ninguna de las debutantes podrá disfrutar de la experiencia.

—¡Oh, no! ¡No puedo arriesgarme a eso! —exclamó la señora Dauntry—. ¡Tengo que encontrar una manera de presentarla esta primavera! ¡Y además debo celebrar un baile en su honor! ¿Pero cómo voy a hacerlo en mi situación? —se interrumpió, asaltada por una idea—. Me pregunto si Louisa querrá presentar a Jane esta temporada. ¡La pobre tiene tantas pecas, y una figura tan lamentable! Pero ten por seguro que su madre hará un esfuerzo para presentarla con elegancia, aunque es tan tacaña que lamentará hasta el último céntimo que se vea obligada a gastar. Es más —añadió con una risita—, dicen los rumores que vas a celebrar un baile en honor de Jane.

—¿Ah, sí? —dijo milord—. Pero los rumores, como tú bien sabes, son como «una flauta... que soplan las sospechas, los celos, las conjeturas»[2]. Se me ha olvidado el resto, pero déjame decirte, querida Lucretia, que cuando envíe las invitaciones al baile, no me olvidaré de Chloë. Y

ahora déjame acompañarte a tu carruaje: pensar en la abnegada Harriet esperándote pacientemente está empezando a remorderme la conciencia.

—¡Espera! —dijo la señora Dauntry, asaltada por otra idea—. ¿Y si Louisa y yo juntáramos nuestros recursos y diéramos un baile en honor de nuestras hijas? Me temo que mi encantadora Chloë eclipsaría a la pobre Jane, pero a Louisa no le importará si puede ahorrarse unos céntimos. —La mujer levantó las manos en un gesto de súplica, y añadió con una voz que aunaba a la perfección la astucia con la adulación—: Si Louisa está de acuerdo, ¿nos dejarías celebrar el baile en tu magnífico salón, queridísimo Vernon?

—¡No, queridísima Lucretia! —repuso milord—. ¡Pero no te aflijas! ¡No va a haber ocasión, porque Louisa no estará de acuerdo! Sí, ya sé que estoy siendo tan cruel que vas a desmayarte. ¿Quieres que llame a tu fiel Harriet?

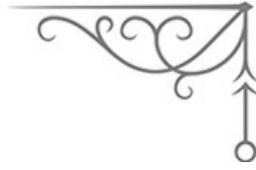
Aquello fue demasiado, incluso para la señora Dauntry. Después de dirigirle una mirada de reproche, se marchó, con un rostro que no tenía nada que envidiar al de la señora Siddons^[3], retratada por el difunto sir Joshua Reynolds como musa trágica.

La tercera visita del marqués fue lady Jevington, que no vino a pedirle un favor, sino a rogarle que no se sometiera a las exigencias de lady Buxted. Se expresó con tono mesurado y majestuoso, diciendo que aunque ella no había esperado que la ayudara a presentar a Anna en sociedad, ni se lo había pedido, le parecía una ofensa deliberada que ayudara a la señorita Buxted, la cual (dijo lady Jevington con énfasis) no compartía con su prima el privilegio de ser su ahijada. Y si su favoritismo, añadió, le llevaba a favorecer a la hija de «esa mujer», Chloë, a partir de entonces se desentendería de él.

—¡Casi logras convencerme, Augusta! —exclamó el marqués.

Estas palabras, pronunciadas con amabilidad, se vieron acompañadas de la más dulce de las sonrisas, pero lady Jevington se levantó con furia y salió del salón sin responder.

—¡Y ahora —dijo el marqués a su secretario— solo falta que tu protegida me pida que celebre un baile en su honor!



En vista de las circunstancias, parecía poco probable que el marqués, que casi nunca se sentía obligado a complacer a alguien que no fuera él mismo, respondiera a la llamada de la señorita Merriville. Tampoco Charles se atrevió a recordárselo. Sin embargo, ya fuera por curiosidad, o porque un día se encontraba cerca de Upper Wimpole Street, fue a hacerle una visita.

Le recibió un viejo mayordomo, que le condujo por una estrecha escalera al salón de la primera planta, a un paso que revelaba tanto su edad como sus achaques. Allí anunció su nombre.

El marqués se detuvo en el umbral de la puerta y, dirigiendo una mirada a su alrededor, vio confirmadas sus sospechas: aquella familiar desconocida era una muerta de hambre, porque la casa estaba amueblada sin elegancia, y presentaba un aspecto algo descuidado. Como le faltaba experiencia, fue incapaz de reconocer las señales que habrían revelado a personas menos afortunadas que la casa era una de las muchas que se alquilaban para pasar la temporada, y que estaba amueblada de la forma más económica posible.

En ella había una única ocupante: una dama que estaba escribiendo en una mesita perpendicular a la ventana. La joven echó un rápido vistazo a su alrededor y dirigió a Alverstoke una mirada que era a la vez de sorpresa y aprobación. El marqués vio que era bastante joven, seguramente de unos veintitrés o veinticuatro años. Estaba bien formada, y su rostro se distinguía por unos ojos grises y sinceros, una naricilla un tanto autoritaria y una boca y una barbilla muy firmes. El cabello, de color castaño claro, lo llevaba trenzado *à la Didon*, y el vestido, que lucía debajo de una chaqueta corta, era de una hermosa tela de cambray que le llegaba hasta la garganta, y estaba adornado con un ribete en el dobladillo. Alverstoke, que no era ajeno a los pormenores del atuendo femenino, advirtió enseguida que, aunque su vestimenta estaba a la moda, no era ni cara ni exquisita. Nadie podía decir que era una mujer distinguida, pero, por otro lado, nadie podía decir que era vulgar. Llevaba su sencillo vestido con elegancia, e iba más limpia que una patena.

Además parecía muy tranquila, circunstancia que le hizo preguntarse si sería mayor de lo que parecía. Como las jóvenes solteras no solían recibir visitas masculinas, lo normal habría sido que se hubiera puesto un poco nerviosa al recibir a un caballero desconocido, pero parecía tan ajena a esta circunstancia como a su frío escrutinio. Lejos de ruborizarse o bajar los ojos, no mostró la menor señal de confusión, sino que le miró de hito en hito y (como advirtió el marqués, divertido) con aire extremadamente crítico.

Alverstoke entró en el salón con su estilo elegante y pausado.

—¿Tengo el honor de dirigirme a la señorita Merriville? —preguntó.

La joven se levantó, se acercó a él y le ofreció la mano.

—Sí, yo soy la señorita Merriville. ¿Cómo está? ¡Por favor, le ruego que me perdone! No esperaba su visita, ¿sabe?

—¡Entonces perdóneme usted a mí! Pensaba que quería verme.

—Sí, pero había perdido la esperanza de que viniera. Lo cual no me sorprendió, porque supongo que le pareció un compromiso de lo más aburrido, además de repentino.

—En absoluto —murmuró Alverstoke con languidez.

—Me temo que sí. El problema es que, como llevo toda la vida en Hertfordshire, no estoy familiarizada con las costumbres de Londres —sus ojos se iluminaron, y añadió en tono confidencial—: ¡No sabe lo difícil que es acostumbrarse a los formulismos cuando una lleva tantos años siendo señora de la casa!

—¡Al contrario! —se apresuró él a responder—. ¡Lo sé muy bien!

La señorita Merriville se echó a reír.

—¿De veras? Entonces quizá no me resulte tan difícil explicarle por qué... le solicité que... me concediera el favor de venir a verme.

—¡Qué frase más admirable! —comentó Alverstoke—. ¿La ha dicho de memoria? A mí me pareció que su... solicitud era más bien una orden.

—¡Cielo santo! —exclamó la señorita Merriville, perpleja—. ¡Y eso que me esforcé en no parecer mandona!

—¿Lo es?

—Sí, ¿pero cómo no voy a serlo? Me gustaría explicarle por qué, pero, por favor, siéntese.

El marqués hizo una ligera reverencia y se dirigió a una butaca que había al lado de la chimenea. La señorita Merriville se sentó delante de él y, después de mirarle con indecisión, dijo:

—Quería explicárselo todo en la carta, pero como diría mi hermano Henry, me salió tal galimatías que al final pensé que lo mejor sería conocerle y contárselo en persona. Al principio no quería recurrir a ninguno de los familiares de mi padre, pensando que mi tía Scrabster sería capaz de ayudarme. ¡Lo cual demuestra lo ignorante que soy! Mi tía Scrabster es la hermana mayor de mi madre, y solo nos escribía para alardear de su vida lujosa y para decirnos cuánto le gustaría presentarnos a mi hermana y a mí en sociedad.

—Pensando que nunca recurrirían a ella para hacerle cumplir su promesa, ¿verdad?

—¡Exacto! —dijo la señorita Merriville, dirigiéndole una cálida sonrisa—. Tampoco pensaba que pudiera hacerlo, porque la fortuna de mi tío procede del comercio. Es un comerciante de las Indias orientales, y aunque es un hombre perfectamente respetable, no pertenece a la aristocracia.

Como no sabía qué hacer, me vi obligada a vencer mis escrúpulos y a pensar en el miembro de la familia de papá que pudiera resultarme más útil.

—¿Y por eso se le antojó pensar en mí? —preguntó milord, con una cínica sonrisa en los labios.

—¡Oh, no fue un antojo! —repuso ella al instante—. ¡Fue una cuestión de sentido común! Una razón es que mi padre solía decir que usted era el mejor de sus parientes. Aunque, por lo que he oído —añadió—, eso no es precisamente un cumplido. Nunca he llegado a conocer a mis primos Merriville, ni a mis dos tíos, porque papá (como usted sabrá) fue repudiado por su familia cuando se casó con mi madre en vez de con la rica heredera que habían buscado para él. Así que espero no conocerlos. En cuanto a recurrir a ellos, no lo haré bajo ningún concepto —se detuvo, reflexionando con aire sombrío antes de añadir—: Además, ninguno de ellos podría prestarme la ayuda que necesito, porque al parecer son un Hatajo de aburridos y anticuados que casi nunca vienen a Londres, porque no aprueban las costumbres modernas. Y esa fue otra razón para elegirle a usted.

Alverstoke enarcó las cejas.

—¿Y qué le lleva a pensar que yo no desapruero las costumbres modernas?

—Nada. Es decir, apenas sé nada de usted, pero desde luego no es eso lo que ha llegado a mis oídos. Además, va usted muy a la moda. ¿O es una impresión mía? —dijo, con tono interrogativo.

—¡Gracias! Procuro... vestir con elegancia.

—Sí, y lo que es más importante, se mueve en los mejores círculos. Esa fue la otra razón para elegirle —reveló, con una de sus amistosas sonrisas.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué propósito? ¿O me permite adivinarlo?

—Bueno, supongo que no le resultará difícil, porque no parece nada estúpido, aunque confieso que le esperaba mayor. Es una pena que no lo sea. Pero no se puede hacer nada, y supongo que es lo bastante mayor para resultarme útil.

—¡Tengo treinta y siete años, señora —dijo Alverstoke con mordacidad—, y tal vez debería informarle de que nunca le he resultado útil a nadie!

La señorita Merriville le miró con asombro.

—¿Nunca? ¿Por qué?

Alverstoke se encogió de hombros.

—Por puro egoísmo, señora, unido a una profunda aversión al aburrimiento.

La joven le miró con inquietud.

—¿Le aburriría mucho presentarme a lady Alverstoke? ¿Y preguntarle si tendría la amabilidad de ayudarme?

—Probablemente no, pero de nada serviría: mi madre murió hace muchos años.

—¡No, me refiero a su esposa!

—No estoy casado.

—¿Ah, no? —exclamó la señorita Merriville—. ¡Qué fastidio!

—Una desconsideración por mi parte, ¿verdad? —dijo el marqués en tono cordial.

—Bueno, no es una desconsideración, porque no podía saberlo —dijo ella, perdonándole con amabilidad.

—Deduzco que de haberlo sabido, mi deber habría sido solucionarlo cuanto antes — respondió Alverstoke en tono de burla.

La señorita Merriville se puso colorada y le miró con inquietud.

—¡Oh, por favor, no se ofenda! —le suplicó—. ¡No pretendía ser tan descarada! Estoy segura de que, si nos lo proponemos, nos las arreglaremos muy bien sin su esposa.

—¿Si nos lo proponemos? —preguntó el marqués.

Lo dijo con cierto desprecio, pero su boca esbozó una sonrisa sin querer, y sus ojos brillaron bajo sus indolentes párpados. Estas señales no pasaron inadvertidas a la señorita Merriville, que exhaló un suspiro de alivio y dijo:

—¡Gracias a Dios! ¡Pensaba que le había ofendido! Y no podría reprochárselo, porque no dejo de irme por las ramas. ¡Y yo que pensaba que sería fácil explicarle las circunstancias si le conocía en persona!

—¿Y cuáles son las circunstancias, señora?

La señorita Merriville se quedó un momento en silencio; no por timidez, como mostraba su expresión pensativa, sino para decidir cómo explicarse mejor.

—Supongo que todo empezó con la muerte de mi padre hace un año. Eso no quiere decir que antes no lo pensara, pero mientras mi padre estaba vivo creía que no podía hacer nada.

—Lamento la muerte de su padre —la interrumpió Alverstoke—, pero debo aprovechar para confesarle que apenas le conocía. En cuanto a nuestro parentesco, creo que era muy lejano. Parte de la familia de mi abuela, y si mal no recuerdo, es tan remoto que ni siquiera es digno de tenerse en cuenta.

—¡Pero papá se refería a usted como su primo! —protestó ella. El marqués no ofreció ninguna explicación. Después de una breve pausa, la señorita Merriville dijo—: Sé que somos parientes, porque he visto su nombre en el árbol genealógico que hay en la Biblia de casa.

—Solo por dos matrimonios —repuso el marqués.

—Comprendo. No quiere reconocernos, ¿verdad? Entonces no hace falta que le explique nuestra situación. Siento que se haya molestado en venir.

Al oír estas palabras, el marqués, que tenía intención de poner fin a la entrevista, decidió prolongarla de manera irracional. Si lo hizo porque la señorita Merriville le divertía, o porque le intrigaba que alguien encajara sin pestañear uno de sus desaires, es algo que ni siquiera él habría sabido responder. Pero, sea como fuere, soltó una carcajada repentina y dijo, mirándola con una sonrisa:

—¡Oh, qué orgullosa es usted! ¡No se enfade conmigo, se lo ruego! No tengo ningún reparo en reconocer que somos primos, aunque no prometo ayudarla. Por cierto, ¿qué es lo que quiere que haga por usted?

La señorita Merriville se tranquilizó y le sonrió con gratitud.

—¡Se lo agradezco! No es nada importante. Solo quiero que presente a mi hermana en sociedad.

—¿Que presente a su hermana en sociedad? —preguntó el marqués, atónito.

—Sí, por favor. Y puede que tenga que presentarme a mí también, a menos que logre convencer a mi hermana de que en realidad no quiero hacerlo. Normalmente es la joven más

obediente del mundo, pero en este caso dice que no piensa asistir a ninguna fiesta a menos que la acompañe. Es una lata, pero mi hermana es tan buena que...

Alverstoke la interrumpió sin miramientos.

—Señorita, ¿está sugiriendo que quieren presentarse en sociedad bajo mi protección? ¡Lo que necesitan es una dama de compañía, no un soltero!

—Lo sé —admitió la señorita Merriville—. Por eso me ha decepcionado tanto enterarme de que está usted soltero. ¡Pero ya sé cómo podríamos superar esa dificultad! ¿Le importaría si fingiéramos que papá nos dejó a su cargo? No a todos, por supuesto, porque Harry ya es mayor de edad, y yo tengo veinticuatro años, sino a los tres pequeños.

—¡Sí me importaría, y mucho!

—¿Pero por qué? ¡Lo único que tendría que hacer es presentar a Charis (y tal vez a mí) en sociedad! Lógicamente, no espero que se interese en nada más. De hecho, no me haría ninguna gracia que lo hiciera —añadió con franqueza.

—¿Está usted muy equivocada! ¡Lo que no parece entender, señora, es que mi respaldo no le servirá de pasaporte para la buena sociedad!

—¿Ah, no? —preguntó ella—. Pensaba que los marqueses eran personas respetables.

—¿Eso, señorita Merriville, depende del marqués!

—¡Oh! —exclamó ella, asimilando la información—. Papá decía que era usted un gallito. ¿Significa eso que no es una persona respetable?

—¡Soy una vergüenza para la sociedad! —dijo el marqués.

La señorita Merriville soltó una carcajada.

—¡Tonterías! ¡No me lo creo! ¡Ni siquiera el pobre papá era tan malo!

—Ni siquiera el pobre papá... —repitió Alverstoke. El marqués tomó su monóculo, se lo acercó a un ojo y se puso a estudiarla, como un hombre que hubiera encontrado un raro espécimen.

Ajena a su escrutinio, la señorita Merriville dijo:

—No, aunque creo que antes de conocer a mamá era un calavera. Y reconozco que fugarse con ella no estuvo bien. Siempre me extrañó que mamá diera su consentimiento, porque era muy respetable, ¿sabe? ¡Y tan buena! Pero creo que la gente perdidamente enamorada suele hacer cosas muy extrañas. Además, muchas veces he pensado que mamá era una persona muy influenciable. No llegué a conocerla bien, porque murió poco después de nacer Felix, pero Charis es su viva imagen, y ella es muy influenciable. Y, claro, ¡los dos eran tan jóvenes! ¡Imagínese! Papá alcanzó la mayoría de edad tan solo una semana antes de que yo naciera. No sé cómo consiguió mantener a la familia, porque su padre le dejó sin un céntimo, y no creo que buscara una ocupación provechosa. Pero cuando se casó con mamá, abandonó todos sus vicios. Y teniendo en cuenta la vergüenza y las preocupaciones que estos causaron a sus padres, me parece terriblemente injusto que no acogieran a mamá en la familia.

El marqués guardó un discreto silencio. Sus recuerdos del difunto señor Merriville, con el que había coincidido hacía unos años, no se correspondían con la imagen de un hombre arrepentido.

—Por mi parte —prosiguió la señorita Merriville—, considero que la familia tuvo su merecido cuando mi abuelo y mi tío James, que era el heredero, murieron de tifus con apenas un día de diferencia. Fue así como papá heredó el patrimonio, justo cuando Harry nació en Graynard.

Y después vinieron Charis, Jessamy y Felix. —La joven se detuvo al ver que el marqués parpadeaba y sonrió—. ¡Ya sé lo que está pensando, y tiene toda la razón! Todos nosotros, a excepción de Harry, tenemos los nombres más ridículos del mundo. Son un auténtico castigo, se lo prometo. Cuando nací, nada pudo convencer a mamá de no llamarme Frederica. Lo hizo en honor a papá, ¿sabe? Luego vino Harry, porque mamá se llamaba Harriet. Y papá eligió el nombre de mi hermana, porque decía que era el bebé con más gracia que había visto nunca. A Jessamy le pusieron el nombre en honor a su padrino. Y Felix fue un capricho de mamá, ¡porque éramos una familia tan feliz! Y es cierto que lo éramos... hasta que murió mamá. —La señorita Merriville hizo otra pausa, pero casi de inmediato retomó la palabra, sacudiendo la cabeza como si quisiera alejar un mal recuerdo—. Así que no nos quedó más remedio que sacar el mejor partido a nuestros nombres absurdos. Jessamy y yo nos prometimos que jamás nos llamaríamos Jessie y Freddy, y que nunca permitiríamos a los demás que lo hicieran.

—¿Y no lo hacen?

—No. ¡Bueno, casi nunca! Reconozco que Felix le llama Jessie a veces, pero solo cuando Jessamy le regaña; y en privado Harry me llama Freddy de manera ocasional, pero no para molestarme. Y Harry nunca llama Jessie a Jessamy, por mucho que este le provoque, porque es cuatro años mayor que él, además de ser el cabeza de familia, y le parecería muy feo pelearse con Jessamy, porque sabe que podría tumbarle de un golpe. Y eso que, según Harry, Jessamy es muy fuerte, pero... ¡Cielo santo, no dejes de decir tonterías! ¿Por dónde iba?

—Creo que había llegado a la muerte de su madre.

—¡Ah, sí! Las consecuencias fueron nefastas. Creo (bueno, en realidad lo sé) que papá estaba tan abatido que llegaron a temer que se hubiera vuelto loco. Yo era demasiado pequeña para entenderlo, pero recuerdo que estuvo enfermo durante mucho tiempo (o eso me pareció), y que cuando se recuperó ya no era el mismo. De hecho se volvió prácticamente un extraño, porque casi nunca estaba en casa. No podía soportar estar allí sin mamá. Supongo que por aquel entonces no nos habría gustado, pero muchas veces he pensado que le habría venido bien casarse otra vez. Ya sé que no está bien que lo diga, pero por desgracia era una persona muy inestable, ¿sabe?

—Sí —admitió Alverstoke—. Lo sé. Pero me cuesta creer que los abandonara.

—¡Por supuesto que no! Mi tía Seraphina se vino a vivir con nosotros. Es la hermana soltera de mamá, y ha estado cuidándonos desde que ella murió.

—¿Y sigue viviendo con ustedes?

—¡Desde luego! ¿Cómo íbamos a venir a Londres sin ella?

—Discúlpeme, pero como no he visto a su tía ni la ha mencionado hasta ahora, pensaba que había decidido prescindir de acompañante.

—¡No soy tan desvergonzada! ¿Cómo puede pensar que...? ¡Oh! ¡Le ofende que le haya recibido sin carabina! Ya me lo dijo mi tía Scrabster, pero ya no soy una colegiala, ¿sabe? Además, aunque nosotros estemos acostumbrados a su forma de ser, no creo que le agrade mi tía. Primero porque está completamente sorda, y segundo porque... es un poco excéntrica. ¡Si entra, intente no discutir con ella!

—¡Le prometo que no lo haré! —dijo Alverstoke—. ¿Tan mal genio tiene?

—No, pero odia a los hombres —le explicó Frederica—. Sospechamos que debió de sufrir un desengaño en su juventud. Me imagino que, si le encuentra aquí, se marchará inmediatamente.

—¡Pues como carabina deja mucho que desear! —observó el marqués.

—Sí, y lo que es peor, está empezando a no querer a Harry tanto como antes. Odiaba profundamente a papá, pero eso es comprensible, porque además de ser muy descortés con ella, se comportó muy mal, y dilapidó el patrimonio a una velocidad pasmosa. Por fortuna sufrió un ataque de apoplejía antes de arruinarse del todo.

—Menos mal —comentó el marqués, conservando su serenidad.

—Así es. Porque aunque recuperó en gran medida el uso de las extremidades, su cerebro quedó algo dañado. No es que perdiera la razón, pero se volvió olvidadizo y... distinto. Dejó de ser un calavera y un perezoso, y no parecía en absoluto infeliz. De hecho, nunca nos habíamos llevado tan bien. Me dejó administrar la finca y el patrimonio, y con ayuda del señor Salcombe, nuestro abogado, conseguí evitar que nos fuéramos a la ruina. De eso hace cinco años, y si Harry ahorra unos años más, se encontrará en una buena situación, e incluso podrá mantener a Jessamy y a Felix. Lo cual está determinado a hacer, porque cree que es muy injusto que él lo herede todo. Papá no hizo testamento, ¿sabe?

—¡Cielos! ¿Y qué será de usted y de su hermana?

—¡Oh, tenemos más que suficiente! —le aseguró la señorita Merriville—. Mamá repartió su fortuna entre sus hijas, ¿sabe?, así que tenemos cinco mil libras de renta cada una. Supongo que a usted no le parecerá mucho, pero a nosotras nos permite ser independientes, y de esa manera Charis no será una novia sin dote.

—¡Ah! ¿Entonces está prometida?

—Todavía no. Por eso cuando papá murió hace un año decidí traerla a Londres. En Graynard estaba enterrada viva, ¿sabe? Ni siquiera hay un balneario cerca. ¿Cómo va a conseguir un buen partido? ¡Está muy desaprovechada, lord Alverstoke! Cuando la vea, entenderá por qué consideré que era mi deber traerla a Londres. ¡Es una joven encantadora! Además tiene un carácter muy dulce, y nunca se enfada. ¡Se merece contraer un matrimonio espléndido!

—Según mi secretario es un diamante en bruto —dijo el marqués con indiferencia—. Pero por desgracia, para contraer un matrimonio espléndido hay que tener una dote espléndida.

—¡No siempre! —protestó ella—. ¡Piense en las hermanas Gunning! Una de ellas estuvo casada con dos duques, y sé que no tenía una gran fortuna, porque papá me habló de ellas, y dijo que Charis las superaba en todo. No es que espere que Charis se case con un duque ni con un noble, a menos que recibiera una proposición, por supuesto. Pero sí que espero que contraiga un matrimonio ventajoso si consigo presentarla como es debido. Por aquel entonces estaba totalmente decidida, el problema era cómo conseguirlo. Y justo cuando creía encontrarme en un callejón sin salida, el señor Salcombe vino a preguntarme si estaba dispuesta a alquilar la finca amueblada por un año. Al parecer había un hombre que se acababa de jubilar y deseaba comprar una propiedad en Hertfordshire. Como no encontraba lo que quería, pensó alquilar una finca en el campo por un tiempo limitado, para poder buscar casa con comodidad y no verse obligado a venir desde Londres cada vez que recibía una oferta, que casi siempre resultaba ser una decepción. ¡Imagínese las ganas que tenía de alojarle!

—¡Sí, lo imagino perfectamente, y también que su hermano no tuvo nada que decir en el asunto!

—Bueno, por aquel entonces Harry no era mayor de edad, pero por supuesto no hice nada sin su consentimiento. Al principio no le gustaba la idea: yo creo que hería su orgullo. Para ser sincera, a mí tampoco me gustaba. ¿Pero qué sentido tiene aferrarse al orgullo cuando uno vive de una ridícula asignación? Tuvimos que hacer muchas economías para saldar nuestras deudas, y hasta que el señor Porth no alquiló la finca, no pude embarcarme en esta aventura londinense. Aunque retirara mi capital (lo cual no puedo hacer), no podría permitírmelo, porque eso me haría depender del pobre Harry. —La joven miró muy seria al marqués—. Y eso no puede ser, ¿sabe? No se lo he dicho, porque aún es muy joven, y cree que lo más natural sería que todos siguiéramos viviendo en Graynard. Pero no me extrañaría que dentro de un año o dos quiera contraer matrimonio. ¡Imagine lo que pensaría su mujer si se encontrara a sus hermanas en Graynard, y lo incómodo que sería para nosotras!

—Tiene razón —concedió el marqués—. Si es que alguna mujer quiere casarse con él en esas circunstancias, que lo dudo.

La señorita Merriville soltó una de sus risitas.

—Pensaría que yo iba a ser la señora de la casa, ¿verdad? Y probablemente lo sería, porque lo he sido durante mucho tiempo, y es muy difícil cambiar las costumbres. No, lo mejor será que Charis contraiga un buen matrimonio; y que los chicos, mi tía y yo nos establezcamos por nuestra cuenta cuando Harry se comprometa. Lo tengo pensado desde hace mucho tiempo. Pero lo más urgente es casar a Charis. Es una lástima que una joven tan bonita se convierta en una vieja solterona. Que es lo que pasaría, a menos que se case con uno de los jóvenes de nuestra comarca que andan detrás de ella. ¡O lo que es peor, que se comprometa con un joven indeseable que no valga ni un céntimo! Por eso pensé que la oferta del señor Porth era un golpe de suerte. ¡Piénselo, señor! Alquila la finca y la granja a un precio que ni siquiera yo me atreví a sugerir. El resto de la propiedad, que está empezando a remontar otra vez, sigue en poder de Harry, porque (como es lógico) el señor Porth no quiere ocuparse de su administración. Y lo que es más importante: además de la finca, el señor Porth va a quedarse con el resto de los sirvientes, a excepción del ama de llaves y nuestro mayordomo. Eso ha sido otro golpe de suerte, porque la señora Hurley y nuestro querido Buddle nunca habrían consentido quedarse en Graynard al servicio de una persona que no fuera de la familia. Así que los hemos traído a Londres. Y aunque odian Londres, y siempre se quejan de lo fea que es la casa y lo mal amueblada que está, y de que los criados de Londres son un Hatajo de gandules, es un alivio tenerlos con nosotros. Reconozco que la casa es horrible —añadió con franqueza— y, según he descubierto, no está situada en un barrio elegante. Como nunca había estado en Londres, le pedí a mi tía Scrabster que me buscara una casa amueblada. Fue un gran error por mi parte. Ella vive en Harley Street, y he descubierto que este barrio está habitado casi exclusivamente por comerciantes. Sin embargo, me han dicho que en Mayfair piden alquileres exorbitados, además de una fianza, así que no me quejo. ¡Fue un gran error creer que mi tía podría presentarnos en sociedad! —dijo, sonriendo—. Hablo como una cotorra, ¿verdad? El problema es que mi tía y mi tío, al no tener hijos, nunca han hecho un esfuerzo para vivir... con

elegancia. ¡Y menudo susto se llevó mi pobre tía Amelia cuando le dije que iba a venir a Londres para pasar la temporada! Por eso me he visto obligada a recurrir a usted, señor.

El marqués, que había estado golpeando su caja de rapé con aire pensativo, la abrió y, frunciendo ligeramente el ceño, tomó un pellizco mientras Frederica le observaba sin perder la esperanza. A continuación cerró la caja, se sacudió el polvillo de sus largos dedos y al fin la miró, con el ceño todavía fruncido.

—Le aconsejo que se contente con algo más modesto que los mejores círculos de la sociedad —dijo con franqueza.

—¿Tan mal partido somos? —preguntó ella.

—Por nacimiento, no. En todos los demás aspectos, sí. Ignoro cuáles son sus recursos, pero...

—¡Los suficientes!

—Si está pensando en una presentación en la corte para su hermana, será mejor que empiece a ahorrar: es una inversión que no le reportará ningún beneficio.

—Lo sé, y no pienso hacerlo.

—¿Entonces?

La señorita Merriville entrelazó las manos en el regazo y dijo en voz baja:

—¡Pensaba presentarla en Almack's[4]!

—Eso es perseguir un imposible, señorita Merriville. ¡Mi protección no le servirá para traspasar ese umbral sagrado! A menos que conozca a una dama que posea una entrada y esté dispuesta a ejercer de madrina...

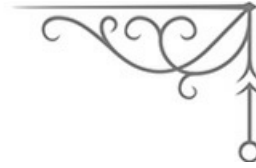
—No. En ese caso no habría solicitado su ayuda. ¡Pero no pienso rendirme! ¡Lo conseguiré, ya lo verá!

El marqués se levantó educadamente.

—Eso espero —dijo—. Si quiere saber mi opinión, creo que le iría mejor si se trasladara a un balneario. A Bath o a Tunbridge Wells, donde podría asistir a los salones y conocer a personas importantes.

También ella se levantó, pero antes de que pudiera responder se vio interrumpida por el sonido de unos pasos apresurados en la escalera. De repente, un robusto colegial irrumpió en el salón, gritando:

—¡Frederica, era todo mentira! ¡Lo hemos buscado por todas partes, pero nadie ha oído hablar de él!



La señorita Merriville se mostró imperturbable ante la irrupción de un joven caballero que se las había arreglado para terminar, desde la última vez que le vio hacía tres horas, con el cuello de la camisa sucio y arrugado y los pantalones llenos de barro.

—¡Cuánto lo siento! —dijo la joven en tono comprensivo—. ¡Pero no puede ser mentira, Felix! Te lo dijo el señor Rushbury, y no creo que quisiera engañarte.

Para entonces, el señorito Felix Merriville se había percatado de la presencia del marqués, pero habría seguido contando su odisea matutina si no se hubiera visto interrumpido por otro colegial más mayor que, entrando en el salón detrás de él, le regañó por su falta de modales. Un perro grande y desgredado de raza indeterminada le seguía pisándole los talones. Mientras el joven pedía disculpas a Frederica por haber entrado mientras estaba atendiendo a una visita, el animal avanzó con gran cordialidad a saludar al marqués. A juzgar por el movimiento de su rabo peludo, su intención era amistosa, y su propósito, abalanzarse sobre el invitado. Pero Alverstoke, que estaba familiarizado con los perros, le sujetó por las patas para evitar que el animal le lamiera generosamente la cara y manchara su exquisito abrigo de lana con sus sucias garras.

—¡Buen chico! —dijo—. ¡Te lo agradezco, pero no me apetece que me lamas la cara!

—¡Siéntate, Lufra! —ordenó el señorito Jessamy Merriville con severidad—. Le ruego que me disculpe, señor —añadió, con la misma ausencia de turbación que su hermana—. De haber sabido que Frederica estaba atendiendo a una visita, no le habría dejado entrar.

—No te preocupes. Me gustan los perros —respondió el marqués, que se ganó el favor de Lufra acariciando el punto de su espina dorsal que el agradecido animal era incapaz de rascar por sí mismo—. ¿Cómo le has llamado?

—Lufra, señor —dijo Jessamy, enrojando hasta la raíz del cabello—. ¡Pero yo no le puse ese nombre! Fue una estúpida idea de mis hermanas. Cuando era un cachorro se llamaba Lobo. Pero ellas siguieron insistiendo, y al final ya no respondía a su verdadero nombre. ¡Además, no es hembra!

Percibiendo que milord estaba perdido, Frederica se lo explicó.

—Es de *La dama del lago*^[5] —le dijo—. Seguro que recuerda la estrofa en que el rey «mandó que lanzasen un magnífico ciervo». Y Luffra, «la perra más ágil de toda Escocia del norte, a quien ni amenazas ni halagos podían apartar de Douglas, se lanzó como un relámpago en persecución del ciervo. Dejó a medio camino a los lebreles reales y, arrojándose sobre su presa, hundió sus colmillos en los costados del ciervo...».

—«Y bebió a grandes tragos la sangre vital que brotó de sus heridas...» —completó Felix con entusiasmo.

—¡Ya basta! —gruñó su hermano mayor—. ¡No era un ciervo, señor, solo un becerro, y creía que no era peligroso! ¡Y eso de que bebió su sangre vital es una tontería!

—¡Sí, pero no puedes negar que Luff te salvó de una cornada! —dijo Frederica, mirando a Alverstoke—. ¡Imagínese! ¡No era más que un cachorro, pero se abalanzó sobre el toro y se colgó de su hocico mientras Jessamy se subía a la puerta para ponerse a salvo! ¡Y no se separaría de Jessamy ni aun que le dieran un hueso con tuétano! ¿A que no, Luff?

Agradecido por este tributo, el fiel animal extendió las orejas, sacudió el rabo y soltó un alegre ladrido. Acto seguido se sentó jadeando a los pies de Frederica. Su dueño, que estaba profundamente avergonzado por esta anécdota, se habría llevado a su perro y a su hermano del salón si Frederica no le hubiera detenido, diciendo:

—¡No, por favor, no te vayas! ¡Me gustaría presentarte a lord Alverstoke! Este es mi hermano Jessamy, señor, y este es Felix.

El marqués les devolvió el saludo, y descubrió que los dos hermanos le estaban observando. Jessamy, al que juzgó de unos diecisiete años de edad, le miraba con aire desafiante; Felix, que era tres o cuatro años más joven, le miraba con la inocencia propia de la infancia. El marqués no estaba acostumbrado a que le observaran, y había un indudable brillo en sus ojos cuando les devolvió la mirada.

Jessamy, pensó, era una copia exagerada de su hermana. Su cabello era más oscuro, su nariz más aguileña, y su boca y su mandíbula firmes hasta la obstinación. Felix seguía conservando la nariz respingona y la redondez propia de la extrema juventud, pero poseía la misma mandíbula y la misma mirada sincera que sus hermanos mayores, y era aún menos tímido. Fue él quien interrumpió el silencio, diciendo:

—¡Señor! ¿Ha oído hablar del Atrápame-si-puedes?

—¡Por supuesto que no! ¡No seas maleducado! —le reprendió su hermano—. ¡Le ruego que le disculpe, señor! ¡Solo tiene pájaros en la cabeza!

—Pájaros, no: locomotoras —respondió Alverstoke, mirando a Felix—. ¿No es eso? ¿Una especie de locomotora a vapor?

—¡Sí, eso es! —dijo Felix con entusiasmo—. La locomotora de Trevithick^[6]. No me refiero al Diabolo de vapor. Ese iba por carretera, pero se prendió fuego y se quemó.

—¡Menos mal! —terció Jessamy—. ¿Locomotoras de vapor por carretera? ¡Seguro que aterrorizarían a todos los caballos!

—¡Tonterías! Pronto se acostumbrarían a ellas. Además, no estoy hablando de esa. Me refiero a la que va sobre raíles a unas quince millas por hora, o incluso más. —El joven volvió a dirigir su atención a Alverstoke—. Sé que la trajeron a Londres, porque me lo dijo el señor Rushbury, mi

padrino. Y también que se puede montar en ella por un chelín. Mi padrino me contó que estaba al norte de New Road, no lejos de Montague House.

—Creo que sí —dijo Alverstoke—. Por una u otra razón nunca fui a visitarla, pero creo recordar que el inventor... ¿cómo has dicho que se llamaba?

—¡Trevithick! La primera locomotora que inventó tenía cinco vagones, y podía transportar diez toneladas de hierro y setenta hombres, pero solo a cinco millas por hora. Está en Gales (he olvidado el nombre del lugar), pero la que está aquí tiene un vagón, y...

—¿Te quieres callar de una vez, pequeño charlatán? —le interrumpió Jessamy—. Lord Alverstoke pensará que eres un maleducado por ponerte a hablar así, sin dejarle meter baza.

Avergonzado por esta reprimenda, Felix se apresuró a pedir perdón al marqués, pero Alverstoke dijo, divertido:

—¡Tonterías! ¡Puede meter baza cuando quiera! Existió esa locomotora, Felix, pero me temo que es algo del pasado. Tengo entendido que Trevithick alquiló un terreno cerca de Fitzroy Square, lo valló e instaló un circuito circular. Recuerdo que causó bastante revuelo, pero aunque muchas personas fueron a verlo, pocas se dejaron convencer para montarse. ¡Y menos cuando uno de los raíles se rompió y el motor volcó! Así que Trevithick tuvo que abandonar el proyecto. De eso hace por lo menos diez años. —El marqués sonrió al ver la mirada de decepción de Felix—. ¡Lo siento! ¿Tanto te interesan las locomotoras?

—Sí... Bueno, no. ¡Me interesan más los motores! —balbuceó Felix—. La energía del vapor, el aire co... comprimido. ¿Ha visto el elevador neumático de la fundición del Soho, señor?

—No —dijo el marqués—. ¿Y tú?

—No me dejan —respondió Felix con tristeza. De pronto se le ocurrió una idea y, clavando sus ojos ardientes en el rostro de Alverstoke, le preguntó, conteniendo la respiración—: Si usted quiere verlo, ¿le importaría...?

Frederica, que había regresado a su asiento, dijo:

—¡No, Felix! ¡Lord Alverstoke no quiere verlo! ¡No le des la lata para que te lleve!

Frederica estaba en lo cierto: Alverstoke no tenía el menor deseo de inspeccionar un elevador neumático, pero fue incapaz de resistir la expresión suplicante de Felix, que le miraba esperanzado. El marqués se sentó de nuevo, sonrió con tristeza y dijo:

—Espero encontrar tiempo para ir. ¡Pero antes tienes que contarme más cosas sobre ese elevador!

Al oír esto, Jessamy, consciente de cuál sería el resultado de esta invitación, dirigió una mirada de angustia a Frederica, pero aunque sus ojos parpadearon a modo de respuesta, la joven no hizo ningún esfuerzo para callar a su hermano pequeño.

Habría sido una tarea superior a sus facultades. Era muy extraño que alguien animara a Felix a explayarse sobre un tema que poca gente entendía, y que la mayoría encontraba aburrido. El joven acercó una silla con ojos brillantes y trató de explicar los principios que rigen los elevadores neumáticos. De ahí pasó al motor de aire comprimido, que era impulsado por el aire de una sopladora y se encontraba en la misma fundición; y en un corto espacio de tiempo, bombardeó a Alverstoke con cilindros oscilantes, pistones, crucetas, mecanismos de distribución y válvulas. Como el grado de comprensión de Felix sobre la materia era imperfecto, su discurso era un tanto

incoherente. Además, sus ansias de conocimiento le llevaron a acribillar a preguntas al marqués, aunque Alverstoke pudo responder a muy pocas de manera satisfactoria. Sin embargo, el marqués tenía los conocimientos suficientes para abstenerse de hacer otras preguntas que habrían delatado la ignorancia abismal que, en opinión de Felix, hacía tan despreciables a sus hermanos y hermanas. Eso le permitió ascender del estatus de visita irrelevante a mejor amigo. Alverstoke era el interlocutor más inteligente que Felix había conocido nunca; era un tipo estupendo, al que incluso se le podía perdonar que dijera, a modo de disculpa:

—¿Sabes, Felix? ¡En realidad sé más de caballos que de motores!

Esta confesión, que le hizo perder un poco el lustre a ojos de Felix, le valió al instante la estima de Jessamy. Jessamy quiso saber si el carruaje que había visto en la calle, al que describió como un vehículo muy elegante, pertenecía al marqués. Cuando se enteró de que así era, apartó a su hermano pequeño y se embarcó con el marqués en una conversación sobre los requisitos imprescindibles de un buen caballo de tiro.

Si alguien hubiera sugerido al marqués que debía pasar media hora con dos colegiales, se habría excusado sin dudarle ni un momento. Era muy extraño que el aburrimiento no le sobreviniera en cualquier compañía, pero no se estaba aburriendo. Alverstoke había sido el único hijo varón de unos padres ceremoniosos, y el miembro más joven de su linaje. Su vida familiar no había tenido nada que ver con la de los Merriville. Cuando eran niños, sus sobrinos eran sometidos a su inspección vestidos con sus mejores ropas, y amenazados con castigos si no vigilaban sus modales, de ahí que le parecieran tan aburridos como taciturnos. Por eso se quedó agradablemente sorprendido cuando conoció a los Merriville. Puede que sus hermanas no aprobaran sus modales sinceros y espontáneos, ni la total ausencia de reserva que consideraban apropiada en un colegial, pero al marqués le parecieron unos hermanos educados y agradables, y los trató con una tolerancia que habría sorprendido a sus más allegados.

Le gustaban, pero su aguante tenía un límite, y cuando Felix, sacando a Jessamy de la conversación de un codazo, le pidió que le explicara las calderas tubulares, los motores de combustión y las turbinas, Alverstoke soltó una carcajada y se levantó, diciendo:

—Querido, si quieres conocer los barcos de vapor, date un paseo por el Támesis. ¡No me preguntes a mí!

El marqués se volvió hacia Frederica, pero antes de que pudiera despedirse se abrió la puerta, y dos damas entraron en el salón. Alverstoke volvió la cabeza, y las palabras de despedida murieron en sus labios.

Las dos mujeres llevaban vestidos de paseo, pero ahí se acababa el parecido entre ellas. Una era demacrada, de edad indefinida y aspecto severo; la otra era la joven más deslumbrante que había visto en su vida. Alverstoke se dio cuenta de que estaba mirando a la señorita Charis Merriville, y de que su secretario no había sobrestimado su belleza.

Desde su cabeza de rizos dorados y relucientes a sus pequeños pies arqueados, primorosamente envueltos en botas de cabritilla, la joven presentaba una imagen que cortaba la respiración. Su figura era elegante; sus tobillos, bien torneados; su cutis habría llevado a varios admiradores a compararlo con las rosas de Damasco, o con los melocotones maduros; su boca delicada describía una curva exquisita; su nariz, en vez de aguileña, era recta, con unos agujeros

esculpidos con delicadeza; y sus ojos, que miraban el mundo con inocencia, eran de un azul celestial, y poseían una expresión sincera y risueña. Llevaba un modesto sombrero de ala corta, y su vestido estaba envuelto en un abrigo de lana azul celeste. El marqués tomó su monóculo de forma instintiva, y Frederica, que estaba contemplando la escena con satisfacción fraternal, le presentó a su tía.

Sus sobrinos se vieron obligados a repetirle el nombre del marqués en voz alta. Cuando lo oyó, la señorita Seraphina Winsham miró a Alverstoke con hostilidad, y dijo con cara de asco:

—¡Ya veo! —A continuación añadió—: ¡Oh, lárgate de aquí!

Pero como, aparentemente, esta última frase iba dirigida a Lufra, que estaba brincando alrededor de la mujer, el marqués no se ofendió. Su ligera reverencia no tuvo otra respuesta que un brusco asentimiento y otra mirada hostil. Tras informar a Frederica que era tal como esperaba, la señorita Winsham salió muy ofendida de la habitación.

—¡Cielo santo! —dijo Frederica—. ¡Está de un humor de perros! ¿Qué le ha hecho enfadar esta vez, Charis? ¡Oh, discúlpeme, lord Alverstoke! ¡Le presento a mi hermana!

Charis sonrió al marqués y le ofreció la mano.

—¿Cómo se encuentra? Ha sido un joven muy educado de la biblioteca Hookham, Frederica, que me bajó un libro de la estantería porque no lo alcanzaba. Fue muy amable, e incluso tuvo el detalle de limpiarlo con un pañuelo antes de dármelo. Pero la tía pensó que era un petimetre y que pretendía seducirme. No tenían *Ormond*, así que he traído *El caballero de San Juan*. Pero estoy segura de que nos gustará.

Estas palabras fueron pronunciadas con una voz suave y tranquila. El marqués, cuya mirada crítica había visto desfilar a las bellezas de muchas temporadas, advirtió con aprobación que esta, la más deslumbrante que había visto nunca, no utilizaba ninguna artimaña para atraer, sino que, por el contrario, parecía ajena a sus encantos. Alverstoke había figurado durante años como el mejor partido del Mercado Matrimonial, y estaba acostumbrado a vérselas con todo tipo de artificios destinados a seducirle. Por eso le agradó tanto la despreocupación de la señorita Charis Merriville. Le preguntó si le gustaba Londres; ella respondió que le gustaba mucho, pero su atención estaba en otra parte, y no hizo ningún esfuerzo para prolongar la conversación. En lugar de eso dijo en tono de reproche:

—¡Felix, cariño, has perdido un botón del abrigo!

—¡Vaya por Dios! —repuso Felix, encogiéndose de hombros con impaciencia—. ¡Bueno, no importa!

—Pues no —concedió Charis—. Frederica le pidió al sastre que nos diera otro juego, ¿te acuerdas? Te lo coseré en un santiamén. ¡Ven conmigo! No querrás pasearte por la ciudad con esa pinta, ¿verdad?

Era evidente que al pequeño Merriville no le importaba pasearse por la ciudad con esta pinta; pero también que respetaba la autoridad de su hermana mayor cuando, en respuesta a su mirada de súplica, recibió un decidido asentimiento.

—¡Está bien! —dijo de mal humor. Pero antes de dejarse arrastrar por Charis, se despidió del marqués, diciendo—: Y me llevará a la fundición del Soho, ¿verdad, señor?

—Si yo no puedo, te acompañará mi secretario —replicó Alverstoke.

—¡Oh! ¡Gracias, señor! ¡Aunque sería mejor que me acompañara usted! —dijo Felix.

—¿Mejor para quién? —preguntó el marqués sin querer.

—Mejor para mí —respondió Felix con franqueza—. Seguro que a usted le enseñarán todo lo que quiera por ser un... un noble de segunda. Lo sé porque lo vi en un libro, que dice que los marqueses van detrás de los duques, así que...

Pero en ese momento, su disgustado hermano lo sacó del salón, deteniéndose para ofrecer una solemne disculpa a Alverstoke por la falta de modales de Felix. Como Lufra le seguía pegado a sus talones, y Charis ya se había retirado dirigiéndole una sonrisa de despedida, el marqués se quedó a solas con su anfitriona.

—En realidad sería mejor que le acompañara usted —dijo Frederica con aire pensativo—. Es un chico muy inquieto, ¿sabe? Nunca se sabe por dónde puede salir.

—Charles sabrá manejarle —respondió Alverstoke con indiferencia.

La señorita Merriville no parecía muy convencida, pero no dijo nada más. Era evidente que el marqués estaba distraído. Miraba fijamente la pared, y una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios. La sonrisa se hizo más amplia, hasta que de pronto dejó escapar una risita y dijo para sí:

—¡Por Júpiter, lo haré!

—¿El qué? —preguntó ella.

Era evidente que el marqués se había olvidado de su presencia. Al oírla la miró, pero en lugar de responderle, le preguntó bruscamente:

—¿Qué están haciendo aquí sus hermanos? ¿No deberían estar en el colegio?

—Supongo que sí —reconoció ella—. Pero a papá nunca se le ocurrió enviar a sus hijos al colegio. A él le educaron en casa, ¿sabe? Imagino que esa no le parecerá una buena razón para seguir el mismo camino con sus hijos (y si le soy sincera, a mí tampoco). Pero no quiero ser injusta con él, y sería una injusticia suponer que el pobre papá pensaba que sus... errores se debían a su educación. Además, no creo que fuera así —añadió con aire reflexivo—. Los Merriville siempre han tenido tendencia a la inestabilidad.

—¿Ah, sí? —preguntó el marqués con una sonrisa burlona—. ¿Entonces tienen un profesor particular para Jessamy y Felix?

—¡Oh sí, docenas de profesores! —respondió la señorita Merriville. La joven vio que el marqués la miraba con sorpresa, y se apresuró a tranquilizarle—. ¡Pero no todos a la vez! Uno detrás de otro, ¿entiende? ¡No sabe lo engorroso que es! El problema es que si son mayores, a los chicos no les gustan, porque no pueden participar en sus actividades deportivas; y si son jóvenes, solo quieren quedarse un mes o dos mientras buscan un empleo en un colegio, o en una de las universidades, o en cualquier otro sitio. ¡Y lo peor es que siempre se enamoran perdidamente de Charis!

—Ya me imagino.

La señorita Merriville asintió con un suspiro.

—Sí, y el problema es que ella no se atreve a rechazarlos. Es demasiado buena, y no puede soportar hacer daño a nadie... sobre todo a la gente como el pobre señor Griff, que era un joven tímido y muy torpe, con el cabello pelirrojo y una nuez que se movía de arriba abajo. Fue nuestro último profesor. Por el momento, los chicos están disfrutando de unas vacaciones, pero cuando

hayan visto todos los lugares destacados de Londres y se hayan acostumbrado un poco más a la vida en la ciudad, contrataré a otro profesor particular para ellos. Pero Jessamy es muy bueno, y estudia dos horas todos los días, porque quiere ingresar en Oxford cuando cumpla dieciocho años, ¿sabe? Un año antes que Harry.

—¿Harry está en Oxford?

—Sí, en su segundo año. Por eso pensé que era el mejor momento para venir a Londres. A Harry le vendrá muy bien ver un poco de mundo antes de instalarse en Graynard, ¿no cree? ¡Además, lo pasará de maravilla!

—Seguro —dijo Alverstoke, mirándola con un brillo en los ojos—. Mientras tanto, debemos pensar en su situación. Tengo pensado dar un baile en las próximas semanas, para celebrar la presentación en sociedad de una de mis sobrinas. Usted y su hermana asistirán, y serán presentadas en sociedad por mi hermana. De esa manera recibirán invitaciones para asistir a otras fiestas, a las que acudirán acompañadas de mi hermana. ¡Ah! Y también de mi prima, la señora Dauntry, cuya hija también va a hacer su presentación en mi baile.

A Frederica le temblaron los labios. Un deje de picardía brilló en sus ojos.

—¿Cuánto se lo agradezco! ¡Menos mal que Charis ha llegado a tiempo para conocerle!

—¿A que sí? —respondió Alverstoke—. ¡De lo contrario no me habría percatado del error que supondría mantener oculto un diamante en bruto como ella!

—¡Exacto! Y nada sería mejor para ella que hacer su presentación en su baile. Le estoy muy agradecida, pero no es necesario que me invite a mí también.

—¿Piensa recluirse en un convento?

—No, pero...

—Entonces es absolutamente necesario que asista al baile. Además, pienso que debería convencer a su tía para que las acompañe. Como no están viviendo en casa de mi hermana, sería muy extraño que aparecieran sin una acompañante. Su excentricidad no debe preocuparle...

—¡No me preocupa! —le interrumpió Frederica.

—... porque los excéntricos están de moda —prosiguió Alverstoke.

—Y aunque no lo estuvieran, tampoco me preocuparía. Pero no puedo evitar pensar que es posible que su hermana no esté de acuerdo.

El brillo en los ojos del marqués se hizo más acusado.

—¡Lo estará! —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Frederica.

—Créame, lo sé.

—No, no lo sabe, porque la idea se le acaba de ocurrir en este momento —dijo Frederica con brusquedad—. Me parece muy bien que esté tan seguro, pero a menos que su sobrina sea otro diamante en bruto, como usted dice, Charis la eclipsará. ¿Qué madre querría presentar a su hija en compañía de Charis?

Una sonrisa se dibujó en la boca del marqués, pero esa fue la única señal que reveló que la estaba escuchando. Tomó un pellizco de rapé y, mientras cerraba la caja, dijo:

—Aceptaré el parentesco entre nosotros... prima. Pero con eso no basta. Me ha sugerido que me haga pasar por el tutor de sus hermanos. ¡Está bien! Diremos que su padre los confió a mi

cuidado. ¿Pero por qué iba a hacer eso?

—Bueno, me dijo que usted era el mejor miembro de su familia —sugirió Frederica.

—¡Eso no sirve! Mis hermanas saben tan bien como yo lo remoto que es el parentesco entre nosotros. Tenemos que pensar algo mejor para satisfacer su curiosidad.

Frederica se dejó contagiar por la actitud del marqués, y dijo:

—¡Ya lo tengo! Papá le hizo un... favor, y hasta ahora no había podido devolvérselo.

—¿Qué clase de favor? —preguntó el marqués con escepticismo.

—Eso es algo que prefiere no revelar —repuso Frederica con aplomo—. ¡Especialmente a sus hermanas!

—¡Muy bien! —asintió él. El inquietante brillo en los ojos del marqués se transformó en júbilo—. Me siento en deuda con él, y por esa razón he asumido la tutela de sus hijos. —Notó que Frederica le dirigía una mirada astuta, y enarcó las cejas—. ¿Qué pasa?

—Nada. Solo estaba pensando que, si va a convertirse en nuestro tutor, le correspondería a usted buscar un profesor particular para Jessamy y Felix.

—No entiendo de eso. Además, mi tutela sería más bien extraoficial.

—¡Desde luego! —dijo Frederica—. Pero no veo por qué no podría resultarnos útil.

—¿Tengo que recordarle que he accedido a presentarlas en sociedad? ¡Ahí se acaba mi utilidad!

—¿Cómo iba a acabarse? Si pretende hacer creer que se siente obligado a protegernos, debe hacer algo más que invitarnos a Charis y a mí a un baile en su casa. Le estoy muy agradecida por habernos invitado, ¡aunque no lo habría hecho si Charis no le hubiera robado el corazón!

—Charis es una joven muy guapa —la interrumpió Alverstoke—, posiblemente la joven más guapa que he visto nunca. Pero si cree que la he invitado al baile porque me ha robado el corazón, está usted muy equivocada, prima Frederica.

—Eso espero —repuso ella, preocupada—. Es usted demasiado mayor para ella, ¿sabe?

—¡Desde luego! —replicó el marqués—. ¡Y ella demasiado joven para mí!

—¡Por supuesto! —concedió Frederica—. ¿Entonces por qué ha decidido invitarnos al baile?

—Eso, prima, no pienso decírselo.

Frederica le miró con el ceño fruncido, tratando de descifrar su rostro. Se sentía desconcertada. Al principio, el marqués no le había causado buena impresión. Tenía buena figura, iba vestido de manera exquisita y su rostro, aunque no apuesto, era distinguido. Pero sus modales le habían parecido distantes, y sus ojos fríos y desagradablemente cínicos. Hasta su sonrisa parecía despreciativa, pues curvaba los labios, pero sus ojos permanecían duros como el acero. Pero entonces había dicho algo que apeló a su sentido del humor, y el brillo metálico desapareció, y fue sustituido por una auténtica sonrisa. Aquello no solo suavizó su mirada, sino que le transformó de un aristócrata altivo en un caballero amable, con un agudo sentido del ridículo y unos modales encantadores. A los pocos minutos había recuperado su expresión anterior, pero no mostró ni una pizca de arrogancia cuando Felix irrumpió en el salón; respondió a sus preguntas y a las de Jessamy con paciencia y buen humor, y trató a sus hermanas con amabilidad. Soportó los desprecios de la señorita Winsham con indiferencia, y miró a Charis con profundo aprecio.

Frederica pensaba que era la admiración por Charis lo que le había hecho cambiar de opinión, pero no lograba adivinar qué había devuelto aquel brillo malicioso a sus ojos.

Le miró con aire dubitativo.

—¿Qué pasa? —preguntó el marqués, arqueando las cejas.

—¡Estaba pensando que ojalá fuera viuda! —exclamó ella con irritación—. Sí, y si tuviera una pizca de sentido común, lo sería.

La expresión que tanto disgustaba a Frederica desapareció, y el marqués la miró con ojos risueños.

—¡Ya tendrá tiempo para eso! —le aseguró.

—¡Eso no me sirve de nada! —repuso ella con impaciencia—. Si fuera viuda ahora... —se interrumpió, y le miró con una sonrisa—. ¡Qué cosas más terribles digo! Tengo una familia a mi cargo porque soy la mayor. Pero no soy una tirana, ni... una arpía. ¡O al menos eso creo!

—¡Por supuesto que no! —dijo el marqués en tono tranquilizador—. Estoy convencido de que lleva las riendas de la casa de manera admirable. Me gustaría que me explicara cómo piensa convertirse en viuda. O por qué desea serlo. ¿Acaso tiene un esposo escondido en alguna parte?

—¡Por supuesto que no! Quiero decir que debería haber fingido que era viuda. De esa manera podría acompañar a Charis, y usted no tendría que implicar a su hermana.

—¡Oh, no tengo ningún inconveniente en hacerlo! —dijo Alverstoke.

—¡Pero puede que su hermana sí! Al fin y al cabo, ni siquiera nos conoce.

—Eso habrá que remediarlo —dijo el marqués, extendiendo la mano—. Tengo que irme, pero dentro de un día o dos tendrá noticias mías. ¡Por favor, no haga sonar la campanilla! Recuerde que me he convertido en un miembro más de la familia, y no hace falta que se ande con formulismos. Yo mismo encontraré el camino a la puerta.

Pero no se vio obligado a hacer eso, porque Felix estaba esperándole en el recibidor, y le acompañó a su carruaje con suma cortesía, pues estaba empeñado en hacerle prometer que le llevaría a la fundición.

—No temas —dijo el marqués—. Irás.

—Sí, señor. ¡Gracias! Pero vendrá usted conmigo, ¿verdad? No su secretario.

—¿Para qué? Estoy seguro de que el señor Trevor sabe mucho más de fundiciones que yo.

—Sí, pero... ¡Por favor, venga conmigo, señor! ¡Será muy divertido!

El marqués se creía inmune a la adulación. Pensaba que la había experimentado en todas sus formas, pero descubrió que se equivocaba. La expresión de ansiedad y veneración en los ojos de un niño de doce años era nueva para él, y consiguió vencer todas sus reticencias. Alverstoke era capaz de mostrarse extremadamente despreciativo con las mujeres que se mostraban demasiado efusivas, y de hacer terribles desaires a los aduladores que se pasaban de la raya. Pero aunque sabía cuánto se aburriría en la fundición, se sintió incapaz de desairar a su último y más joven admirador. Aquello habría sido como propinar un puntapié a un cachorro confiado.

Así que el señorito Felix Merriville volvió a subir al salón, y le dijo a Frederica con aire triunfal que todo había salido bien. «El primo Alverstoke» iba a acompañarle a ver el elevador neumático, y además era un tipo estupendo.



Al día siguiente, el señor Charles Trevor se llevó un buen susto. Apenas veinte minutos después de que el administrador del marqués dejara en su escritorio un montón de informes y facturas, cuyo deber consistía en reducir a unas proporciones que resultaran tolerables a su noble patrón, Alverstoke irrumpió en su despacho, diciendo:

—Buenos días, Charles. ¿Conoce una fundición que hay en el Soho?

—¿Una fundición, señor? —preguntó el señor Trevor, sorprendido por aquella pregunta.

—Algo relacionado con la fundición de metales, supongo —explicó el marqués, dirigiendo su monóculo al montón de papeles que descansaba en el escritorio—. Por el amor de Dios, Charles, ¿por qué no me había dicho que estaba tan saturado de trabajo? ¿Se puede saber qué es todo esto?

—Día de vencimiento de pagos, señor —dijo Charles con una sonrisa—. El señor Coleford ha venido a verme, sabiendo que si le entregaba a usted estos papeles, no leería ni una sola palabra. Pero... ¿una fundición? ¿Necesita información sobre fundiciones? —De pronto se le ocurrió una idea, y miró a Alverstoke con un brillo en los ojos—. ¿Van a preguntarle sobre el tema en el Parlamento? ¿Quiere pronunciar un discurso sobre ello, señor?

—¿Qué cosas pregunta, Charles! —dijo el marqués—. ¿Usted cree que tengo el menor deseo de hacer eso?

—No, señor —respondió el señor Trevor con franqueza—. De hecho, no sabía que estaba interesado en el tema.

El marqués suspiró y negó con la cabeza.

—¿A veces sospecho que me considera usted un frívolo!

—Sí, pero... Quiero decir no, señor, por supuesto que no —se apresuró a decir el señor Trevor.

—Miente, Charles: ¡lo piensa! Y tiene toda la razón —dijo el marqués con tristeza—. No me interesan las fundiciones. Pero nunca es demasiado tarde para cambiar, y a partir de ahora pienso cultivar mi interés en ellas. ¿O no? Ahora que lo pienso, no era una fundición, sino un elevador neumático. ¿Sabe algo de elevadores neumáticos?

—No, señor, no lo sé. ¡Pero sí sé cuándo me está tomando el pelo!

—Se equivoca, Charles. En algún lugar del Soho hay una fundición que contiene un elevador neumático. Me gustaría verla. Aléjese de estos lamentables documentos y concíérteme una visita.

—¡Sí, señor...! ¡Por supuesto! —dijo el señor Trevor de manera mecánica.

—Sabía que podía contar con usted, Charles. Reconozco que me ha decepcionado un poco descubrir que no sepa nada sobre elevadores neumáticos, pero es posible que haya estudiado las calderas y las hélices.

Mirándole con mudo asombro, el señor Trevor sacudió la cabeza.

—¡Pero bueno, Charles! —dijo el marqués con desaprobación—. ¡Hay que poner remedio a eso! ¿Cómo pretende hacer carrera si no está al corriente de los inventos modernos? Debería viajar en barco de vapor para informarse de estos temas.

—Le agradezco sus consejos, señor —dijo su ofendido secretario—, pero no soy ingeniero, y no tengo ningún interés en las calderas. En cuanto a viajar en barco de vapor... ¡no lo haría por nada del mundo!

—Bueno, yo tampoco soy ingeniero —dijo el marqués—, y al igual que usted, tampoco viajaría en barco de vapor por nada del mundo. Pero tendrá que vencer sus escrúpulos, Charles, porque algo me dice que pronto tendrá que hacerlo.

—¿Pero por qué, señor? —preguntó Charles, medio riendo y completamente atónito—: Ya sé que está bromeando, pero...

—¡De eso nada!, Cuando le presente a mi último conocido, un... primo mío, verá que esto no es cosa de broma.

—¿Un... primo suyo? —balbuceó Charles—. Le ruego que me disculpe, señor, ¿pero a quién se refiere?

El marqués se detuvo en el umbral de la puerta, volvió la cabeza y, con una de sus enigmáticas sonrisas, dijo:

—Debería saberlo, Charles. Fue usted quien me pidió que fuera a visitar a sus hermanas. Así que si un día le toca acompañar a mi primo Felix a un viaje en barco de vapor, lo tendrá bien merecido. Pero tenía razón respecto a Charis: ¡es un diamante en bruto!

La puerta se cerró tras él, y el señor Trevor se quedó a solas, intentando sacar algo en claro de aquella conversación. Lo cual no fue mucho porque, aunque podía creer que el marqués, cautivado por la belleza de Charis Merriville, hubiera decidido hacerla objeto de su galantería, no podía creer bajo ningún concepto que llegara al extremo de entretener a su hermano para conquistarla. Normalmente, Alverstoke no necesitaba esforzarse demasiado para seducir a una mujer atractiva, porque la mayoría de ellas (pensó Charles con desaprobación) se peleaban por él. Si alguna vez recibía una negativa, se encogía de hombros y pasaba a otra cosa, pues solo coqueteaba por pura diversión, y el amor que podía sentir no era ni duradero ni profundo. En cuanto a sacrificarse, como ahora parecía estar haciendo, era algo tan impropio del marqués que Charles, que creía conocerle bastante bien, tuvo que admitir que le costaba creerlo. No se le ocurrió que milord hubiera podido sucumbir a los encantos de un mocoso insistente, y si esa idea se le hubiera pasado por la cabeza, la habría rechazado por absurda.

Entretanto, el marqués se dirigía a Grosvenor Place en su carrocín. Cuando llegó a la mansión encontró el landó de su hermana parado en la puerta, y a su hermana, acompañada de sus dos hijas mayores, a punto de subirse al vehículo.

—¡Vaya, he llegado justo a tiempo! —comentó—. ¡Detén tu partida cinco minutos, Louisa!

Lady Buxted, que seguía ofendida por la derrota que había sufrido de manos de su hermano, le saludó con frialdad, y añadió que no podía imaginar qué le traía por allí.

El postillón del marqués bajó corriendo a atender los caballos, y Alverstoke, después de apartar la manta que le cubría las piernas, descendió con soltura del carrocín, diciendo:

—¿Cómo ibas a imaginarlo? —dijo, mientras la miraba detenidamente—. ¡Te felicito, Louisa! Vas muy bien vestida, y me gusta mucho tu gorguera.

Es posible que lady Buxted condenara la obsesión de su hermano con la moda, pero no pudo evitar sentirse orgullosa. No era muy habitual que Alverstoke alabara sus gustos.

—¿Te refieres a mi *fraise*? —preguntó, tocándose la gorguera de lino plisado que sujetaba su barbilla—. ¡Me alegro de que te guste, Alverstoke!

El marqués asintió, como si diera por sentado que su hermana tenía que alegrarse.

—Vosotras dos sois Jane y... Maria, ¿verdad? —dijo, dirigiéndose a sus sobrinas—. ¡Esperad a vuestra madre en el carruaje! No la retendré mucho tiempo.

Lady Buxted, a la que no gustó el trato despectivo que Alverstoke dispensó a sus hijas, se debatió entre el deseo de mandar a su hermano al infierno y una profunda curiosidad. La curiosidad se impuso, y lady Buxted regresó a la casa, diciendo que solo podía concederle cinco minutos. El marqués no respondió, pero la siguió por las escaleras hasta llegar al salón. Lady Buxted no le invitó a sentarse.

—Y bien, ¿qué ocurre? —le preguntó—. Tengo que hacer unas compras, y...

—Más de las que tú te piensas —la interrumpió Alverstoke—. Lleva a tu hija mayor a la modista, y dile que le haga un vestido. ¡Y por el amor de Dios, Louisa, que no sea blanco, ni azul claro, ni rosa! ¡Tiene más pecas que nunca, y hay que vestirla de color ámbar, narciso o paja!

Al oírle, lady Buxted sintió una esperanza repentina, que le permitió ignorar la animadversión del marqués hacia las pecas de su hija. La sorpresa estuvo a punto de dejarla sin respiración, pero alcanzó a decir:

—¡Alverstoke! ¿Quieres decir... es posible que quieras decir que vas a celebrar un baile en su honor?

—Sí, eso quiero decir —repuso el marqués—. ¡Pero con una serie de condiciones, Louisa!

Sin prestar atención a este requisito, lady Buxted exclamó:

—¡Oh, mi querido Vernon, sabía que podía contar contigo! ¡Estaba segura de que todo era una broma! ¡Menudo granuja estás hecho! ¡Pero no pienso regañarte, porque sé que es tu forma de ser! ¡Oh, Jane se pondrá loca de alegría!

—Entonces no le digas nada hasta que no me haya ido —dijo el marqués con mordacidad—. ¡Y por el amor de Dios, no hagas tantos aspavientos! ¡Prefiero tus sermones a tus arrebatos! ¡Siéntate, y te diré lo que tienes que hacer!

Por un momento, pareció que lady Buxted iba a responderle con un desaire, pero solo por un momento. La perspectiva de presentar a Jane en un gran baile por el que no tendría que

desembolsar ni un penique le permitió ignorar la descortesía de su hermano. La mujer se sentó y desabrochó su abrigo color verde oliva.

—¡Por supuesto! —dijo—. ¡Tenemos tanto de qué hablar! ¿Cuándo será? Yo creo que convendría fijar una fecha al principio de la temporada.

—Estoy de acuerdo. Será el mes que viene, dentro de tres semanas.

—¿En abril? ¡Imposible! ¡Mayo es el mes de las fiestas elegantes!

—¿Ah, sí? —se burló el marqués—. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que mayo ya está bastante cargado de bailes, fiestas y salones de todo tipo?

—Eso también es verdad —reconoció lady Buxted, frunciendo el ceño—. Pero dentro de tres semanas aún no habrá empezado la temporada.

—Entonces empezará en Alverstoke House —repuso él fríamente—. Y si crees que andaremos escasos de compañía, estás muy equivocada, Louisa.

Lady Buxted sabía que su hermano era un árbitro de la moda, pero su comentario le pareció tan arrogante que le dieron ganas de hacerle un desaire. En lugar de eso se contuvo, y dijo:

—¡No sé cómo voy a hacerlo! Son tantos preparativos...

—¡No te preocupes por eso! No tendrás que hacer nada. Dale a Charles Trevor una lista con las personas que deseas invitar. Eso es lo único que tienes que hacer.

—Como el baile es para mi hija, supongo que yo seré la anfitriona —dijo lady Buxted con un deje de aspereza.

El marqués la miró con aire pensativo.

—¡Pues claro! Puedes ser la anfitriona, pero el baile no solo será en honor de Jane. Lucretia traerá a su hija mayor, y...

—¡Chloë! —exclamó lady Buxted, poniéndose en tensión—. ¿No te atreverás a decirme, Alverstoke, que debo este... cambio de opinión a las zalamerías de esa mujer?

—No, se lo debes a una circunstancia imprevista y tremendamente fastidiosa. ¿Te acuerdas de Fred Merriville?

—¿Fred Merriville? —preguntó ella, mirándole—. ¿Qué tiene que decir ese hombre de todo esto?

—¡El pobre no tiene nada que decir, porque por desgracia está muerto!

El rostro de lady Buxted enrojeció.

—¡Espero que no intentes jugarme una mala pasada, Alverstoke! ¡Estoy segura de que el hecho de que esté vivo o muerto no tiene nada que ver conmigo!

—Desgraciadamente tiene mucho que ver conmigo. Fred Merriville dejó a su familia a mi... cargo. Y son nada menos que cinco hermanos...

—¿Quieres decir que te nombró su tutor? —le interrumpió lady Buxted.

—¡Gracias a Dios, no! No es tan malo. Solo los confió a mi cuidado. Dos de ellos son mayores de edad, pero...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella—. ¡Debía de estar loco! ¡Confíártelos precisamente a ti! ¿Por qué demonios hizo eso?

—Bueno —dijo el marqués, sucumbiendo a las insinuaciones de su genio malvado—, por lo visto pensaba que yo era el mejor miembro de mi familia.

—¿Ah, sí? —soltó lady Buxted—. ¡No me extraña! ¿Qué otra cosa iba a pensar un sinvergüenza, un manirroto y un egoísta como Fred Merriville? ¡Lo recuerdo perfectamente! ¡Era un perfecto inútil! ¡Me estremezco solo de pensar la cantidad de disgustos que dio a sus padres! Y para colmo, cuando su familia había conseguido concertar un matrimonio ventajoso para él, ¡no se le ocurre otra cosa que fugarse con la hija de un insignificante provinciano! Sus padres se desentendieron de él, y no me extraña. No llegué a conocerlos, pero fue un escándalo en la ciudad. Creo que heredó el patrimonio más tarde, pero estoy segura de que se lo gastó todo en el juego. En cuanto a dejar a su familia a tu cargo, ¡me parece un desatino! ¡Mi consejo es que los repudies!

—Nada me proporcionaría mayor placer, pero no puedo hacerlo —repuso el marqués con calma—. Debo un favor a Fred Merriville, ¿sabes?, y nunca he tenido oportunidad de devolvérselo.

—¿Que tú le debes dinero a Fred Merriville? ¡No digas tonterías! Merriville nunca tuvo ni un céntimo, mientras que tú...

Alverstoke la interrumpió con disgusto.

—Deberías haberte casado con un comerciante, Louisa. Él podría haberte admirado, ¡yo no! ¿Es que no puedes pensar en otra cosa que no sea el dinero? ¿Tanto te cuesta entender que hay obligaciones más importantes que las monetarias?

Lady Buxted bajó los ojos al ver su mirada de desprecio, pero dijo con rabia:

—¡Sí, para ti es muy fácil hablar en ese tono de superioridad, siendo tan rico! ¡Si estuvieras en mi lugar, hablarías de otra manera!

—¡No me vengas con esas! —dijo el marqués—. ¡Olvidas que fui uno de los albaceas de lord Buxted! Te dejó más que suficiente para vivir, querida hermana. ¡Oh, no organices una de tus escenas! ¡No he venido a discutir contigo, de veras! De hecho, si me prestas tu ayuda con la familia Merriville, estoy dispuesto a sufragar la presentación de Jane. Supongo que querrás presentarla en uno de los salones de la corte.

Estas hermosas palabras evitaron que lady Buxted diera rienda suelta a su ira. Solo podían significar que Alverstoke estaba dispuesto a desembolsar la escandalosa suma que costaba un vestido de gala para su sobrina. Cuando su hermano le daba dinero, lo hacía generosamente; y milady, haciendo unos rápidos cálculos en su mente, se percató de que el coste de un vestido de gala como el que ella llevó en su presentación podía servir para cubrir el gasto adicional de varios vestidos de crespón y muselina, que su hija podría lucir en Almack's en su primera temporada. Aunque no consiguió aliviar su resentimiento, esta reflexión le permitió morderse la lengua, y se limitó a decir, con cierta frialdad:

—No logro imaginar qué pudo hacer Fred Merriville para que estés en deuda con él.

—Eso, Louisa, es algo que prefiero no revelar —dijo el marqués. Siguiendo las instrucciones que había acordado con la señorita Merriville, añadió, con un brillo malicioso en los ojos—: Especialmente a mis hermanas.

Lady Buxted no era una mujer perspicaz, pero fue una suerte que no estuviera mirando a su hermano en ese preciso momento.

—Me imagino que te ayudó a salir de un aprieto —se limitó a decir—. Por eso te sientes obligado a velar por el interés de sus hijos. ¡Debe de ser la primera vez en tu vida que reconoces

una obligación! Desde luego, cualquiera podría pensar que hay otras personas más allegadas, y con muchos más derechos, que también son dignas de tu generosidad. ¿Cuántos hijos has dicho que tiene?

—Cinco. Tres hijos y dos hijas. Son huérfanos, y por el momento residen en Upper Wimpole Street al cuidado de su tía. Imagino que su tía asumió esa responsabilidad después de la muerte de su madre, hace unos diez años. El hermano mayor ya es mayor de edad, y está estudiando en Oxford. Pero es su hermana la que (a menos que me equivoque) lleva las riendas de la casa. Creo que tiene unos veinticuatro años, y...

—¿Pretende vivir a tu costa! ¡Espero que disfrutes de tu obligación! ¿Piensas mantener a toda la familia?

—No pienso mantener a nadie, y tampoco me lo han pedido. ¡No puedes imaginar, Louisa, cuánto me divierte esta situación! Con los chicos no hace falta que haga nada. La señorita Merriville solo me ha pedido que ayude a su hermana y a ella a hacer su presentación en sociedad.

Lady Buxted le miró atentamente.

—¿Ah, sí? Y supongo que la señorita Merriville es muy guapa, ¿verdad? ¡Pero no hace falta ni que lo pregunte!

—Es una joven muy atractiva, aunque yo no la describiría como una belleza —repuso el marqués con indiferencia—. Pero no importa, porque no anda a la caza de un marido. Su única ambición es conseguir una boda respetable para su hermana, que es la más guapa de las dos. Dudo que pueda conseguirlo, porque su fortuna es muy escasa. Pero eso no es asunto mío. Habré cumplido con mi deber cuando, con tu ayuda, las haya presentado a las dos en sociedad.

—¿Y qué quieres que haga? —le preguntó lady Buxted.

—¡Oh, nada importante! Las presentarás en mi baile como primas tuyas, las acompañarás a Almack's cuando lleves allí a Jane y...

—¡A Almack's nada menos! —exclamó ella—. ¡Espero que le hayas dicho a tu protegida que eso es pedir un imposible! ¿O pretendes proporcionarles tú las invitaciones?

El marqués se mostró inmune a su sarcasmo.

—No. ¡Pero tú sí que podrías, Louisa! Me has dicho mil veces que tienes dos amigas entre las patrocinadoras.

—¿Proporcionar invitaciones a las hijas de Fred Merriville? ¡A quién se le ocurre! ¡Dos jóvenes sin un penique, que viven en Upper Wimpole Street y que además no son primas nuestras! Ya me parece el colmo que tengas que invitarlas al baile de Jane, pero llevarlas a Almack's... ¡No, Vernon! No quisiera ser descortés, pero...

—¡Mi querida Louisa, no hace falta que digas nada más! —la interrumpió Alverstoke, cogiendo su sombrero—. Por nada del mundo te pediría algo que pudiera molestarte. Olvídate de todo este asunto. ¡Es más, olvida que he venido a verte! Ahora, si me disculpas, tengo que dejarte.

Lady Buxted se levantó. La rabia y el temor luchaban por la supremacía en su mente.

—¡Espera, Alverstoke!

—No, ya me he entretenido demasiado. ¡Piensa en tus hijas, esperándote en el carruaje!

—¡Eso no importa!

—Bueno, confieso que a mí tampoco me importa. Lo que me preocupa es perder el tiempo. No puedo dedicar todo el día a este aburrido asunto. Además, si quiero ver a Lucretia antes de que se retire al sofá a recuperar fuerzas, tengo que irme ahora mismo.

Su hermana le agarró de un brazo y le clavó los dedos.

—¡No, Vernon! ¡Como te atrevas a nombrar anfitriona a esa mujer...!

—¡Suéltame, Louisa! —dijo él con impertinencia—. ¡Por supuesto que me atrevo, y estoy tan dispuesto a hacerlo que tus amenazas no tienen ningún poder sobre mí! ¿Por qué iban a tenerlo?

—¡Nunca te perdonaré! ¡Nunca! —declaró lady Buxted—. ¡Piénsalo por un momento! ¿Qué me importan a mí esas desgraciadas? ¿Por qué tendría que...?

—Nada en absoluto —repuso él, retirándole la mano del brazo.

—Ni siquiera las conozco —dijo la mujer con desesperación—. ¡Oh, eres un ser detestable!

El marqués soltó una carcajada.

—Sí, pero no soy un insensato. ¡Que es lo que eres tú, Louisa! ¡Venga, decídete! ¿Harás lo que te pido o no?

Lady Buxted escrutó su rostro, tratando de descubrir alguna señal de rendición. El marqués estaba sonriendo, pero su hermana conocía esa sonrisa.

—Naturalmente, estoy dispuesta a hacer lo que me pidas —dijo secamente, pero con dignidad—. No sé si podré conseguir invitaciones a Almack's para dos jóvenes a las que no conozco de nada... Pero si son presentables, haré lo que pueda...

—¡Así me gusta! —dijo Alverstoke, que seguía sonriendo, pero con mayor simpatía—. Viste a Jane con la mayor elegancia, y envíame la factura. No necesito conocer los detalles. Te traeré a la señorita Merriville para que te haga una visita. Estoy seguro de que te gustará. Tiene mucho sentido común... ¡y una gran determinación! ¡No olvides enviarle la lista a Charles!

Con esta recomendación, el marqués se marchó. En el camino fue barajando varias estratagemas para conseguir que la señorita Charis Merriville fuera excluida de su próxima visita a Grosvenor Place sin la oposición de su hermana mayor.

Pero el problema se resolvió más pronto de lo que esperaba, y sin necesidad de su intervención. La providencia, bajo el aspecto del perro Lufra, llevó a Frederica a Alverstoke House dos días más tarde, sin la compañía de Charis y a una hora que el marqués, que no era un gran madrugador, consideró intempestiva.

Como Jessamy cumplía estrictamente la norma de estudiar todas las mañanas, sus hermanas habían asumido la tarea de sacar a Lufra. Se lo llevaban a dar largos paseos por Londres, y si el animal no hubiera tirado tan fuerte de la correa, o se hubiera comportado mejor cuando lo soltaban, habrían podido disfrutar mucho más de estas excursiones. Como se habían criado en el campo, las dos estaban acostumbradas a hacer caminatas mucho más largas de las que podían hacerse en Londres. Todo era nuevo para ellas, y siempre que el tiempo se lo permitía, salían a la calle; Frederica a cargo de Lufra, y Charis armada con una guía de bolsillo. Contemplaban desde fuera los edificios, las mansiones y los monumentos a donde las conducía su inestimable librito, e incluso se aventuraban en la *city*, donde atraían mucha atención, pero nadie se atrevía a abordarlas. Ni el más descarado de los petimetres osaba acercarse a dos damiselas acompañadas

de un perro enorme y desgredado, que tiraba de la correa y exhibía una hilera de dientes magníficos entre sus fauces jadeantes.

Pero dos días después de la visita de Alverstoke a Grosvenor Place, Charis se despertó con dolor de garganta y una tos persistente. Y aunque bajó a desayunar, enseguida la enviaron de vuelta a la cama. La señorita Winsham declaró, al tercer estornudo, que había contraído uno de sus graves resfriados, y que a menos que quisiera sucumbir a una inflamación de los pulmones, debía retirarse de inmediato a su dormitorio.

Y eso fue lo que hizo. Mientras la señorita Winsham, que había ordenado a la cocinera que hiciera un pudín y unas gachas, estaba preparando una solución salina para la enferma, Frederica huyó de la casa. Sabía que, si, le comunicaba a su tía su intención de dar un paseo, se vería obligada a soportar una reprimenda por pensar que podía comportarse en Londres con la misma libertad que en Hertfordshire. Sin duda, la señorita Winsham intentaría convencerla de que se llevara a una de las doncellas o a Felix. Pero como Frederica pensaba que ya no tenía edad para necesitar una carabina, y había descubierto que las doncellas de Londres no eran aficionadas a los paseos largos y tonificantes, pensó que lo mejor sería marcharse, sin decirle a nadie más que a Buddle adónde iba. Buddle sacudió la cabeza y chasqueó la lengua con desaprobación, pero aparte de sugerir que la acompañara el señorito Felix, no hizo ningún esfuerzo para detenerla. Y como Felix ya le había pedido que le prestara media corona, que era el precio de la entrada al Museo Mecánico de Merlin (abierto todos los días de once a tres), su hermana declinó ofrecerle una invitación que sin duda sería rechazada.

Su destino era Green Park. Ni ella ni su hermana lo habían visitado aún, porque su guía solo lo mencionaba de pasada. Sí que describía con pleno detalle el Templo de la Concordia, que había sido erigido en el interior del parque con motivo de las celebraciones de paz de 1814. Pero como este monumento temporal había sido demolido hacía cuatro años, Charis pensó que no merecía la pena visitar Green Park.

Pero Frederica no se dejó influenciar por los tibios elogios que la guía dedicaba a los «senderos agradables» del parque, y decidió llevar a Lufra allí en vez de al elegante Hyde Park, donde los paseantes tenían la mala costumbre de quedarse mirando fijamente a las chicas guapas.

Arrastrada por su amigo canino, Frederica llegó a la puerta de Bath bastante cansada. Se alegró de liberar al animal de su correa, a la que no parecía acostumbrarse. Lufra dio un salto y empezó a avanzar en círculos, levantando su rabo plebeyo y buscando con ilusión el rastro de un posible conejo. Cuando Frederica rodeó el depósito del parque, Lufra le llevó un palo y la invitó a que lo tirara al agua para ir a recogerlo. Pero al ver que su ama no quería participar en el juego, el animal volvió a marcharse, y se alegró al descubrir que los objetos en movimiento que vislumbraba en la distancia eran tres niños, que estaban jugando con una pelota colorida y brillante. A Lufra le gustaban los niños, y también le gustaba perseguir pelotas. Avanzó hacia el grupo moviendo el rabo y levantando las orejas con expectación. Era un perro grande, y su rápido acercamiento puso a prueba el valor del miembro más joven del grupo, una niña pequeña. La niña profirió un grito de terror y corrió a buscar la protección de su niñera, que estaba cotilleando con una amiga al abrigo de los matorrales que rodeaban la caseta del guarda. Lufra se quedó sorprendido, pero dirigió su atención al más pequeño de los hermanos, que era el que sostenía la

pelota, y profirió un ladrido amistoso. El señorito John, que era como se llamaba el niño, dejó caer la pelota y salió corriendo detrás de su hermana con toda la rapidez que le permitieron sus piernas rollizas. Su hermano mayor se quedó donde estaba, apretando los dientes. Lufra corrió detrás de la pelota, la atrapó y la soltó a los pies del niño. El señorito Frank exhaló un suspiro de alivio y gritó a sus hermanos:

—¡Solo quiere jugar con nosotros, gallinas!

Acto seguido recogió la pelota con cuidado y la lanzó lo más lejos que pudo. No fue muy lejos, pero Lufra, aceptando el reto, salió corriendo tras ella y se la trajo de vuelta. El señorito Frank, mucho más tranquilo, acarició al perro con timidez. Lufra le lamió la barbilla, y estaba a punto de iniciarse una prometedora amistad cuando la niñera ordenó al señorito Frank que no tocara a aquel peligroso chuchó. El señorito John, que había tropezado y se había caído de bruces, empezó a llorar desesperadamente; y cuando Frederica quiso llegar, la ruidosa y animada escena estaba en pleno apogeo: la niñera gritaba, los niños lloraban y el señorito Frank se negaba a abandonar a su humilde compañero de juegos.

Frederica llamó al orden a Lufra, que regresó con la pelota. La joven se la arrebató y puso fin a las quejas de la niñera diciendo, con el tono de una persona que lleva muchos años dirigiendo una casa:

—¡Ya está bien! ¡Compórtese!

Luego se volvió al señorito John y dijo:

—Espero que no te hayas hecho daño. Ya sé que no estás llorando porque mi perro intentó jugar contigo, porque ya eres muy mayor para eso, pero acércate a darle la mano. ¡Así le demostrarás que no querías ser descortés cuando saliste huyendo de él! ¡Siéntate, Luff, y extiende la pata!

Obedeciendo a la presión de su mano, Lufra se sentó y agitó una de las patas. El señorito John dejó de llorar de repente y miró a Lufra con asombro.

—¿El perrito da la mano? —preguntó con incredulidad.

—¡Pues claro!

—¡Que me la dé a mí! —exclamó el señorito Frank—. ¡A mí no me da miedo!

El señorito John, muy disgustado, declaró que el perrito no quería darle la mano a él, y cuando la disputa se hubo solucionado, y los dos hermanos hubieron estrechado la pata de Lufra, la señorita Caroline, celosa, empezó a reclamar su derecho a dársela ella también. Después, Frederica le devolvió la pelota al señorito Frank y se alejó de la familia, seguida de la torva mirada de la niñera y de los ruegos de los niños, que querían que trajera al perrito al día siguiente.

La joven siguió su camino sin dejarse desanimar por el incidente, que sirvió para confirmarla en la idea de que los niños londinenses eran dignos de lástima, pues solo podían jugar con los perritos falderos de sus mamás. Hasta que no hubo rodeado los matorrales que protegían la caseta del guarda no se percató de que la guía de bolsillo la había traicionado. No hacía mención a un pequeño rebaño de vacas que, atendidas por sus correspondientes lecheras, eran (como descubrió más tarde) una conocida atracción del parque. Las vacas no solo proporcionaban una encantadora estampa rural a los londinenses, sino que sus acompañantes, vestidas con el atuendo característico

de las lecheras, dispensaban vasos de leche caliente a todo aquel que estuviera dispuesto a pagar la módica suma que costaba el privilegio de beber leche fresca.

Frederica se percató demasiado tarde de la traición de la guía. Lufra, que iba en cabeza, vio el rebaño antes que ella, y por un instante se detuvo, levantando las orejas y con los pelos de punta. La jefa del rebaño, que estaba a unos metros de él, bajó la cabeza con aire amenazante, y Lufra, sin poder o sin querer distinguir entre los machos y las hembras de las especies, emitió un sonido aterrador, a medio camino entre un ladrido y un aullido, y se lanzó al ataque.



Una mujer más cobarde habría huido en ese momento dejando a Lufra a su suerte, porque la escena que tuvo lugar a continuación fue verdaderamente espantosa. Acompañado de los gritos de las lecheras, las niñeras y varias señoras mayores, Lufra provocó la estampida de un rebaño de vacas lecheras. Por fortuna, el animal no repitió el acto heroico que le había valido su nombre, sino que, al descubrir que las vacas huían de él, se dedicó a perseguirlas, disfrutando de la única diversión que se le había ofrecido desde que llegó a Londres.

A Frederica ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de escapar, pero cuando, con ayuda del vaquero y los ayudantes del guarda, quiso atrapar y poner la correa al incorregible animal, supo que su situación era desesperada. La escena que había a su alrededor recordaba a una matanza: una de las señoras mayores había sucumbido a un ataque de nervios; otra exigía que llamaran inmediatamente a la policía; el vaquero lanzaba maldiciones contra ella; y los guardas declaraban su firme intención de encerrar a Lufra en la perrera a la espera de su ejecución. Para colmo, la niñera de las criaturas con las que Lufra había estado jugando vino corriendo atraída por la conmoción, y se apresuró a decir que el animal se había abalanzado salvajemente sobre los niños, los había asustado, les había robado la pelota y había hecho que el señorito John se cayera de bruces al suelo, y que por su culpa el niño se había lastimado las manos y se había manchado los pantalones.

—¡Tonterías! —dijo Frederica con desprecio.

Ni el vaquero ni los guardas hicieron mucho caso al testimonio de la niñera. Al vaquero solo le preocupaba su rebaño; y los guardas, cuando vieron las orejas gachas y el movimiento del rabo con que Lufra saludó a sus jóvenes amigos, no creyeron ni por un momento que el perro fuera peligroso. Les pareció un chuchó grande y escandaloso, lo bastante joven para seguir haciendo travesuras. En otras circunstancias, habrían pasado por alto su mal comportamiento. Pero las normas estrictas que regían los parques de Londres; la señora malencarada, que les rogaba que llamaran a la policía; su frágil hermana, que seguía sufriendo espasmos nerviosos; varios ciudadanos, que declaraban que no se debía permitir que los animales peligrosos anduvieran

sueltos; y un ejército de niñeras anónimas, que reclamaban venganza contra el animal salvaje que había alterado los nervios de sus nobles pupilos, les obligaron a adoptar medidas extremas. Entre un grupo de personas dispuestas a denunciar el incidente a la policía, y un chucho delincuente cuya dueña ni siquiera iba acompañada por un lacayo o una doncella, los guardas lo tuvieron claro: el perro, como comunicó el mayor de ellos a Frederica, quedaría a su cargo hasta que un juez se pronunciara sobre su destino.

Lufra, al que no le gustó ni el tono ni los avances del guarda, dejó de jadear, se incorporó y advirtió, con un gruñido amenazante, que cualquier intento de atacar a Frederica le costaría muy caro. Ante esta violenta demostración, el vaquero reaccionó exigiendo su ejecución sumaria, y el guarda ordenando a Frederica que «le quitara de encima a ese maldito chucho».

Entre las personas reunidas, ninguna salvo el vaquero sabía mejor que Frederica lo imperdonable que era el crimen de Lufra. Una mirada al encolerizado rostro de este individuo le bastó para convencerla de que suplicarle no serviría de nada. Temblando por dentro, dijo:

—¡Ándense con ojo! ¡Este perro pertenece al marqués de Alverstoke! ¡Es extremadamente valioso, y si le ocurre algo, milord se pondrá hecho una furia!

El guarda más joven, que se había formado su propia (y nada inexperta) opinión sobre el linaje de Lufra, dijo:

—¡Tonterías! ¡Este perro no pertenece a ningún marqués! ¡No vale ni medio penique! ¡Es un chucho, eso es lo que es!

—¿Un chucho? —exclamó Frederica—. ¡Permítame que le diga que es un mastín barcelonés de pura raza, traído a Inglaterra por una cuantiosa suma! Siento que haya perseguido a las vacas, pero... ¡solo estaba intentando pastorearlas! Esta raza se utiliza en España con ese propósito, y... ¡aún no está acostumbrado a las vacas inglesas!

—¿Tratando de pastorearlas? —preguntó el vaquero—. ¡Jamás en mi vida había visto nada igual! ¡Es usted tan desvergonzada como él!

El joven guarda no dudó en respaldar este veredicto. Dijo que era evidente que la señorita les estaba intentando engañar, y añadió que, aunque él no sabía nada de mastines barceloneses, sabía reconocer a un chucho cuando lo veía. También dijo, retomando su argumento inicial, que ningún marqués compraría un perro como Lufra.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo Frederica—. ¿Acaso conoce usted a mi primo, el marqués de Alverstoke?

—¡Qué descaró! —exclamó la señora malencarada—. ¡Decir que es la prima de un marqués cuando va paseándose sola por la ciudad! ¡Menudo cuento chino!

Después de estar discutiendo un buen rato, durante el cual el joven guarda apoyó a la señora malencarada; el vaquero dijo (varias veces) que, fuera marqués o no, tendría que pagar por los daños causados a sus vacas; el viejo guarda trató de ganar tiempo y un ciudadano corpulento vestido con una levita marrón sugirió que acudieran al marqués para confirmar la historia de la señorita.

—¡Excelente idea! —dijo Frederica, acalorada—. ¡Iremos a su casa ahora mismo! Está muy cerca de aquí, en Berkeley Square.

Si por él hubiera sido, el viejo guarda se habría olvidado del asunto en ese preciso momento. En su opinión, si la joven estaba dispuesta a recurrir al marqués, era porque efectivamente era su prima; y aunque sabía que eso no cambiaba las cosas, no estaba dispuesto a indagar más en el asunto. Si el marqués era el dueño del perro, podría pagar la multa y lo que el vaquero del señor Beal quisiera reclamar por los daños. Pero cuando uno trata con lores lo mejor es andarse con cuidado. El joven guarda, que fue el destinatario de esta confidencia, se quedó pensando; pero el vaquero aceptó resueltamente la invitación de Frederica, diciendo que (con todos los respetos) reclamaría sus derechos aunque el perro perteneciera a la reina. La señora malencarada, que estaba echando chispas por los ojos, dijo que si los guardas no sabían cuál era su deber, ella sí, y que informaría del asunto a las autoridades. Daba la impresión de que no quedaba más remedio que irse con la señorita. La señora malencarada anunció que ella también iba, y que si el marqués estaba dispuesto a recibirlos (algo que dudaba), le daría su opinión sobre el asunto.

Un lacayo les abrió la puerta de Alverstoke House. Era un joven muy profesional, pero cuando sus ojos repararon en la comitiva que esperaba al otro lado, estuvieron a punto de salirse de las órbitas. Manejando la situación con desenvoltura, Frederica dijo con una amistosa sonrisa:

—¡Buenos días! ¿Ha salido ya milord?

—No, señorita. Pero... —dijo el lacayo muy aturdido y con los ojos más abiertos que nunca.

—¡Gracias a Dios! —le interrumpió Frederica—. Supongo que le sorprenderá verme tan... bien acompañada. Yo misma estoy sorprendida. Tenga la amabilidad de decir al marqués que está aquí su prima, la señorita Merriville, y que desea hablar con él.

Acto seguido entró en la casa, invitando a sus compañeros a seguirla. Y tal era su seguridad que el lacayo se apartó de manera instintiva, sin oponer otra resistencia a la invasión de la casa de milord por parte de aquella extraña comitiva que balbucear que el marqués aún no había salido de su vestidor.

—Entonces tenga la amabilidad de decirle que se trata de un asunto urgente —dijo Frederica.

—¿Le... le importaría ver al secretario de milord? —preguntó el lacayo con un hilo de voz.

—¿Al señor Trevor? —preguntó Frederica—. No, gracias. ¡Limítese a transmitir mi mensaje al señor!

El lacayo nunca había oído hablar de la señorita Merriville, la prima del marqués, pero cuando esta mencionó el nombre del señor Trevor se quedó más tranquilo. Pensó que debía de tratarse de la prima del milord, aunque no podía entender qué estaba haciendo con una compañía tan extraña, ni por qué había traído a Alverstoke House a una pareja de guardas y un pueblerino. Tampoco sabía qué hacer con sus extrañas visitas: aunque tenía claro que debía conducir a la señorita Merriville y a su acompañante femenina al salón, no creía que al marqués, ni al distinguido y terrible señor Wicken, les gustara encontrar en la misma estancia a los acompañantes masculinos de la señorita Merriville.

El lacayo fue liberado de este dilema social por la digna aparición en escena del propio señor Wicken. Agradecido por primera vez en su vida de ver a su temible mentor, el joven se apresuró a informarle que era la señorita Merriville (la prima del marqués), y que deseaba ver al señor.

Puede que James el lacayo no hubiera oído hablar de la señorita Merriville, pero el señor Wicken no era tan ignorante. Él, el ayuda de cámara de milord, su administrador, su ama de llaves

y su postillón lo sabían todo sobre la familia Merriville; y lo que llamaban el último capricho del marqués había sido durante muchos días la comidilla del servicio. Además, el señor Wicken jamás perdía la compostura. Saludó a la señorita Merriville con una inclinación de cabeza, observó con aire impasible a la comitiva y atravesó el recibidor para abrir la puerta de la biblioteca.

—Informaré al marqués de su llegada, señorita. ¿Tendría la amabilidad de sentarse en la sala de lectura? Y usted también, señora —añadió con cortesía, saludando con la cabeza a la señora malencarada, a la que supuso una institutriz o, más probablemente, una carabina.

—Sí, y será mejor que estos señores pasen también —dijo Frederica.

—Por supuesto, señora... Como usted quiera —respondió el señor Wicken—. Aunque creo que estarían más cómodos en el recibidor.

Hasta el vaquero se mostró plenamente de acuerdo con esta opinión, pero Frederica no quiso ni oír hablar de ello.

—No, porque ellos también desean hablar con el marqués —dijo.

A continuación invitó a la señora malencarada a sentarse, y el señor Wicken, que no delató sus emociones ni por el más leve pestañeo, sostuvo la puerta para dejar pasar al resto de la comitiva.

Entretanto, James subió al vestidor del marqués y llamó a la puerta. Lo hizo con mucha suavidad, porque el marqués no podía soportar que llamaran a su habitación antes de las doce. No le quedó más remedio que volver a llamar, esta vez un poco más fuerte. El marqués no le invitó a entrar, pero le abrió su ayuda de cámara, que pareció ver su intrusión como una especie de sacrilegio y le preguntó, en voz baja y muy ofendido, qué quería.

—¿Se trata de algo urgente, señor Knapp! —susurró James—. ¡El señor Wicken me ha pedido que hable con milord!

Como sospechaba, estas palabras funcionaron como un pasaporte. El señor Knapp le dejó entrar, ordenándole, todavía en voz baja, que no se moviera de la puerta y que no hiciera el menor ruido hasta que él se lo dijera. Acto seguido regresó silenciosamente al tocador donde se hallaba sentado el marqués, ocupado en la importante tarea de anudarse el fular.

Solo sus hermanas pensaban que Alverstoke era un dandi. El marqués no adoptaba ninguna de las extravagancias que hacían ridículos a los miembros más jóvenes de este grupo, y que sin duda habrían disgustado al señor Brummell[7], en el caso de que este hombre singular hubiera seguido siendo el árbitro de la moda en Londres. El señor Brummell se había visto obligado a retirarse al continente por oscuras circunstancias y vivía en el anonimato, pero los elegantes de su generación no se habían apartado de sus principios. Alverstoke, que era tres años más joven, le había conocido en su extravagante juventud, y no había tardado en deshacerse de sus coloridos chalecos, sus brillantes alfileres y su colección de leontinas y sellos. Un hombre cuyo atuendo llamaba la atención, había dicho Brummell, no era un hombre bien vestido. Las prendas de lino, los abrigos de corte exquisito y los fulares anudados con maestría eran los sellos distintivos del hombre elegante. A partir de entonces, Alverstoke se sometió a estas sencillas reglas y, con práctica y paciencia, se ganó la fama de ser uno de los hombres más elegantes de la ciudad. Se negaba a adoptar disparates como los cuellos altos y almidonados en exceso, que dificultaban su visión y le hacían imposible girar la cabeza; o complicaciones como la corbata triangular u oriental. El

marqués había desarrollado su propio estilo para atarse el fular. Era un estilo discreto, pero tan exquisito que suscitaba la envidia de los más jóvenes.

James lo sabía, y como su ambición secreta era ascender al puesto de ayuda de cámara, la advertencia de Knapp fue innecesaria. Bajo ningún concepto habría molestado al marqués en ese momento, y no había nada en su actitud que le pareciera ridículo. Lo único que lamentaba era no haber llegado a tiempo para ver la habilidad con que el marqués doblaba el fular de muselina antes de atárselo al cuello. Era evidente que lo había hecho bien, porque Knapp guardó los otros seis fulares que tenía preparados en caso de que el marqués hubiera fallado en su primer intento. En ese momento, milord estaba mirando el techo. Fascinado, James contempló cómo bajaba gradualmente la barbilla y presionaba los pliegues de blanca muselina para darles su forma definitiva. Un día, el señor Knapp le confesó que lo único que hacía el marqués para conseguir esos pliegues tan bonitos era dejar caer la barbilla cuatro o cinco veces. Parecía fácil, pero el incipiente sentido estético de James le dijo que no lo era en absoluto. Contuvo el aliento mientras se desarrollaba la operación, y solo lo soltó cuando el marqués, después de inspeccionar con ojo crítico el resultado de su maestría, bajó el espejo y dijo:

—Sí, así está bien.

A continuación se levantó. Al tiempo que metía los brazos por el chaleco que sujetaba Knapp, dirigió una mirada a James.

—¿Y bien? —preguntó.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero la señorita Merriville desea verle de inmediato — confesó el lacayo—. ¡Dice que es urgente! —añadió.

El marqués parecía ligeramente sorprendido, pero se limitó a decir:

—¿Ah sí? Pues dígame que ahora mismo bajo. ¡Mi chaqueta, Knapp!

—De acuerdo, milord. Creo que le espera en la biblioteca.

James, que había renunciado con astucia a toda responsabilidad por el anómalo comportamiento de su superior, se retiró con aire circunspecto. Mientras extendía un pañuelo y se lo entregaba a Alverstoke, Knapp comentó que le extrañaba que el señor Wicken no hubiera conducido a la señorita Merriville al salón. Pero Alverstoke, cogiendo su monóculo y pasándose la cinta por encima de la cabeza, se limitó a decir que seguramente Wicken tendría sus razones.

Varios minutos más tarde, elegantemente vestido con una chaqueta azul oscuro que parecía amoldarse perfectamente a su cuerpo, unos pantalones claros y unas botas relucientes, Alverstoke bajó las escaleras. Wicken le estaba esperando.

—¿Por qué la ha llevado a la biblioteca, Wicken? —preguntó—. ¿No cree que mi prima se merece esperar en el salón?

—Desde luego, milord —repuso el señor Wicken—. Pero la señorita Merriville no está sola.

—Ya me imagino.

—No me refiero a la mujer que la acompaña, milord. Hay tres personas más, a las que pensé que sería más apropiado conducir a la biblioteca que al salón.

Alverstoke, que conocía a su mayordomo desde la más tierna infancia, no cayó en el error de suponer que esas personas pertenecían al ámbito académico. Otras personas menos familiarizadas

con el señor Wicken podían pensar que su rostro era impenetrable, pero Alverstoke adivinó que su mayordomo condenaba profundamente la compañía de la señorita Merriville.

—¿Y quiénes son? —preguntó.

—Eso no sabría decirlo, señor. Aunque, a juzgar por su atuendo, hay dos que parecen desempeñar un trabajo oficial.

—¡Cielo santo! —dijo Alverstoke.

—Así es, milord. También hay un perro... un perro muy grande. No fui capaz de reconocer la raza.

—¡Dios mío! Me pregunto qué demonios... —el marqués hizo una pausa—. ¡Algo me dice que me espera algo muy peligroso en la biblioteca, Wicken!

—¡Oh no, milord! —dijo el señor Wicken en tono tranquilizador—. No parece un perro peligroso.

El mayordomo abrió la puerta de la biblioteca y la sostuvo para dejar pasar a Alverstoke. A continuación se llevó un pequeño susto porque, mientras Alverstoke observaba a la comitiva desde el umbral de la puerta, Lufra, que estaba a los pies de Frederica, reconoció en él a la amable visita cuyos mágicos dedos habían localizado el punto de su espina dorsal que no podía rascarse por sí mismo y, soltando un ladrido, se levantó y corrió hacia él. Solo por un instante pensó Wicken que el perro pretendía atacar al marqués. Pero la señora malencarada, sin prestar atención a sus orejas gachas y al movimiento de su rabo, se puso a gritar, y dijo que eso confirmaba lo que venía diciendo desde el principio: que era un animal salvaje y que había que sacrificarlo.

—Te lo agradezco mucho, Lufra —dijo el marqués, tratando de poner freno a su entusiasmo—, pero ya es suficiente. ¡Al suelo, Luff! ¡Al suelo!

Los guardas intercambiaron una mirada significativa. No había duda: el perro pertenecía al marqués. Frederica, pensando que Lufra ya había hecho bastante para compensar su mal comportamiento, se levantó y se acercó a Alverstoke, diciendo:

—¡Oh, primo, no sabes cuánto me alegra encontrarte en casa! ¡Este maldito perro tuyo me ha metido en un buen lío! ¡No pienso ofrecerte nunca más a sacarlo a pasear!

Para su profundo alivio, el marqués reaccionó con total naturalidad. Mientras se agachaba a acariciar a Lufra, se limitó a decir:

—¡No me asustes, Frederica! ¿Qué ha hecho?

Tres personas respondieron al unísono. El marqués las interrumpió.

—Si quieren que les entienda, tendrán que hablar de uno en uno —dijo.

Frederica y el vaquero guardaron silencio, pero la señora malencarada no se dejó amilanar tan fácilmente. Dijo que ya podían hablar todo lo que quisieran de mastines barceloneses, pero que ella no se creía ni una palabra; y que adónde íbamos a llegar si una no podía salir a pasear por el parque sin que la atacara un perro salvaje.

El marqués recurrió a su arma más letal: su monóculo. Muchos hombres decididos palidecían ante aquella lente escrutadora. La señora malencarada no palideció, pero se quedó sin palabras.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo el marqués—. Tengo muy mala memoria, pero creo que no tengo el placer de conocerla. ¡Prima, te ruego que me la presentes!

Frederica, que estaba rectificando su primera (y poco favorable) opinión sobre el marqués, se apresuró a responder:

—¡No puedo, porque no tengo ni idea de quién es, ni de por qué ha venido aquí! A menos que quisiera comprobar que efectivamente eres mi primo, lo cual parecía dudar.

—A mí no me parece una buena razón —dijo el marqués—. Pero, si por algún motivo que desconozco, señora, tenía alguna duda al respecto, le diré que la señorita Merriville y yo somos primos.

—¡Eso no es de mi incumbencia, señor! —replicó ella, enrojeciendo—. ¡Es más, si no hubiera pensado que era mi deber, no habría venido! ¡O si no hubiera visto más claro que el agua que cuando la señorita Merriville habló de su primo el marqués, esos... mentecatos se mostraron dispuestos a permitir que ese animal salvaje atacara a todo el mundo!

Los guardas emitieron un débil murmullo de protesta, pero el marqués los ignoró.

—No sabía que era tan peligroso —comentó—. Espero que no haya resultado herida, señora.

—Yo no he dicho que me haya atacado a mí, pero...

—¡No ha atacado a nadie! —la interrumpió Frederica.

—¿Ah, no? Y supongo que tampoco tiró a ese pobre niño, ni asustó a todos esos pequeños inocentes. ¡Por supuesto que no!

Frederica soltó un resoplido.

—No, no tiró a ese pobre niño. Como es lógico, los niños se asustaron al principio, pero cuando vieron que Lufra solo quería jugar con ellos, enseguida se recuperaron del susto. ¡De hecho, me pidieron que lo llevara al parque al día siguiente!

—¡A las que atacó fue a mis vacas! —exclamó el vaquero—. ¡Y usted venga a decir que las estaba pastoreando, señorita, y que le habían enseñado a hacerlo en España! ¡Lo cual es falso! No es que haya estado en España (ni pienso hacerlo, porque no soporto a los extranjeros), pero las vacas son iguales en todas partes, y ni el bárbaro más ignorante enseñaría a un perro a pastorear un rebaño como lo ha hecho ese animal. Ese de ahí, el señor Munslow, dijo (con perdón de milord) que era un chucho, ¡pero yo lo único que digo es que no es un mastín, ni de Barcelona ni de ninguna otra parte!

El joven guarda aseguró, retorciendo la gorra entre las manos y lanzando una mirada suplicante al marqués, que no pretendía ofenderle, pero que la señorita había dicho que el perro era un mastín de Barcelona, lo cual (dijo, exhalando un firme suspiro) no podía creer por nada del mundo.

—No me extraña —dijo el marqués—. Por supuesto que no es un mastín —se volvió hacia Frederica, y dijo con un profundo hastío—: ¡Mira que eres despistada, prima! ¡Es un sabueso, no un mastín, y te dije que no era de Barcelona, sino de Baluchistán! ¡De Baluchistán, Frederica!

—¡Cielo santo! ¡Es verdad! ¡Se... seré tonta! —balbuceó ella.

Ninguno de los guardas pareció insatisfecho con aquella explicación. El mayor dijo que eso lo explicaba todo; el más joven recordó a la comitiva que él había dicho desde el principio que no era un perro español. Pero el vaquero estaba claramente insatisfecho, y la señora malencarada dijo con indignación:

—¡Ese país no existe!

—¡Oh, sí! —dijo el marqués, al tiempo que se acercaba a la ventana y hacía girar un globo terráqueo—. ¡Venga y compruébelo por usted misma!

Todo el mundo obedeció a su invitación.

—¡Tenías que haberme dicho que era un perro asiático, primo! —dijo Frederica en tono de reproche.

—Conque asiático, ¿eh? —dijo el viejo guarda, agradeciendo la aclaración—. Entonces es un perro indio.

—Bueno, no exactamente —dijo Frederica—. O al menos eso creo. Es de esta zona, ¿ve? Es una región muy salvaje. Hubo que traerlo de manera ilegal, porque los nativos son muy hostiles. Por eso les dije que era un perro muy valioso. De hecho, es el único perro de Baluchistán que hay en este país, ¿verdad, primo?

—Eso espero —dijo el marqués con aspereza.

—¡Eso no hace más que empeorar las cosas! —declaró la señora malencarada—. ¡A quién se le ocurre llevar animales extranjeros al parque! ¡Y encima adquiridos de manera ilegal! No tengo ningún reparo en decirle que desaprubo semejantes prácticas, milord, y que pienso informar de ello al servicio de aduanas.

—Me temo que no hay servicio de aduanas —dijo el marqués a modo de disculpa. Regresó tranquilamente a la chimenea y estiró la mano hacia el tirador de la campanilla—. Tampoco hay servicio postal. Supongo que podría enviar a un mensajero, pero le saldría muy caro, y lo más probable es que lo asesinaran sin más. Realmente es muy difícil aconsejarle en este caso.

—¡Me refiero a la aduana inglesa, milord! —dijo la señora, fulminándole con la mirada.

—¡Pero eso no serviría de nada! Yo no introduje al perro en el país de manera ilegal. Me limité a sacarlo ilegalmente de Baluchistán.

—¡En cualquier caso, no tiene derecho a dejar animales salvajes sueltos por el parque —dijo la mujer, cuya voz temblaba de rabia—, y pienso informar de ello a las autoridades competentes, milord!

—¿Qué me importa a mí que se ponga en ridículo, señora? Además, sigo sin entender qué le importa a usted este desafortunado asunto. Me ha dicho que mi perro no la atacó, y me lo creo; me ha dicho también que vino a mi casa porque, al conocer mi título, supo que estos hombres (a los que calificó de mentecatos) estaban dispuestos a permitir que el perro atacara a todo el mundo, ¡y eso no me lo creo! Me da la impresión de que se ha metido usted en un buen lío. Si me pidieran que diera cuenta de esta entrevista, diría que estos hombres vinieron a informarme del mal comportamiento de mi perro, y a decirme que iban a encerrarlo. Pero como venían acompañados, por motivos que desconozco, por una señora entrometida, que carecía tanto de modales como de sentido común, y que se creyó con derecho a usurpar su autoridad, no pudieron manifestarme sus quejas. —El marqués echó un vistazo a la puerta abierta, donde Wicken estaba esperando muy serio y tratando de adivinar sus intenciones—. ¡Tenga la amabilidad de acompañar a esta señora a la puerta! —le dijo—. ¡Y dígame al señor Trevor que venga!

Después de este discurso magistral, que Frederica escuchó con asombro y los guardas con aprobación, la señora malencarada empezó a tartamudear. Nunca en toda su vida se había sentido tan insultada, trató de informar al marqués. Pero milord, que había perdido el interés en ella, se

limitó a tomar un pellizco de rapé. Wicken interrumpió el incoherente discurso de la señora, y dijo con una voz desprovista de emoción:

—¡Acompáñeme, señora!

La señora malencarada salió de la biblioteca con las mejillas teñidas de un rubor escarlata. Nadie, y menos el señor Wicken, se sorprendió de su rendición. El joven guarda le confesó más tarde a su superior que menos mal que alguien había tenido el valor de enfrentarse a esa vieja bruja.

Pero el vaquero, que en general se mostraba de acuerdo con la expulsión, no estaba en absoluto satisfecho. Empezó a explicar al marqués la gravedad del crimen de Lufra, las terribles consecuencias que podía acarrear el hecho de asustar a unas vacas lecheras, y el destino que le esperaba a manos del dueño si este descubría que habían sufrido el menor daño.

—¡No creo que sea tan grave! —dijo Frederica—. Escuchándole, da la impresión de que el perro persiguió a las vacas por toda la ciudad, lo cual es falso. Además, si usted decide llevar a sus vacas a un parque público, debe atenerse a las...

—¡No digas nada más, prima! —intervino el marqués, aprovechando para vengarse—. Te dije que llevaras a Lufra a Hyde Park, y te hago enteramente responsable de este lamentable asunto.

Frederica, que había buscado refugio en su pañuelo, dijo con voz temblorosa que tenía razón.

—¡No se preocupe! —dijo el marqués, dirigiéndose al vaquero—. ¡Me encargaré de este asunto! ¡Pase, Charles!

—¿Me buscaba, señor? —preguntó el señor Trevor, considerablemente sorprendido por la escena que se encontró.

—Sí. Este perro mío de Baluchistán, que mi prima se ofreció a pasear, me ha metido en un buen lío. Lamento decir que... ha faltado al respeto a unas vacas de Green Park.

Puede que el señor Trevor se quedara sorprendido por un momento, pero no era ningún tonto, y no hizo falta que el marqués le lanzara una mirada de advertencia bajo sus indolentes párpados para ponerle sobre aviso. El joven dijo con mucha tranquilidad que lo lamentaba; y cuando miró al perro de Baluchistán, que estaba olisqueando sus piernas con mucho interés, la gravedad de su expresión solo se vio perturbada por una ligera sonrisa.

—¡Muy bien! —dijo milord—. Sabía que le sorprendería, pero estoy convencido de que puedo dejar el asunto en sus manos. —Luego sonrió, y añadió en voz baja—: ¡Siempre puedo contar con usted, Charles! —A continuación se volvió a sus demandantes, y dijo—: Confío en que el señor Trevor lo solucione todo a su gusto. ¡Acompáñenle a su despacho! ¡Son dos guardas y un pastor, Charles!

El marqués se despidió de sus visitas, que partieron de buena gana, interpretando que serían recompensados con generosidad, y pensando que el señor Trevor sería más fácil de tratar que el marqués.

Charles les invitó a salir de la biblioteca, y una vez que hubieron salido, se detuvo un momento mirando a Frederica.

—¿A cuánto ascienden los daños, señorita Merrville?

Cuando Frederica emergió de su pañuelo, su rostro no estaba lloroso, sino sonriente.

—¡Oh, no creo que hiciera ningún daño a las vacas, porque lo atrapamos antes!

—En ese caso...

—¡No, Charles! —intervino el marqués—. Mi único deseo es librarme de este asunto cuanto antes. Este no es momento para regatear.

—¡Le aseguro que se librá de ello, señor! —dijo Charles alegremente antes de retirarse.

—¡Qué joven más eficiente! —exclamó Frederica.



— ¡Desde luego! —reconoció Alverstoke.
Frederica le miró.

— ¡Sí, y tú también! ¡Has sido verdaderamente espléndido, y te estoy muy agradecida! ¡Ah, y te pido disculpas por inmiscuirte en este asunto! Pero estaban amenazando con encerrar a Luff, ¡e imagínate las consecuencias! Por eso les dije que era tuyo. —Una carcajada surgió de su garganta—. ¡Como *El gato con botas*!

— ¿Como qué? —preguntó el marqués.

— ¡Mi primo, el marqués de Alverstoke! —le explicó Frederica—. ¡Ya sabes!

— Debo de ser muy estúpido, porque... —el marqués se detuvo al caer en la cuenta, y dejó de fruncir el ceño—. ¡Ah! ¡Te refieres al marqués de Carabás!

— ¡Claro! ¡Y funcionó! Salvo con esa horrible criatura a la que echaste con cajas destempladas. Nunca en mi vida había oído algo tan descortés, pero reconozco que me encantó —dijo, sonriendo—. ¡Oh, y estuve a punto de echarme a reír cuando dijiste que Luff era un perro de Baluchistán! ¡Y es lo que deberías ser, perro malvado! Agradecido, Luff se incorporó sobre las patas traseras y le lamió la cara. Frederica apartó las patas de sus rodillas y se levantó.

— ¡Eres un chucho desvergonzado! —le dijo. A continuación miró a Alverstoke y le ofreció la mano—. ¡Gracias! —dijo con una sonrisa—. Ahora tengo que irme. Me dirás cuánto ha tenido que pagar el señor Trevor a esos hombres, ¿verdad?

— ¡Un momento! —dijo el marqués—. No me has explicado qué hacías paseando sola, prima.

— No —admitió Frederica—. Y tú tampoco me has explicado por qué debería importarte.

— Y sin embargo estoy dispuesto a hacerlo. Ignoro cuáles son las costumbres en Hertfordshire, pero en Londres, las jóvenes de tu edad y posición no pueden pasear solas por la ciudad.

— Bueno, normalmente no voy sola, y desde luego, nunca permitiría a Charis que lo hiciera. Pero ya no soy una niña. Es posible que a ti te lo parezca, porque eres mucho mayor que yo, ¡pero te prometo que dejé de ser una jovencita hace muchos años! En cualquier caso, no tengo por qué darte cuenta de mis actos, primo Alverstoke.

—¡Ya lo creo que sí! —replicó el marqués—. ¡Si quieres que te presente en sociedad, Frederica, tendrás que someterte a las normas sociales! O haces lo que te ordeno, o me desentenderé de ti. Si lo que pretendes es dar que hablar, búscate a otro protector.

Frederica le miró con la boca abierta, avergonzada. Pero, independientemente de lo que fuera a decir, se mordió la lengua y cerró los labios con firmeza. Después de una pausa logró sonreír, y dijo:

—Seguro que estarías encantado de deshacerte de nosotros después de la aventura de hoy.

—¡Oh, no! —respondió él con frialdad—. ¡Quítate esa idea de la cabeza!

—Eso es precisamente lo que no puedo hacer, aunque me encantaría, porque nada me molesta más que tener que morderme la lengua —dijo Frederica—. No me importaría ponerme a discutir contigo, pero no soy tan desconsiderada. ¡Aunque debo decir que tú sí lo eres! —añadió con franqueza.

—¿Por qué? —preguntó el marqués, que estaba empezando a divertirse.

—¡Porque cuando me has pinchado de esa manera, sabías muy bien que me vería obligada a hacerte un desaire!

Alverstoke soltó una carcajada.

—¿Crees que podrías?

—¡Desde luego! Puedo hacer comentarios muy cortantes cuando me enfado.

—¡Seré capaz de soportarlos!

Frederica sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No, ya se me ha pasado. Si te soy sincera, creo que me he ofendido porque mi tía dice exactamente lo mismo que tú: que nada molesta más que saber que uno no tiene razón. ¿Verdad?

—No lo sé. Nunca lo había pensado.

Frederica parecía sorprendida, pero decidió no ahondar más en el asunto.

—De acuerdo, a partir de ahora intentaré no avergonzarte. El problema es que Charis ha contraído uno de sus resfriados y Jessamy, como bien sabes, estudia todas las mañanas: por eso Charis y yo nos llevamos a Luff de paseo. El pobre necesita hacer mucho ejercicio, ¡mucho más del que puede hacer en Londres!

—¿Y por qué no te llevas a Felix, o a una dama de compañía?

—No tengo dama de compañía. Solo las doncellas, y todas son londinenses. Es una lata salir a pasear con ellas, porque van muy despacio, y siempre se están quejando de que les molestan los zapatos. Me habría llevado a Felix, pero se ha ido a ver el Museo Mecánico. ¡Además, si hubiera insistido en que me acompañara, habría ido quejándose todo el camino! ¡Por favor, no me mires así! ¡No volveré a hacerlo!

—Necesitas un lacayo —dijo el marqués, frunciendo el ceño.

—¿Para qué? ¿Para protegerme? ¡De eso ya se encarga Luff, te lo prometo!

—Para que te atienda, para que te lleve los paquetes, para que entregue tus cartas...

—¡Quieres decir que necesito un lacayo para darme importancia!

—Eso también —respondió el marqués.

Frederica se quedó pensativa, y al cabo de un momento sonrió con cierta tristeza.

—¡Para dar una imagen respetable, como dice Buddle! Él insistió en que trajera a Peter, pero lo dejé en Graynard, por un lado porque el señor Porth estaba deseando contratarlo, y por otro porque me pareció un gasto innecesario. Pero reconozco que necesito un lacayo para Buddle. Está muy mayor para estas horribles casas de Londres.

—¿El gasto te supone un problema? —preguntó el marqués sin rodeos.

—¡Oh, no! Contrataré a un lacayo para que ocupe el puesto de la criada que está ayudando a Buddle.

—¡No, déjame a mí! —dijo el marqués—. Contratar a un lacayo en Londres no es tarea para jóvenes inexpertas.

—Te lo agradezco. Pero no hace falta que te molestes.

—No me molesta. El señor Trevor encontrará a la persona idónea y la enviará a ver a Buddle.

—Entonces le estaré muy agradecida al señor Trevor —dijo Frederica, extendiendo la mano de nuevo—. Adiós, primo.

—¡Todavía no! A menos que tengas algo importante que hacer, me gustaría acompañarte a casa de mi hermana. Está deseando conocerte, y me parece un buen momento para llevarte.

—Pero... ¿y Charis? —preguntó Frederica, asustada—. ¿No debería venir también? Lady Buxted pensará que es una descortesía que no venga cuando ha accedido a presentarla en tu baile.

—¿Cómo va a pensar eso cuando le expliquemos las circunstancias? Pensará que es mucha mayor descortesía demorar la visita.

—¡Sí, pero Charis estará recuperada en un día o dos!

—Eso espero. Por desgracia, mañana me marcho a Newmarket, y estaré fuera toda la semana. ¡Aplazar la visita hasta que estemos a una semana del baile sería una falta de respeto, te lo aseguro!

—¡Desde luego! —dijo Frederica, consternada—. ¡Cielo santo, pensará que no tenemos modales! ¡Pero yo no voy vestida para hacer visitas!

El marqués levantó su monóculo y la observó a través de él. Frederica iba vestida con un abrigo castaño, unos botines naranjas de tela y un primoroso sombrerito tocado por una pluma de avestruz.

—Yo no veo nada raro —dijo, bajando su monóculo.

—¡Puede que tú no, pero lady Buxted pensará que voy hecha un adefesio! En los últimos dos años me he puesto mucho este abrigo.

—No hace falta que se lo digas.

—¡Desde luego que no! —dijo ella, muy acalorada—. ¡Lo sabrá nada más verme!

—¿Cómo iba a saberlo? Yo no lo he notado.

—¡Porque es una mujer, por eso! ¡Vaya pregunta!

Al marqués se le iluminaron los ojos de malicia.

—¡Me subestimas, Frederica! ¡Conozco mucho más la moda femenina que mi hermana, te lo aseguro! ¿Quieres que te lo demuestre? ¡Muy bien! Tu abrigo no está a la última moda, tus botines son de tela, no de cabritilla, y has añadido una pluma teñida de naranja al sombrero para que haga juego con los botines. ¿Me equivoco?

Frederica lo miró muy seria.

—No, y mi tía Scrabster tampoco.

—¿Ah sí? ¿Te ha prevenido contra un calavera como yo? ¡Te prometo que no tienes nada que temer!

Frederica soltó otra de sus carcajadas.

—¡Ya lo sé! ¡No soy lo bastante guapa! —La joven lo miró fijamente, pero una arruga se formó entre sus cejas—. Charis sí lo es —dijo con aire pensativo—. Pero... aunque me llames inexperta, ya no soy ninguna niña, ¿sabes? ¡Sé que jamás intentarías seducirme!

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó el marqués en tono de burla.

—Bueno, la verdad es que no estoy muy familiarizada con los calaveras. De hecho, nunca había conocido a ninguno. Pero no soy tan tonta para ignorar que eres un caballero, ¡por muchas barbaridades que digas! Es más, no me extrañaría que esa falta de tacto se deba a que te has criado entre algodones.

Alverstoke se quedó tan sorprendido que por un momento no dijo nada.

—Bueno, supongo que me lo merezco —dijo al fin, con una irónica sonrisa—. ¡Acepta mis disculpas, prima! ¿Puedo acompañarte ahora a casa de mi hermana?

—Bueno... —respondió Frederica con vacilación—. Si crees que no le molestará... ¡Oh, no! ¡Te olvidas de Lufra! ¿Cómo voy a entrar en el salón de lady Buxted con un perro de campo? ¡No pienso hacerlo!

—¡Por supuesto que no! Uno de mis criados lo llevará de vuelta a Upper Wimpole Street. Yo me encargaré. ¡Toma asiento! Solo tardaré unos minutos.

El marqués salió de la biblioteca mientras hablaba, pero aunque el segundo lacayo fue corriendo a los establos, Frederica tuvo que esperar más de veinte minutos a que la guiaran al carruaje de milord. La seguían los aullidos de protesta de Lufra, al que James había atado con una correa. Pero la joven ignoró su frenética llamada con resolución, y se limitó a decir:

—Le has dicho a James que no debe soltarlo bajo ningún concepto, ¿verdad?

—Sí, se lo he dicho. Y tú también —respondió Alverstoke, al tiempo que se sentaba a su lado—. A Grosvenor Place, Roxton.

—El problema es que aún no se ha acostumbrado al tráfico de Londres —confesó Frederica mientras el marqués cerraba la portezuela del carruaje—, y no entiende que debe ir por la acera. Y cada vez que ve un gato o un perro al otro lado de la calle, se pone a cruzar entre los carruajes y los cocheros provocando un alboroto tremendo, porque asusta a los caballos y me deja en ridículo.

—¡No me extraña! ¿Y por qué diantre lo has traído a Londres?

Frederica lo miró muy sorprendida.

—¿Y qué otra cosa podía hacer?

—¿No podías dejarlo a cargo de... no sé, tu jardinero, tu guardabosques, tu administrador...?

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¿Cómo podría ser tan cruel? Ten en cuenta que Lufra le salvó la vida a Jessamy, como si supiera (Charis está segura de que es así) que le debía su propia vida. Por mi parte, sospecho que Lufra no lo recuerda, porque no le da ningún miedo meterse en el agua. Pero cuando el pobre Luff era solo un cachorro, tres chicos del pueblo lo tiraron al estanque con

un ladrillo atado al cuello. Jessamy se lanzó a rescatarlo, ¡y no te imaginas el aspecto que tenía cuando volvió a casa con Luff! Estaba empapado, y tenía la cara llena de sangre, y un ojo morado.

—Así que Jessamy es un luchador, ¿eh?

—No, solo reacciona así ante las injusticias. Harry dice que, cuando pasa algo así, se pone hecho una fiera. Pero no le gusta el boxeo tanto como a Harry, y creo que no es un buen estilista. ¿Sabes a qué me refiero?

El marqués, que era un distinguido exponente de este noble arte, le pidió que le explicara el término.

Frederica arrugó la frente.

—Creo que significa tener buena técnica. Y no limitarse a hacer florituras. Ah, y guardar bien la postura, y... ser elegante. ¡Y muy alegre! ¡Aunque no entiendo cómo se puede ser alegre en esas circunstancias! Supongo que Harry lo es, porque él es alegre por naturaleza, pero Jessamy no.

Frederica se quedó callada, aparentemente pensando en Jessamy. Al cabo de un momento, Alverstoke dijo, divertido:

—¿Entonces Jessamy es el serio de la familia?

—¿Serio? —preguntó ella, considerando su pregunta mientras arrugaba aún más la frente—. No, no es serio precisamente. No sé cómo describirlo, porque desde que se ha hecho mayor ni siquiera yo lo entiendo. El señor Ansdell, nuestro vicario, dice que tiene un alma apasionada, y que no debo preocuparme, porque con el tiempo se volverá mucho más sensato. Jessamy quiere entrar en la Iglesia, ¿sabes? Al principio pensaba que todo se debía a su Confirmación, y que pronto se le pasaría. No es que no quiera que sea pastor, pero me parecía muy improbable. Antes era un chico de lo más aventurero, y siempre andaba metiéndose en líos. Además, era un apasionado de la caza, y mucho mejor jinete que Harry. ¡Y eso que Harry monta de maravilla! El propio Harry me dijo que Jessamy no necesita envalentonarse con alcohol, porque es capaz de saltar cualquier valla. Y no lo digo porque sea mi hermano, porque su profesor le contó a una amiga mía que Jessamy es el mejor jinete de su edad de todo el sur de Hertfordshire.

Alverstoke, cuyo interés en los hermanos de la señorita Merriville era, como mucho, moderado, murmuró, en un tono que habría hecho pensar a sus más allegados que se estaba aburriendo:

—¿De veras? Ah, sí, creo recordar que cuando tuve el placer de conocerle, me dio la impresión de que era, si no un apasionado de la caza, un apasionado de los caballos.

—¡Oh, sí! —reconoció Frederica—. Y de vez en cuando se descontrola como antes. Solo que entonces no le remordía la conciencia, y ahora sí. —La joven exhaló un suspiro, pero al instante sonrió y dijo—: ¡Te ruego que me disculpes! No dejo de decir tonterías.

—¡En absoluto! —dijo él con educación.

—Sí. Y sobre un tema que no te interesa. ¡No te preocupes! No volveré a hacerlo.

El marqués sintió una punzada de remordimiento que le llevó a decir, en un tono más cordial:

—¿Te dan muchos problemas tus hermanos?

—¡Oh, no! A veces... un poco, porque estoy a su cargo, y solo soy su hermana, y además mujer. ¡Pero son muy buenos!

—¿No tienes ningún pariente masculino? Recuerdo que hablaste de un tutor, o un administrador... No, creo recordar que era un abogado, ¿verdad?

—¡Ah sí, el señor Salcombe! Ha sido muy amable y servicial, pero no es nuestro tutor. Papá no designó a ninguno, ¿sabes? Temíamos que un tribunal asumiera la custodia de los pequeños, pero el señor Salcombe consiguió evitar esa posibilidad. Mucha gente se queja de que los abogados son terriblemente lentos, pero yo le estoy muy agradecida. No dejó de escribir cartas y alegar cuestiones legales hasta que Harry se hizo mayor de edad y pudo asumir la responsabilidad sobre los niños. Cualquiera otro habría deseado librarse de nosotros, porque la batalla duró meses, pero a él parecía divertirse.

—¡Ya veo! Parece que se toma muy en serio la defensa de vuestros intereses. ¿Es él quien lleva las riendas de la familia?

—¿Quieres decir que si se ocupa de los chicos? No. No es el tipo de persona que sepa entender a los niños. Es soltero, y muy anticuado y puntilloso. Los chicos le llaman don Pelmazo, lo que me parece una falta de consideración por su parte, pero en fin... ya me entiendes.

Alverstoke sonrió.

—¡Perfectamente!

—Y el único pariente masculino que tenemos es el esposo de mi tía Scrabster. Apenas lo conozco, pero sé que no me resultaría útil. Es un hombre muy respetable, pero es muy prosaico, y su único interés es el comercio.

—Qué lástima. Pero estoy seguro de que tu hermano Harry no tardará en liberarte de tus obligaciones —dijo él con indiferencia.

Se produjo una breve pausa antes de que Frederica respondiera.

—Sí, por supuesto.

El carruaje se iba acercando, y al cabo de un momento se detuvo delante de la casa de lady Buxted. Alverstoke se alegró de que así fuera. No se le había escapado ni la vacilación de Frederica ni el matiz de reserva que había en su voz, y pensó que no tardaría en pedirle consejo, e incluso su ayuda activa en la tarea de educar a sus hermanos pequeños. Era muy capaz. Y aunque él también era muy capaz de frenar sus pretensiones con uno de sus crueles desaires, no deseaba hacerlo. Frederica le gustaba. Era extraña, y por lo tanto divertida. No era una belleza, pero tenía mucho aplomo, y un aire de distinción que le encantaba. Además, su hermana era un diamante en bruto al que estaría encantado de presentar en sociedad. Aquello iba a suscitar toda clase de rumores, pero al menos le divertiría.

Lady Buxted estaba en el salón acompañada de sus dos hijas mayores. Cuando el mayordomo anunció las visitas, se levantó con aire señorial y, con mucha parsimonia, dejó a un lado el bastidor que sostenía su bordado antes de acercarse a conocer a Frederica. La recibió con una mirada antipática, dos dedos y un saludo distante. Frederica no dio muestras de perder la compostura. Se limitó a tocarle los dedos (como advirtió Alverstoke con aprobación) al tiempo que hacía una ligera reverencia, y dijo con su franca sonrisa:

—¿Cómo se encuentra, señora? El primo Alverstoke ha tenido la amabilidad de traerme para que le haga una visita, lo cual estaba deseando hacer. Le agradezco mucho que haya accedido a

presentarnos en sociedad. Mi hermana habría venido conmigo, pero está en cama con un grave resfriado, y me ha pedido que le presente sus disculpas.

Lady Buxted se relajó un poco. Para entonces, ya había asimilado hasta el último detalle del aspecto de Frederica, y la terrible sospecha de que la señorita Merriville fuera una de las maduras y deslumbrantes bellezas que atraían a su hermano se desvaneció. Al darse cuenta de que Frederica no era ni guapa ni joven, pudo mirarla de manera más imparcial, e incluso hacerle justicia. Alverstoke no tenía motivos para avergonzarse de su protegida. La joven era educada y elegante, e iba vestida con decencia y pulcritud. Milady les dijo a sus hijas que se acercaran a conocer a su prima, y mientras las tres jóvenes entablaban una dificultosa conversación, se llevó a su hermano aparte, y le dijo que Frederica parecía una joven muy educada, y que haría todo lo posible por ayudarla.

—Eso sí, no me comprometo a buscarle esposo —le advirtió—. Sin fortuna y sin un grado extraordinario de belleza, tendrá que conformarse con un matrimonio respetable. Si lo que pretende es encontrar un esposo moviéndose en los mejores círculos, tendrá que rebajar sus aspiraciones.

—¡Oh, no hace falta! —respondió Alverstoke—. Con buscar un esposo para Jane ya tienes bastante.

Lady Buxted estuvo a punto de responderle, pero se mordió la lengua al pensar en las considerables proporciones que había alcanzado la montaña de facturas de la modista de Jane. Por muy mal carácter que tuviera, su pasión por el ahorro era insuperable. Miró a su hermano con rabia, pero no dijo nada. Se limitó a alejarse de él para dirigirse al sofá, donde invitó a Frederica a sentarse.

La visita solo duró media hora, y aunque lady Buxted preguntó a Frederica muchas cosas, mantuvo las distancias, no le ofreció ningún refrigerio y no hizo el menor esfuerzo para detenerla cuando se levantó para marcharse. Tampoco la invitó a traer a Charis a Grosvenor Place, aunque dijo que trataría de encontrar tiempo para hacer una visita a la señorita Winsham. Frederica, que respondió a sus preguntas con reserva, pues detectó en ellas más curiosidad que gentileza, le dijo con una sonrisa en los labios y un peligroso destello en los ojos que su tía no cabría en sí de gozo cuando se lo contara. Al escucharla, Alverstoke se echó a reír entre dientes y murmuró:

—¡Lo tienes bien merecido, Louisa!

A continuación se despidió con una exagerada reverencia, y siguió a Frederica fuera del salón. Su hermana y sus sobrinas se quedaron muy sorprendidas por su interés en una señora (¡porque nadie podía decir que fuera una jovencita!) tan corriente, que se daba tantos aires y era tan orgullosa.

—No debería haber dicho eso —confesó Frederica cuando Alverstoke se sentó a su lado en el carruaje.

—¿Por qué no? ¡Le has bajado muy bien los humos!

—No ha estado bien, porque va a presentar a Charis en sociedad, y estoy convencida de que no desea hacerlo —Frederica volvió la cabeza para dirigirle una de sus miradas desconcertantes—. ¿La has obligado?

—¿Cómo podría obligarla? —preguntó Alverstoke.

—No lo sé, pero estoy segura de que serías capaz. No creo que lo haga por bondad, ni para complacerte, porque...

—Te equivocas —la interrumpió el marqués con una sonrisa sardónica—. Mi hermana está deseando complacerme.

Frederica siguió mirándole con aire inquisitivo, y al cabo de un momento dijo:

—¡De todas formas no me gusta! Y a ella tampoco le gustará cuando vea a Charis. A ninguna madre que tuviera que presentar a una joven tan corriente como Jane le gustaría.

—¿Entonces piensas echarte atrás?

La joven se quedó pensando, pero al cabo de un rato dijo con resolución:

—No. Si por mí fuera, lo haría, pero quiero que Charis tenga una oportunidad. Te ruego que me disculpes por no dirigirme a tu hermana con más respeto, pero sus preguntas me estaban sacando de quicio. No diré nada más.

—¡Por mí no te prives! No nos tenemos ningún cariño.

—¿Ninguno? —preguntó Frederica, perpleja.

—¡En absoluto! Por cierto, prima, ¿tenéis costumbre de bailar el vals en Hertfordshire?

—En algunas casas sí, pero no mucho. Tampoco hay costumbre de bailar cuadrillas. Por eso he contratado a un profesor de baile para que nos enseñe los pasos. Así no tendrás que avergonzarte de tus primas provincianas.

—¡Cuánto me alegra saberlo!

—Ya me imagino. Aunque sospecho que te importa un comino la impresión que causemos.

—¡Al contrario! ¡Piensa que está en juego mi reputación!

Frederica se echó a reír, pero sacudió la cabeza.

—Eso tampoco te importa. Ni eso ni nada.

El marqués se quedó sorprendido por un momento, pero respondió sin demasiada vacilación:

—No demasiado.

Frederica frunció el ceño considerando su respuesta.

—Bueno, supongo que debe de ser muy cómodo, porque si no te importa nada ni nadie, no puedes llevarte una decepción, ni tenerle miedo a nada, ni siquiera enfadarte. Pero tampoco creo que puedas ser verdaderamente feliz. A mí no me gustaría. ¡Sería demasiado aburrido! —La joven giró la cabeza para mirarle otra vez, y de pronto sonrió—. ¡Seguro que por eso te aburres tanto!

—Me aburro con frecuencia —reconoció Alverstoke—. Pero procuro estar medianamente entretenido.

—¡Sí, pero no es lo mis...! —se detuvo, muy colorada—. ¡Te ruego que me disculpes! ¡Tengo que aprender a morderme la lengua!

El marqués ignoró su comentario y dijo con una irónica sonrisa:

—Me desprecias, ¿verdad, Frederica?

—¡No, no! —se apresuró ella a responder—. Dices que soy una joven inexperta, pero ya no me chupo el dedo, ¿sabes? ¿Cómo no ibas a aburrirte si jamás se te ha negado ningún placer? Además, imagino que tus padres te mimaron mucho por ser el único hijo varón —añadió con sagacidad.

Cuando Alverstoke recordó la fría formalidad de su padre y, con mayor dificultad, los breves momentos que le dedicaba su elegante madre, que había muerto cuando aún estaba en el colegio, su irónica sonrisa se hizo más pronunciada.

—¡Así es! Me crié entre algodones, y mis padres me querían tanto que pusieron el servicio a mi entera disposición. Hasta que me fui a Harrow, disfruté de la constante atención de niñeras, ayudas de cámara, mozos de cuadra, profesores particulares y todo lo que el dinero puede proporcionar.

—¡Pobrecillo! —exclamó Frederica sin querer.

—¡En absoluto! No recuerdo expresar ningún deseo que no fuera satisfecho al instante.

Frederica parecía a punto de pronunciar un impetuoso discurso, pero se contuvo, y, después de una breve pausa, dijo muy contenta:

—¡Ahora sí que te estoy agradecida, primo! ¡Me has enseñado lo que el pobre señor Ansdell nunca logró enseñarme!

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—¡A no envidiar las riquezas! Antes pensaba que nacer con clase, fortuna y privilegios debía de ser muy agradable, pero ahora veo que no es más que un engorro.

El carruaje había llegado a su destino. Frederica extendió la mano con un pícaro destello en los ojos.

—¡Adiós! ¡Gracias por darme una lección, y por presentarme a tu hermana! Pensaba darte las gracias por haber acudido a mi rescate, pero no lo haré, porque estoy convencida de que te ha venido muy bien sacrificarte un poco.

Alverstoke tomó su mano, pero solo para volver a colocársela con firmeza en el regazo.

—¡No tan deprisa, prima! Por muy mimado que esté, pienso sacrificarme un poco más y acompañarte a la puerta.

—¡Qué modales más distinguidos, milord! —murmuró Frederica con coquetería.

—¿Has visto? —respondió el marqués—. ¡Otra lección que tendré que enseñarte, gitanilla descarada!

Frederica se echó a reír, pero cuando volvió a extender la mano en las escaleras de la entrada, dijo mirándole a los ojos:

—¿Te he ofendido? No, creo que no. Te agradezco profundamente que hayas acudido en mi rescate, y siento mucho haberte enredado en este asunto.

—Como no me cuesta nada perder mis distinguidos modales, no pienso disculparme por decirte que eres una desvergonzada, Frederica.

Frederica soltó una carcajada. El marqués esbozó una ligera sonrisa, acarició distraídamente su mejilla y se dirigió a su carruaje ante la mirada de desaprobación de Buddle. El mayordomo, que estaba sujetando la puerta a su joven señora, se creyó en la obligación de regañarla por no guardar las distancias. De nada sirvió decirle que el marqués tenía edad más que suficiente para ser su padre, y mucho menos tratar de ignorarle. Es imposible ignorar a los criados devotos que (como no pierden ocasión de recordarte) te conocen desde la más tierna infancia.

—¡Ya está bien, señorita Frederica! —dijo Buddle con severidad—. Se lo digo por su propio bien, y estaría faltando a mi deber si no lo hiciera. Le he dicho mil veces que no puede

comportarse en Londres como si estuviera en casa. ¡Estaría bonito que la tomaran por una desvergonzada!

Entretanto, el marqués iba de camino a Berkeley Square. Su intención era probar su última adquisición: unos caballos rucios. Su último dueño le había garantizado que eran muy mansos, y el caballero al que había ganado en la puja los había descrito como cuatro ejemplares magníficos. Esta agradable perspectiva se había visto perturbada por la llegada de Frederica, pero aún no era demasiado tarde para ir a dar un paseo a Richmond, o a Wimbledon. Nada más bajarse de su carruaje en Berkeley Square, ordenó que le trajeran de inmediato su faetón de pescante elevado. A continuación entró en la casa, donde fue recibido por unos alegres ladridos y una confusión de aullidos y gemidos. Lufra, que estaba atado a la barandilla de la escalera, reconoció en él al único vínculo que quedaba con su señora, y le recibió como si fuera su libertador.



Como el marqués fue incapaz de hacerse oír por encima de Lufra, se vio obligado a tranquilizar a aquel perro fiel antes de pedir explicaciones a su mayordomo. Mientras Lufra, libre de su correa, daba vueltas a su alrededor, gimiendo con una mezcla de alivio y súplica, y manchando sus botas relucientes de una forma que habría horrorizado a su ayuda de cámara, Alverstoke dijo, con una voz cuya languidez no hacía menos terrible:

—¿No les dije que llevaran este perro a Upper Wimpole Street?

Su fría mirada se posó en el rostro de Wicken, pero James, el primer lacayo, y Walter, su subordinado, se echaron a temblar de pies a cabeza. Wicken, que no se dejaba amilanar tan fácilmente, respondió con majestuosa calma:

—Así es, milord. Y hemos hecho todo lo posible para cumplir sus órdenes. Por desgracia, el animal se negó a abandonar la casa, tanto con Walter como con James. Lamento informarle de que, cuando recurrimos a la fuerza, se volvió bastante agresivo, incluso conmigo. Pensé que lo mejor sería atarlo a la barandilla y esperar a la llegada de milord. De lo contrario —dijo, superando al marqués en frialdad—, habría echado abajo la puerta de la biblioteca.

—¿Qué revoltoso eres! —dijo el marqués, dirigiéndose, para alivio de sus lacayos, a Lufra—. ¡No, no, al suelo! ¡Al suelo! ¿Dónde está el señor Trevor?

Mientras hablaba, sus ojos se posaron en su secretario, que había salido de su despacho (situado en la parte de atrás de la casa) en ese mismo instante, y contemplaba la escena con algo parecido a una sonrisa.

—¡Ah, está aquí! ¡Por el amor de Dios, haga algo con este abominable chuchó!

—¿Chuchó, señor? —preguntó el señor Trevor, sorprendido—. Pensé que era un...

—¡No me provoque, Charles! ¡Usted no pensó nada! ¿Por qué no se ha encargado de que el perro le fuera devuelto a su dueña?

—Hice lo que pude, señor —dijo Charles—. Pero tampoco quería venir conmigo.

—¿No tendrá el descaro de decirme que intentó atacarle? —preguntó Alverstoke, rechazando las carantoñas de Lufra.

—¡Oh, no! ¡Se limitó a sentarse sobre las patas traseras! —dijo Charles alegremente—. Cuando conseguí arrastrarlo a Davies Street, juzgué que había llegado el momento de volver, porque nada menos que tres damas me acusaron de estar maltratando a un animal indefenso. ¡Además, estaba agotado!

—¿Y por qué demonios no lo metió en un coche de alquiler?

—Lo intentamos entre los cuatro, señor. Pero no es un perro que se deje atrapar tan fácilmente. ¡Y menos sin bozal! Fue entonces cuando mordió a Walter. Supongo que podríamos haber conseguido meterlo en un coche, pero ninguno se atrevía a montarse en su compañía. Su ama lo dejó aquí, y el perro parece dispuesto a quedarse aquí hasta que vengan a buscarlo. —Mirando al marqués con total naturalidad, añadió—: Creo que los perros de Baluchistán son famosos por su fidelidad, señor.

—¿No me diga? —preguntó el marqués con furia.

—Eso he oído —respondió Charles. El joven observó que Luff llamaba a milord con la pata, y se le ocurrió una idea—. Tal vez quiera ir con usted, señor —sugirió.

—¡Como se atreva a decir una palabra más, le despido, Charles! ¡Si cree que voy a llevar a este maldito chucho por las calles de Londres, es que se ha vuelto loco! —El marqués se volvió hacia sus lacayos, tan rápido que no les dio tiempo a borrar la sonrisa de su cara. Después de atemorizarlos con el solo poder de su mirada, dijo—: Uno de ustedes... ¡Ah, no! Usted ya está herido, ¿verdad, Walter? ¡Usted, James, diríjase a Upper Wimpole Street! ¡Dígale al señorito Jessamy que tenga la amabilidad de venir ahora mismo a recoger a su perro!

Pero nada más pronunciar estas palabras se oyó la campana de la puerta, y la aldaba resonó con tal violencia que hizo estremecer a milord. Walter fue a abrir la puerta, y se vio prácticamente arrollado por la impetuosa entrada del señorito Jessamy Merriville, seguido de su hermano.

—He venido a buscar a mi perro. ¿Está milord en casa? Tengo que... ¡Siéntate, Luff! Ah, es usted, señor. ¡Le ruego que me disculpe! No sabe cuánto lo siento. ¡Tomé un coche de alquiler en cuanto Frederica me lo dijo, porque sabía lo que iba a pasar! ¿Cómo pudo pensar que Luff se marcharía con un extraño? ¡Pero ya sabe cómo son las mujeres! ¡Perdóneme, por favor!

—¡No hay nada que perdonar! —dijo el marqués—. Me alegro mucho de verte. De hecho, estaba a punto de enviar a uno de mis lacayos a buscarte, porque ninguno de ellos ha sido capaz de convencer a Luff para que abandone la casa.

—¡Ah no, eso no lo haría por nada del mundo! Espero que no haya mordido a nadie. No es agresivo, pero si cree que alguien está intentando raptarlo...

—¡Así que era eso! —dijo el marqués—. Pues se equivocaba, aunque supongo que fue culpa de Walter, por no dejárselo bastante claro. ¡No te preocupes, querido! A Walter le encanta que le muerdan los perros grandes, y a Wicken también, ¿verdad, Wicken?

—El animal no llegó a morderme, milord —dijo Wicken muy digno.

—Lo hará si sigue llamándolo animal. ¿Y tú cómo estás, Felix? ¿Qué te trae por aquí?

—¡He venido a verle, señor! —replicó Felix con una encantadora sonrisa.

—¡No me asustes!

Jessamy, que estaba comprobando que Walter solo habría sufrido una herida superficial, se dio la vuelta al escucharlos, y dijo muy enfadado:

—¡No quería traerlo, señor! Pero se empeñó en venir, y temí que, si lo empujaba del estribo del carruaje, terminaría bajo las ruedas de otro vehículo, así que no me quedó más remedio que ayudarlo a subir. ¡Y eso también fue culpa de Frederica! Si no nos hubiera dicho que milord se marcha mañana a Newmarket...

Pero su imparable hermano interrumpió su discurso sin miramientos, recomendándole que no fuera tan pesado. A continuación dirigió una mirada angelical al marqués, diciendo:

—Me prometió que me iba a llevar a ver el elevador neumático, primo Alverstoke, y pensé que quizá lo había olvidado. Así que he venido a recordárselo.

Alverstoke no recordaba haberle prometido nada de eso, y se lo dijo. Pero su joven admirador no tardó en rechazar su objeción, diciendo:

—¡Sí que me lo prometió, señor! ¡Dijo «ya veremos», que es lo mismo!

—¡No, no es lo mismo! —dijo Jessamy, zarandeando a su hermano—. ¡Y como no te calles, te voy a dar un azote!

—¿Ah, sí? —preguntó Felix con insolencia—. ¡Intentalo, y ya veremos quién sale perdiendo!

Al ver el furioso rubor que teñía las mejillas de Jessamy, el marqués pensó que lo mejor sería intervenir.

—Antes de que os embarquéis en una discusión, permitidme que os acompañe a la biblioteca a tomar un refrigerio. Wicken, no sé qué recursos tenemos, pero confío en que sepa preparar un refrigerio apropiado para mis invitados.

—Es usted muy amable, señor —dijo Jessamy, poniéndose colorado—, pero no queremos abusar de su hospitalidad. Solo he venido a recoger a Luff, y a pagarle la suma que ha costado salvarlo de la perrera. ¡No necesitamos ningún refrigerio!

—¡Sí que lo necesitamos! —objetó Felix. El joven dirigió su mirada angelical, propia de un niño muerto de hambre, a Wicken, y dijo con suma cortesía—: ¡Por favor!

—¡Felix! —saltó Jessamy.

Pero Wicken, que no era más inmune que su patrón a las zalamerías de los colegiales, se conmovió, y dijo con benevolencia:

—¡Por supuesto, señorito! Ahora sea bueno y acompañeme a la biblioteca, y le llevaré unos bizcochos y un poco de limonada. ¡Pero recuerde que no debe molestar a milord!

—¡Oh, no! —respondió Felix con aire enternecedor—. Y luego me llevará a la fundición, ¿verdad, primo Alverstoke?

Una risita ahogada recordó al marqués la presencia de su secretario. Alverstoke volvió la cabeza, sonriéndole con falsa amabilidad.

—¡Ah! ¡Me olvidaba de usted, querido! —dijo con malicia—. ¡Por favor, acompañenos a la biblioteca! Me gustaría presentarle a mis... pupilos. Jessamy, Felix... ¡les presento al señor Trevor! —Esperó a que los chicos, que eran muy educados, saludaran al señor Trevor con dos inclinaciones de cabeza antes de estrecharle la mano. Acto seguido guio a la comitiva a la biblioteca, diciendo, nada más cerrar la puerta—: Hoy estás de suerte, Felix. El señor Trevor sabe mucho más que yo sobre elevadores neumáticos. Él te acompañará a la fundición.

—¡Exagera, señor! —se apresuró a decir Charles—. ¡Le aseguro que no sé nada sobre elevadores neumáticos!

—Bueno, en cualquier caso no puede saber menos que yo —susurró el marqués con aspereza.

—¡Sí, pero me prometió que me llevaría usted, primo Alverstoke!

Rojo de vergüenza, Jessamy suplicó a su hermano que dejara de empeñarse en que milord hiciera algo que era evidente que no quería hacer. Al escucharlo, Felix dirigió una desgarradora mirada de reproche al marqués, y dijo, muy ofendido:

—¡Pensaba que quería ir, señor! Usted dijo que...

—¡Claro que quiero ir! —le interrumpió el marqués—. Pero resulta que iba a dar un paseo a Richmond para probar mis caballos nuevos. ¿Te gustaría ir allí en vez de a la fundición?

—¡Oh, no! —protestó Felix.

Aquello fue demasiado para Jessamy.

—¡Serás imbécil! —exclamó con furia—. ¿Cómo puedes preferir visitar una fundición que sentarte detrás de esos magníficos rucios que hemos visto delante de la casa? ¿Es que has perdido el juicio?

—Prefiero las máquinas a los caballos —dijo Felix.

El marqués volvió a intervenir en aras de la paz.

—Bueno, cada uno tiene sus gustos. Si estás decidido a ir a la fundición, iremos a la fundición. ¿Te gustaría inspeccionar mis caballos, Jessamy? ¡Corre, ve a hablar con mi postillón! Y dile que al final no voy a necesitarlos.

—¡Oh! ¡Gracias, señor! ¡Me encantaría echarles un vistazo! —dijo Jessamy, mucho más animado.

Después de advertir a Felix que vigilara a Luff, el joven salió de la biblioteca. Cuando regresó, Felix estaba engullendo una generosa porción de bizcocho de ciruelas, regada con abundantes tragos de limonada, y hablando (a veces con la boca llena) sobre pistones y válvulas de seguridad. El señor Trevor, que tuvo que rescatar de su memoria sus conocimientos básicos sobre los principios que regulan la energía del vapor (que casualmente había adquirido a lo largo de su carrera), estaba haciendo un esfuerzo para seguirle. El marqués, que estaba graciosamente recostado en su butaca, le observaba con una divertida sonrisa.

La aparición de Jessamy dio un giro bastante brusco a la conversación. Después de recomendar a su hermano que no fuera tan pesado, Jessamy comunicó al marqués su entusiasta opinión sobre los caballos.

—¡Son soberbios! —dijo—. ¡Tienen el pecho ancho, el cuello ligero y unos corvejones completamente rectos! ¡Y unos cuartos traseros de primera! Nunca había visto unos caballos tan bonitos. ¡Y además trotan de maravilla! Su postillón me llevó a dar una vuelta por la plaza (¡pensó que a usted no le importaría!) y me sorprendió la energía que tienen. Los corceles están bien para los birlochos o los landós, pero para un faetón, un carrocín o incluso una calesa prefiero los caballos purasangre, ¿no cree, señor?

—Sí —admitió Alverstoke—. ¡Toma un poco de limonada!

—¡Oh, gracias, señor! —dijo Jessamy, cogiendo un vaso de la mano de Charles Trevor—. ¡No, bizcocho, no, gracias!

—¡Está muy bueno! —dijo Felix, animando a su hermano a que lo probara.

Jessamy bebió su limonada, ignorando su interrupción.

—¿Podría decirme cuánto pagó a esos hombres, señor? —preguntó—. ¿A los guardas y al vaquero?

—¡No te preocupes por eso! —respondió Alverstoke—. Mañana me iré a Newmarket y estaré fuera toda la semana, pero cuando regrese a Londres, iré a probar esos rucios. ¿Te gustaría acompañarme?

Bastaba mirar el repentino rubor de Jessamy y sus ojos brillantes para saber la respuesta.

—¡Señor! —exclamó. Pero enseguida recuperó la compostura, y dijo—: Me encantaría, señor, pero... ¡tengo que devolverle el dinero que costó salvar a Luff!

Esta declaración enfrentó a Alverstoke a una situación nueva y a un dilema. Ningún otro miembro de su familia se había sentido obligado a devolverle las sumas de dinero que desembolsaba de vez en cuando. La mayoría reclamaba su generosidad como un derecho. Pero aunque apenas dos horas antes se había prometido renunciar a cualquier responsabilidad sobre los hijos de Fred Merriville, no podía permitir que un colegial le devolviera el dinero que Charles Trevor había gastado en Lufra, por poco que fuera. Después de reflexionar un momento, dijo:

—¡Créeme, no hace falta! Ni sé ni me importa cuánto costó redimir a Lufra. Y si insistes en este aburrido asunto, no te invitaré a probar mis caballos nuevos.

Se produjo un incómodo silencio.

—Está bien, señor, —dijo Jessamy, dirigiendo una mirada (que ya no era brillante, sino austera) al marqués—. ¿Podría decirme cuánto le debo?

—¡No, jovencito insolente, no puedo!

—Le ruego que me disculpe, señor, pero no entiendo por qué tiene que pagar usted por las fechorías de mi perro.

—Porque tu padre... os dejó a mi cargo —respondió el marqués, apelando a su último recurso.

—Mi hermana me lo comentó —dijo Jessamy, frunciendo el ceño—, pero no termino de entenderlo, porque mi padre no dejó testamento.

—Como fue una cosa entre tu padre y yo, sería sorprendente que lo supieras. Además, no es asunto tuyo. Respecto a las fechorías de Lufra, no quiero oír nada más del asunto. ¡No lo volváis a llevar a Green Park!

El deliberado desprecio con que lo dijo tuvo el efecto deseado. Es posible que Jessamy se sintiera culpable, pero esta culpabilidad se vio superada por un vago y horrible temor a haber incurrido en una falta de respeto.

—¡No, se... señor! —balbuceó—. ¡Se lo agradezco mucho! No sabía que... ¡Por favor, no se ofenda! No me gusta deberle nada a nadie. Pero si es nuestro tutor, supongo que eso lo cambia todo.

El marqués sonrió. Como Jessamy no podía adivinar los pensamientos que se escondían detrás de esa sonrisa, se sintió mucho más tranquilo. Si hubiera sabido que Alverstoke se estaba preguntando qué demonios le había pasado, y qué más tendría que hacer ahora que había reconocido su responsabilidad sobre los Merriville, se habría sentido profundamente avergonzado. Pero como ignoraba la reticencia de milord a interesarse en los problemas de sus familiares, se marchó muy contento, y regresó a Upper Wimpole Street de un humor excelente,

pensando en la agradable perspectiva de dar un paseo en Richmond con el marqués, e incluso de que este le dejara llevar las riendas.

Entretanto, el marqués se dirigía a Wardour Street en compañía de su joven admirador, que iba amenizándole el tedio del camino describiéndole los artefactos que había visto esa mañana en el Museo Mecánico de Merlin[8]. Estos incluían un malabarista, un carrusel mecánico, la cueva de Merlin y un conjunto de bustos parlantes muy ingeniosos. Pero nada le había interesado tanto como el arpa vocal, la banda de música y la fragata mecánica. Si todavía seguía abierta (porque su guía era bastante anticuada), lo próximo que quería visitar era una exposición en Spring Gardens, donde podía verse a la autómatas de Maillardet. Según la vieja guía que Felix sacó del bolsillo, esta maravilla era una pianista capaz de realizar la mayoría de las funciones de la vida animal, y de tocar dieciséis melodías en un pianoforte presionando las teclas con los dedos. No, no había ido al Museo Británico; a excepción de una colección de pájaros disecados, allí solo había cosas viejas, que solo podían interesar a alguien como Jessamy.

Por el camino se encontraron a varios conocidos de Alverstoke, circunstancia que, más tarde, suscitó muchos comentarios en los clubes. El «dandi banquero», Thomas Raikes, conocido por la buena sociedad como el Apolo porque (según los irreverentes) se había alzado por el este y se estaba poniendo por el oeste[9], se quedó perplejo al ver a Alverstoke en compañía de un colegial cuando salía de su casa en Berkeley Square. El señor Rufus Lloyd, que se encontró con Alverstoke en Bond Street y le preguntó adónde iba, reveló más tarde, muy sorprendido, que el marqués le había dicho que iba a visitar una fundición en el Soho. Su comentario fue recibido con incredulidad, pero sir Henry Mildmay, que era mucho más perspicaz que el dandi rojo[10], no dudó en decir, con una indulgente y odiosa sonrisa de superioridad: «Me temo que te estaba tomando el pelo, Rufus». Lord Petersham, que era un viejo amigo de Alverstoke, estuvo a punto de acertar cuando dijo, con su ligero ceceo: «Zupongo que eztaría llevando allí a uno de zuz zobrinoz».

El señor Endymion Dauntry, que también se encontró con Alverstoke en Bond Street, podría haber corregido a lord Petersham, pero no estaba presente en la discusión, y solo se sorprendió ligeramente cuando vio al marqués llevando de la mano a un colegial. El señor Dauntry era un joven muy apuesto, de espléndida figura y facciones clásicas. Su perfil despertaba la admiración de numerosas damas, que pensaban que podía haber posado como modelo para un escultor griego. Tenía los ojos marrones, unos labios bellamente trazados y unos rizos castaños que coronaban su noble frente. Era inevitable que este extraordinario grado de belleza atrajera la atención, y si su inteligencia hubiera sido superior, y su conversación más entretenida, habría sido el favorito de las damas. Pero por desgracia no era así. El señor Dauntry era amable y educado, pero también estúpido. Como no tenía ideas propias, su conversación consistía en lugares comunes, y solo se volvía animada cuando describía los obstáculos que había superado en una carrera, las circunstancias que le habían llevado a caerse del caballo al saltar un seto, o lo mucho que se había divertido en una cacería. Sus compañeros del ejército lo consideraban un buen tipo, pero lo llamaban, en tono cariñoso, Dauntry el tontorrón. A él no le molestaba que le llamaran así. Simplemente se limitaba a sonreír con aire soñoliento, y decía que nunca se las había dado de listo. Era un hijo devoto y un hermano cariñoso, y aunque no tenía ningún problema en aceptar la

asignación de Alverstoke (así como su grado de corneta y sus caballos), se sentía muy agradecido por estos beneficios, y raramente recurría a su primo para pedirle más dinero.

Cuando vio a Alverstoke en Bond Street se apresuró a cruzar la calle para saludarlo, radiante de placer, y dijo, al tiempo que le estrechaba la mano:

—¡Primo Vernon! ¡Gracias por invitar a mi hermana a tu baile! Mamá te está muy agradecida. ¡Y yo también, por supuesto!

—¿Vas a honrarnos con tu presencia? —preguntó Alverstoke.

—¡Sí, por Júpiter! ¡Va a ser muy divertido!

—¡Ya lo creo! —reconoció el marqués.

—¡Seguro! —dijo Endymion en tono cómplice—. ¡El primer baile en Alverstoke House desde la presentación de la prima Eliza! ¡Eso me ha dicho mamá! —Advirtiendo la presencia del joven Felix Merrville que, aburrido por esta conversación, estaba tirando al marqués de la manga, lo miró desde sus alturas olímpicas y, vagamente sorprendido, lanzó una mirada interrogante a Alverstoke. Cuando supo que Felix era el hijo pequeño de Fred Merrville, dijo—: ¿De veras? ¡Caramba, Fred Merrville! —Acto seguido añadió con ingenuidad—: ¡Qué mala memoria la mía! ¿Quién es Fred Merrville?

—Un primo mío —repuso el marqués con frialdad—. Desgraciadamente está muerto, y como era varios años mayor que yo, dudo que llegaras a conocerlo.

—La verdad es que no —confesó Endymion—. ¡Pero ahora ya lo conozco! ¡Te has convertido en el tutor de sus hijos, primo! Mamá me lo contó. Me dijo que ibas a celebrar un baile en su honor. No parecía hacerle ninguna gracia, aunque a saber por qué. —Endymion volvió a mirar el rostro impaciente de Felix, y frunció el ceño—. Salvo que... imagino que este jovencito no quiere ir a ningún baile. ¿A que no?

—¡No! —dijo Felix con un énfasis innecesario—. ¡Quiero ir a la fundición!

—¡Ahora vamos, Felix! —dijo el marqués para tranquilizarlo. Dirigió una mirada burlona a su heredero, y dijo—: ¿Te gustaría acompañarnos, Endymion?

El señor Dauntry no se tenía por una lumbrera, pero tampoco era un zoquete. Las fundiciones se relacionaban en su mente, de manera algo confusa, con las armas, y dijo, muy serio:

—¿Una fábrica de armas? ¡Mejor no, que las pistolas las carga el diablo!

A continuación se despidió de Alverstoke, y siguió su camino sin sentir ni una pizca del asombro y el temor que torturaban a su madre y a su astuta prima Louisa, y aceptando con ecuanimidad la explicación que Alverstoke le había dado sobre su interés en la familia Merrville.

Si el marqués albergaba alguna esperanza de que le negaran el acceso a la fundición, esta se desvaneció nada más llegar. Su excelente secretario le había concertado una visita, y nada más presentar su tarjeta, todas las puertas (metafóricamente hablando) le fueron abiertas de par en par, y el director de la fundición, acompañado de varios ayudantes, se ofreció a enseñarle el edificio. Este hombre extremadamente competente no solo declaró que se sentía honrado de recibir su visita, sino que aseguró que estaba dispuesto a explicarle los secretos de cualquier pieza de maquinaria moderna que atrajera su atención. Promesa que convenció a Felix de que había hecho bien rechazando la compañía del señor Trevor.

—Jamás habría hecho eso por el señor... ¡Como-se-llame! —susurró con aire triunfal.

Gracias a lo que milord consideró un golpe de buena suerte, el director de la fundición no solo era el padre de una familia numerosa, sino que ninguno de sus hijos compartía sus intereses. A los cinco minutos de conocer al pequeño de los Merriville, reconoció en él a su alma gemela, y a partir de entonces, el marqués tuvo la suerte de quedar relegado a un segundo plano. Se limitó a seguir dócilmente a los dos expertos, y Felix, por el que empezaba a sentir un inesperado interés, se encargó de amenizar la tediosa visita. El marqués sabía muy poco sobre sopladoras y elevadores neumáticos y le importaban aún menos, pero no tardó en advertir que las preguntas de Felix mostraban el conocimiento suficiente para merecer el respeto de su guía. Empezó a pensar que Felix era un joven mucho más prometedor de lo que pensaba, y no se sorprendió cuando, al final de su recorrido por la fundición, el director le felicitó por sus admirables conocimientos. Alverstoke se sintió orgulloso de su pupilo, y eso sí que le sorprendió.

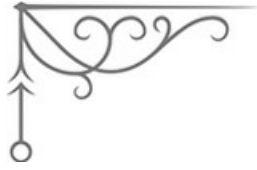
En cuanto a Felix, era evidente que nunca había disfrutado tanto. Las especulaciones que suscitó en su mente la información que había adquirido lo dejaron prácticamente sin habla, y solo pudo balbucear su gratitud y expresar (con ansiedad) la esperanza de que el primo Alverstoke se hubiera divertido.

—Je... Jessamy dijo que no quería venir, señor, pero sí que quería, ¿verdad?

—¡Desde luego! —contestó el marqués, mintiendo deliberadamente.

—¡Y aunque no quisiera, seguro que le ha gustado! —dijo Felix con una brillante sonrisa.

El marqués también estuvo de acuerdo. A continuación llamó a un coche de alquiler, subió en él a Felix y ordenó al cochero que lo llevara a Upper Wimpole Street, al tiempo que daba una guinea a su pupilo. Semejante acto de generosidad dejó a su destinatario sin habla hasta que el cochero arrancó su caballo, y le obligó a inclinarse peligrosamente por la ventanilla del coche para dar las gracias a su benefactor.



Mientras el marqués disfrutaba de una placentera estancia en Cheveley, asistiendo a diario al segundo encuentro de primavera de Newmarket, y viendo a su prometedor yegua, *Revoltoza*, ganar a sus competidores, las señoritas Merriville estaban ocupadas con los preparativos necesarios para su próxima aparición en Alverstoke House, sin verse excesivamente importunadas (salvo por un incidente) por sus hermanos pequeños. Al encontrar a su hermano inmerso en sus estudios, y a sus hermanas debatiéndose entre encajes y puntillas, Felix intentó divertirse por su cuenta. Recordó que el marqués le había dicho que el señor Trevor estaba dispuesto a acompañarle a Margate en barco de vapor, pero cuando fue a Alverstoke House a recordárselo, se llevó una decepción al descubrir que Charles se había tomado una semana de descanso fuera de la ciudad. Felix se llevó un chasco, pero pensó que al menos podría acercarse al río a ver cómo zarpaba el barco. Eso (como explicó más tarde) era lo único que pretendía hacer; y si el día no hubiera sido tan espléndido, las hélices tan fascinantes y el billete a Margate tan barato (si a uno no le importaba ir en el camarote común), es lo que habría hecho. Pero la combinación de estas circunstancias, unida a la riqueza que tintineaba en su bolsillo, vencieron su virtuosa resolución de no hacer nada que pudiera molestar a Frederica. Aunque la guinea que le dio el marqués no estaba intacta, al menos quedaba bastante para desembolsar nueve chelines por el privilegio de pasar unas horas en un barco abarrotado, en compañía de unas personas a las que su escrupuloso hermano habría calificado de miembros del populacho. Además, en el muelle se había hecho amigo del ingeniero, que era un tipo estupendo. Perder semejante oportunidad de ampliar sus conocimientos habría sido un pecado. Estaba seguro de que Frederica lo entendería.

En realidad, Felix pasó muy poco tiempo en el camarote común. Su entusiasmo sincero y su facilidad para hacer amigos le resultaron muy útiles, y la tripulación acabó cogiéndole cariño. Aquello, como reconoció Frederica al recompensar al fornido individuo que le devolvió a Felix al día siguiente, fue una suerte. De lo contrario, su hermano se habría visto obligado a pasar la noche en la playa, porque el dinero que le quedaba en el bolsillo no era suficiente para pagar un alojamiento en Margate. Así que Felix ofreció sus servicios al capitán (otro tipo estupendo) que,

después de darle una condecoración, le dejó permanecer a bordo y lo trajo de vuelta a Londres como polizón; circunstancia que pareció proporcionarle una inmensa satisfacción.

Muy apenado, Felix dijo que sentía mucho haber preocupado a su familia, y que estaba dispuesto a aceptar el castigo que Frederica quisiera imponerle.

Pero como era evidente que ni el más severo castigo podía arrebatarle el placer de haberse mareado en la travesía de Margate a Ramsgate, y de haberse manchado de pies a cabeza de grasa y suciedad, Frederica no le impuso ningún castigo, y se limitó a pedir a Jessamy que lo vigilara. A diferencia de Charis, que era muy sensible y no había dormido en toda la noche esperando el regreso de su hermano, e imaginando los terribles accidentes que podía haber sufrido, Frederica había permanecido, a excepción de algunos recelos inevitables, bastante tranquila. Cuando Charis le reprochó su actitud, le recordó las numerosas ocasiones en que Felix, después de preocuparlas, había vuelto de sus peligrosas aventuras sin un solo rasguño. Su opinión se vio respaldada por la señorita Winsham, que dijo que aquel condenado mocoso era como un gato: siempre caía de pie.

Debatiéndose entre la desaprobación y la admiración secreta por su hermano, Jessamy aceptó la tarea de vigilarlo, y (para sorpresa de Felix) se limitó a soltarle una pequeña regañina. Aunque no quería perder el tiempo en Londres, muchas veces sentía el impulso de alejarse de los libros y disfrutar de algunas de las diversiones que ofrecía la metrópoli. El encargo de Frederica le ofreció una inestimable excusa para rendirse a sus instintos. Y aunque arrastró a Felix por los numerosos escalones del monumento al gran incendio, informándole (cuando, por seis peniques cada uno, se asomaron al balcón de hierro que había en lo alto) de que era siete metros más alto que la columna de Trajano, esa fue la primera y última visita educativa de la semana. Una vez que Felix hubo comprobado que la Casa de la Moneda (con su poderosa maquinaria de vapor y su alumbrado de gas) solo podía visitarse con una recomendación especial, se mostró dispuesto a disfrutar de espectáculos menos instructivos, como los tigres y los leones de la casa de fieras, una representación acuática en Sadler's Wells, un apasionado melodrama en el teatro de Surrey y un combate de boxeo en el Fives Court, en St. Martin's Street. Pero en ese momento intervino la mala conciencia de Jessamy, que se negó a llevar a Felix a una ópera bufa y a una pelea de gallos. Como no había visto otra función teatral que algunas escenas de Shakespeare, representadas en casa de su padrino con ocasión de la Navidad, Jessamy se había dejado llevar por el melodrama y había hecho oídos sordos a su conciencia, que le susurraba que llevar a Felix al teatro de Surrey implicaba exponer su alma a la corrupción. Pero cuando vio a los espectadores del Fives Court ya no pudo ignorar su conciencia, que le gritaba que no solo estaba arrastrando a su hermano por los caminos del vicio, sino que él mismo corría el peligro de sucumbir a las malvadas tentaciones de Londres.

Como Felix se negó a visitar otras atracciones más inofensivas como la Catedral de San Pablo, la Torre de Londres y el Museo de Bullock, a Jessamy se le ocurrió proponerle una travesía en barco de Paddington Basin a Uxbridge. A Felix no le habría quedado más remedio que aceptar el viaje (que, para alguien que había experimentado los placeres del barco de vapor, solo podía ser un aburrimiento), si no hubiera descubierto en su guía la existencia de Peerless Pool. Este espacioso balneario, con su piscina cubierta, su campo de bolos, su biblioteca y su estanque, estaba situado en Moorfields, detrás del hospital de Bethlem. Jessamy, que estaba empezando a

conocer Londres, sospechó, debido a su ubicación, que tal vez no fuera un lugar recomendable. Pero cuando descubrió que antes era conocido como «la laguna peligrosa», debido a la cantidad de personas que se habían ahogado allí, su reticencia a visitarlo se desvaneció. Le entraron unas enormes ganas de ir, aunque decidió que no dejaría que Felix se sumergiera en la piscina hasta que no hubiera comprobado (mediante un experimento) que era razonablemente segura. Pero como hacía tiempo que Peerless Pool era un lugar seguro, y en primavera estaba prácticamente desierto, los hermanos decidieron aplazar el baño para más adelante.

Cuando se reunieron con el resto de la familia, Felix habló con naturalidad de Peerless Pool y de su intención de volver cuando hiciera más calor. Pero, una vez que se quedó a solas con Jessamy, le confesó que por nada del mundo les hablaría de su visita al Five Courts.

—¡Ya sabes cómo son las mujeres! —le dijo—. Seguro que ponen el grito en el cielo. ¡Como si hubiera algo malo en ver un buen combate!

Estas alegres palabras supusieron el golpe final para la sensible conciencia de su hermano. Jessamy se dio cuenta de que no solo había evitado contar su visita al Five Courts y al teatro de Surrey, sino que había llegado al colmo de la iniquidad enseñando a Felix (con su propio ejemplo) a mentir. La expresión austera que tanto temía su familia endureció sus ojos y afinó sus labios.

—No —dijo—, pero no debería haberte llevado, y pienso contárselo a Frederica. No había nada malo en el combate, pero sí en la compañía, y en las apuestas y... En fin, ha sido un grave error llevarte a ese lugar.

—¡No seas tonto, Jessie! —dijo su hermano con indignación.

Felix parecía dispuesto a iniciar una discusión, pero aunque a Jessamy le centellearon los ojos, ignoró el insulto y se retiró.

Cuando tuvo el valor de contárselo a Frederica, esta se lo tomó con filosofía. No pensaba que un chico de doce años corriera el peligro de corromperse por ver un melodrama o un combate de boxeo. Y aunque Jessamy le dijo que en el melodrama había aspectos decididamente inmorales, dijo con mucho sentido común:

—No creo que Felix prestara atención a eso. ¡Lo que le interesan son las aventuras! Por supuesto que no debes tomar por costumbre llevarle a ver ese tipo de obras, pero no te mortifiques, Jessamy. ¡Ten por seguro que no le has hecho ningún mal! En cuanto al boxeo, a mí no me gusta, pero sé que hay caballeros perfectamente respetables que no ven nada malo en ello. Hasta tu padrino...

—¡No era el boxeo, era la compañía! —dijo Jessamy—. ¡Yo no lo sabía, pero debí imaginarlo! ¡Y pensar que yo, que pretendo entrar en la Iglesia, estaba llevando a mi hermano por el mal camino!

Reconociendo las señales de lo que su hermano Harry llamaba «el mártir cristiano», Frederica se apresuró a decir:

—¡Bobadas! Estás creando un problema donde no lo hay. Es posible que tú te fijaras en la compañía, pero a Felix lo único que le importaba era el combate.

—Parece que desde que vinimos a Londres solo piensas en vestidos para Charis y en... cosas mundanas —dijo Jessamy con gravedad.

—Y si no lo hago yo, ¿quién va a hacerlo? —replicó Frederica—. Alguien tiene que pensar en esas cosas, ¿sabes? De lo contrario no sé qué será de nosotros —dijo, lanzándole una mirada burlona—. En vez de moralizar, querido, preocúpate un poco de las cosas mundanas, y deja de animar al vecino a que ronde nuestra casa.

—¡A que ronde nuestra casa! —repitió Jessamy, frunciendo el ceño—. Si te refieres a que es un hombre amable y educado...

—¡No me refiero a eso, tontorrón! Me refiero a que no deja de perseguir a Charis, y se está convirtiendo en una verdadera lata.

—Si no te gusta, ¿por qué no le dices a Charis que mantenga las distancias? ¿No pretenderás que le haga un desaire? Además, ¿por qué iba a hacerlo? Se dirige a Charis con mucho respeto, te lo aseguro. Es más, yo le conocí antes que Charis.

Los ojos de Frederica resplandecieron, pero dijo con gravedad:

—Lo sé.

—Además, su madre vino a visitarte, lo que me pareció muy amable y considerado por su parte. ¿Por qué te mostraste tan distante? ¿Y por qué le diste largas cuando nos invitó a todos a cenar y a pasar una velada en su casa? ¿Es que no es una persona respetable?

—Supongo que sí, pero no debemos intimar con esa familia ni con sus amigos. Si te soy sincera, Jessamy, puede que sean buenos y respetables, pero no pertenecen a la aristocracia. La protección de la señora Nutley no nos servirá de pasaporte para la buena sociedad. Es más, puede resultarnos tremendamente perjudicial. Sus modales no son distinguidos, ¿sabes? Y, según Buddle, el señor Nutley es un hombre muy vulgar.

—¡Buddle! —protestó Jessamy.

Frederica sonrió.

—¡Querido, si Buddle arruga la nariz, ten por seguro que lleva razón! Papá solía decir que un buen mayordomo puede oler a un nuevo rico a kilómetros de distancia. Reconozco que el joven Nutley es más refinado que sus padres, pero no es más que un galán de pacotilla, Jessamy.

—Si es un hombre bueno y respetable, como tú misma has dicho, lo demás no me importa —declaró Jessamy.

—¡Qué desfachatez! —exclamó Frederica—. ¡Pero si tú eres el más escrupuloso de todos nosotros! Ni siquiera el jefe de la cacería fue tan cruel con ese pobre hombre que alquiló la granja hace dos años. Dijiste que era un arribista y un advenedizo, y...

—¡Hace dos años de eso! —la interrumpió Jessamy, ruborizándose—. ¡Espero ser más sensato ahora!

—¡Sí, yo también! —repuso Frederica con franqueza—. Porque si pretendes ser pastor, no puedes condenar a los hombres respetables solo porque, por ignorancia, azuzan demasiado a los perros en las partidas de caza.

Aquella respuesta puso fin a la discusión. Jessamy se retiró en silencio, muy ofendido, y Frederica volvió a las cosas mundanas que la habían traído a Londres.

En ellas contaba con escaso apoyo por parte de Charis, en la que estaba centrada toda su ambición. Tampoco contaba con el apoyo de la señorita Winsham, que rechazaba el matrimonio como destino para la mujer, pero que reconocía, a regañadientes, que eso era lo único a lo que

podía aspirar una tontorróna como Charis. La propia Charis esperaba la temporada londinense con moderado placer. Para una chica que nunca había salido de las fronteras de Hertfordshire, y cuyas diversiones se habían limitado a meriendas campestres, fiestas al aire libre y entretenimientos como danzas rústicas y alguna que otra representación teatral, la perspectiva de asistir a bailes londinenses, desayunos venecianos, veladas, salones, visitas al teatro y a la ópera e incluso, tal vez, a Almack's, no podía dejar de ser agradable. Pero cuando descubrió que su querida Frederica pensaba gastar hasta el último penique en su guardarropa, y arreglárselas lo mejor que pudiera con sus vestidos, no quiso consentirlo. En general, Charis era la joven más dócil que cabía imaginar, pero en ocasiones podía ser muy obstinada. Y en cuanto supo que Frederica pensaba encargar su vestido de presentación a la sencilla modista de la tía Scrabster, declaró (con toda la terquedad que cabía esperar en una criatura tan dulce y encantadora como ella) que no le gustaban ninguno de los caros vestidos que le ofreció la refinada modista cuya tienda, situada en Bruton Street, Alverstoke había recomendado a Frederica.

Frederica había agradecido el consejo del marqués con frialdad, diciendo que no dudaba de su criterio en tales asuntos. Pero cuando Alverstoke, mirándola con aire burlón, le dijo que bastaba que mencionara su nombre a madame Franchot para encargarle sus mejores diseños, Frederica le respondió, con una lamentable falta de decoro:

—¡Eso haría, si quisiera que me tomara por una libertina!

—¿Y qué sabes tú de las libertinas, Frederica? —preguntó el marqués, tratando de reprimir una sonrisa.

—No mucho, pero papá me dijo que no son más que mujerzuelas bien vesti...

Frederica se interrumpió, pero el marqués la ayudó a terminar la frase.

—¡Mujerzuelas bien vestidas! Así es, pero como protector tuyo te diré que estoy escandalizado, y te ruego que en el futuro no uses semejantes expresiones. ¡Al menos en público!

—¡Oh, no! No pretendía... —Frederica le miró a los ojos y se echó a reír—. ¡Eres el hombre más detestable que conozco! Por cierto, ¿podrías recomendarme una sombrerería que merezca la pena?

—Desde luego. Visita la tienda de la señorita Starke en Conduit Street. Tiene un gusto exquisito.

—¡Muchas gracias! Supongo que será terriblemente cara, pero no me extrañaría que nos hiciera un descuento cuando sepa que Charis va a presentarse esta temporada bajo la protección de lady Buxted —dijo Frederica con astucia.

Y no se equivocaba. La señorita Starke, que muchas veces se veía obligada a diseñar sombreros y bonetes destinados a realzar rostros anodinos, y cuya sensibilidad se veía a menudo ofendida por el empeño de alguna clienta madura en comprar sombreros diseñados para jovencitas, juzgó que la señorita Merriville era un sueño hecho realidad. Como había diseñado sombreros para muchas jóvenes bonitas, su infalible instinto le permitía juzgar de un vistazo si a la señorita A. le favorecían los sombreros de copa alta, si la señorita B. debía llevar o no capotas cerradas, o si la señorita C. podía atreverse con un sombrero al estilo húsar. Pero nunca había tenido la oportunidad de proporcionar sombreros a una clienta que estaba encantadora con cualquier diseño que se pusiera encima de sus brillantes tirabuzones. Ya no se trataba de buscar un

sombrero que sacara partido a la señorita Charis Merriville; la señorita Merriville sacaba partido a cualquier sombrero, transformando la impopular capota de Angulema con redecilla blanca, que solo había complacido a su creadora, en un encantador diseño, capaz de incitar a cuatro de cada cinco madres orgullosas a comprar el mismo sombrero para sus hijas. En cuanto al orgullo de la colección de la señorita Starke, con su copa exagerada, su inmensa ala y su penacho de plumas rizadas, cuando la señorita Starke dio un paso atrás para contemplar su efecto en la cabeza de Charis, sus ojos se llenaron de lágrimas de triunfo, y aunque después los volvió hacia su ayudante, solo pudo ver a aquella criticona a través de una bruma. La señorita Throckley había dudado de su genio, diciendo que el sombrero era demasiado atrevido y voluminoso. ¿Qué tenía que decir ahora la señorita Throckley?

Como era de esperar, la señorita Throckley expresó su admiración ante la imagen que ofrecía la señorita con un sombrero que (en su opinión) muy pocas mujeres podían llevar. Ella no era quién para aconsejarla, pero cuando lo imaginaba en la cabeza de una joven menos agraciada, no podía soportarlo.

Este discurso, al que la señorita Starke se unió con entusiasmo, fue interrumpido por Frederica, que preguntó por el precio. Cuando se lo dijeron, se levantó sonriendo, pero negando con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Me temo que es demasiado caro. Mi hermana necesita varios sombreros, ¿sabe?, y no podemos encapricharnos de uno solo. Reconozco que es muy bonito, pero también lo es el sombrero de campesina, con la copa baja y las flores... aunque también es bastante caro. ¡Vamos, Charis! ¡No debemos malgastar el tiempo de la señorita Starke... y el nuestro tampoco! Es una pena, pero estoy segura de que encontrarás algo que te guste igual o más.

—¡Oh, sí! —concedió Charis, atándose las cintas de su sombrero bajo la oreja izquierda—. La verdad es que yo prefiero el sombrero de paja que vimos en aquel escaparate de Bond Street. ¡Vamos a verlo otra vez!

Pero durante este intercambio, la señorita Starke estuvo haciendo cálculos, y mientras Charis se estaba poniendo los guantes, le suplicó que volviera a sentarse. La mujer acusó a la señorita Throckley de haberse equivocado en el precio, y le dijo a Frederica que solía hacer considerables descuentos cuando la dama deseaba comprar varios sombreros, añadiendo que estaría encantada de complacer a una amiga de lady Buxted.

En realidad, milady solo le había encargado un sombrero de encaje, pero la señorita Starke la conocía, y sabía que lady Buxted, por muy vulgar que fuera, se movía en los mejores círculos. En esos círculos presentaría a la adorable señorita Merriville. Y si la visión de esa cara encantadora, enmarcada en un sombrero exquisito, no atraía a un ejército de madres casamenteras, con sus hijas del brazo, a Conduit Street, es que la señorita Starke no sabía nada de la naturaleza humana. No era necesario insinuar a la señorita Frederica Merriville que podían llegar a un acuerdo ventajoso si decía que los sombreros de su hermana los había hecho la señorita Starke, de Conduit Street. Pocas madres se abstendrían de preguntar a la señorita Charis dónde había encontrado su bonito sombrero; y era muy improbable que aquella criatura inocente se negara a proporcionar la información deseada. La respuesta debía ser «en la sombrerería de la señorita Starke», y no «en Clarimonde's, en New Bond Street».

De esa manera, tres preciosos sombreros fueron conducidos al carruaje de la señorita Merriville, que contaba ahora con la presencia en el pescante de Owen, el eficaz lacayo que había elegido el señor Trevor y al que Buddle había dado el visto bueno.

—¿Qué te parece? —dijo Frederica, con los ojos resplandecientes de triunfo—. ¡Tres sombreros por el precio de uno!

—¡Frederica, eran terriblemente caros!

—No más de lo que podemos permitirnos. Está bien, no eran precisamente una ganga, pero los sombreros son muy importantes, ¿sabes? ¡No te mortifiques, querida! Lo siguiente será elegir el vestido para tu presentación. ¿Te gustó alguno de los que vimos en Franchot's? ¿Ni siquiera el de canesú ruso con adornos de raso azul? —Charis negó con la cabeza. Ligeramente decepcionada, Frederica dijo—: A mí me pareció que te sentaba muy bien. Pero si no te gusta... ¿Y qué te pareció el de raso blanco con el canesú rosa?

—¡Me pareció que tú estarías preciosa con él! Siempre te ha favorecido el rosa.

—Charis, no estamos hablando de un vestido para mí, y aunque así fuera, no se me ocurriría hacer el ridículo con un vestido diseñado para una jovencita. Además, sabes muy bien que la señorita Chibbet está haciendo exactamente lo que quiero, porque estabas conmigo cuando compré el crespón naranja italiano y la tela de raso para la enagua.

—Sí, y yo también sé muy bien lo que quiero —dijo Charis—. ¡Por favor, Frederica, di que sí!

—¡Pero querida! —exclamó Frederica—. ¡Por supuesto que puedes comprar lo que quieras! A menos que hayas elegido un vestido inapropiado. Aunque sé que no es así, porque siempre has tenido muy buen gusto. ¿Dónde lo has visto?

—Ahora mismo te lo enseñaré —prometió Charis, apretando la mano de su hermana.

Charis se negó a decir nada más, limitándose a sacudir la cabeza cuando Frederica le preguntaba, y apretando los labios con fuerza. Pero cuando llegaron a Upper Wimpole Street, se llevó a Frederica a su habitación y le enseñó el último número del *Ladie's Magazine*. La revista mostraba el dibujo de una esbelta damisela ataviada con un vestido tres cuartos de seda blanca, abrochado en el centro por unas rosetas de perlas. La enagua que asomaba debajo del vestido era de raso blanco.

—¿Qué... qué te parece, Frederica? —preguntó, dirigiendo una mirada de angustia a su hermana.

Después de observar el dibujo con ojo crítico y eliminar mentalmente algunos añadidos al conjunto, como un chal de color púrpura, una tiara y un velo de encaje negro, Frederica llegó a la conclusión de que el instinto de Charis no la había traicionado. Su hermana era alta, aunque (gracias a Dios) no tan alta como la mujer del dibujo, que parecía medir cerca de dos metros. Y el diseño suave y alargado de la capa le sentaría como un guante.

—¡Me gusta! —dijo con decisión—. Es sencillo, pero no vulgar. Tienes razón, Charis: ¡te sentará de maravilla! Sobre todo esos suaves y elegantes pliegues de la enagua, sin volantes ni ribetes en el dobladillo.

—¡Sabía que dirías eso! —exclamó Charis.

—Sí, pero... —Frederica hizo una pausa, arrugando la frente. A continuación dirigió una mirada a los tiernos ojos azules de su hermana, que la observaban con aire suplicante, y dijo—:

Quieres que Franchot lo copie, ¿no? ¿Tú crees que estará dispuesta? No estoy segura, pero creo que las modistas de Londres solo utilizan sus propios diseños.

—¡No, no! —dijo Charis con una vehemencia inusual—. ¡Quiero hacerlo yo!

—¡De eso nada! —replicó Frederica—. ¿Hacer tu primera aparición en sociedad con un vestido confeccionado en casa? ¡Nunca! Charis, si supieras cuánto deseo presentarte elegantemente vestida...

—¡Y lo harás! ¡Te prometo que lo harás, querida! —declaró Charis, abrazándola con cariño—. ¡Escucha! Ya sé que no soy muy lista, ni cultivada, y que no sé dibujar, ni tocar el pianoforte, pero hasta la tía reconoce que sé coser. Sí, y también sé recortar telas, y confeccionar una manga. ¿Recuerdas el vestido que me hice para la fiesta del terrateniente? Todo el mundo intentó descubrir si la tía Scrabster me lo había enviado de Londres, o si lo había encontrado en una modista de Ross, o de Hereford, pero nadie consiguió averiguarlo. Hasta lady Peasmore se dejó engañar, porque le dijo a Marianne que había algo en mi vestido que mostraba que lo había diseñado una modista de primera categoría. ¡Y sabes que me encanta hacerlo, Frederica!

Aquello era incontestable, porque Charis era una excelente costurera. Pero Frederica no dio su brazo a torcer hasta que la señorita Winsham, sentada a solas con su sobrina favorita, le dijo: «¡Déjala! Aunque le salga una chapuza (y lo dudo mucho, porque reconozco que será una tontorrón, pero cose mejor que tú, Frederica), al menos la mantendrá ocupada, y lejos de ese insufrible lechuguino de la casa de al lado».



La señorita Winsham se mostró encantada de delegar en lady Buxted la tarea de acompañar a sus sobrinas, y la noche del baile, las señoritas Merriville se fueron solas a Alverstoke House. Su tía se asomó por la ventana en el último momento para preguntarles si llevaban pañuelos; Buddle les advirtió que no se rozaran la falda con el estribo del carruaje; y Owen las ayudó a subir al vehículo con educación. Las dos hermanas acudían a la fiesta con la perspectiva de pasar una noche agradable. Ninguna mostraba (ni sentía) el nerviosismo característico de las jóvenes que hacen su primera aparición en sociedad. Charis, que carecía de ambición y se mostraba indiferente a los cumplidos que recibía, estaba segura de que la fiesta sería divertida, porque siempre se había divertido en las fiestas: ¡la gente era tan amable! No temía que su mano no fuera solicitada en todos los bailes, porque nunca le había ocurrido nada parecido. Si lo hubiera pensado, habría dicho que esto se debía a la circunstancia de tener tantos conocidos en Hertfordshire. Pero si le hubieran sugerido que en Londres, donde nadie la conocía, era posible que se viera obligada a pasar la mayor parte de la noche sentada entre las carabinas, lo habría aceptado con perfecta ecuanimidad y sin el menor resentimiento.

Frederica no carecía de ambición, pero esta se centraba en su hermana. Una vez que hubo comprobado que Charis estaba arrebatadora, y que su vestido podía rivalizar con el diseño más caro de Franchot's, ya no tuvo ninguna duda: con su belleza y sus modales desenvueltos, Charis tenía el éxito asegurado. En cuanto a ella, pensaba que ya tenía edad suficiente para ser una solterona, y su única preocupación era rodear a Charis del entorno adecuado. Tarea que no le parecía en absoluto difícil. Llevaba demasiado tiempo siendo la señora de la casa para sufrir la agonía de la timidez. Además, el vestido naranja que le había hecho la señorita Chibbet, modernizado por los hábiles dedos de su hermana, era la prenda perfecta para una dama que, sin ser un vejestorio, ya no tenía edad para casarse. La gargantilla de diamantes que el difunto señor Merriville había regalado a su esposa le confería dignidad, y el sombrero alejandrino con que, haciendo oídos sordos a las protestas de Charis, había completado su atuendo, podía hacerle pasar por una viuda.

Es posible que Frederica no estuviera familiarizada con el protocolo habitual en las fiestas elegantes, pero sabía que el marqués les estaba haciendo un gran honor invitándolas a cenar en Alverstoke House antes del baile. Las escasas líneas que había garabateado en el dorso de una tarjeta de cantos dorados, donde aparecía su dirección escrita con la pulcra caligrafía de su secretario, no le hizo dudar de su propósito, que era presentarles a su hermana mayor y a otras personas que (en su opinión) podían resultarles útiles. El marqués había subrayado esta última palabra, sin duda con mala intención, y había terminado con una petición (que más bien parecía una orden): que llegaran a su casa un poco antes de la hora acordada. Aunque la nota era demasiado autoritaria para su gusto, Frederica decidió ignorarlo, pues era evidente que el marqués estaba decidido a ayudarlas. Lo que Frederica ignoraba era que, en realidad, el marqués se había esforzado más de lo habitual por sus protegidas, organizando para ellas una cena compuesta, salvo escasas excepciones, por personas a las que evitaba o ignoraba por completo. En la primera categoría se encontraban su hermana mayor y su esposo; su hermana Louisa; su encantadora prima Lucretia; y lady Sefton, cuya amabilidad no justificaba, a su juicio, las muestras de afecto que tanto le irritaban. En la segunda categoría se hallaban sus dos sobrinos; sus dos sobrinas; el rico y aburrido señor Redmure, que estaba comprometido con su sobrina mayor; su heredero; la hermana de su heredero, Chloë; y Alfred Parracombe, que tenía el dudoso honor de ser el marido de la espectacular morena cuyo nombre se había visto relacionado recientemente con el de milord. También se había visto relacionado con el nombre de otros caballeros, y verlo escrito en la misma lista que incluía los nombres de lady Jevington y lady Buxted sorprendió ligeramente a Charles Trevor. Pero sabía que lo mejor era no hacer preguntas, porque Alverstoke solía invitar a la señora Parracombe para amenizar lo que, con mucha sorna, llamaba «una cena memorable». También amenizarían la velada lord y lady Jersey y el mejor amigo del marqués, el señor Darcy Moreton. El señor Trevor, recuperándose de la sorpresa de ver aquellos nombres juntos, volvió a leerlos y detectó un error.

—Los números son impares, señor —señaló—. Hay diez damas y nueve caballeros, incluido usted.

—¡Y diez caballeros incluido usted! —dijo el marqués—. Estoy seguro de que preferiría no asistir, y no me extraña. Pero si cree que voy a presidir esta horrible cena sin su ayuda, está muy equivocado.

Charles se echó a reír, pero también se puso colorado.

—¡Lo... lo haré encantado, señor! —balbuceó—. ¡Muchas gracias! ¿Quiere que asista al baile también?

—¡Desde luego! Encárguese también de organizar la mesa. ¡Eso le mantendrá muy ocupado!

—Reconozco que no va ser fácil —dijo Charles, echando un vistazo a la lista—. Quiero decir que...

—Sé muy bien lo que quiere decir, querido, y hace mucho que he llegado a la conclusión de que es imposible. ¡Haga lo que pueda! Coloque a lady Jevington enfrente de mí: eso molestará a lady Buxted, pero no queda más remedio. No sería apropiado colocarla al lado de lady Jevington, y debemos atenernos a las normas del protocolo, ¿no cree?

—Sí —dijo el señor Trevor, que estaba pensando dónde colocar a la señora Parracombe.

—¡Muy bien, Charles! —dijo el marqués con aprobación—. Ahora que he dejado el asunto en sus manos, puedo irme a Cheveley con la conciencia tranquila. No, tal vez debería escribir a lady Jevington para pedirle que ejerza de anfitriona en la cena. Eso conseguirá mitigar su enfado cuando descubra que lady Buxted y la señora Dauntry van a compartir el honor de recibir a los invitados. ¡Estos preparativos son agotadores! Si viene alguien a preguntar por mí mientras estoy en Cheveley, dígame que me he ido al campo a descansar. Y en cuanto al resto... ¡haga lo que le parezca! Lo único que le pido es que no repare en gastos, y que se abstenga de transformar el salón en un circo.

—¡Con metros de seda rosa! ¡No se preocupe, señor! No haré nada de eso. Si no le importa, me gustaría decorarlo con flores.

—¡Me parece estupendo! —dijo el marqués con cordialidad—. Sospecho (¡aunque nunca lo he puesto en duda!) que me dejará sin nada que hacer. Y me alegro, porque ese es mi único objetivo.

Gracias a la energía del señor Trevor, a su considerable talento para la organización y a su tacto, que le valió la colaboración voluntaria de personas tan celosas como el mayordomo de milord y su ayuda de cámara, esta esperanzadora profecía se cumplió. El marqués encontró un único fallo en sus preparativos. Cuando el señor Trevor le presentó su cuidadoso plan para organizar la mesa, milord traspuso dos nombres. Como resultado, el señor Trevor se encontró sentado al lado de la señorita Charis Merriville. Era un cambio agradable; no obstante, Charles se sintió obligado a recordarle que seguramente el señor Endymion Dauntry no querría sentarse al lado de su prima Jane.

—Probablemente, no —dijo el marqués—. ¿Pero qué le hace pensar que me importan los deseos de Endymion?

Esa clase de comentarios (pensó el señor Trevor) era lo que hacía al marqués tan impredecible. Era una persona que podía repeler y atraer al mismo tiempo. Nada podía resultar más desconcertante que su fría indiferencia hacia los miembros de su familia; nada más entrañable que su consideración hacia los posibles deseos de su secretario. Podía, con una sorprendente falta de delicadeza, incluir entre sus invitados a una dama que sin duda escandalizaría a sus hermanas. Pero cuando solicitaba la ayuda de su secretario, como si eso formara parte de sus tareas, el señor Trevor sabía que lo único que esperaba de él era que se divirtiera, y que actuara como una especie de asistente o segundo anfitrión.

El señor Trevor estaba seguro de que se divertiría en el baile, pues era una oportunidad que pocas veces se le ofrecía. Y, gracias a la intervención del marqués, ahora esperaba con ilusión asistir a la cena.

Los primeros invitados en llegar fueron los Jevington, que venían acompañados del adinerado señor Redmure. Lady Jevington hizo su aparición majestuosamente vestida, con una magnífica y espantosa tiara de diamantes y dando muestras de una exagerada cortesía. Esta encontró su expresión instantánea cuando Alverstoke dijo:

—Imagino que no hace falta que te presente a Charles, Augusta.

Su hermana respondió al instante, extendiendo la mano al señor Trevor y dirigiéndole una sonrisa de condescendencia:

—¡Oh no! ¿Cómo está, Charles? ¿Y cómo está su respetable padre? ¿Y su querida madre? ¡Hace un siglo que no los veo! ¡Tiene que ponerme al día!

Pero no hizo falta que Charles contestara, porque en ese momento llegaron los Buxted, y poco tiempo después, la señora Dauntry con su hija Chloë. La señora Dauntry estaba especialmente atractiva con uno de los ajustados vestidos que tanto realzaban su esbelta figura. Este (que lady Buxted valoró en cincuenta guineas, y lady Jevington en bastante más) era de una finísima gasa lila, y dejaba asomar una enagua de satén rosa. También ella lucía una tiara de diamantes, pero no era tan imponente como la reliquia que coronaba la cabeza de lady Jevington, sino mucho más delicada. Sobre la tiara llevaba uno de sus velos de encaje; y unos guantes de cabritilla color lila (franceses, y de un precio no inferior a cinco guineas, pensó lady Buxted con indignación) cubrían sus brazos. Llevaba en la mano un abanico pintado, y un frívolo bolsito colgando de la muñeca. La otra mano se la ofreció a Alverstoke, murmurando:

—¡Querido Vernon!

Mientras el marqués la saludaba, y enfurecía a sus hermanas besándole la mano, la señora Dauntry dirigió sus enormes ojos hundidos hacia ellas, y las saludó con una ligera sonrisa que transmitía afecto, pero no el suficiente para sugerir que las consideraba sus anfitrionas.

—¡Querido Vernon! —repitió—. ¿Llego tarde? ¡Cuánto lo siento! ¡Pero estoy segura de que me perdonarás! Aquí está tu más ferviente admiradora, Chloë. ¡Chloë, cariño, acércate a saludar a tu primo favorito!

La señorita Dauntry, que había cumplido diecisiete años tres días antes, hizo una reverencia infantil. Su rostro, en forma de corazón, mostraba sorpresa y alarma. Como a su madre se le había olvidado contarle que Alverstoke era su primo favorito, se quedó desconcertada y miró a la señora Dauntry en busca de ayuda. El marqués, percatándose de su incomodidad, dijo en tono afable:

—¿Y desde cuándo soy... cómo lo llamaste, Lucretia? ¡Ah, sí! ¿Tu primo favorito, Chloë? ¿O no lo he sido nunca?

—¡Oh, no! —respondió ella con ingenuidad. Luego se puso colorada, y balbuceó—: Quiero decir... ¡En fin, la verdad es que no te conozco muy bien, primo!

Alverstoke sonrió.

—¡Buena chica! Es evidente que me corresponde a mí cultivar nuestra amistad, ¿verdad?

Pero no tardó en apiadarse de su turbación y se la entregó a Charles Trevor, en cuya compañía no tardó en recuperar la compostura.

—Es bonita, y seguro que mejora con el tiempo —dijo el marqués tras examinarla con ojo crítico—. Es una pena que se parezca a su padre y no a ti, Lucretia. Nunca será una belleza, pero es atractiva. Enhorabuena por el vestido. Supongo que lo habrás elegido tú.

La señora Dauntry se puso muy contenta al recibir este tributo, que además era bien merecido. Había empleado mucho tiempo y dedicación, además de una considerable cantidad de dinero, en el vestido (aparentemente sencillo) que llevaba Chloë; y con su infalible buen gusto, había elegido para ella muselina amarilla, que le sentaba mucho mejor que el tradicional color blanco, o el azul o el rosa pálidos que solían llevar las jovencitas. Chloë tenía los ojos marrones y el pelo castaño, y una piel morena y sedosa que se volvía cetrina en contraste con el color blanco y el azul. Su

figura era todavía inmadura y no era muy alta, pero podía pasar por una joven bonita, pensó el marqués. No podía decirse lo mismo de la señorita Buxted, que ofrecía una imagen lamentable con un vestido lleno de ribetes y una corona de rosas en la cabeza. Era evidente que Jane no se había dejado aconsejar: se había empeñado en llevar la corona y el vestido rosa, y como había heredado el mal genio de su madre, y era capaz de pasarse días enfadada, lady Buxted había cedido a sus caprichos. El marqués la miró con disgusto, desdeñando su estúpida risa y su aspecto. Era una muchacha anodina, y no tardaría en convertirse en un adefesio: Louisa nunca sería capaz de casarla.

Louisa y Augusta estaban cuchicheando. Augusta estaba haciendo averiguaciones sobre las Merriville, y expresando en voz baja su sorpresa al saber que Louisa se había comprometido a protegerlas.

—Mi querida Augusta, pensé que era mi deber —dijo lady Buxted—. ¡Vernon no sabía qué hacer! Fred Merriville tuvo la desfachatez de dejar a toda la familia a su cargo. Si no hubiera acudido en su ayuda, no sé qué habría sido de las chicas, porque su tía es bastante excéntrica, ¿sabes? Es muy anticuada, y detesta hacer vida social.

—¿De veras? —dijo lady Jevington, tomándose su explicación con bastante escepticismo—. ¡Alverstoke debe de sentirse muy agradecido! ¿Y cómo son? ¡Me imagino que muy guapas!

—¡En absoluto! Solo conozco a la mayor, y es una joven bastante atractiva, pero yo no la describiría como una belleza. Creo que la pequeña es la más guapa de las dos. Vernon, ¿no me dijiste que la señorita Charis Merriville es muy guapa?

—Desde luego —respondió Alverstoke—. O al menos eso creo. Ya me dirás qué te parece, querida Louisa.

En ese momento, Wicken anunció a las señoritas Merriville, y no hizo falta que lady Buxted le dijera a su hermano qué le parecía Charis, porque la respuesta la tenía escrita en la cara.

Frederica entró en el salón un poco antes que su hermana, y se detuvo un momento mirando a su alrededor. La impresión que causó fue la de una mujer elegante. Ni siquiera el sombrero alejandrino le hacía parecer una viuda. Pero el diseño de su vestido de crespón, el canesú al estilo austriaco, el chal de gasa sobre los hombros, el brillo de los diamantes en torno a su garganta y, sobre todo, su seguridad mostraban claramente que ni era ni se consideraba una jovencita. Su aspecto era más bien el de una dama con varios años de experiencia a sus espaldas.

Frederica solo estuvo unos segundos sometida al escrutinio de los invitados, y no fue ella la que llevó las conversaciones a un abrupto final. Fue Charis, que entró en el salón detrás de ella, la que hizo callar a la asamblea, haciendo que hasta el impasible lord Buxted se interrumpiera en mitad de una frase, y que lord Jevington se preguntara (como más tarde confesó a su severa esposa) si estaba asistiendo a una fiesta en Alverstoke House o soñando.

Lady Jevington, que era una mujer muy justa, no se lo reprochó: la señorita Charis Merriville era, sin lugar a dudas, un sueño hecho realidad. Era una joven esbelta, e iba vestida toda de blanco, con una corona de lirios del valle encima de su cabello reluciente. Las únicas notas de color las proporcionaban sus rizos dorados, sus ojos azules y el delicado rubor de sus mejillas y labios. Era lógico que los hombres pensaran que estaban contemplando una visión celestial. ¡Y además iba vestida de manera exquisita!, pensó milady, que contempló con aprobación el vestido

de seda con rosetas de perlas (adquiridas en una tienda fascinante del Pantheon Bazaar), encima de la enagua de raso blanco. La única joya que lucía Charis era un sencillo collar de perlas que había heredado de su madre: justo lo que debía llevar una jovencita en su primera temporada, pensó lady Jevington. Igual que no pudo culpar a su marido por mostrar un entusiasmo impropio de su edad, tampoco pudo culpar a su voluble hijo, Gregory Sandridge, por quedarse mirando a Charis con la boca abierta. La joven era sencillamente encantadora. Lady Jevington, que había conseguido un buen partido para su hija Anna, sintió compasión por la pobre Louisa: Alverstoke la había engañado descaradamente, y bastaba mirar sus ojos centelleantes y sus mejillas encendidas para saber lo furiosa que estaba. Era fácil adivinar por qué Alverstoke había aceptado su responsabilidad sobre los Merriville. Charis era demasiado joven para él, e inapropiada en todos los sentidos, pero no había que preocuparse por eso: se aburriría de ella en un mes. Tampoco había que preocuparse demasiado por Gregory: se enamoraría muchas veces antes de comprometerse en serio. Y si los encantos de Charis eran más fuertes que su pasión por el deporte, ya se encargaría su madre de separarle de ella. Pero Louisa lo tendría bien merecido si el pelmazo de Carlton se enamoraba de la hija de Fred Merriville. Cuando pensó en el carácter avaricioso de Louisa, en su mal humor y en sus continuas exigencias, lady Jevington se sintió incapaz de reprochar al sinvergüenza de su hermano que le hubiera jugado una mala pasada.

Mientras Alverstoke se acercaba a saludar a sus protegidas, Chloë, que tenía la vista clavada en Charis, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué guapa es! ¡Parece una princesa!

El señor Trevor la miró y asintió, sonriendo.

—¿Cómo están mis niñas? —dijo el marqués en tono paternal.

A Frederica le brillaron los ojos, pero respondió con naturalidad:

—¿Cómo estás, primo? —e inmediatamente se dirigió a lady Buxted—: ¿Cómo se encuentra, señora? ¿Podría presentarle a mi hermana? Charis, esta es lady Buxted, nuestra bondadosa protectora.

Lady Buxted recobró la compostura, forzó una sonrisa y alargó la mano hacia Charis para hacer una ligera reverencia.

—Señora, discúlpeme por no acompañar a mi hermana cuando le hizo una visita —dijo Charis—. ¡Lo siento!

—No se preocupe. Tengo entendido que estaba en cama con un resfriado, ¿no? Permítame que le presente a mi hermana, lady Jevington —dijo lady Buxted, consciente de que Augusta había adivinado que Alverstoke la había engañado y estaba disfrutando de su turbación.

La amabilidad con que Augusta saludó a las señoritas Merriville la confirmó en su idea, y no le quedó más remedio que consolarse pensando que «esa mujer» debía de estar tan disgustada como ella por la aparición en escena de una belleza como Charis.

Pero la señora Dauntry, que nunca mostraba emociones inapropiadas como la rabia o el resentimiento, saludó a las hermanas con mayor amabilidad que lady Jevington, y le dijo a Chloë que viniera a conocer a sus nuevas primas. Más tarde, llamó la atención de Alverstoke sobre la encantadora imagen que ofrecían Charis y Chloë charlando en un sofá al fondo del salón. Asegurándose de que lady Jevington y lady Buxted pudieran escucharla, la señora Dauntry las

describió como las jóvenes más guapas del baile. Como Frederica quedaba fuera de esta categoría, este comentario sirvió para saldar viejas rencillas, pues las únicas jóvenes presentes eran la señorita Sandridge y la señorita Buxted.

—No pretendo compararlas —añadió con su melancólica sonrisa—. Porque aunque sea hija mía, reconozco que mi pequeña Chloë no es nada al lado de tu encantadora Charis. ¡Va a tener a medio Londres a sus pies! —La señora Dauntry soltó una risita y lo miró con malicia—. ¡Vas a granjearte muchas enemistades entre las madres casamenteras, Alverstoke! Si mi Chloë no fuera demasiado joven para pensar en el matrimonio, yo sería una de ellas.

Profundamente agradecido, el marqués solo tuvo tiempo para responder: «¡Gracias, querida Lucretia!», antes de que su atención se viera reclamada por la llegada de los Seftons.

El último invitado en llegar fue Endymion, que entró como un apuesto y enorme colegial al que hubieran pillado en falta. Balbuceó una disculpa por el retraso, pidió perdón a su primo y dirigió una mirada al salón. Había estado de guardia, y sabía que el primo Vernon lo entendería. Pero al ver a Charis se interrumpió, y se quedó mirándola con evidente admiración hasta que lady Jevington le sacó bruscamente de su trance, diciéndole que ya conocía a lady Jersey[11] y lady Sefton[12]. Esto hizo que el joven se sobresaltara, enrojeciera hasta la raíz del cabello y se disculpara de forma incoherente mientras hacía una reverencia a las damas. Por fortuna, las dos se mostraron más divertidas que ofendidas, pues aunque lady Sefton era demasiado buena para enfadarse, lady Jersey era muy puntillosa con el protocolo. Endymion se libró de uno de sus desaires, en parte porque era, por lo general, muy educado, además de ser la clase de joven noble y apuesto que cualquier anfitriona querría invitar a sus bailes y salones; y en parte porque (como lady Jersey solía decir) los Fane y los Dauntry se conocían de toda la vida. Una de las mejores amigas de lady Jersey había sido la hermana pequeña de Alverstoke: la «pobre Eliza» que se casó con el insignificante señor Kentmere, y que prácticamente había desaparecido de la escena londinense. Y aunque Alverstoke, que era cuatro años mayor que la fascinante Sally Fane, nunca se había encontrado entre los aspirantes a su mano y su fortuna, lady Jersey siempre había sentido debilidad por él, y le consideraba uno de sus mejores amigos. Alverstoke era diez años más joven que el conde de Jersey, pero lo conocía bien. Los dos habían estudiado en Harrow y habían sido rivales en el hipódromo y en las partidas de caza. Cuando estaban en Londres, ambos vivían en Berkeley Square, circunstancia que, según lady Jersey, no solo los convertía en vecinos, sino que planteaba un dilema irresoluble: si los invitaban a una fiesta de gala en Alverstoke House, ¿qué era más apropiado: ir en carruaje, o rebajarse a ir andando?

Lady Jersey era conocida, en ciertos círculos, como Silencio. Pero quien pensara que su charla amena e intrascendente era una señal de estupidez, estaba muy equivocado. Era una mujer muy inteligente, y no se le escapaba nada. Había estado hablando desde que entró en el salón, y de temas muy variados, desde la inminente boda en la familia real, hasta la absolución de un asesino que había reclamado el derecho a un duelo judicial[13]. Pero mientras hablaba había estado tomando notas mentales, y todas ellas muy interesantes. Gracias a una de las patrocinadoras de Almack's, la orgullosa señora Burrell[14] (que lo había escuchado de labios de lady Buxted), lady Jersey sabía que Alverstoke había asumido la tutela de unos primos, y que estaba haciendo todo lo posible para introducir en la buena sociedad a las dos hermanas de la familia. Y eso bastó

para despertar su curiosidad. Como conocía a Alverstoke mucho mejor que la señora Burrell, lady Jersey no creyó ni por un segundo que este quisiera celebrar un baile en honor de Jane, ni de ninguna otra de sus sobrinas. En ese caso debía de estar haciéndolo por sus protegidas, aunque eso tampoco era propio de él. Cuando vio a Charis, pensó que era la última conquista de Alverstoke, pero lo descartó al instante. La chica era encantadora, pero no era su estilo. Las flores inocentes que acababan de desplegar sus pétalos nunca se habían encontrado entre sus víctimas; y esta, además de ser su protegida, era un poco sosa. No era más que una hermosa tontorrón, decidió lady Jersey, a la que Alverstoke tacharía de aburrida a los cinco minutos de conocerla. En cuanto a la supuesta explicación que Louisa había dado a su vieja amiga, la señora Drummond Burrell, de que Alverstoke se sentía obligado a proteger a los hijos de Fred Merriville, nadie que le conociera podía creerlo. ¿Entonces por qué? De pronto se le ocurrió una solución al problema. Un vistazo a lady Buxted se lo confirmó: ¡había invitado al baile a su bella protegida para vengarse de Louisa! Sin duda, Louisa habría estado insistiendo en que diera un baile en honor de su aburrida hija, y esta era su forma de vengarse. Se lo tenía bien merecido, pensó lady Jersey, porque sus exigencias eran incesantes, y jamás se había preocupado por su hermano. Y Lucretia también. Lucía una dulce y melancólica sonrisa, pero debía de estar tan furiosa como Louisa. O puede que incluso más, porque además de ver a su hija eclipsada, se veía obligada a ver a su querido Endymion mirando embobado a Charis.

Luego estaban los Parracombe; o mejor dicho, la señora Parracombe, porque sería absurdo suponer que a su rico y estúpido esposo le preocupaba algo que no fuera su cena y sus caballos de carreras. ¿Qué había llevado a Alverstoke a invitarlos a la cena?, se preguntó lady Jersey. Su nombre se había visto relacionado con el de Caroline en los últimos meses, pero últimamente apenas se los veía juntos. En opinión de lady Jersey, Caroline se había mostrado bastante caprichosa y demasiado posesiva. ¿La habría invitado a la fiesta (que claramente estaba celebrando en honor de sus protegidas) para informarle de que lo suyo había terminado? ¡El muy granuja era perfectamente capaz! ¡Pobre Caroline! Pero ya debería saber que no se podía jugar al ratón y al gato con Alverstoke. Cazarle era un triunfo; pero pensar que podía tenerle cautivo mientras ella repartía sus favores entre él y el resto de sus amantes era una idea descabellada. Su afecto nunca había sido tan profundo para inspirarle el deseo de eclipsar a sus rivales. Si la dama a la que decidía hacer objeto de su (caprichosa) devoción alentaba las atenciones de otros admiradores, la dejaba sin miramientos; porque, aunque no le importara, tampoco quería compartirla. Lady Jersey sospechaba que cuando sus conquistas (porque no se las podía llamar de otra manera) eran vistas en compañía de otros hombres, era porque Alverstoke se había aburrido de ellas.

Hacía meses que había empezado a aburrirse de la señora Parracombe. Era guapa, divertida y lo bastante inteligente para arriesgarse (aunque nunca demasiado). Había reconocido en ella a una aristócrata con alma de cortesana y, como tal, había disfrutado de su discreta aventura mientras duró la pasión. Pero no había durado mucho tiempo. Era una mujer seductora que había encendido su deseo, pero ni una chispa de amor en su frío corazón.

Caroline lo sabía, y como también ella desconocía el amor y la ternura, se sobrepuso lo mejor que pudo, y fue lo bastante lista para dar a entender (antes de que la buena sociedad se percatara

de la falta de interés de Alverstoke) que era ella la que se había cansado de él. Como no era tan perspicaz como lady Jersey, pensó que la bella Charis Merriville era la última conquista de Alverstoke, pero soportó la presentación con sonriente ecuanimidad, limitándose a susurrarle en el momento oportuno:

—¡Ten cuidado, querido! ¡Cuando los hombres de tu edad se enamoran de las jovencitas, se considera un síntoma de vejez!

—¡Lo tendré! —le prometió el marqués, respondiéndole con otra sonrisa.

Charles Trevor había comentado a Alverstoke que era posible que Endymion no quisiera sentarse al lado de su prima Jane, pero no tardó en advertir que la principal víctima no era Endymion, sino Jane. Él y Charis estaban sentados justo enfrente de los primos; y Endymion, ya fuera porque estaba obnubilado, o porque pensaba que no le debía ningún respeto a su prima, se pasó toda la velada contemplando la hermosa visión que tenía enfrente. Gran parte del encanto de Charis consistía en no dar importancia a su belleza, y como siempre prestaba atención a la persona que estuviera conversando con ella, casi nunca era consciente de las miradas de admiración que le dirigían. Si se daba cuenta de que la miraban, no se sentía en absoluto satisfecha, sino que tachaba mentalmente a su admirador de maleducado, y se preguntaba si le había salido un grano o se había manchado la cara. Ninguno de estos temores la asaltó cuando levantó la cabeza y vio a Endymion mirándola con sus ojos castaños. La joven se ruborizó, e inmediatamente apartó la vista. Pero aunque deseó que dejara de mirarla, no se le ocurrió que fuera un maleducado. Endymion era el joven más guapo que había visto en su vida: la personificación de todos los héroes que (según la tía Seraphina) no existían más allá de los romances, o de las cubiertas de las novelas. Si no hubiera sabido que la estaba observando, le habría lanzado unas cuantas miradas furtivas. Pero lo sabía, y como era una chica muy educada, procuró no volver a mirarlo. En otra parte de la mesa, Frederica, aparentemente interesada, animaba a lord Buxted a que la instruyera en el arte de administrar fincas. Lady Jersey, que estaba sentada enfrente, observaba a las hermanas por debajo de sus pestañas.

—¡Te felicito, Alverstoke! —dijo de pronto—. Me gustan. Son sencillas, tienen unos modales muy desenvueltos, y la más guapa posee una modestia que resulta encantadora. ¿Me has invitado para convencerme de que les proporcione invitaciones para Almack's?

Esta pregunta, que milady acompañó de una mirada pícara, no dejó desconcertado al marqués. Después de comprobar que lady Sefton, situada a su izquierda, estaba manteniendo una conversación con el señor Moreton, respondió con frialdad:

—No. Te he invitado para no morirme de aburrimiento, Sally. Cuento con Louisa para que les procure las invitaciones.

—No lo hará —dijo lady Jersey con decisión—. Te dirá que la señora Burrell se ha negado a complacerla. Y ni siquiera tú, que eres un desalmado, puedes esperar que recurra a Emily Cowper en este momento. Los Lamb están consternados por la muerte de lady Melbourne^[15], sobre todo Emily. —Lady Jersey dirigió una mirada al extremo de la mesa—. ¡Por el amor de Dios, mira a Louisa! ¡Está bien, lo haré! ¡Aunque solo sea para traerte a nuestras reuniones, Vernon!

—No pienso ir, querida. No estoy dispuesto a que me hagáis un desaire. ¿O solo le negáis la entrada a los duques?

Lady Jersey soltó una carcajada.

—¿Te refieres a Wellington? Pero él intentó saltarse nuestras normas, algo que tú no harías jamás[16].

—¡Desde luego! ¡Pregúntales a mis queridas hermanas!

—¡No hace falta! Conozco la respuesta. ¡Cuántas veces me despreciaron (Eliza no, por supuesto) cuando eran jóvenes, y yo una colegiala inexperta! ¿Tú crees que les molestará mucho que ayude a tus protegidas? ¡Qué cosas digo, por supuesto que les molestará! ¡Maria!

Al oír que llamaban su atención, lady Sefton dirigió una mirada interrogante a su amiga.

—¿Tú crees que deberíamos admitir a las protegidas de Alverstoke en Almack's?

—Yo creo que sí. Son guapas, y muy educadas. ¡Y además son las hijas del pobre Fred Merriville! ¡Yo creo que deberíamos hacer todo lo posible por ayudarlas! —concedió lady Sefton, antes de volver a dirigir su atención al señor Moreton.

—Las admitiremos —dijo lady Jersey—. ¡Oh, pero qué tonta soy! ¡Ahora nunca sabré si me has invitado por eso!

—¡No importa! —dijo Alverstoke en tono tranquilizador—. ¡Piensa cuánto te divertirás haciendo rabiar a mis hermanas!

—¡Desde luego! —dijo ella, dirigiendo otra mirada a la mesa—. La más guapa va a causar sensación. La mayor tiene más aplomo, pero... ¿cómo es su fortuna, Alverstoke?

—Respetable.

Lady Jersey arrugó la nariz.

—¡Qué lástima! ¡Pero nunca se sabe! Con esa cara, es posible que la pequeña consiga un buen partido. ¡Ya veremos!



Al menos una parte de la profecía de lady Jersey se cumplió: esa noche, la señorita Charis Merriville causó sensación. Mucho antes de que Alverstoke y su hermana Louisa recibieran al último invitado, su mano había sido solicitada para todos los bailes. Los jóvenes dandis que llegaron tarde se vieron privados del placer de rodear su cintura en el vals, e incluso de acompañarla en las danzas rústicas. Charis no quiso bailar más de dos veces con el mismo, pero dejó que Endymion la acompañara a cenar cuando este le prometió que su parentesco garantizaba lo decoroso de la situación. Al ver que dudaba, el joven añadió:

—Le pediré a su hermana que nos acompañe. Ahí está, hablando con el joven Greg. Es mi primo, ¿sabe? ¿Quiere que se lo diga?

—¡Oh sí! ¡Mucho mejor! ¡Y dígame a su hermana que venga también!

Endymion no prestó demasiada atención a esta sugerencia, porque en ese momento, Chloë estaba en compañía del joven lord Wrenthorpe, que era uno de los rezagados que no habían podido bailar con Charis. Lord Wrenthorpe, que era su compañero en el ejército, no había dudado en expresar su opinión sobre los sinvergüenzas que les roban la pareja a los amigos, y como era uno de los favoritos de las damas, pues además de atrevido era gracioso, Endymion no tenía ninguna intención de incluirle en el grupo.

—Ah, sí —dijo—. Pero está con lord Wrenthorpe, ¿sabe?

—¿Y no querrá venir él con nosotros? —preguntó Charis con inocencia—. Su madre me lo presentó, y se mostró tan amable y divertido cuando le dije que no podría bailar con él... Su madre me dijo que era amigo suyo, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Es un gran amigo! —dijo Endymion—. Pero pensé que no querría... En fin, es una cena familiar, ¿sabe?, y él no es de la familia.

Pero el asunto se le fue de las manos por culpa de su gran amigo, que en ese momento se acercó a ellos con Chloë del brazo. Al parecer, a él también se le había ocurrido la feliz idea de organizar una velada íntima. Lord Wrenthorpe contaba con el respaldo de Chloë, que había desarrollado una admiración juvenil por su maravillosa prima nueva, y tenía la tímida esperanza

de que Charis la admitiera entre sus amigas. Fue inútil que Endymion le dijera que era una cena familiar. Su amigo respondió que las familias siempre discuten a menos que se incluya a un extraño entre sus miembros. Así que Endymion no tuvo más remedio que ir a buscar a Frederica y a su primo Gregory e invitarlos al banquete, mientras su pérfido amigo le apremiaba diciendo:

—¡Date prisa, Tontorrón, o se acabarán todos los pastelillos de langosta!

Lady Buxted temía que un baile celebrado con tan poca antelación, y antes de que empezaran los diversos entretenimientos de la temporada, pudiera tener poca concurrencia, pero cuando fue a cenar supo que ninguno de los próximos bailes, fiestas y salones superaría a este en elegancia y distinción. Esto la hizo debatirse entre el orgullo y el resentimiento. Su odioso hermano había movido un dedo, y la buena sociedad había acudido en masa a su residencia, tal como había predicho. Naturalmente, eso era lo que ella quería, pero a pesar de todo le irritaba. A Alverstoke le habría venido muy bien que unas cuantas personas hubieran declinado su invitación. Es cierto que le había dado la oportunidad de presentar a Jane en los círculos más selectos, pero ese no era su objetivo: lo que su hermano pretendía era presentar a las hermanas Merriville en esos círculos, y lo había conseguido. Al menos media docena de anfitrionas habían suplicado a lady Buxted que llevara a sus encantadoras protegidas a sus futuras fiestas. ¡A *sus* protegidas! Y por si fuera poco, Sally Jersey les había prometido invitaciones para Almack's, y había tenido la desfachatez de pedirle (¡a ella!) que las acompañara. «Tráete también a tu hija. Se llamaba Jane, ¿no? —le había dicho lady Jersey, con un descaro que le hizo sentir ganas de abofetearla—. Le mandaré una invitación, no te preocupes. Y si no lo hago, recuérdamelo, Louisa. ¡Ya sabes qué mala memoria tengo!».

Cuando lady Buxted recordó a la pequeña e impertinente Sally Fane, una maldita colegiala a la que había hecho unos cuantos desaires bien merecidos, las delicias que había preparado el cocinero francés de su hermano para agasajar a sus invitados, le supieron a rayos. En ese momento, nada le habría proporcionado mayor placer que hacer otro desaire a Sally. Pero por muy enfadada que estuviera, lady Buxted nunca desperdiciaba una oportunidad. Ninguna madre con una hija casadera podía permitirse rechazar el apoyo de lady Jersey, la famosa reina del club más exclusivo de Londres, conocido por las malas lenguas como «el Mercado Matrimonial». Así que lady Buxted, que había perdido el apetito, se vio obligada a aceptar su oferta con una sonrisa tan falsa como la que se dibujó en los labios de Sally.

Solo se ahorró un disgusto en aquella noche de triunfo y desgracia: Alverstoke no invitó a bailar a ninguna de sus protegidas. Otros ojos además de los de lady Buxted estaban observándole con curiosidad para ver qué hacía. Pero sus dueños se sintieron aliviados o decepcionados, según sus expectativas, al ver que las únicas mujeres que conducía a la pista de baile eran las damas de más edad o posición. El marqués se detuvo para intercambiar unas palabras con Frederica, pero nadie pudo extraer ninguna conclusión porque, a pesar de su indolencia, Alverstoke se las arregló para hablar con todos sus invitados.

—¿Satisfecha, Frederica? —le preguntó.

—¡Ya lo creo que estoy satisfecha! —replicó ella impulsivamente—. ¡No sé cómo agradeceréte! —Una repentina sonrisa se dibujó en su rostro—. Ha sido mi noche de triunfo, ¿no crees? ¡Sabía que solo hacía falta que vieran a Charis para que la apreciaran! —Al ver que el

marqués no respondía, añadió con ansiedad—: No lo pienso solo yo, ¿no? Ha causado sensación, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Alguna vez piensas en alguien que no sea Charis?

—¿Cómo? ¡Pues claro! —exclamó ella, sorprendida—. Pienso en todos mis hermanos, solo que ahora pienso en ella más que en los demás, porque es mi preocupación más acuciante.

El marqués la miró con curiosidad.

—¿Nunca te preocupas por ti, Frederica?

—¿Por mí? —preguntó ella, arrugando la frente—. Bueno, si tuviera necesidad de preocuparme, lo haría, por supuesto. Pero...

—Quiero decir que si nunca piensas en ti —la interrumpió el marqués—. Llamas a esto tu noche de triunfo porque Charis ha causado sensación, pero he visto que te han sacado a bailar tantas veces como a ella.

Frederica soltó una carcajada.

—Sí. ¿A que es gracioso? Me sentía completamente abrumada. Todas mis parejas pensaban que, si se mostraban lo bastante educados y amables, les presentaría a mi hermana.

—Eres una criatura muy extraña.

Alverstoke se despidió de ella con una inclinación de cabeza, al tiempo que lord Buxted se acercaba para invitarla a bailar una cuadrilla.

Frederica se quedó muy sorprendida por el comentario del marqués, pero dedicó muy poco tiempo a pensar qué quería decir, y mucho menos a preguntarse si los distintos caballeros que la invitaron a bailar por segunda vez lo hicieron para conocer a su hermana. Si le hubieran dicho que entre los admiradores de Charis, había varios que pensaban que ella era la más atractiva de las dos, no se lo habría creído.

Entre ellos estaba el señor Moreton, que miró a Alverstoke arqueando una ceja y le preguntó qué andaba tramando.

—Nada en absoluto —respondió el marqués con naturalidad.

El señor Moreton suspiró.

—¿No creerás que puedes engañarme, querido Vernon? Ninguna de las explicaciones que me han dado para justificar tu apoyo a las hijas de Fred Merriville me parece creíble. Por un lado me dicen que le debes un favor a Fred Merriville; por otro, que te has enamorado de la divina Charis. ¿No pensarás que voy a tragarme ese cuento chino, Ver?

—¿Por qué no? —preguntó Alverstoke—. ¡Piensa en todas las bellezas que me han seducido, Darcy!

—Lo estoy pensando. ¡Y todas eran mujeres maduras! —dijo el señor Moreton.

—Sí, ¿pero alguna vez habías visto semejante perfección de rasgos y figura?

—No, nunca había conocido a una jovencita tan encantadora —respondió el señor Moreton con brusquedad—. Pero no me gustan las tontorronas. ¡Y a ti tampoco! Prefiero a la mayor. No le falta inteligencia, y no es nada corriente. Aunque me temo que no es tu tipo. ¿Entonces por qué has decidido protegerlas?

—¿Qué otra cosa podía hacer, si Fred Merriville... las dejó a mi cargo?

—¿Quieres decir que estabas en deuda con él? ¡Venga ya, Ver! —protestó el señor Moreton—. ¡Esa es la historia más inverosímil que he oído nunca! ¡Pero si apenas le conocías!

—A lo mejor sentí lástima por ellas —murmuró Alverstoke.

—¿Que sentiste qué? —preguntó su mejor amigo.

—¿Crees que no puedo sentir lástima? —dijo milord, con un brillo burlón en los ojos—. ¡Pues te equivocas! A veces la siento. No muy a menudo, por supuesto, pero de vez en cuando.

—¡No me equivoco! —respondió el señor Moreton con gravedad—. Sé que harías cualquier cosa por un amigo. ¿Crees que no sé que fuiste tú el que salvó al pobre Ashbury de morir ahoga...?

—Supongo que tú sabes de lo que estás hablando —le interrumpió Alverstoke con acritud—, pero yo no. Es más, estás empezando a aburrirme, Darcy. Si quieres saber la verdad, estoy presentando a las hijas de Fred Merriville para fastidiar a Louisa.

—Lo sospechaba —dijo el señor Moreton con indiferencia—. Aunque eso no explica por qué has llevado a un mocoso a visitar una fundición.

Alverstoke soltó una carcajada.

—¡Te refieres a Felix! Si le conocieras, sabrías por qué le llevé a esa fundición, Darcy.

Otro que se había llevado muy buena impresión de la mayor de las Merriville era lord Buxted, circunstancia que su madre contempló con sentimientos encontrados. Naturalmente, le aliviaba saber que (a diferencia del imbécil de su primo), su hijo no había sucumbido a la belleza de Charis. Pero había visto con desagrado la animada conversación que Carlton mantuvo con Frederica durante la cena, y con franca hostilidad su comportamiento posterior. No contento con bailar con ella dos danzas rústicas, su hijo se dedicó a gravitar a su alrededor entre los bailes, lo que habría alarmado mucho a lady Buxted si, más tarde, Carlton no hubiera descrito a Frederica como una mujer amable y sensata. Como añadió que no le parecía nada fea, lady Buxted se consoló pensando que semejante halago no podía indicar un grado extraordinario de admiración.

Se habría sentido menos complacida si hubiera sabido que su hijo se presentó en Upper Wimpole Street al día siguiente, para saber cómo se encontraban las damas después de lo que llamó (con su particular sentido del humor) la juerga de la noche anterior. Carlton no fue la única persona en hacerles una visita. Varios caballeros se presentaron con el más absurdo de los pretextos, y Endymion Daunty sin pretexto alguno. Pero lord Buxted les tomó ventaja subrayando su parentesco con las Merriville, y adoptando hacia ellas un tono amable que rozaba el paternalismo. Y se habría ganado el odio de los tres caballeros que encontró en la casa si no hubiera dejado claro que el objeto de sus atenciones no era Charis, sino Frederica.

Durante la semana siguiente al baile, las señoritas Merriville recibieron un gran número de invitaciones. Por su parte, la señorita Winsham tuvo el honor de recibir la visita de lady Jersey, que trajo sus prometidas invitaciones para Almack's. Lady Jersey acudió en parte por curiosidad, y en parte para complacer a Alverstoke y fastidiar a Louisa. Pero cuando estaba subiendo las escaleras detrás de Buddle, ya se estaba arrepintiéndose de su condescendencia. Era una mujer caprichosa, pero se tenía en gran estima, y nunca había soportado a los advenedizos, y mucho menos les había dado alas. Pensó que la casa era vulgar, y recordó que Fred Merriville se había casado con una provinciana desconocida. Era demasiado tarde para echarse atrás, pero entró en la

sala con la firme intención de guardar las distancias con la señorita Winsham. Dos minutos bastaron, sin embargo, para hacerle abandonar sus modales distantes y orgullosos. Puede que el vestido de la señorita Winsham fuera anticuado, y que fuera bastante excéntrica, pero no era vulgar, y parecía tan poco impresionada por la visita de la reina de la alta sociedad como por la visita que le hizo lady Buxted. Si lady Jersey hubiera estado de mal humor, es posible que ese detalle la hubiera ofendido. En lugar de eso decidió divertirse, y cuando la señorita Winsham le hubo dado su opinión sobre las casas londinenses en general (y las amuebladas en particular), el matrimonio, los petimetres y la injustificada autocomplacencia del sexo masculino, estaba riendo a carcajadas. Más tarde, contó a sus amigos que la señorita Winsham era una mujer divertidísima, muy estirada, con un agudo sentido del humor y nada servil.

Lady Jersey no gozaba del favor de todo el mundo. Sus aires de grandeza y sus modales llevaban a sus enemigos a compararla con una actriz de teatro, y sus frecuentes desaires escandalizaban a damas tan orgullosas como la señora Burrell y la condesa de Lieven^[17]. Pero allí donde fuera, pocas mujeres se negaban a seguirla. En consecuencia, la señorita Winsham recibió numerosas visitas que deberían haberla complacido mucho más de lo que lo hicieron. Y cuando (tras muchas protestas) acompañó a sus sobrinas a Almack's, descubrió que estaba tan solicitada, y que la gente se reía tanto con sus ocurrencias que, de haber sido susceptible a la adulación, habría empezado a creerse muy ingeniosa. Como no era el caso, se vio obligada a transformar un dolor reumático en un severo ataque de ciática y, con este pretexto, rechazó todas las invitaciones que recibió, delegando la tarea de acompañar a sus sobrinas en lady Buxted y la señora Dauntry.

Habría sido difícil decidir cuál de estas dos mujeres se mostró más reacia a desempeñar esta función. Pero las dos se sintieron obligadas a hacerlo por las mismas razones. Lady Buxted temía que su desconsiderado hermano se negara a pagar el creciente montón de facturas de los vestidos, chales, sombreros, guantes y todos los accesorios imprescindibles para que Jane (y ella misma) causaran buena impresión en sociedad. Aunque no lamentaba el dinero empleado en el atuendo de su hija mayor, la señora Dauntry temía que, a menos que pudiera depender de Alverstoke, se vería obligada a hacer economías. De las dos, ella era la más digna de lástima, porque mientras lady Buxted sabía que Carlton no se sentía atraído por Charis, y creía que era demasiado sensato para plantearse un compromiso con Frederica, la señora Dauntry no tenía ese consuelo. Endymion, deslumbrado desde el principio por Charis, se había enamorado locamente de ella. Y hasta su querida madre se vio obligada a reconocer que se estaba comportando como un imbécil, pues le dedicaba todo tipo de atenciones, la miraba con adoración, la perseguía y mostraba señales alarmantes de querer casarse con ella. La señora Dauntry esperaba que su pasión se desvaneciera con la misma rapidez con que había surgido, porque no podía contar con su sentido común. Para colmo, Chloë se había hecho amiga íntima de Charis, circunstancia que proporcionaba a Endymion una excusa perfecta para frecuentar Upper Wimpole Street. A pesar de su carácter perezoso, siempre había sido un buen hermano, pero de la noche a la mañana, Endymion se convirtió en un hermano ejemplar, consagrándose (todo lo que le permitían sus obligaciones militares) a entretener a Chloë. La acompañaba a todas las fiestas e incluso a Almack's (club que antes evitaba, pues pensaba que las reuniones selectas eran muy aburridas); paseaba con ella por el

parque; y siempre que Chloë hacía una visita a Charis estaba segura de que podía contar con su compañía. Chloë y Diana, su hermana pequeña, querían y admiraban a Endymion desde niñas, pero como era varios años mayor, le veían más como un personaje generoso que les daba caramelos y las llevaba ocasionalmente al anfiteatro Astley's Royal, o a las comedias de Sadler's Wells, que como un contemporáneo. Chloë no esperaba que Endymion se sacrificara por ella, pues ya no era una colegiala, sino una jovencita que se embarcaba en su primera temporada. Pero se sentía profundamente agradecida por ello. En un arrebato de confianza, le dijo a su madre que era una suerte tener a un hermano mayor tan guapo y bondadoso como Endymion. «Me siento tan bien cuando nos acompaña a las fiestas, mamá. Y no sabes lo agradable que es pasear con él, en vez de con Diana y la señorita Nunny. ¡Estoy segura de que nadie tiene un hermano tan bueno como el mío!».

Solo el sincero orgullo que la señora Dauntry sentía por sus hijos le permitía responder, tras un breve debate consigo misma: «¡Tienes razón, querida!». Pero más tarde, con su abnegada prima Harriet, la señora Dauntry se expresaba con mayor libertad. En dichas ocasiones condenaba el comportamiento de Endymion, diciendo que le partía el corazón ver a la pobre Chloë tan engañada. «Porque solo nos acompaña a las fiestas para tener una excusa que le permita andar detrás de esa maldita Charis Merriville. Estoy segura de que le ha embrujado, Harriet. ¡Y a Chloë también! ¡Es una criatura diabólica!».

A estos comentarios, y a otros muchos de la misma categoría, la señorita Plumley respondía chasqueando la lengua, y haciendo una serie de declaraciones contradictorias que parecían ejercer un efecto benéfico sobre la viuda. Estaba segura de que Endymion no estaba embrujado; y en la misma frase le recordaba a su madre las distintas damiselas de las que se había enamorado previamente. No podía creer que Charis fuera una criatura diabólica, aunque sospechaba que estaba intentando seducir a lord Wrenthorpe y a sir Digby Meeth. Tampoco podía pensar que Endymion, que era tan buen hermano, tuviera otro motivo para acompañar a su querida Chloë a los bailes; aunque no podía evitar pensar que era una suerte que la esperanza de encontrar allí a Charis le hiciera mostrarse tan dispuesto a acompañar a su hermana a una forma de entretenimiento a la que, en general, no era muy aficionado. ¡Debía de ser un consuelo para su queridísima Lucretia, con su delicado estado de salud, confiar a Chloë a su cuidado!

Aunque estas amables divagaciones no conseguían erradicar del todo los temores de la señora Dauntry, al menos los aliviaban. Y cuando la señorita Plumley hablaba con admiración de su bondad hacia las Merriville, en comparación con el comportamiento de lady Buxted, la viuda dejaba de llorar, y decía:

—¡Es increíble, Harriet! Esa odiosa mujer las llama pobrecillas, y le dice a todo el mundo que no tienen fortuna. Y todo para fingir que les tiene cariño, cuando sé muy bien que no es así. Le da miedo que Carlton se enamore de una de ellas, por supuesto. ¡Detesto semejantes trucos, y espero ser lo bastante piadosa para no imitarlos!

La señorita Plumley dijo que estaba segura de ello. Y como era tan buena como incondicional, no se le ocurrió pensar que, si la señora Dauntry hubiera sido más sincera, tendría que haber dicho que no era tan tonta para imitar semejantes trucos.

En realidad, la señora Dauntry se estaba esforzando en presentar a Charis a todos los solteros que, en su opinión, pudieran cautivarla por su atractivo o deslumbrarla por su rango. Convencida de que Charis iba a la caza de un título, no solo promovió los intereses de lord Wrenthorpe (que, como todo el mundo sabía, no tenía un céntimo), sino que se esforzó en presentarle a todos los jóvenes de buena familia a los que no deseaba tener como yernos. Es cierto que en ese momento no estaba buscando un buen partido para Chloë, que acababa de terminar sus estudios y era demasiado joven para comprometerse formalmente; y si no hubiera estado determinada a impedir que lady Buxted se le adelantara, habría presentado a su hija al año siguiente. La señora Dauntry la veía como una niña, y estaba tan concentrada en separar a Endymion de Charis Merriville, que se le escapó la creciente intimidad entre Chloë y el señor Trevor.

En cuanto a las señoritas Merriville, su relación con Alverstoke, la elegancia con que habían sido presentadas en sociedad, el apoyo de lady Jersey y lady Sefton y su indefinible aire de distinción les proporcionaron muchas invitaciones agradables. Muy pocas personas dieron crédito a las insinuaciones de lady Buxted sobre su falta de fortuna, y solo las madres más celosas envidiaron la belleza de Charis. En general, todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una jovencita muy agradable y espontánea, y que era muy propio de Louisa Buxted tratar de arruinar sus posibilidades porque, desafortunadamente, tenía una hija tan poco agraciada. Si la señora Dauntry, que también tenía una hija en edad de merecer, no hacía semejantes insinuaciones, era porque no había un ápice de verdad en ellas. Es cierto que habían alquilado una casa en un barrio modesto pero, probablemente, eso se debía a la excentricidad de la señorita Winsham. Nadie había visto otras muestras de pobreza: siempre iban vestidas con elegancia, su excelente mayordomo se había hecho viejo al servicio de la familia, y tenían un lacayo muy respetable. Además, todo el mundo sabía (gracias a la señora Dauntry) que las propiedades de su hermano en Hertfordshire eran considerables. Esto llevó a muchas personas a recordar que, después de llevar una vida desenfadada que estuvo a punto de llevar a sus padres a la tumba, Fred Merriville había heredado la propiedad familiar. Como el padre de Fred y su hermano mayor no eran muy conocidos en Londres, nadie sabía a ciencia cierta cuál era el tamaño de la propiedad, pues ni siquiera los conocidos de la señora Dauntry habían estado nunca en Graynard. Así que la señora Dauntry pudo difundir, de la forma más delicada posible y sin temor a caer en contradicciones, que el actual dueño de la finca era un joven de fortuna, y que sus hermanas eran dueñas de una dote considerable.



Frederica no tardó en advertir que la buena sociedad se había hecho una idea exagerada de la herencia de su padre. Uno o dos comentarios casuales le hicieron pensar que, si no las tenían por unas ricas herederas, al menos les atribuían una considerable fortuna. Y cuando la señora Parracombe (hacia la que había sentido antipatía desde el principio) le preguntó en qué parte del país se encontraba Graynard, añadiendo que había oído que era una finca preciosa, sospechó que Alverstoke era el causante de estos rumores. La señorita Jane Buxted, que parecía sentir una desagradable afición por los chismorreos, le había dicho que la señora Parracombe era una de las «amiguitas» de Alverstoke. Y aunque Frederica le afeó su conducta, no tenía ningún motivo para dudar de esa información. La forma de vida del marqués no era asunto suyo; pero le molestaba verse involucrada en una impostura, y se propuso preguntarle si él era el responsable.

No tuvo oportunidad de hacerlo de manera inmediata, y cuando la tuvo fue en unas circunstancias que la situaron en desventaja, y que la obligaron a preguntárselo con perfecta cortesía. El marqués no había olvidado su promesa de llevar a Jessamy a probar sus caballos nuevos (o más bien se lo recordó Curry, su postillón, que se había llevado muy buena impresión de Jessamy), y una mañana se presentó en Upper Wimpole Street para recoger al chico, sometiéndole a un grave conflicto de conciencia. Jessamy le dijo a Frederica (que se había encontrado a Owen cuando este subía a entregar la invitación del marqués) que había decidido dedicar las mañanas al estudio, y que no debía caer en la tentación. Pero Frederica le sugirió, muy sensata, que podía retomar sus estudios más tarde. Al escucharla, el rostro de Jessamy se iluminó, y mientras corría a lavarse las manos, ordenó a Owen que le dijera al marqués que estaría con él en un santiamén.

Fue Frederica, sin embargo, la que transmitió el mensaje a Alverstoke, preguntándole si podía dedicarle unos minutos al volver.

El marqués le dirigió una mirada penetrante a pesar de su languidez.

—Desde luego —respondió—. ¿Es algo importante?

Ella se quedó dudando un momento.

—Yo creo que sí, aunque es posible que tú no pienses lo mismo.

—Me intrigas, Frederica. ¿Detecto una nota de censura en tu voz?

La joven no se vio obligada a responder, porque en ese momento apareció Jessamy, diciendo que esperaba no haber hecho esperar demasiado a milord. Después de despedirse de su hermana, el joven subió al faetón, y Frederica lo vio tan feliz y entusiasmado que los sentimientos de gratitud hacia Alverstoke por haberle ofrecido esa oportunidad se impusieron a otras emociones menos caritativas.

Cuando Jessamy regresó varias horas después, parecía profundamente satisfecho. El joven acompañó a Alverstoke al salón, diciendo:

—¿Frederica? ¡Ah, estás aquí! ¡Pase, señor! ¡Frederica, lo he pasado de maravilla! ¡Nunca había disfrutado tanto desde que llegamos a Londres! Hemos estado en Richmond Park. El primo Alverstoke tenía entradas, ¿sabes? Y me ha dejado llevar las riendas y... ¡Señor, no sé cómo agradecerse! Me ha enseñado a doblar una curva con estilo, y a azuzar los caballos, y...

—Ya me lo has agradecido bastante, Jessamy —dijo Alverstoke, divertido—. ¡Si sigues haciéndolo, empezarás a aburrirme!

Jessamy soltó una carcajada, se puso colorado y dijo con timidez:

—¡Ya me lo imagino, señor! ¡Debe de ser muy aburrido enseñar a un mocoso como yo! Y ha sido muy amable dejándome conducir a esos rucios. ¡Podríamos haber volcado!

—Si hubiera temido algo así, no te habría dejado las riendas —dijo Alverstoke con gravedad—. Aún no eres un experto, pero tienes soltura y buena vista. Y sabes azuzar a los caballos.

Al escuchar estas palabras de boca del marqués, que era un experto jinete, Jessamy empezó a tartamudear. El joven consiguió darle las gracias una vez más, y acto seguido se retiró a pasar una hora delante de los libros, pero con los pensamientos muy lejos de ellos.

—A mí también me gustaría darte las gracias —dijo Frederica con una cálida sonrisa—, pero no me atrevo. ¿Te has aburrido mucho?

—Curiosamente, no. ¡Ha sido toda una experiencia! Nunca había intentado impartir mis enseñanzas a nadie, y he descubierto que o soy un gran profesor, o tenía un excelente alumno. Pero no he venido a hablar de eso. ¿Qué es lo que te ha molestado, Frederica?

—No lo sé. Es verdad que estoy molesta, pero no estoy segura de que tú tengas la culpa —dijo la joven con franqueza—. Al parecer, hay gente que cree que poseemos una inmensa fortuna. ¿Difundiste tú ese rumor, primo?

—Por supuesto que no —respondió el marqués, arqueando ligeramente las cejas—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Quizá para ayudarnos.

—No se me ocurre nada peor.

—¡A mí tampoco! Además, es espantosamente vulgar. ¡Detesto las mentiras! Es como si hubiera organizado una farsa para conseguir un buen partido para Charis. ¡Como si esos trucos sirvieran de algo!

Alverstoke sonrió.

—Y si sirvieran de algo, ¿los emplearías?

Frederica le miró con ojos risueños, pero negó con la cabeza.

—No. ¡Serás despreciable! ¿Me crees capaz de algo así?

—No. Pero tú sí sospechas que he difundido ese despreciable rumor.

—Sí, pero pensé que lo habrías hecho con buena intención.

—¡Peor me lo pones! ¡Entonces me has tomado por tonto!

Frederica se echó a reír.

—¡Por supuesto que no! Te ruego que me disculpes. Pero si tú no has difundido el rumor, ¿quién ha podido ser? ¿Y por qué? Te prometo que nunca he intentado hacer creer a la gente que somos ricos, y Charis tampoco. De hecho, cuando la señora Parracombe me habló de Graynard, diciéndome cuánto le gustaría conocer la finca, y hablando de ella como si fuera una mansión ducal, le dije que estaba muy equivocada.

—Ahora entiendo por qué has sospechado de mí —murmuró el marqués para provocarla.

Frederica se quedó tan sorprendida que emitió un grito de asombro.

—Me sorprenden las cosas que la gente dice de mí —dijo el marqués con tristeza.

—A mí también me sorprenden las cosas que tú dices de mí —dijo Frederica con energía—. ¡Eres un ser abominable, primo!

—Lo sé —respondió el marqués, suspirando—. Pensarlo no me deja dormir por las noches.

—¡No me vengas con esas, milord! —dijo Frederica, antes de que pudiera detenerse. Al ver que el marqués arqueaba las cejas con incredulidad, añadió—: ¡Como diría Harry!

—¡Sin duda! Aunque esas expresiones resultan extremadamente indecorosas en boca de una dama.

Frederica sabía que tenía razón, y estaba a punto de disculparse cuando se fijó en cómo le brillaban los ojos.

—¡Eres odioso! —dijo—. ¡Ojalá hablaras en serio alguna vez!

El marqués se echó a reír.

—¡Está bien, seamos serios! Quieres saber quién ha difundido el rumor de que eres rica.

—Sí, y qué puedo hacer al respecto.

—Nada. En cuanto a quién ha empezado el rumor, no sé más que tú, y no creo que debas preocuparte. Si quieres que seamos serios, te aconsejo que le pares los pies a Ollerton, el admirador de tu hermana.

Frederica le miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—¡Qué inocente eres! Porque es lo que se llama un hombre de mundo.

—Me alegra saberlo, porque es lo que sospechaba. Aunque reconozco que ha sido muy amable y educado, y que sus modales son excelentes. Salvo que de vez en cuando se toma demasiadas confianzas. Aunque hay otros caballeros muy educados que también se exceden.

—¡Vaya! ¿Y quién te los ha presentado?

—La señora Dauntry, en la fiesta de lady Jersey. Por eso pensé que tal vez me estaba equivocando.

—¿Ah sí? —dijo el marqués—. ¡Vaya, vaya!

Había un brillo en sus ojos que Frederica no supo interpretar. Alverstoke abrió su caja de rapé, tomó un pellizco con aire reflexivo y soltó una carcajada repentina. Al ver que Frederica le

dirigía una mirada interrogante, dijo:

—¿Quién iba a pensar que adoptaros sería tan divertido?

—¡Tú! —respondió Frederica sin dudar—. ¡Al principio no lo sabía, pero ahora estoy segura de que lo hiciste solo para fastidiar a lady Buxted!

—¿Y podrías reprochármelo?

Frederica dejó escapar una risita sin querer.

—Bueno, quizá no tanto como pensaba. ¡Pero pensaste que te divertirías!

—Sí. ¡Y así ha sido! Lo que no esperaba era interesarme tanto por el futuro de la familia Merriville. —El marqués hizo una pausa, pero antes de que Frederica pudiera responder, le preguntó bruscamente—: ¿Quién era ese extraño personaje que vi ayer acompañando a su hermana? ¿Uno con chaleco de rayas?

—El señor Nutley —dijo Frederica con impaciencia.

—¿Y quién demonios es el señor Nutley?

—Nuestro vecino. Es un joven muy respetable, pero no tiene ni un céntimo, y está loco por Charis. Además de enviarle flores, se pasa el día esperando a que salga de casa en compañía de Owen —dijo Frederica con amargura.

—¡Por el amor de Dios! ¿Y ella también está enamorada de él?

—¡Por supuesto que no! El problema es que es incapaz de rechazarlo. Y si crees que puedes convencerla de que es mejor hacerlo cuanto antes, es que no la conoces. Charis es muy sensible, ¿sabes?

—¡Y muy tontorrón! —la interrumpió el marqués con impaciencia.

—Sí, eso también —reconoció Frederica, suspirando—. Ojalá no fuera tan buena, porque me da miedo que se aprovechen de ella.

Alverstoke asintió, pero dijo:

—No conviene que la vean en compañía de Ollerton, pero no creo que la cosa vaya más allá de un coqueteo. ¡De eso ya me encargo yo!

—Gracias, pero Ollerton no ha hecho nada para merecer... Quiero decir que prefiero que no le digas nada.

—¡No hace falta que le diga nada! —respondió Alverstoke con una de sus sardónicas sonrisas—. Al igual que todo el mundo, Ollerton cree que Charis está bajo mi protección. Sin embargo, es posible que piense que no me preocupo por ella. Y eso hay que remediarlo. ¿Vais a ir a la fiesta de los Crewe? Os acompañaré, y aprovecharé para vigilaros. También puedo llevaros al teatro, o a dar una vuelta por el parque a la hora del paseo.

—¡Muchas gracias! ¡Será un honor!

—Desde luego. No suelo pasear mujeres en mi faetón.

—Seguro que te aburrirás mortalmente.

—Es posible, pero al menos estaré cumpliendo con mi deber.

—Ya te cansarás de eso —comentó Frederica.

La expresión sardónica del marqués se desvaneció.

—¡Está bien, Frederica! —dijo con aprobación—. No creo que me aburra llevaros a pasear por el parque.

—Es un consuelo saberlo, desde luego. ¡Pero no hace falta que me invites a mí también! ¡Con que lleves a Charis de vez en cuando me doy por contenta! —intentó, en vano, reprimir una maliciosa sonrisa, y añadió con franqueza—: Va en contra de mis principios alimentar tu vanidad, primo, pero después de varias semanas en Londres me he dado cuenta de que tu influencia es enorme.

—¡Serás arpía! —dijo el marqués con admiración—. Está bien, soportaré la compañía de tu bella e ingenua hermana, pero con una condición: que el tedio de los paseos se vea aliviado de vez en cuando por tu presencia. Por cierto, ¿es solo un rumor, o mi ingenuo primo se está volviendo excesivamente atento con Charis?

—No, ¡aunque en cierto modo me gustaría que así fuera! —repuso Frederica—. No es que se esté volviendo excesivamente atento, es que se enamoró de ella nada más verla. ¡Ojalá no fuera tan guapo! Me temo que es el único de sus admiradores que ha conseguido llamar su atención, y no se me ocurre nada más inapropiado. Además, no creo que a la señora Dauntry le agrade semejante alianza.

—Por supuesto que no. Mi virtuosa prima Lucretia es una mujer muy interesada.

—Bueno, no puedes culparla por desear que su hijo contraiga un matrimonio ventajoso —dijo Frederica con sensatez—. Al fin y al cabo, es lo mismo que deseo yo para Charis. No quisiera ofenderte, pero no creo que Endymion sea un buen partido. Me parece muy bien que su madre diga que es tu heredero, ¿pero quién sabe cuándo será eso? Aún no eres tan viejo.

—¡Gracias! —dijo el marqués con voz quejumbrosa.

Los ojos de Frederica emitieron un destello a modo de respuesta.

—¡De nada! —dijo con cortesía—. En cualquier caso, cuando Endymion acompaña a Charis puedo estar tranquila. La trata con sumo respeto, ¡casi con veneración!

—Sí, siempre ha sido un papanatas —comentó el marqués—. ¡Pobrecilla! ¿Buxted también está enamorado de ella?

—¡Cielo santo, no! —respondió Frederica, bajando los ojos y entrelazando las manos en el regazo—. ¡Lord Buxted me prefiere a mí, primo!

El marqués soltó una carcajada.

—¡No! ¿De veras? Te compadezco, aunque no tienes nada que temer. ¿Y de qué se te ocurre hablar con él?

—¡No hace falta que se me ocurra nada! No para de hablar. Cuando hemos comentado la situación política, y ha tenido la amabilidad de mostrarme algún artículo que no he leído, siempre tiene infinidad de cosas que contarme sobre sí mismo, sus propiedades y sus opiniones sobre distintos temas —se interrumpió, riendo, pero dijo con aire arrepentido—: ¡Pero no debería decir esas cosas de él! Es muy amable, y tiene mucho sentido común, aunque sea un poco prosaico.

—Sí, es muy aburrido y respetable. Aunque me imagino que no es tu único admirador. Me dio pena el pobre Aldridge cuando vi el desaire que recibió por parte de Darcy Moreton en aquella aburrida velada del miércoles.

—¡No digas tonterías! —protestó Frederica—. Dentro de poco empezarás a llamar al señor Moreton mi pretendiente, y te aseguro que nada está más lejos de mi intención, o de la suya.

—¡Ándate con ojo!

—Lo haré —respondió Frederica, sonriendo—. ¡Pero créeme cuando te digo que no coqueteo, ni pretendo cazar un marido!

—Solo para Charis. Dime, ¿estás disfrutando de tu primera temporada londinense?

—¡Muchísimo! —replicó Frederica impulsivamente—. De hecho, me estoy divirtiendo tanto que temo parecerme al pobre papá mucho más de lo que pensaba.

Después de hacer un esfuerzo para controlarse, Alverstoke respondió con voz temblorosa:

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Estoy seguro de que te equivocas!

—Eso espero —dijo Frederica muy seria—. En cualquier caso no me interesan mucho las cartas. A ninguno de nosotros nos interesan, salvo a Jessamy. Pero como ya sabes, tiene unos principios tan firmes que no hay nada que temer. Supongo que es demasiado pronto para saberlo, pero no creo que Felix se interese por el juego.

El marqués se echó a reír.

—¡Dios mío, no! Estará demasiado ocupado inventando un crupier de vapor o un repartidor mecánico para interesarse solo en el juego. ¿Cómo se encuentra? ¿Y dónde está? No me digas que se ha ido a hacer otra excursión en barco.

—No. Aunque creo que está muy interesado en un proyecto para construir transatlánticos de vapor. Me parece que lo oyó en su viaje a Ramsgate, aunque me imagino que el inventor será un americano, de lo cual me alegro. ¡Ni siquiera Felix puede llegar tan lejos!

—¡Yo no estaría tan seguro! Es capaz de alistarse como grumete en un velero con destino a América, y la próxima vez que sepamos de él estará en Nueva York.

—¡Por el amor de Dios, no le metas esas ideas en la cabeza! —suplicó Frederica, alarmada y divertida—. Es muy capaz de hacerlo. Está en uno de los desvanes que hemos destinado a sus experimentos.

—¡Cielo santo! —exclamó Alverstoke—. ¡Me marcharé antes de que vuele la casa!

—¡No va a hacer nada de eso! —repuso Frederica, riendo—. ¡Me prometió recordar que esta no es nuestra casa!

El marqués la miró con aprobación.

—¿No te importaría que la volara si fuera vuestra casa? ¡Te felicito! ¡Eres una mujer muy valiente!

—¿Cómo puedes ser tan absurdo? ¡Pues claro que me importaría! Quería decir que en casa tiene un laboratorio, y allí puede hacer lo que quiera.

—Comprendo. ¿Y lo vuela muy a menudo?

Frederica sonrió.

—¡Nunca lo ha volado! Una vez le prendió fuego, pero fue cuando estaba tratando de inventar un nuevo tipo de cerilla que pudiera encenderse sin raspador. Además, apenas hubo desperfectos. Solo se chamuscó las cejas.

—¡Eres una hermana muy buena, Frederica! —comentó el marqués.

—Bueno, intento serlo —dijo ella, poniéndose un poco colorada—. Mi tía y nuestra antigua niñera se preocupaban demasiado (o eso me parecía a mí), y siempre estaban regañando a los chicos por las cosas que hacían. Pero no servía de nada, porque ellos se enfadaban y no les hacían caso.

—Es una pena que tu tía no se preocupe más por sus sobrinas. Siento decírtelo, Frederica, pero como acompañante deja mucho que desear.

—Sí, pero hay que ser justo con ella. Mi tía nunca quiso venir a Londres, y solo accedió pensando que nunca la llevaríamos a fiestas elegantes. Recuerda que tengo edad de sobra para acompañar a Charis. De hecho, es lo que llevo haciendo desde que hizo su presentación.

—Esa es la mayor estupidez que he oído nunca —dijo el marqués, tajante.

—No lo es, pero no pienso discutir contigo. En cualquier caso, no se le puede reprochar que tenga otras preocupaciones en este momento. Mi tío Scrabster ha caído enfermo, y mi pobre tía Amelia está muy angustiada. Ahora mismo depende totalmente de mi tía Seraphina.

El marqués no dijo nada. Se limitó a apretar los labios, como si solo de esa manera pudiera acallar su respuesta. Dos profundas arrugas se dibujaron en su frente, pero estas se desvanecieron cuando se abrió la puerta y Felix entró en el salón, diciendo:

—¡Está aquí, señor! Me imaginé que era su faetón cuando lo vi por la ventana. Me extraña que no me lo hayas dicho, Frederica, cuando sabías que estaba deseando verlo. ¡Qué falta de consideración!

—¡Que Dios me ayude! —dijo el marqués—. ¿No querrás ver otra fundición, Felix?

—¡No, no! Bueno, no exactamente. ¡Quiero ir a la nueva Casa de la Moneda! Tiene alumbrado de gas y unas potentes máquinas de vapor, pero cuando fui con Jessamy me dijeron que para visitarla hace falta una recomendación especial. ¿Tendría la amabilidad de proporcionarme una, primo Alverstoke? ¡Por favor!

—Imposible —dijo el marqués—. No conozco al director ni al capataz.

—¡Tampoco conocía al director de la fundición, señor! —protestó Felix.

—¡Ah, pero eso era distinto! En la Casa de la Moneda son muy selectivos, ¿sabes? No creo que te sirva una recomendación mía.

Felix parecía alicaído, pero al oír estas palabras se animó y soltó una carcajada.

—¡Está intentando tomarme el pelo! ¡Por supuesto que servirá!

—Eres terrible, Felix —dijo Frederica—. ¡Deja de dar la lata al primo Alverstoke, te lo ruego!

—¡No le estoy dando la lata! —protestó Felix, indignado—. Solo le he pedido que me recomiende. No le he pedido que venga conmigo, ni pienso hacerlo, porque si no quiere venir, el señor Trevor me acompañará encantado.

—¡Así es! —dijo el marqués, sorprendido—. ¡Ya va siendo hora de que el pobre Charles se divierta un poco!

—Aunque sería mejor que viniera usted —dijo Felix con cautela.

—¡Oh no, no debes malacostumbrarme! —replicó el marqués con un aplomo considerable—. Ya me divertí bastante en la fundición, recuerda.

—¡Está bien! —claudicó Felix—. El señor Trevor no es tan divertido como usted, pero al menos tiene sentido común.

—Mucho —dijo el marqués con gravedad—. ¡Se licenció con matrícula de honor! No me extrañaría que termine de ministro de Hacienda, así que más te vale portarte bien con él.

Era evidente que Felix no tenía muy buena opinión de esta ambición, pero dijo con inocencia:

—¡Oh, sí! Y no es nada aburrido, ¿sabe? Al principio me lo pareció, pero ahora le conozco bastante bien, y me gusta.

A continuación se despidió del marqués, que miró a Frederica arqueando una ceja.

—¿Y cómo es que tu encantador hermano conoce tan bien a Charles? —le preguntó.

Ella respondió con cierta reserva.

—Oh, nos visita de vez en cuando los domingos, cuando invitamos a algunos amigos a cenar. Nada formal, ¿sabes? Solo una reunión familiar, para la gente a la que le importan un comino las fiestas elegantes, pero les gusta pasar una tarde agradable jugando a los palillos chinos, al boliche o a *especulación*.

—¿O cortejando a Charis?

—¡Te equivocas! —se apresuró ella a responder—. El señor Trevor no anda detrás de Charis.

—Me alegro. No le conviene en absoluto.

—¡Y él a ella tampoco!

—Probablemente, no. ¿Entonces qué le ha llevado a saltarse sus costumbres monacales?

—¡Pregúntaselo a él, no a mí!

—No soy tan indiscreto.

—¿Te parece mal que nos visite?

—En absoluto. Era simple curiosidad. ¡Tiene que haber un poderoso aliciente! A Charles nunca le han faltado las invitaciones. Es un joven muy apreciado, y viene de buena familia. Pero hasta que los Merriville no se instalaron en Londres, apenas había aceptado ninguna. Estoy seguro de que se ha enamorado: el otro día se le olvidó recordarme que debía asistir a una aburrida cena. ¡Es la primera vez que le ocurre algo así! Pero si no está enamorado de Charis... —El marqués se interrumpió, asaltado por un pensamiento—. ¡Cielo santo! ¿Chloë?

—No estoy al corriente de sus gustos, primo. ¡Y aunque lo estuviera, no te lo diría!

El marqués no le prestó atención. Una sonrisa se dibujó en sus labios, y después de un momento de reflexión, dijo:

—Vaya, parece que la cosa se pone divertida. ¡Tendré que cultivar mi amistad con Chloë!



Frederica no pudo descubrir si Alverstoke hizo algo para cultivar su amistad con Chloë, pero no tardó en cumplir su promesa de demostrar a la buena sociedad su interés en sus supuestas protegidas. Eso la confirmó en la sospecha de que su fama de olvidadizo era completamente infundada. Alverstoke fue a Upper Wimpole Street a recoger a Charis y se la llevó a dar una vuelta por Hyde Park a la hora del paseo, frenando varias veces sus rucios para intercambiar unas palabras con sus amigos, o para que Charis respondiera a los saludos de sus muchos admiradores. La joven lo hizo con mucha amabilidad, y sin una pizca de coquetería. Alverstoke había conocido a muchas bellezas, pero ninguna tan despreocupada por su apariencia como Charis. Tampoco parecía consciente del honor que le estaba haciendo, ni de la extrañeza y las conjeturas que suscitó aquel paseo. Le agradeció educadamente que la hubiera invitado a pasear con él, pero confesó que prefería los jardines de Kensington a Hyde Park, porque las flores eran muy bonitas, y había varios senderos donde uno podía sentirse igual que en el campo.

—¿No te gusta Londres? —preguntó el marqués.

—¡Oh, sí! —respondió Charis con tranquilidad—. Es muy agradable y divertido, aunque no es tan cómodo como el campo.

—Normalmente se cree que es más cómodo que el campo.

—¿Ah sí? —Charis arrugó la frente—. Me pregunto por qué será.

—Digamos que tiene más que ofrecer para divertirse.

—¡Ah! —La joven se quedó pensando un momento—. ¡Sí, claro! Hay teatros, y conciertos, y revistas, y muchos bailes magníficos. Solo que las fiestas londinenses, aunque maravillosas, no son tan divertidas como las del campo, ¿sabe?

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—No lo sé. Soy muy torpe explicando las cosas —dijo a modo de disculpa—. Prefiero las fiestas donde conozco a todo el mundo, ¿sabe? —Después de una pausa, añadió—: Yo creo que es porque no estoy acostumbrada a la vida en la ciudad, ni al descaro con que te mira la gente cuando eres de fuera.

—Sí, es muy desagradable —dijo Alverstoke con gravedad—. Debería haberla llevado fuera de la ciudad, a algún pueblo remoto habitado únicamente por palurdos.

—Pero tendríamos que alejarnos demasiado, ¿no?

El marqués, que estaba empezando a aburrirse, respondió con aspereza:

—Tienes razón.

La joven guardó silencio. Al cabo de un momento, Alverstoke intentó sacar otro tema de conversación, pero como Charis apenas tenía opiniones propias, y se limitaba a darle la razón en todo lo que decía, su aburrimiento se intensificó; así que, después de darle otra vuelta por el parque, la llevó de regreso a Upper Wimpole Street, arrepintiéndose de haberse comprometido a protegerla. En otras circunstancias la habría olvidado nada más dejarla en su casa, pero las circunstancias no eran normales: supuestamente se había comprometido a invitarla otra vez. Y eso hizo, preguntándole adónde deseaba ir.

—¡Oh, qué amable! —respondió Charis—. ¡Me encantaría ir al palacio de Hampton Court, señor! Frederica y yo hemos estado leyendo sobre él, y nos gustaría mucho visitarlo. Solo que... —se detuvo, mirándole con expresión suplicante.

—¿Qué? —la apremió el marqués.

—¿Le importaría venir con nosotros, primo Alverstoke? ¡Me refiero a todos nosotros! O... ¿preferiría no hacerlo? Al parecer hay un famoso laberinto, y a los chicos les encantaría verlo.

Fue así como el marqués se encontró, unos días después, acompañando a la familia a Hampton Court en el birlocho que, con sus magníficos corceles, era tan conocido entre los miembros del Four-Horse Club. Si le hubieran visto, muy pocos de ellos habrían podido creer el uso que estaba haciendo del vehículo. Alverstoke no llevaba la insignia del club, pero Jessamy, que se estaba turnando con Felix en el pescante, aseguró a sus hermanas que cualquiera que tuviera el privilegio de ver cómo llevaba las riendas le reconocería, de un vistazo, como uno de sus miembros.

En opinión de los Merriville, fue la excursión más agradable que habían hecho nunca. Hasta Felix reconoció que el placer de perderse en el laberinto, y disfrutar más tarde de lo que describió como un delicioso almuerzo en el hotel Star and Garter, superó con creces su viaje a Ramsgate. El joven comió tantos pastelillos de mermelada que su hermano, después de llamarle tragón, le dijo que cualquiera pensaría que se estaba muriendo de hambre. A lo que Felix respondió alegremente que, puesto que no había comido nada (salvo un par de helados y unos cuantos bizcochos) desde el desayuno (consistente en huevos, magdalenas, tostadas y confitura), no era de extrañar que estuviera muerto de hambre.

Gracias a su previsión, que le llevó a informarse del camino para salir del laberinto, el marqués pasó un día mucho más agradable de lo que esperaba. Cuando se cansó de vagar por el laberinto, guio a Frederica al exterior, dejando a los miembros más jóvenes de la familia intentando llegar al centro, todos ellos muy animados, y riéndose cada vez que encontraban un camino sin salida. El guarda, cuyo puesto le proporcionaba una vista completa del laberinto, y cuya labor consistía en sacar de él a los agotados visitantes, les ofreció sus servicios varias veces, pero ellos los rechazaron sin dudar, pues cada uno de los Merriville estaba convencido de que él, o ella, encontraría la salida.

Frederica, que paseaba por los caminos con el marqués, pensaba que habían llegado al centro del laberinto por casualidad. Pero cuando Alverstoke la guio de vuelta a la entrada sin equivocarse ni una sola vez, le miró con expresión risueña y exclamó:

—¡Conocías el secreto! ¡Serás farsante! ¡Estaba empezando a pensar que eras muy listo!

—Simplemente soy previsor —respondió el marqués—. La idea de pasar toda la tarde entre unos setos me parece muy desagradable. ¿A ti no?

La joven sonrió.

—Bueno, reconozco que prefiero pasear por los jardines y la naturaleza. Pero los chicos se están divirtiendo mucho. Gracias por traerlos. Eres muy amable, porque estoy convencida de que te estás aburriendo.

—¡En absoluto! —contestó Alverstoke—. La situación posee el encanto de la novedad.

—¿Nunca sacas a pasear a tus sobrinos y sobrinas? —preguntó Frederica con curiosidad.

—¡Nunca!

—¿Ni siquiera cuando eran niños? ¡Qué raro!

—Habría resultado más raro que lo hiciera, te lo aseguro.

—A mí, no.

—Pues debería. Te advierto que no soy ni complaciente ni bondadoso.

—Bueno, reconozco que no eres nada bondadoso con tus hermanas —dijo la joven con franqueza—. Pero no te lo reprocho; al menos no del todo. Es evidente que disfrutan llevándote la contraria. Me pregunto si sabrán que pinchar a un hermano es fatal. Pero digas lo que digas, no eres un monstruo del egoísmo. Si lo fueras, no serías tan bueno con Jessamy y Felix.

—O si me aburrieran —intervino el marqués.

—Te aburrirte mortalmente en la fundición —le recordó Frederica.

—Sí, por eso Charles se encargará de llevar a Felix a la nueva Casa de la Moneda —replicó él con frialdad.

—¿Y por qué no le pediste que nos acompañara hoy? —preguntó ella, con una inocencia que contrastaba con su mirada maliciosa—. ¿O es que pensabas que una excursión como esta te aburriría menos que la Casa de la Moneda?

El marqués la miró sonriendo, pero con una extraña expresión de fascinación en la cara. Frederica se quedó sorprendida, pero al cabo de un momento, dijo en tono de burla:

—¿Pretendes engatusarme para que crea que no querías confiarnos al señor Trevor?

—No —repuso él lentamente—, aunque es la verdad. Estaba pensando qué bien te sienta ese sombrero.

Ciertamente era un sombrero encantador, con una pluma rizada de color rosa y el ala forrada de seda fruncida. Pero Frederica soltó una carcajada y exclamó:

—¡Serás granuja! ¿Por qué estás tan empeñado en que te tache de egoísta, además de detestable? ¿Te da miedo que me aproveche de tu bondad? ¡Te prometo que no lo haré!

—No es eso lo que me da miedo.

—Claro, siempre podrías mandarme a paseo con uno de tus terribles desaires, ¿verdad? —dijo Frederica, parpadeando con picardía.

—¡Lo dudo! Volverías otra vez —contestó Alverstoke, al tiempo que la guiaba a un banco apartado—. Vamos a sentarnos aquí a esperar a los chicos. A no ser que pienses que hace demasiado frío.

Frederica sacudió la cabeza, pero dijo, mientras se acomodaba en el banco:

—¡Bastante te importa a ti eso!

—¡Eso es injusto, Frederica! Tan injusto como tu comentario anterior. Por favor, dime cuándo he intentado yo hacerte un desaire.

—¡Oh, la primera vez que nos vimos! Estuviste terriblemente distante.

—¿Ah, sí? En ese caso acepta mis humildes disculpas, y reconoce que no he vuelto a repetir la ofensa.

—¡Es cierto! —dijo Frederica con entusiasmo—. No has vuelto a mostrarte distante con nosotros. Aunque te he oído decir un par de veces que... En fin, eso no es asunto mío. Ya sé que no te gusta que te den las gracias, pero déjame decirte (aunque solo sea una vez) lo agradecida que me siento. Has hecho por nosotros mucho más de lo que esperaba. Hasta salvaste a Luff, y si eso no es bondad, que venga Dios y lo vea.

—Pero tú esperabas que lo hiciera —señaló Alverstoke.

—No lo esperaba. Simplemente confiaba en que así fuera. Oh, nunca me dijiste cuánto costó rescatarlo. ¡Lo había olvidado! Por favor, ¿podrías decirme...?

—No —la interrumpió el marqués—, ni sé ni me importa cuánto costó, y si sigues diciendo tonterías, Frederica, tendré que... hacerte uno de mis terribles desaires.

—Te lo agradezco, pero cuando solicité tu ayuda no pretendía depender de ti, primo. ¡Es más, no pienso hacerlo!

—En ese caso intentaré recordar la suma exacta que he gastado hoy en vosotros —dijo él—. Debería haber llevado la cuenta. ¡Veamos! Son cuatro entradas para el laberinto... Ah, y también pagamos por entrar en el palacio, ¿no? En ese caso son...

—¡Ojalá hablaras en serio! —le interrumpió Frederica, mordiéndose el labio con nerviosismo.

—Lo digo muy en serio. Y también soy muy generoso, porque no pienso cobrarte el desplazamiento.

—¡Oh, no digas tonterías! —saltó la joven, indignada—. Hay una gran diferencia entre dejar que saldes mis deudas y pagarte por entretenernos. Además, has sido tú el que nos has invitado a Hampton Court.

—Es cierto, pero yo no os invité —dijo Alverstoke—. Charis solicitó mis servicios.

Frederica emitió un gritito de asombro.

—¡Serás... serás embustero! —exclamó, escandalizada—. Sabes que jamás se le habría ocurrido una cosa así si tú no le hubieras preguntado adónde quería ir.

—Bueno, si a eso le llamas una invitación a Hampton Court con su hermana y sus dos hermanos...

—¡Eres odioso! —dijo ella, esforzándose en contener la risa—. Está bien, no diré nada más. Ni siquiera gracias. ¿O debería disculparme por haberte impuesto mi presencia y la de mis hermanos?

—¡Al contrario! Si te hubieras echado atrás, habría recordado un compromiso urgente en otra parte. Charis es muy amable, pero no es muy ocurrente que digamos. Me resulta muy difícil hablar con ella. ¡De hecho es agotador! Siempre que le hago una broma me pregunta qué he querido decir.

Frederica no pudo reprimir una de sus risas involuntarias, pero dijo, en defensa de su hermana:

—Quizá no sea ocurrente, pero tiene mucho sentido común, te lo aseguro. Mucho más que yo, porque sabe llevar una casa, además de coser de maravilla, y aderezar la carne, y... en fin, todo tipo de cosas útiles.

—Desgraciadamente, ninguna de esas virtudes es necesaria para pasear por el parque.

—Al menos no es una bocaza —respondió Frederica.

Alverstoke se echó a reír.

—¡No, desde luego!

—Pensaba que a los hombres no les gustaban las mujeres habladoras —dijo ella.

—Sí, pero entre una charlatana y una persona que deja todo el peso de la conversación en el otro hay un término medio. ¡Oh, vamos, no te enfades! Reconozco que Charis es muy guapa, y muy afable, y virtuosa, pero... —hizo una pausa, frunciendo el ceño.

—¿Pero qué? —preguntó ella.

El marqués levantó los ojos de los guantes que sostenía en la mano y volvió la cabeza para mirarla.

—Querida, ¿nunca se te ha ocurrido que el futuro que has planeado para Charis no es el que ella quiere? —dijo, con desacostumbrada amabilidad.

—No. Si estuviera planeando lo que tú llamas «un matrimonio ventajoso», tal vez, pero no es así. ¡Te lo prometo! Solo quiero verla cómodamente establecida: que no se vea obligada a hacer economías, sino que pueda disfrutar de... ¡los placeres de la vida! —Al ver que Alverstoke arqueaba las cejas, añadió—: Recuerda que tú no sabes lo que significa vivir con estrecheces.

—No —admitió él—. Supongo que tú conoces mejor a tu hermana, pero por lo poco que he observado, opino que sería más feliz llevando una casa que haciendo vida social. Me dijo que prefería los bailes campestres a los de Londres, ¿sabes?

—¡Cielo santo! ¿Eso dijo? —exclamó Frederica, sorprendida—. ¡Debía de estar bromeando! Piensa en el éxito que ha tenido, en los ramos que le han enviado, en cómo llamaban a la puerta sin cesar... ¡Debiste de entenderla mal, primo!

El marqués se percató de que Frederica estaba asustada, y dijo:

—Es posible. En cualquier caso no creo que debas preocuparte.

—Pero si nada de eso le importa, si no desea contraer un matrimonio respetable, ¡todo lo que he hecho no ha servido de nada! —se lamentó la joven.

—¡Tonterías! Al menos tú estás disfrutando de la vida en Londres.

—¡Eso no tiene ninguna importancia! —dijo Frederica con impaciencia—. ¡Como si hubiera traído a los chicos a Londres para satisfacer mis propios deseos!

—Supongo que Jessamy habría preferido quedarse en casa, pero no le vendrá mal ver un poco de mundo. En cuanto a Felix, ¡está más feliz que un niño con zapatos nuevos! Pero hay algo que me intriga: ¿qué te llevó a pensar que Charis compartía tus mismos gustos?

Frederica sacudió la cabeza.

—No lo pensé. Simplemente me parecía una pena tenerla escondida, o permitir que se casara con el joven Rushbury, o con cualquiera de nuestros conocidos, antes de que pudiera disfrutar de su primera temporada. —La joven se quedó dudando un momento, y a continuación dijo con timidez—: ¡Es tan influenciable! Se inclina a dar la razón a todo el mundo, y aunque sus principios son firmes, tiene un carácter tan complaciente que a veces me desespera.

—Ya me imagino. Sobre todo si cede a las pretensiones de todos los jóvenes inexpertos que la persiguen. ¿También se enamora de ellos?

—No creo que se enamore de nadie —dijo Frederica con sinceridad—. Es decir, no más de uno que de otro. Es muy cariñosa, y tan buena que acaba exasperando a cualquiera.

—Así que es demasiado buena, ¿eh? ¡Pobre Frederica!

—¡Pues sí! Es una responsabilidad tan grande... Algún día tendrá que casarse, e imagínate el escándalo si permitiera que se fugara con un joven inexperto, como tú dices, que no supiera hacerla feliz, o con un... cazafortunas.

Los labios del marqués esbozaron una sonrisa, pero dijo con gravedad:

—¡Sería un escándalo, desde luego! Pero por lo general, los cazafortunas andan detrás de las herederas.

—Bueno, no me refería a eso exactamente —reconoció ella—. Y quizá no debería decir que Charis no se enamora de nadie. Yo nunca he estado enamorada, así que no puedo juzgar. Pero a mí no me lo parece.

El marqués había estado escuchándola con expresión divertida, pero aquello le sorprendió.

—¿Que nunca has estado enamorada? —repitió con incredulidad—. ¿Nunca, Frederica?

—No. Bueno, ¡creo que no! Una vez me sentí atraída hacia un hombre, pero fue cuando era joven, y me recuperé tan rápido que no creo que estuviera verdaderamente enamorada. De hecho, me inclino a pensar que si no le hubiera conocido en un baile y vestido de uniforme, ni siquiera me habría fijado en él. ¿Sabes una cosa, primo? —añadió muy seria—. No debería permitirse que los caballeros asistan a los bailes y salones vestidos de uniforme. Hay algo muy engañoso en los uniformes. Por fortuna (pues creo que no era un buen partido) me lo encontré la semana siguiente sin uniforme, así que no me dio tiempo a enamorarme. ¡Fue de lo más decepcionante!

—¿Y quién era el desafortunado? —preguntó Alverstoke con expresión divertida.

—No recuerdo su nombre. ¡Fue hace tanto tiempo!

—¡Ah!, ¿sí? —dijo él, comprensivo—. Antes de que te convirtieras en una vieja solterona, ¿no?

—¿Cómo que una vieja solterona...? —Frederica se detuvo y dijo, con una triste sonrisa—: ¡Dios mío! ¡Supongo que eso es lo que soy!

—¡Ah!, ¿sí? Pues déjame decirte, querida, que cada vez que hablas de «cuando eras joven» te comportas como una insensata.

—¡No! Tengo veinticuatro años, y hace mucho que me quedé para vestir santos.

—¡Qué lástima! —se burló el marqués.

—¡Nada de eso! ¿Qué habría sido de ellos si no me hubiera quedado soltera?

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Pues yo sí lo sé, y me importa mucho! Es más, me parece muy agradable ser una vieja solterona y estar libre de aburridas restricciones. Si estuviera en edad de merecer, no podría estar sentada aquí en este momento, hablando contigo sin acompañante. ¡Todo el mundo pensaría que estoy intentando cazarte! Pero si la condesa de Lieven o la señora Burrell pasaran por aquí en este momento, no se sorprenderían más que si estuvieras sentado con la señora Berry.

Esta comparación con una dama de unos cincuenta y seis años fue demasiado para el marqués. Hizo un esfuerzo para guardar la compostura, pero había un ligero temblor en su voz cuando dijo:

—¡Es cierto! Me pregunto por qué no se me había ocurrido.

—Supongo que nunca lo habías pensado —dijo Frederica con amabilidad.

—No —reconoció él.

—Es lógico. Los hombres no tenéis que preocuparos de las acompañantes —dijo, mirándole con cierta envidia.

—Te aseguro que me han dado muchas preocupaciones. Las encuentro muy molestas.

La expresión pensativa de Frederica se desvaneció.

—¡Menudo mujeriego estás hecho, primo! —dijo con simpatía.

—Sí, soy un indeseable. ¿No te lo había dicho?

—Posiblemente, pero dices tantas mentiras sobre ti mismo que no te estaría escuchando. — Frederica volvió la cabeza hacia él y dijo, con ojos risueños—: Mucha gente me ha dicho que eres peligroso. ¡Tienes muy mala reputación, primo! Pero con nosotros has sido muy bueno, aunque no tuvieras ningún deseo de reconocernos. Así que me importa un comino lo que diga la gente.

El marqués la miró con una expresión difícil de descifrar.

—¡Ah! ¿sí? ¡Me ofendes, Frederica!

—Ojalá dejaras de pensar que soy una tontorróna —dijo la joven con severidad—. En vez de decir tonterías, cuéntame qué sabes de sir Mark Lyneham.

—¿Es otro de los admiradores de Charis? Pues hace mucho que cumplió los treinta.

—Lo sé, pero mi hermana me dijo una cosa el otro día que me hizo preguntarme si no sería más feliz con un hombre mayor. Alguien que pudiera darle consejo y cuidarla, y que no discutiera con ella cada vez que estuviera de mal humor. Por lo que he visto, los jóvenes tienen más tendencia a perder los estribos, y eso no funcionaría con Charis. Es tan sensible que se pone triste cada vez que los chicos se pelean. ¡Y siempre que la regaña se deprime! Yo... yo creo que sir Mark sería muy bueno con ella, ¿no crees?

—Apenas lo conozco, así que no te puedo decir. En mi opinión, seguramente la asesinaría, o buscaría consuelo en otra parte. No hay nada peor que casarse con una mujer que no para de llorar.

—¡Eso no es verdad! ¡Y sir Mark no buscaría consuelo en otra parte! Su reputación es... impecable.

—Sí, siempre me pareció terriblemente aburrido —dijo el marqués.

—Un hombre no tiene por qué ser aburrido porque sea respetable —protestó ella.

—No tiene por qué, pero suele pasar.

—Me han dicho que sir Mark sufrió un desengaño en su juventud, y que hasta ahora nunca había mirado a otra mujer —dijo Frederica con frialdad.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el marqués con hastío—. ¡No, no me cuentes nada más! No me apetece escucharlo.

—No lo haré —dijo Frederica, mirándole con hostilidad—. ¡No tienes ningún sentido del decoro!

—No.

—¡Pues no deberías sentirte orgulloso!

—No me siento orgulloso. ¿Esos son los hombres que admiras, Frederica?

—¡Desde luego! —repuso ella—. La respetabilidad siempre es digna de admiración.

—¡Serás embustera! —exclamó el marqués—. No pretenderás que me lo crea, ¿no?

—Bueno, en cualquier caso deberíamos admirarlo —dijo Frederica a la defensiva.

—Eso está mejor —dijo el marqués con aprobación—. Estaba empezando a pensar que te sentías atraída por ese dechado de virtudes, y eso sí que no funcionaría.

—¡Lo sé! —dijo ella, riendo—. Así no tendré que robarle el pretendiente a Charis. ¡Como si pudiera!

—Se me ocurren cosas mucho más improbables que esa —dijo el marqués.

—¡Ah! ¿sí? Entonces debes de haber perdido el juicio, o eres más embustero que yo —dijo Frederica, zanjando la cuestión.



Para sorpresa de todos y vergüenza de algunos, el marqués, que se acordaba vagamente de un comentario que había hecho Frederica, se presentó en Upper Wimpole Street el domingo siguiente. Recordando que aquellas reuniones eran informales, llegó con su atuendo de día: levita azul de corte exquisito, chaleco de nanquín a rayas, pantalones beis que parecían moldeados para sus piernas y botas con borlas, cuyo incomparable brillo era la principal preocupación de su ayuda de cámara. Su sobrino, lord Buxted, iba correctamente vestido con un chaleco blanco, pantalones negros y las medias a rayas del atuendo de tarde. También había dos caballeros muy jóvenes que llevaban camisas de puño fruncido, cuellos almidonados hasta los pómulos, fulares de enormes dimensiones y un amplio surtido de leontinas, anillos y sellos. Estos aprendices de dandi habían empleado mucho tiempo y dedicación en su atuendo y, hasta que el marqués fue conducido al salón, estaban muy satisfechos con el resultado de sus esfuerzos. Pero cuando su esbelta figura apareció en el umbral de la puerta se vieron asaltados por terribles dudas. El marqués, que tenía los hombros anchos, no necesitaba relleno de bucarán en la levita, y no era partidario de las chaquetas entalladas. Los cuellos de su camisa eran sencillos, su fular estaba anudado con elegancia, pero con discreción; lucía como único adorno una leontina y un grueso anillo de oro con sello, y era, sin lugar a dudas, el hombre más elegante de la habitación.

Entró en medio de un gran revuelo, pero cuando Buddle anunció su nombre se hizo el silencio, que fue interrumpido por Felix.

—¡Anda! ¡El primo Alverstoke! —exclamó, incorporándose de un salto—. ¿Cómo está, señor? Me alegro de que haya venido. Quería darle las gracias. El señor Trevor me ha dicho que ha concertado una visita, y esta semana iremos a la nueva Casa de la Moneda. ¿Está seguro de que no quiere acompañarnos?

El señor Darcy Moreton, que estaba mirando a su amigo con curiosidad, se quedó muy sorprendido al ver la expresión cariñosa del marqués mientras hablaba con su protegido. A continuación, Frederica se acercó a Alverstoke extendiendo la mano, y este apartó los ojos de Felix y le dedicó una sonrisa que dejó estupefacto al señor Moreton. No era la clase de sonrisa

que el marqués dirigía a sus conquistas, sino una mucho más íntima y afectuosa. «¡Cielo santo! — pensó el señor Moreton—. ¿Así que por ahí van los tiros?».

Frederica, que estaba estrechando la mano al inesperado visitante, dijo con amabilidad:

—¿Cómo estás? —y en voz baja añadió—: ¿Se puede saber qué te ha traído aquí, primo?

—Mi sentido del deber —dijo Alverstoke, dirigiéndole una mirada inquisitiva—. No quiero que te juntes con malas compañías —añadió, en tono provocador.

Frederica soltó una carcajada, pero se limitó a dirigirle una mirada elocuente antes de volverse y decir, con una brillante sonrisa:

—Supongo que ya conoces a la mayoría de nuestros invitados, pero quizá debería presentarte a las señoritas Upcott y Pensby.

Se quedó esperando mientras el marqués hacía una ligera reverencia a las damiselas, y después le presentó a los dos aspirantes a dandis. Alverstoke los saludó con una inclinación y, mientras observaba su atuendo, arqueó una ceja y esbozó una sonrisa. Luego apartó su atención de ellos y se decidió a observar al resto de los invitados. Además de Darcy Moreton, y un hombre callado al que identificó como sir Mark Lynham, solo había cuatro invitados más. Todos eran bien conocidos, y todos le miraban con distinto grado de turbación. Estaban su sobrino, lord Buxted; sus primos, Endymion y Chloë Dauntry; y su secretario, Charles Trevor. Chloë parecía temer a quien desde niña habían enseñado a ver como un ser omnipotente, al que no se debía molestar bajo ningún concepto. Pero los tres caballeros tenían el aspecto de haber sido sorprendidos en flagrante delito. El señor Trevor no ofreció ninguna explicación para justificar su presencia, Endymion dijo que Chloë le había pedido que la acompañara, y lord Buxted que había venido a preguntar cómo se encontraban las señoritas. Pero el marqués no dio muestras de desaprobación, sino que les sonrió a todos con perfecta amabilidad. Acto seguido se dirigió al fondo del salón, donde estaba la señorita Winsham cosiendo un dobladillo, y dirigiendo miradas intimidatorias a la concurrencia. Cuando vio que se acercaba el marqués, la mirada de la mujer se volvió fulminante, y respondió a su saludo con una brusquedad desconcertante. El marqués se sentó a su lado sin inmutarse y se embarcó en una especie de conversación unilateral. Pero se esforzó tanto en complacerla que, más tarde, la señorita Winsham confesó a Frederica que al menos era educado y hablaba como un hombre sensato.

Su visita no duró mucho tiempo, ni participó en la ruidosa partida de *especulación* que habían organizado los jóvenes, consagrándose casi por completo a la señorita Winsham. No prestó demasiada atención a sus familiares, y ninguna a los dandis, pero cuando se despidió había satisfecho su curiosidad en varios aspectos. Endymion estaba perdidamente enamorado de Charis; Buxted parecía interesado en Frederica; y, a pesar de sus reservas, Charles Trevor no podía ocultar las señales que delatan a un joven enamorado. Era evidente que sus sentimientos eran correspondidos, y también que temía que su patrón pudiera frenar sus pretensiones. A juzgar por su expresión, lo mismo temía Endymion. Posiblemente, la incomodidad de lord Buxted se debía al temor a que pudiera traicionarlo ante su madre. Buxted siempre había tenido su propio criterio y, a pesar de ser un pedante, nunca había intentado ganarse el favor de su tío. Pero ni él ni Endymion tenían motivos para preocuparse. Alverstoke tenía escaso interés en el futuro de su heredero, y ninguno en el de su sobrino. Prefería a su secretario a cualquiera de los dos y, aunque no tenía

intención de entrometerse en sus asuntos, no aprobaba su evidente deseo de casarse con la señorita Dauntry. Le parecía un enlace imprudente. Charles era un joven con talento pero sin fortuna. Sus ambiciones eran políticas, y casarse con una joven que contaba con una dote modesta y no tenía influencias no le ayudaría a hacer carrera. Mientras conversaba con la señorita Winsham, el marqués observó a Chloë bajo sus indolentes párpados. Era bastante guapa —pensó con mirada imparcial—, pero demasiado joven. Aún no le había dado tiempo a desplegar todos sus encantos. Se sonrojaba con facilidad, pero tenía una expresión pensativa y un aire de gravedad que resultaban encantadores. El marqués empezó a entender qué era lo que Charles, un joven tan serio, había visto en ella. Si el enamoramiento se prolongaba, se vería obligado a prestarle su ayuda. A falta de una mujer rica e influyente, su secretario necesitaría un protector; alguien con suficientes contactos para ayudarle a ascender, no con una ayuda económica (que Charles rechazaría), sino asegurándole un empleo en el gobierno, donde su entusiasmo y su talento le ayudarían a ascender con rapidez. Eso no sería difícil; lo difícil sería encontrar otro secretario de su gusto. Pero el asunto no parecía acuciante; el marqués sospechaba que Chloë era el primer amor de Charles, y estaba seguro de que él era el suyo. Lo más probable era que todo quedara en agua de borrajas.

Era más difícil decidir si Charis prefería a Endymion al resto de sus pretendientes. Parecía tratarlos a todos con la misma amabilidad, y si miraba con más admiración a Endymion, no era de extrañar, porque era un joven muy apuesto.

En cuanto al dechado de virtudes de Frederica, el marqués, que no soportaba a los hombres melancólicos, pensó que era un mojigato, y que tenía la misma intención de pedir la mano de Charis que si hubiera sido una estatua. No hizo ningún esfuerzo por atraer su atención, sino que pareció contentarse con mirarla con aire soñador y una ligera sonrisa (que a milord le pareció especialmente estúpida) en los labios. Rehusó participar en la partida de *especulación*, y seguía sentado, absorto en su contemplación, cuando Alverstoke, que se había despedido de la señorita Winsham, se acercó a él y le dijo:

—¿Admirando a mi protegida, Lyneham?

Sir Mark se asustó y levantó la cabeza. Al ver quién le había sacado de sus ensoñaciones, se levantó e hizo una reverencia.

—Sí, milord —dijo—. Parece un Botticelli, ¿verdad? Uno se siente tentado a imaginar que en otra vida posó para él cuando estaba pintando *El nacimiento de Venus*. Es una pena que no se la pueda enmarcar, para que sirva de constante recreo a los ojos. Ojalá ese rostro permaneciera para siempre como está ahora, puro y perfecto —suspiró—. Pero eso es imposible. La encantadora inocencia que vemos ahora no tardará en desaparecer; la edad y la experiencia imprimirán su sello, surcando su rostro de arrugas, y...

—¡Y le saldrá papada! —le interrumpió Alverstoke, que no podía soportar la cursilería.

El marqués dejó a sir Mark y fue a despedirse de Frederica. La joven estaba repartiendo fichas entre los jugadores sentados alrededor de la mesa de cartas, pero cuando vio que se acercaba a ella, le entregó la caja a su hermana y fue a su encuentro al pie de las escaleras.

—No voy a pedirte que te quedes —le dijo—. Estoy convencida de que nunca te habías aburrido tanto. Pero espero que hayas comprobado que no estamos mal acompañadas.

—¡Oh no! ¡Son todos bastante inofensivos! —respondió Alverstoke—. Sobre todo tu dechado de virtudes, cuyo único deseo es enmarcar a tu hermana y colgarla de la pared, para que proporcione un eterno recreo a sus ojos.

—¿Enmarcarla? —preguntó Frederica con incredulidad—. ¡Es imposible que haya dicho eso!

—¡Pregúntaselo!

—¡Será estúpido! —dijo, muy disgustada—. ¡Nunca pensé que pudiera ser tan insensato!

—¡No, es un romántico con alma de poeta y un gran aprecio por la belleza!

—No veo nada romántico en querer enmarcar a Charis. De hecho, me inclino a pensar que tenías razón cuando dijiste que era un pelmazo —dijo la joven con su franqueza habitual.

Alverstoke soltó una carcajada.

—¡Así es! Pero es muy respetuoso, te lo aseguro. Cree que la belleza de Charis es pura y perfecta, y quiere que siga así.

Frederica se quedó mirándole con el ceño fruncido.

—Eso demuestra que en realidad no está enamorado de ella —dijo con decisión—. ¡Vaya contrariedad! Y yo que pensaba que era un candidato prometedor...

Los ojos del marqués emitieron un ligero destello, pero dijo con gravedad:

—No te queda más remedio que buscarle otro esposo. ¿Quieres que te ayude? Recuerdo que habías llegado a la conclusión de que no le convenía un hombre joven, y se me ocurre... ¿te importaría que fuera viudo?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Frederica—. Es más, te ruego que no te entrometas en nuestros asuntos, primo. Solo te pedí que nos presentaras en sociedad, y lo has hecho, lo cual te agradezco mucho. Ni espero ni deseo que te preocupes más por nosotros. De hecho no hay ninguna necesidad.

—¡Oh, no te enfades! —protestó el marqués—. Justo cuando estaba empezando a divertirme...

—Buscarle un viudo a Charis... ¡A quién se le ocurre!

—Era una broma —explicó él.

—¡Pues no tiene ninguna gracia! —dijo Frederica con severidad.

—Te pido mil perdones. No le hablaré a tu hermana de mi viudo. Pero debes creerme si te digo que tarde o temprano solicitarás mis servicios.

Frederica se quedó sorprendida, y por un momento sospechó que Alverstoke le estaba tomando el pelo. Pero sus ojos no mostraban su brillo habitual, y cuando le miró, el marqués le cogió la mano, que estaba apoyada en la barandilla, y la estrechó con fuerza, diciendo:

—¿No crees? No te falta sentido común, ni determinación, pero aún te queda mucho que aprender, querida.

—Lo... lo sé —dijo ella, tartamudeando ligeramente—. ¡Gracias! Eres muy bueno. De hecho, no sé a quién más podría recurrir si necesitara consejo, o si me metiera en un lío. Pero no pienso meterte en más líos, te lo prometo.

Frederica tenía intención de retirar la mano mientras hablaba, pero el marqués se lo impidió, levantándola de la barandilla y besándola con suavidad. La joven tuvo la extraña sensación de haber sufrido una descarga eléctrica; incluso se sintió ligeramente mareada, y una vez que el marqués se hubo marchado, tardó unos momentos en volver al salón. Ya no era obligatorio que los

hombres besaran la mano, y aunque los más anticuados seguían besando la mano a las mujeres casadas, el marqués no era anticuado, y ella no estaba casada. Se preguntó qué había querido decir con eso, pero decidió no darle demasiadas vueltas. Posiblemente no hubiera querido decir nada, o estuviera intentando coquetear con ella. Era la clase de cosas que podía hacer por pura diversión, o porque había cometido la imprudencia de contarle que nunca había estado enamorada. Aquello la entristeció. No es que le importara, pero había llegado a verlo como un amigo, y sería muy incómodo no poder seguir haciéndolo. Si creía que estaba dispuesta a figurar como su última conquista, estaba muy equivocado. Frederica no tenía ningún interés en coquetear, ni ambicionaba sumarse a su lista de antiguas amantes.

Pero cuando, tres días más tarde, se lo encontró en Bond Street, Alverstoke no dio muestras de galantería, sino que la saludó muy serio y le preguntó por qué no iba acompañada.

—Frederica, te dije que en Londres no puedes seguir con tus costumbres rurales.

—Lo sé —respondió ella—. Y aunque no presto demasiada atención a tus consejos, resulta que hoy me acompaña mi tía.

—¿Y quién ha añadido la invisibilidad al resto de sus virtudes?

Frederica no pudo evitar sonreír, pero dijo con la mayor frialdad posible:

—Está haciendo unas compras en esa tienda, y más tarde nos encontraremos en la biblioteca Hookham. ¡Espero que estés satisfecho!

—No, no lo estoy. A menos que quieras pasar por una mujer disoluta, no puedes pasearte sola por las calles elegantes de Londres, ¡y menos por Bond Street! Si esa es tu ambición, búscate otro protector. Y no me vengas con tus historias sobre tu avanzada edad. Es posible que en Hertfordshire pases por una mujer sensata, pero aquí solo eres una jovencita inexperta. ¡Muy inexperta, Frederica!

Estas duras palabras suscitaron en la joven una serie de emociones contrapuestas. Su primer impulso fue hacerle un desplante. Semejante arrogancia merecía un buen chasco, desde luego. Sin embargo, el marqués era perfectamente capaz de retirarle su apoyo, lo cual, si no arruinaba sus planes, podía ser de lo más inconveniente. Frederica pensó que con su amistad perdería su único consuelo, y decidió dejarlo pasar.

—Tienes razón. Soy muy inexperta, porque hasta ahora no sabía que esta era una calle elegante. Gracias por decírmelo. No sé cómo puedo ser tan estúpida. ¡Como si nunca hubiera oído hablar de los dandis de Bond Street! ¿Tú también has venido a pavonearte?

—¡No, no he venido a pavonearme, descarada! —respondió el marqués con un brillo divertido en los ojos—. Voy de camino al salón de boxeo Jackson.

—¡Qué espanto!

—¡No finjas tantos escrúpulos, Frederica! Recuerdo que no hace mucho me explicaste el significado de ser un buen estilista —dijo el marqués.

La joven se echó a reír.

—Bueno, en cualquier caso es espantoso. Y me parece detestable que me obligaras a explicártelo, cuando conoces el boxeo mejor que yo.

—Es posible —reconoció él—. Y también conozco mejor las convenciones que deben respetar las jóvenes distinguidas.

—¡Ya hemos hablado de eso! ¿Cómo puedes seguir regañándome? ¿Es que no he reconocido mi error?

—Si insultarme gratuitamente es reconocer tu error...

—¡No ha sido gratuitamente, primo! —le interrumpió Frederica.

—Uno de estos días vas a recibir tu merecido —dijo el marqués, haciendo un esfuerzo para contenerse—. ¡O eso espero!

—¡Qué desagradable!

Frederica le miró con picardía, pero casi al instante se puso seria y dijo con gesto arrepentido:

—¡No dejamos de darte disgustos! Perdóname. Has sido muy amable. Nunca he querido causarte ningún problema, y estoy determinada a no molestarte más.

—De lo que deduzco que, en este momento, tus hermanos no están metidos en ningún lío —comentó el marqués.

—¡Eso es injusto! —saltó Frederica, indignada—. No recurrí a ti para rescatar a Felix del barco de vapor, y en cuanto a Jessamy, al menos él no se mete en líos.

El marqués le dio la razón, pero fue Jessamy el que, unos días más tarde, le enredó en el episodio de la Máquina Andante[18].

Este ingenioso vehículo era un invento reciente, e iba camino de convertirse en el último grito. De construcción sencilla, consistía en dos ruedas con un sillín entre medias, guiadas por medio de una vara de madera. El vehículo era impulsado por los pies del conductor, y los expertos podían alcanzar velocidades sorprendentes cuando, manteniendo el equilibrio, levantaban los pies del suelo y, para sorpresa de los espectadores, se deslizaban cuesta abajo a un ritmo vertiginoso. Jessamy había visto a uno de esos expertos montando su máquina andante por el parque, y enseguida ardió en deseos de imitarle. Su espíritu aventurero, molesto por la pérdida de sus caballos y su riguroso régimen de estudio, se rebeló. Esta, pensó, era su oportunidad para (sin causar gastos adicionales a Frederica) dar salida a su inagotable energía, y para demostrar al mundo que su odioso hermano pequeño no era el único Merriville con valor para embarcarse en aventuras peligrosas. Jessamy descubrió que había varias academias que enseñaban este nuevo arte, y que estaban dispuestas a alquilar sus vehículos a los alumnos destacados. No tardó en convertirse en uno de ellos, ni (cuando se aventuró a salir de la academia en un vehículo alquilado) en aprender a guiarlo por el tráfico de las calles menos concurridas. Luffra era su compañero de viaje: circunstancia que llevó a sus hermanas a asumir, con satisfacción, que había relajado sus costumbres en beneficio de su perro. «Al final me alegro de haber traído a Luff a Londres —dijo Frederica, añadiendo con una sonrisa—: Y también de que persiguiera a esas vacas por Green Park, porque gracias a eso, Jessamy se dio cuenta de que no podía dejarlo a cargo de una mujer. Ninguna otra cosa podría haberle apartado de los libros».

Como no quería asustar a su familia con su inesperada destreza, Jessamy no les había contado nada de su nueva afición. Una vez que perfeccionara su equilibrio y se sintiera dueño de la máquina, pensaba acercarse a su casa y llamar a sus hermanas para que admiraran su habilidad. En ocasiones le costaba montarse en el vehículo, y no quería hacer el ridículo, sobre todo si Felix estaba presente. Así que pasó varias horas perfeccionando su arte; y más tarde, como prueba final

antes de mostrarse delante de su familia, se adentró con valentía en la parte más transitada de la ciudad. Tan bien le fue que no pudo resistir la tentación de dejarse caer por la cuesta de Piccadilly levantando los pies del suelo. Su hazaña atrajo una enorme atención, en parte admirada y en parte escandalizada; y, al final, mucha más atención de la que Jessamy esperaba.

Un perro labrador fue el culpable del desastre. Nada más ver el extraño vehículo, el animal, que andaba tranquilamente detrás de su amo, le cogió tal manía que echó a correr tras él, ladrando y gruñendo. Jessamy estaba demasiado acostumbrado a los perros que perseguían a los carruajes para preocuparse. Pero Lufra, que se había quedado atrás investigando un aroma prometedor, pensó que su amo estaba siendo atacado y se lanzó al rescate. El resultado fue inevitable. Los perros, que se habían enzarzado en una lucha a muerte, chocaron contra la máquina andante; Jessamy, que estaba intentando recuperar el equilibrio, chocó contra un hombre que estaba reparando sillas, perdió el control del vehículo y salió despedido a los adoquines de la calle, salvándose por poco de terminar aplastado por unos corceles que tiraban de un landó. El cochero consiguió detener sus caballos y Jessamy ponerse en pie, herido y considerablemente asustado, pero sin ningún hueso roto. El joven, que estaba un poco aturdido y profundamente humillado, se encontró con una escena que habría asustado a cualquier chico de dieciséis años con menos valor que él. El desvío del carruaje había alterado el tráfico, y el aire estaba cargado de voces agudas y obscenas que proferían acusaciones y contraacusaciones, adornadas de amenazas y extraños juramentos. La mujer del landó había sucumbido a un ataque de nervios; el reparador de sillas, que se había levantado del suelo, estaba exigiendo una cuantiosa recompensa por sus daños personales y la destrucción total de la silla; y el dueño del labrador estaba pidiendo ayuda para separar a los perros. Jessamy dirigió su atención a esta tarea, y una vez que hubo persuadido al furioso caballero de que dejara de pegar a ambos animales, y de que sujetara al suyo con firmeza, se apresuró a apartar a Lufra. Iba a balbucear una disculpa cuando el caballero dijo que Lufra era un chucho salvaje, y que él era el culpable del enfrentamiento con su perro. Naturalmente, eso hizo que Jessamy se tragara su disculpa, y que señalara que la culpa la tenía el labrador, que le había atacado sin motivo.

—¿Daría un céntimo por un perro que no protege a su amo, señor? —le preguntó—. ¡Yo no!

A partir de entonces, la escena adquirió dimensiones pesadillescas. Había tanta gente reclamando una compensación por daños y perjuicios, o amenazándole con una demanda, que la cabeza del pobre Jessamy empezó a dar vueltas. Cuando le preguntaron su nombre y dirección, imaginó una avalancha de personas heridas abalanzándose sobre Frederica, exigiéndole grandes sumas de dinero y, por instinto, dijo:

—¡Berkeley Square! ¡Allí vive mi tutor, el... marqués de Alverstoke!

Solo pretendía proteger a Frederica, pero enseguida se dio cuenta de que había dicho las palabras mágicas. La gente aceptó sus promesas de compensación (hasta entonces rechazadas); el furioso caballero siguió su camino, diciendo que esperaba que su tutor le diera una lección; y la señora, que se había recuperado del ataque, le echó una severa reprimenda, diciéndole que pensaba informar al marqués de lo que llamó «su travesura».

Fue así como, por segunda vez, un miembro de la familia Merriville llegó a Berkeley Square a horas intempestivas, pidiendo hablar de inmediato con el marqués. Pero, a diferencia de

Frederica, Jessamy no rechazó los servicios de Charles Trevor. Estaba contando su historia a Charles de manera precipitada y bastante incomprensible cuando Alverstoke, vestido con un abrigo de viaje blanco y con gran profusión de capas, entró en el salón, diciendo:

—¿Y ahora qué pasa? Wicken me ha informado de que... —se interrumpió, y alzó su monóculo para observar mejor a Jessamy. A continuación lo dejó caer y avanzó hacia él—. ¿Qué ocurre? ¿Te has metido en una pelea, jovencito repelente? ¿Por qué demonios no le ha curado, Charles?

—No me lo ha permitido, señor —respondió el señor Trevor.

—¡Oh, no tiene importancia! —dijo Jessamy con impaciencia, limpiándose un hilito de sangre que le caía por la frente—. ¡No es nada grave! Solo quería... Quiero decir que no he venido aquí por eso, sino porque... ¡Por favor, no se preocupe, señor!

—¡Quédate quieto! —ordenó Alverstoke, levantándole la barbilla con la mano y acercando su rostro a la luz.

—¡No ha sido una pelea! Me caí... ¡y lo tengo bien merecido! —dijo Jessamy con amargura.

—Me parece muy bien, pero no pienso permitir que me manches toda la casa. Charles, ¿podría...? No, ya me encargo yo. ¡Ven aquí, cabeza de chorlito! Puedes contármelo todo mientras te vendo el corte.

Jessamy le siguió a regañadientes fuera del salón y por la escalera, diciendo que sus heridas y rozaduras no tenían ninguna importancia, y que solo había venido a casa de milord a confesarle su iniquidad. Por el camino, confesó que, posiblemente, un número de personas de diversa categoría vendría a exigirle una compensación por los daños, y le suplicó que desembolsara las sumas requeridas, prometiéndole que se las devolvería.

Una vez que se hubo limpiado la suciedad y la sangre de la cara y entregado a Knapp su sucio abrigo, Jessamy dejó que el marqués le curara las heridas más accesibles y le adornara la frente con una venda, y se tragó una mezcla de brandy y agua. Sus alterados nervios se tranquilizaron, y fue capaz de ofrecer al marqués un relato bastante comprensible del incidente. El joven hablaba con un férreo control, y solo sus finas manos, que apretaba y soltaba continuamente, rebelaban su estado de agitación.

—No tenía derecho a decirles su nombre, señor, ni a hacerles creer que vivía aquí —dijo con arrepentimiento, mientras el marqués le miraba con expresión fría y divertida—. Lo sé, y le pido perdón. Me... me gustaría explicárselo. Solo lo hice porque no podía soportar que molestaran a Frederica. No sé cuánto tengo que pagar. Supongo que mucho, porque la máquina se rompió, y la silla también y... Pero sea lo que sea, lo pagaré yo, no mi hermana. No se imagina lo que ha costado la presentación de Charis... Y yo que estaba determinado a no incurrir en más gastos...

Lo dijo muy angustiado, pero Alverstoke le tranquilizó diciendo, con voz prosaica y ligeramente aburrida:

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

Sorprendido en mitad de un arrebató emocional, Jessamy enrojeció, se mordió el labio y logró responder con un aplomo considerable:

—Que me preste la suma que sea necesaria. ¡Si es tan amable, señor! Le prometo que se la devolveré descontándola de mi asignación. Verá, ahora mismo no me queda mucho. Tuve que

pagar las clases, y el alquiler de la máquina, así que...

—¡No te preocupes! —le recomendó el marqués—. No me corre prisa.

Jessamy enrojeció aún más.

—¡Lo sé! Por favor, no diga que no hace falta que se lo devuelva, o que no me preocupe. Estoy dispuesto a devolvérselo, y tengo que preocuparme. ¡A la primera prueba he caído en la tentación! Y todo por mi maldito orgullo, por empeñarme en superar a Felix. ¿Puede haber algo más despreciable, o que muestre lo... indigno que soy de pensar siquiera en recibir las órdenes?

—Sí, muchas cosas —respondió Alverstoke—. ¡Deja de convertir un incidente sin importancia en un pecado mortal! Solo te has metido en un lío sin querer; no debes atormentarte por eso. Me alegra saber que puedes meterte en líos. Serás mejor pastor si comprendes las debilidades humanas que si eres santo a los dieciséis años.

Jessamy parecía bastante sorprendido, pero después de reflexionar un momento dijo:

—Sí, pero... cuando uno ha tomado una decisión, no tener fuerzas para resistir la tentación muestra debilidad de carácter, ¿verdad, señor?

—Si tu decisión era comportarte como un asceta, demuestra que corres peligro de convertirte en un mojigato —dijo el marqués con brusquedad—. Has solicitado mi ayuda, lo que demuestra que eres capaz de conservar la calma en una emergencia. Haré la suma y me la devolverás cuando puedas. No hace falta que te quedes sin fondos. En cuanto a las amenazas, ¡olvídalas! Si algún cochero, reparador de sillas o cualquier otra persona tuviera el descaro de venir aquí a pedir tu sangre, el señor Trevor será perfectamente capaz de responder a semejante insolencia. Pero te aseguro que no vendrán.

—No —dijo Jessamy, arrugando la frente—. No mencioné su nombre por ese motivo. ¡Ni siquiera se me ocurrió! Pero en cuanto les dije que era mi tutor... —El joven se quedó pensando, y luego dijo, dirigiendo su mirada austera al rostro del marqués—: ¡Dios mío, eso es tan despreciable como el resto!

—Puede ser, ¡pero tienes que reconocer que fue un acierto! Ahórrate un sermón sobre la vanidad de las jerarquías humanas, y presta atención a lo que voy a decirte.

—Sí, señor —dijo Jessamy.

—Has solicitado mi ayuda como tutor, y ahora debes someterte a mi autoridad como tutor. A partir de ahora moderarás tus estudios (¡créeme, son excesivos!) y dedicarás parte del día a tus necesidades físicas. ¡Lo que necesitas no es una máquina andante, Jessamy, es un caballo!

Los sombríos ojos de Jessamy se iluminaron, y exclamó sin querer:

—Oh, si pudiera... —pero enseguida se interrumpió y sacudió la cabeza—. No. Y menos en Londres. Es muy caro.

—No te costará nada. Vas a ejercitar uno de mis caballos, y por lo tanto a hacerme un favor.

—¿Que monte sus caballos? ¿Me... dejaría...? ¿Co... confiaría en mí? —balbuceó Jessamy—. ¡Oh, no! ¡No merezco una recompensa, señor!

—¡No es una recompensa, es una orden! —dijo Alverstoke—. ¡Una experiencia nueva para ti, jovencito!

El brillo en los ojos de Jessamy y el temblor de sus labios le conmovieron. El marqués sonrió y posó una mano en su hombro.

—¡Alegra esa cara, tontorrón! —le dijo—. No has incumplido ni uno solo de los Diez Mandamientos, ¿sabes? Así que deja de hacer una montaña de un grano de arena. Si Knapp ha terminado de cepillar tu abrigo, te llevaré a casa.



A la mañana siguiente, el marqués recibió una carta de Frederica, en la que le agradecía sus amables servicios y lamentaba que hubiera tenido que molestarle por culpa de Jessamy. La leyó con agrado, sabiendo muy bien que su amabilidad escondía (o pretendía esconder) una intensa mortificación. Ella misma lo reconoció cuando, dos días más tarde, se la encontró en una fiesta.

—No estoy enfadada —dijo—, pero sí profundamente avergonzada. Después de todas mis protestas... Te ruego que me perdones.

—¡Tonterías! ¿Qué culpa tienes tú?

—¡Toda! —suspiró Frederica—. Yo le traje a Londres en contra de su voluntad, y le desatendí para ocuparme de Charis. No debería haberlo dejado solo. —Se quedó pensando, y añadió con franqueza—: Aunque a Jessamy tampoco le gustaría que le impusiera mi presencia. De hecho le molestaría mucho. Es un muchacho muy solitario, ¿sabes? Y eso también es culpa mía. Debería haber hecho algo para curarlo.

—Habría sido una pérdida de tiempo. Me gustaría que me explicaras por qué le estás dando tanta importancia a un episodio trivial y perfectamente comprensible. Es lógico que él lo haga en este momento de su vida, ¿pero tú?

—No le estoy dando importancia —se apresuró ella a responder—. Si no hubiera recurrido a ti en vez de a mí, incluso me haría gracia. Pero me molesta que te haya inmiscuido en el asunto. Sí, y aunque se enfade cuando se lo pregunto, y diga que no es asunto mío, sino suyo, estoy convencida de que has pagado todos los desperfectos, y eso no pienso tolerarlo.

—Ni él tampoco, por eso me he limitado a prestarle la suma necesaria... a cambio de que se modere un poco en sus estudios. Sí, ya sé que estás deseando devolvérmelo, pero déjame decirte que eso sería una grave intromisión, y, en caso de que te dejara hacerlo (lo cual no va a ocurrir), destruiría todo el bien que creo haber conseguido.

Frederica lo miró con gratitud.

—¡Sí, le has hecho muy bien! Temía que se deprimiera, que es lo que suele hacer cuando se mete en un lío, ¡pero está encantado! Tendrías que haberlo visto cuando vino a nuestra casa en tu caballo, y nos dijo que saliéramos a admirar sus cualidades. ¡Estaba tan orgulloso y feliz! No pienso entrometerme, pero al menos déjame que te dé las gracias.

—No. Este asunto está empezando a aburrirme. Cuéntame quién es ese finolis que está con Charis.

Los ojos de Frederica se dirigieron a su hermana, que estaba bailando un vals con un joven vestido a la última moda, y que parecía dispuesto a conquistarla.

—Es el señor Peter Navenby. Lo conocimos en la fiesta de lady Jersey. Lady Jersey me contó que, nada más posar los ojos en Charis, le suplicó que se la presentara. No hay nada extraño en eso, desde luego, pero se muestra particularmente atento y (lo que es más significativo) convenció a su madre para que nos hiciera una visita. Me gustó mucho. Y lo que es más importante, a ella le gustó Charis. Su madre dijo algo que me hizo pensar que su mayor temor era que su hijo terminara con una jovencita cazafortunas, pero enseguida se dio cuenta de que Charis no es así. —Frederica miró con ansiedad al marqués, y añadió—: Podría ser un buen partido, ¿no crees?

Alverstoke, que estaba observando al señor Navenby a través de su monóculo, dijo:

—El joven Navenby, ¿eh? Sería un buen partido, desde luego. Tiene todas las ventajas que proporciona un título, y una fortuna respetable... cuando herede, por supuesto. Esperemos que su padre no dure mucho.

—¡Yo no espero nada de eso! —dijo Frederica, muy acalorada—. ¡Qué comentario más abominable!

—Pensaba que querías casar a Charis con una gran fortuna.

—No, y nunca he dicho eso. Quiero verla cómodamente establecida... ¡que es algo muy distinto a aspirar a títulos y riquezas! Lo que no deseo para ella es un apuesto tontorrón como tu primo, cuya fortuna es tan pequeña como su cerebro. Te estaría muy agradecida si le pararas los pies.

El marqués parecía divertido, pero se limitó a decir:

—Veo que has estado hablando con mi prima Lucretia. Déjame que te aclare una cosa: Endymion no es pobre. Ha heredado una generosa pensión.

Frederica, que sabía que su irritación la había llevado a decir una impertinencia, dijo muy seria:

—No debería haber dicho eso de tu primo. Te ruego que me disculpes.

—¡Oh, no te preocupes! —respondió el marqués con indiferencia—. Endymion me interesa muy poco, y no tengo ninguna intención de interferir en sus asuntos. Así no tendrás que darme las gracias. Espero que eso te sirva de consuelo. —Mientras hablaba le dirigió una mirada burlona, pero Frederica había apartado la cara y se estaba mordiendo el labio—. ¿Y bien? ¿Te sirve de consuelo o no?

—No. Me has hecho enfadar y te he soltado un rapapolvo, pero no pretendía ofenderte. ¡Ojalá no fuera tan desagradecida!

—No me has ofendido, y no quiero tu gratitud —dijo Alverstoke.

Frederica, que se asustó al escuchar su tono de voz, le miró extrañada y algo afligida. El rostro del marqués era inescrutable, pero al cabo de un momento sonrió y dijo, con su languidez habitual:

—La gratitud es otra de las cosas que me aburren mortalmente.

—Entonces no me des motivos para sentirla —respondió ella.

Alverstoke había vuelto a dirigir su atención a Charis, y dijo de repente:

—Vaya, veo que el joven Navenby es un verdadero galán. ¿Debo entender que has renunciado al pelmazo de Lyneham?

—Sí, totalmente. Tenías toda la razón: no es más que un soñador. Mírale ahí sentado con la señora Porthcawl, mirando a Charis con esa ridícula sonrisa. ¡Le importa un rábano que esté bailando con Navenby!

—¡Así es! —admitió él. El marqués volvió a levantar su monóculo y recorrió la estancia hasta dar con su objetivo—. ¡A diferencia del tontorrón de mi primo!

—Entonces reconoces que es un tontorrón —dijo Frederica, desafiante.

—Nunca lo he negado. Aunque me he abstenido de pagarte con la misma moneda.

Un inevitable hoyuelo se formó en la mejilla de Frederica, que respondió con dignidad:

—Supongo que quieres decir que mi hermana no es... sofisticada ni inteligente.

—Llámalo como quieras. Tu hermana, Frederica, es una hermosa tontorróna, y lo sabes muy bien.

Como la sinceridad innata de Frederica le impedía refutar esa acusación, lo único que se le ocurrió decir fue:

—¡Entonces más razón para casarla con un hombre sensato!

—Es posible. ¿Y esa descripción concuerda con el joven Navenby? No lo había pensado, pero puede que tengas razón. Al fin y al cabo no sé nada de él, y uno no debe juzgar por las apariencias, ¿verdad?

—Eres la persona más detesta... —la joven se detuvo, suspiró y dijo con firme resolución—: No, no pienso decirlo. Pero supongo que ya sabes a qué me refiero —añadió, muy enfadada.

—No tengo la menor idea. ¡Dímelo tú! —la animó él.

Frederica soltó una carcajada y se volvió, con considerable alivio, a saludar a Darcy Moreton, que acababa de acercarse a ellos. El marqués se quedó a intercambiar unas palabras con el señor Moreton antes de unirse a un grupo liderado por lady Jersey. Parecía ajeno al interés que había despertado eligiendo a la mayor de las Merriville, y sentándose con ella durante cerca de veinte minutos. Pero varios pares de ojos habían estado observándolo: unos interesados, otros celosos y algunos cínicos. Y a ninguno se le había escapado que durante la mayor parte del tiempo había estado mirando a la pequeña de las Merriville. Algunos pensaban que sería imperdonable que convirtiera a aquella joven inocente en su próxima víctima; otros se preguntaban si por fin sentaría la cabeza; y unas pocas damas, algunas de las cuales albergaban la secreta esperanza de que sus hijas se ganaran el favor del marqués, estaban claramente disgustadas. Entre ellas se encontraba lady Buxted. No la movía un interés personal; tenía las mismas ganas que su hermana mayor de ver a Alverstoke felizmente casado, y a su presunto heredero sin asignación, pero desde que posó los ojos en Charis no podía soportar a las hermanas Merriville. Estaba convencida de

que Charis era la culpable del fracaso de su hija; y, debido a las alabanzas que recibía por los exquisitos modales y la elegancia de sus protegidas, terminó odiando a Frederica tanto como a Charis. Se había visto obligada a presentarlas en sociedad, y ahora podía desentenderse de ellas. Pero la facilidad y la rapidez con que aprendieron a desenvolverse le impidieron saborear esta agradable circunstancia. Podía pensar que las anfitrionas que las invitaban a sus fiestas lo hacían para complacer a su noble protector, pero sabía muy bien que no era cierto. A todo el mundo le gustaban las Merriville, como le dijo la condesa de Lieven con una maliciosa sonrisa.

—Por mi parte, las encuentro demasiado interesadas —dijo lady Buxted a su hermana mayor—. Charis me parece una remilgada, y en cuanto a Frederica, como se hace llamar, supongo que habrás notado lo engreída que es.

—No —dijo lady Jevington con brusquedad—, no lo he notado. Me parecen unas chicas muy educadas y espontáneas. Charis es una bella tontorrón, pero creo que Frederica es una joven con una inteligencia superior.

—¡Ya lo creo! —dijo lady Buxted con ojos centelleantes—. ¡Por eso está deseando cazar a un marido rico! No sé cómo has podido dejarte engañar por sus insinuaciones. Yo adiviné cuál era su objetivo a la semana de conocerla.

—Así que Buxted le está haciendo la corte, ¿eh? —dijo lady Jevington—. Lo he oído varias veces, pero nunca presto atención a las habladurías. ¡Puedes estar tranquila, Louisa! No va a pasar nada.

—¡No si de mí depende! —dijo lady Buxted con rabia. Al ver la sonrisa condescendiente de su hermana, añadió—: Carlton no me preocupa lo más mínimo, te lo aseguro. Pero me pregunto si te gustará ver a tu bella tontorrón convertida en tu cuñada, querida Augusta. —Notó que estas palabras habían producido cierto efecto, y añadió en tono triunfal—: ¿Cómo es posible que tú, que te crees tan lista, no hayas notado que Vernon no le quita los ojos de encima?

Lady Jevington abrió la boca y la volvió a cerrar. Después de mirar a su hermana con incredulidad, dijo:

—¡Eres una estúpida, Louisa!

Entretanto, las señoritas Merriville, cuyos pensamientos se hallaban muy lejos de las conquistas matrimoniales, estaban dando la bienvenida al cabeza de familia. Ambas celebraron su repentina llegada a Upper Wimpole Street, le abrazaron, le besaron, le ofrecieron la butaca más cómoda del salón, le trajeron un refrigerio y acogieron su inesperada aparición con todo el placer que cabía esperar en dos hermanas bondadosas.

Inevitablemente, Frederica fue la primera en bajar a la tierra y preguntarle qué le había traído a Londres. Después de dar un largo trago a su jarra de cerveza, Harry respondió a su mirada de angustia con una encantadora sonrisa, y dijo:

—¡Me han expulsado!

—¡Oh, no! —exclamó Frederica, preocupada.

—¡Sí, y a Barny también! Ya sabes, mi amigo Barny Peplow. ¡Un tipo estupendo!

Frederica no tenía el privilegio de conocer al señor Peplow, pero hacía tiempo que los entusiastas elogios que le dedicaba su hermano le inspiraban desconfianza. Pero fue Charis la que enfadó a su hermano, preguntándole con voz suave pero firme:

—¿Y ahora qué vas a hacer, querido?

—¡No se puede hacer nada, boba! —respondió Harry con impaciencia—. ¡Oh, no pongáis esa cara! Cualquiera diría que me han expulsado para siempre. ¡Solo es para el resto de este trimestre!

—¿Pero por qué, Harry? —preguntó Frederica, que no se sentía aliviada en absoluto.

Harry se echó a reír.

—¡Nada importante! Además, nosotros no éramos los únicos. El problema fue que estábamos un poco achispados. Fue después del cumpleaños de George. Me refiero a George Leigh, aunque tú tampoco lo conoces, ¿no? ¡Es un tipo estupendo! Terminamos armando un poco de jaleo, y... ¡en fin! ¡Pero no fue nada importante, te lo prometo!

Frederica, que había alejado de su mente sus peores temores, asintió y no le hizo más preguntas, sabiendo que solo servirían para molestarle. La experiencia le había enseñado que, aunque comprendía las travesuras de los estudiantes, nunca había podido entender qué era lo que Harry y sus amigos encontraban de divertido en sus juergas, que solían empezar con lo que Harry llamaba un banquete, o (por lo que había podido deducir) unas copas de vino, y terminaban con unas payasadas tan absurdas como destructivas.

—De hecho, hace tiempo que estaba pensando en venir para asegurarme de que todo va bien —dijo Harry con ingenuidad—. No me extrañaría que os hayáis metido en algún lío, y yo soy el cabeza de familia.

Charis esbozó una sonrisa, pero, a pesar de sus ojos risueños, Frederica respondió:

—¡Oh, qué bueno eres, Harry! Así que tu deber era que te expulsaran.

—¡Yo no he dicho eso, Freddy! —protestó su hermano con labios temblorosos.

—¡Es verdad! —dijo Charis, divertida—. Ten en cuenta que llevamos más de un mes en Londres, y solo quedan unas semanas para que termine el trimestre. ¡Qué bromista eres, Harry!

Harry rio, pero dijo:

—Bueno, es verdad que pensé que debía vigilaros. Las dos sois muy inexpertas, y nunca habíais estado en Londres.

—Reconozco que en eso nos llevas ventaja —admitió Frederica.

—¿Cuándo ha estado Harry en Londres? —preguntó Charis, muy sorprendida.

—No lo recuerdo bien, pero fue hace unos años. La tía Scrabster le invitó porque es su madrina, y pasó una semana en Harley Street. Le enseñaron todos los monumentos de Londres, ¿verdad, Harry?

—¡Así es, Freddy! —dijo su hermano, sonriendo—. El tío me llevaba a los lugares más encopetados de la ciudad. Pero he aprendido mucho desde que ingresé en Oxford, y tengo una ligera idea de lo que se lleva. ¡Y si hay algo que no me gusta, es esta casa!

—A nosotras tampoco, pero a pesar de sus muebles anticuados y su pésima ubicación, hemos conseguido movernos en los mejores círculos.

—Ya lo sé, y no me gusta nada. Ha sido obra de ese tal Alverstoke, ¿verdad? En mi vida había oído hablar de él hasta que me escribiste que era primo nuestro, pero te advierto una cosa. Ahora lo conozco bien, y no puedo entender cómo te has puesto bajo su protección, Frederica. Pensaba que tenías un poco más de sentido común.

—¿A qué te refieres, Harry? —preguntó Charis—. No te imaginas lo amable y considerado que ha sido con nosotros.

—¡Ah!, ¿no? —replicó él—. Pues te equivocas, porque me lo imagino perfectamente. Amable y considerado... ¡ja!

—Sí, sobre todo con los chicos. ¿Quieres decir que es muy orgulloso? Lo parece, y sé que algunas personas dicen que es terriblemente altivo, y que solo piensa en sí mismo, pero no es verdad, ¿a que no, Frederica? Llevó a Felix a visitar una fundición, y le consiguió una entrada para la nueva Casa de la Moneda. Además, le ha prestado a Jessamy uno de sus caballos.

—Lord Alverstoke le debía un favor a papá —dijo Frederica con frialdad—. Por eso accedí (muy a su pesar) a ser nuestro tutor.

—¿Nuestro tutor? ¡Mío no, desde luego! —la interrumpió Harry, molesto.

—Por supuesto que no. ¡Y mío tampoco! ¿Cómo iba a serlo, si somos mayores de edad?

—Ya lo sé, pero... ¡oh, tú no lo entiendes!

—¡Claro que lo entiendo! Te han dicho que es un calavera incorregible, ¿no?

—¡Ah!, ¿sí? —preguntó Charis, muy sorprendida—. Pensaba que los calaveras eran distintos. Los conozco muy bien, porque siempre están coqueteando, e intentando avergonzarte con las cosas que dicen, y... ¡Oh, ya sabes a qué me refiero, Frederica! Pero el primo Alverstoke no es así. De hecho, siempre me ha parecido muy estricto.

—Sí, siempre está sermoneándonos sobre el sentido del decoro, y regañándonos porque no nos comportamos como si acabáramos de salir del aula —dijo Frederica, molesta—. No tienes nada que temer, Harry. Sea cual sea la reputación de Alverstoke, no tiene malas intenciones con nosotras. Y tampoco fuimos presentadas bajo su protección. Es verdad que nos invitó a un baile en honor de su sobrina, pero la que nos presentó fue su hermana, lady Buxted.

Harry no parecía satisfecho del todo, pero como Jessamy entró en ese preciso momento, el asunto cayó en el olvido. Jessamy se puso muy serio cuando se enteró del motivo de su visita, pero cuando Harry le advirtió que no pensaba tolerar una de sus reprimendas, se limitó a decir:

—¡Desde luego!

—¡Ni uno de tus sermones moralizantes! —dijo Harry, mirándolo con recelo.

—Tranquilo. No tengo ningún derecho a moralizar —respondió Jessamy con un suspiro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harry—. No me digas que te has metido en un lío, señorito remilgado.

—Algo así —dijo Jessamy con tristeza, recordando el incidente de Piccadilly.

Sus dos hermanas le interrumpieron, y cuando terminaron de contar el episodio de la máquina andante y Harry estaba riéndose a carcajadas, Jessamy empezó a pensar que al fin y al cabo no había sido tan grave, e incluso se rio un poco. Luego relató la gloriosa secuela de sus aventuras, e insistió tanto en las cualidades de los rocines y los caballos de tiro de Alverstoke, que las damas no tardaron en recordar diversas tareas pendientes y se retiraron.

Una vez que hubieron agotado el tema, Harry reconoció que el marqués había sido muy generoso prestándole sus caballos, y halagó a su hermano añadiendo:

—Aunque no tiene nada que temer, porque eres el mejor jinete que conozco, Jessamy.

—Sí, pero él no podía saberlo —dijo su hermano con ingenuidad.

Harry sonrió, pero no hizo ningún comentario. Era difícil saber cómo reaccionaría Jessamy ante una broma, y no quería provocarle. Además, quería averiguar más cosas sobre el marqués. Jessamy era seis años más joven que él, pero Harry respetaba profundamente su opinión, y en cierto modo dependía de su capacidad para detectar las debilidades morales. Si Jessamy se equivocaba, no sería por ser demasiado tolerante.

Pero Jessamy solo podía hablar bien del marqués. Entendía que Harry estuviera nervioso, y reconoció que al principio se preguntó si Alverstoke pretendía seducir a Charis.

—Pero no es así. De hecho, no me parece que le preste demasiada atención. Es verdad que una vez la paseó en coche por el parque, pero Frederica me contó que solo lo hizo para lanzar una advertencia a un libertino que estaba intentando conquistarla. Y nunca le envía flores, ni viene a visitarla como el primo Endymion.

—¿El primo... qué? —preguntó Harry.

—Endymion. Bueno, así le llamamos, y según Frederica, nos une algún tipo de parentesco. Es el heredero del primo Alverstoke, y está en el ejército. Está loco por Charis, pero no debes preocuparte por él, porque es un tontorrón. Es totalmente inofensivo, pero Dios mío, ¡menudo cabeza de chorlito! Luego está el primo Gregory, uno de los sobrinos del primo Alverstoke, y el primo Buxted... pero ese anda detrás de Frederica, y...

—¡Espera! ¿Cuántos son? —le interrumpió Harry, asustado.

—No lo sé exactamente. Es raro encontrarse con tantos primos de repente, ¿verdad?

—¡Muy raro!

—Sí, pero son primos nuestros, y por lo tanto, familiares. ¡Ellos mismos lo han reconocido!

Harry sacudió la cabeza, pero dijo:

—En fin, supongo que será así. ¿Y has dicho que uno anda detrás de Frederica?

—Sí, ¿a que es gracioso? —dijo Jessamy, compartiendo la incredulidad de su hermano—. Y lo peor es que es un auténtico pelmazo, y... —se interrumpió, frunciendo el ceño—. No debería decir eso. Es un hombre muy respetable. Y muy educado y sensato. Pero cuando se pone a moralizar, me dan ganas de abofetearle. Ya sé que no está bien, pero ahora entiendo lo que quería decir el primo Alverstoke cuando dijo que sería mejor pastor si me metía en líos de vez en cuando.

Esta revelación convenció a Harry mucho más que todo lo que había dicho Jessamy a favor del marqués. Señaló que estaba deseando conocerle, e incluso llegó a decir que parecía un tipo sensato.

—Supongo que ahora acompañarás a las chicas a los bailes, así que pronto lo conocerás.

—¿Que las acompañaré a los bailes? —repitió Harry, horrorizado—. ¡No, por Júpiter! ¡Eso jamás!

Nada consiguió apartarle de su decisión. A las protestas de sus hermanas respondió que el traje se le había quedado pequeño, y que sería una estupidez gastarse el dinero en uno nuevo; que iba a estar muy ocupado con su amigo Barny; que sería mejor que hiciera una visita a Hertfordshire, para comprobar que todo iba bien en Graynard, y que bailaba tan mal que, si le arrastraban a uno de sus salones, solo conseguiría avergonzarlas.

Sus hermanas se quedaron decepcionadas, pero no sorprendidas. Harry, que se parecía mucho a Charis, no podía avergonzarlas por muy mal que bailara, porque además de guapo y esbelto, era muy simpático. Pero por desgracia, no le gustaba hacer vida social, y no tenía ningún interés en adquirir los modales londinenses. Siempre estaba dispuesto a irse de juerga con sus amigos, pero era evidente que no tardaría mucho en establecerse como un terrateniente respetable.

Si necesitaba algo más para confirmarle en su decisión, se lo proporcionó la señorita Winsham, que dijo que lo mínimo que podía hacer para compensar su expulsión era hacerse útil para sus hermanas. Bastaron diez minutos en compañía de su tía para poner a Harry, que en general era el más afable de los mortales, en pie de guerra. Frederica, que vio la chispa en sus ojos azules y el gesto de obstinación en sus labios, decidió intervenir. Dejó pasar un tiempo antes de atreverse a sugerir que, si quería conocer a Alverstoke, podía estar seguro de encontrarle acompañando a sus hermanas a la próxima fiesta de lady Sefton.

Pero Harry tenía una respuesta. Aunque no le agradaba la idea de hacerse el fino entre los dandis y los petimetres de la buena sociedad, tampoco quería resultar maleducado. Estaría bonito, dijo, depender de un encuentro al azar para presentar sus respetos al marqués. Había estado considerando el asunto, y como al parecer todos estaban en deuda con Alverstoke, pensaba que su deber era hacerle una visita formal a Berkeley Square. No como un simple gesto de cortesía, sino para saldar las deudas de Jessamy.

—Te estaría muy agradecida —dijo Frederica—, pero no creo que te lo permita. Me parece muy bien que le hagas una visita matutina, ¡pero no se te ocurra ir antes de las doce! Tanto Jessamy como yo nos presentamos en su casa antes de que se hubiera vestido, ¡y si un tercer Merriville hace lo mismo, no sé qué podría pasar!

—¡Qué tipo más mezquino! —exclamó Harry con desprecio.

Pero cuando, siguiendo el consejo de Frederica, se presentó en Berkeley Square, le bastó una mirada para convencerse de que, entre los epítetos que podían utilizarse para describir al marqués, «mezquino» era el menos apropiado.

Por fortuna, llegó a la casa justo cuando Alverstoke salía de ella, elegantemente vestido con una chaqueta azul confeccionada en Weston's, un pantalón blanco, un fular immaculado y unas botas tan bien cepilladas que resplandecían a la luz del sol. Harry, que se detuvo con el pie apoyado en el primer escalón de la entrada, pensó que el marqués era un hombre muy elegante, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza que fuera un petimetre. La chaqueta de finísima tela azul dejaba adivinar unas magníficas espaldas, y los pantalones ceñidos resaltaban el volumen de unos poderosos muslos. Todo ello indicaba que el marqués era un atleta consumado.

Alverstoke también se detuvo, pero en lo alto de los escalones, y desde allí miró a su inesperado visitante. Sus cejas estaban ligeramente arqueadas, pero después de un breve y sabio escrutinio, sonrió y dijo:

—¡No se moleste en presentarse! A menos que me equivoque, usted debe de ser Harry Merriville.

Harry asintió, demasiado acostumbrado a que le reconocieran por su similitud con su encantadora hermana para sorprenderse de la perspicacia de milord. Viendo que el joven estaba harto de que le compararan con su hermana, el marqués se apresuró a aclarar:

—Todos los miembros de su familia son muy parecidos —dijo en tono cordial—. Pase y cuénteme qué le ha traído a Londres. ¡Aunque no hace falta que se lo pregunte! ¿Cuánto tiempo le han expulsado?

Como su voz solo transmitía un sincero interés, Harry no vio motivos para ofenderse, y respondió con su franca y atractiva sonrisa:

—Solo el resto del trimestre, señor. No fue nada importante. ¡Solo armamos un poco de jaleo! Pero el rector tenía un mal día, y decidió expulsarnos sin más. ¡Oh, no quisiera entretenerle! ¿Tiene usted un compromiso?

—Nada importante —replicó el marqués, dejando su sombrero, sus guantes y su bastón en manos del lacayo y guiándole a la biblioteca—. Bébase una copa de jerez conmigo, y cuénteme en qué puedo ayudarle.

—¡En nada, señor! —exclamó Harry, muy sorprendido—. Creo que ya ha hecho bastante por mi familia. Solo he venido a agradecerle sus servicios.

—Es usted muy amable. Pero, por favor, no lo haga.

—Puede decir lo que quiera, señor —objetó Harry—, pero no tenemos ningún derecho a exigirle nada.

—Olvida nuestro parentesco.

—Es imposible que lo olvide, porque nunca había oído hablar de él —dijo Harry con franqueza—. Frederica dice que es usted primo nuestro, pero me da la impresión de que se lo está inventando.

—Se equivoca. Nuestro parentesco es bastante remoto, es cierto, pero... coincidimos en algún punto del árbol genealógico, se lo aseguro.

—Es posible —dijo Harry, dubitativo—. Nunca he prestado demasiada atención al árbol genealógico, pero, por supuesto, sé que todo el mundo tiene docenas de familiares que no conoce.

—¡Algunos, bastante excéntricos! —murmuró milord.

—¡Sí, por Júpiter! —exclamó Harry. El joven soltó una risotada al percibir la mirada burlona del marqués—. ¡Oh, no me refiero a usted, señor! Estaba pensando en mi tía Seraphina. No es que sea una pariente desconocida, ¡aunque ojalá lo fuera! ¿La conoce usted?

—Sí, y entiendo a qué se refiere.

Harry asintió, pero dijo:

—Bueno, la verdad es que no se porta mal con las chicas, y supongo que necesitan a alguien que haga de carabina.

Harry se quedó esperando mientras Wicken, que acababa de entrar en la biblioteca, ofrecía una enorme bandeja de plata a su patrón. Una vez que hubo aceptado una copa de jerez de manos de su anfitrión, dijo:

—Pero si solo nos une un parentesco lejano, señor, no hay ninguna necesidad de que se moleste por nosotros, y no me gusta que mi hermana Frederica le haya convencido de lo contrario. La conozco, y estoy seguro de que es lo que ha hecho —añadió con sagacidad.

—¡En absoluto! —exclamó el marqués—. Veo que no sabe que le debía un favor a su padre.

—No —dijo Harry.

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó el marqués con la dulce y desconcertante sonrisa que solía utilizar para bajar los humos a la gente.

Harry iba a preguntarle cómo era posible que un caballero como él le debiera un favor al tarambana de su padre, pero aquella sonrisa le advirtió que hacerlo sería una impertinencia. De modo que se quedó callado. Pero después de beber un poco de jerez se armó de valor, y dijo, alzando ligeramente la barbilla:

—En cualquier caso me siento en deuda con usted, señor. No solo por presentar a mis hermanas, que... es una deuda que no le puedo devolver, sino por acudir al rescate de mi hermano. Esa deuda sí que se la puedo devolver, y... me gustaría hacerlo ahora mismo. De hecho, ese es uno de los motivos de mi visita. Por favor, ¿sería tan amable de decirme a cuánto asciende la suma que se vio obligado a pagar por su culpa?

—Me temo que tendrá que disculparme —respondió el marqués—. En primer lugar, porque no lo sé; mi secretario se encarga de esos asuntos. Y en segundo lugar, porque presté a su hermano esa cantidad (fuera cual fuese) con una serie de condiciones.

—Sí, señor, me lo dijo y... se lo agradezco mucho. No entiendo por qué no se trajo su caballo a Londres en vez de hacerse el mártir, o por qué no alquiló un caballo de silla.

—No creo que le gustara montar un caballo de alquiler. Tampoco está dispuesto a asumir el gasto que supone tener un caballo y un postillón en Londres. Así que le sugiero que deje el asunto como está.

Harry se ruborizó.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero no me parece bien. No entiendo por qué razón Jessamy tiene que estar en deuda con usted. Tendría que haber recurrido a mí, que soy su tutor. ¡No a usted!

—Le aseguro que no tengo ninguna intención de usurpar su autoridad —le tranquilizó el marqués.

—Bueno, en realidad es mi hermana la que está a cargo de los pequeños —confesó Harry—. ¡Pero no pienso permitir que Jessamy (mi pupilo) esté en deuda con nadie!

—Ese es un asunto entre usted y su hermano, y no me concierne en absoluto. Repréndale si lo considera necesario.

—¿Cómo voy a reprenderle, si me acaban de expulsar de la universidad? —saltó Harry—. ¡No soy tan estúpido! Además, no pienso darle motivos para que me suelte un sermón —añadió con franqueza.

El marqués sonrió.

—En ese caso, olvídense del asunto. —Advirtió que Harry no estaba satisfecho, y le miró con ojos risueños—. También puede prestarle el dinero, si cree que no va a saldar su deuda.

Harry se puso tenso.

—¡Oh, estoy seguro de que lo hará, señor! —dijo con energía.

—Yo también.

—Lo que me preocupa es que se mortifique por ello —señaló, mucho más tranquilo.

—En ese caso su deber (como tutor) es animarle —respondió el marqués—. Aunque no creo que se mortifique. Me parece que la suma no era muy cuantiosa. Entretanto, todas las mañanas está

felizmente ocupado ejercitando mis caballos, en vez de pudrirse el cerebro con tanto estudio. En realidad soy yo el que está en deuda con él. Prefiero confiarle mis caballos a él que a cualquier mozo.

—¡Desde luego! —dijo Harry muy contento—. Tiene muchos pájaros en la cabeza, pero es un jinete estupendo. ¡Sobre todo en las partidas de caza! No debe preocuparse, señor. Sus caballos están en buenas manos.

—Como ya no hay de qué preocuparse, no hace falta que sigamos discutiendo —dijo el marqués—. ¿Cuáles son sus planes? ¿También tiene pensado hacer su aparición en sociedad?

Harry no estaba del todo satisfecho, pero en parte por timidez, y en parte por una tendencia innata a huir de las responsabilidades, cambió de tema, y le aseguró que no tenía intención de hacer su aparición en sociedad. Añadió que (dadas las circunstancias) no le parecía oportuno.

—Voy a visitar a un amigo, y tengo previsto pasar mucho tiempo con él.

—Entiendo. Le aconsejo que evite las... tabernas de Tothill Fields, y si termina en la comisaría con los bolsillos vacíos, envíe un mensaje aquí, no a Upper Wimpole Street. Yo me encargaré de pagar la fianza.

—¡Gracias! Pero no pienso...

—Nadie lo piensa —murmuró el marqués—. Pero son cosas que pasan, y conviene estar preparado. —Miró a su joven invitado con aire pensativo, y añadió—: Recuerdo que su hermana me contó que le gusta el boxeo. Si desea asistir a la academia Jackson (está en Bond Street, número 13), dele esto de mi parte. Le entrenará personalmente.

Mientras hablaba sacó su tarjetero, garabateó algo en una de sus tarjetas de visita y se la dio.

—¡Por Júpiter! —exclamó Harry, al tiempo que cogía la tarjeta e intentaba descifrar el mensaje—. ¡Es usted muy amable, señor! Solo soy un aficionado, pero me encanta el boxeo. ¡Muchas gracias! Aunque no entiendo por qué se toma tantas molestias conmigo. —El joven se puso colorado, y añadió, a modo de disculpa—: Quiero decir que... en fin, todo ese cuento de que le debe un favor a mi padre...

—Es el encanto de la novedad —respondió el marqués, que puso fin a la entrevista levantándose de la butaca—. Desde que asumí el papel de tutor (nominal, por supuesto) de sus hermanos, nunca sé lo que va a pasar a continuación. Hasta ahora siempre lo sabía, y era un auténtico aburrimiento, se lo aseguro.

Harry tuvo que conformarse con esa explicación. El joven se despidió del marqués con suma cortesía y se marchó, incapaz de decidir si le gustaba o no.

El marqués no tuvo semejantes dudas. A los diez minutos de conocer a Harry, se dio cuenta de que no solo tenía las cualidades de su padre, sino también sus defectos. Era un joven simpático, de modales sinceros y educados, al que resultaba imposible no apreciar. Pero su carácter no era firme, y siempre estaría dispuesto a cargar sus responsabilidades sobre los hombros de los demás.

«¿Y por qué demonios tengo que cargar con ellas? —se preguntó el marqués—. ¡Debo de haber perdido el juicio!».



Si Harry albergaba alguna duda respecto al marqués, no tuvo la menor dificultad en decidir que el primo y heredero de milord era un tipo estúpido. De hecho, ambos caballeros congeniaron al instante; y eso a pesar de los prejuicios de Harry, que sabía que el señor Dauntry no era del agrado de Frederica. Endymion no era tan dado a especulaciones, pero si hubiera reflexionado sobre el asunto, habría llegado a la conclusión de que Harry le gustaba, igual que el resto de los familiares de Charis. Era unos años mayor que Harry, y tenía más experiencia que él en las costumbres de Londres. Pero no era muy inteligente, y al igual que otras personas de corto entendimiento a las que aprender les resulta muy difícil, solía mirar con un respeto que rayaba la admiración a cualquiera que hubiera ingresado en la universidad.

Lo lógico habría sido pensar que esa disparidad de edad e inteligencia hubiera supuesto una barrera entre los dos. Frederica lo pensó, pero no había contado con un factor importante: los dos eran unos apasionados del deporte. Un comentario fortuito reveló a Harry que aquel aparente imbécil era un magnífico cazador y, a juzgar por su descripción de las comarcas rurales, un experto jinete. No es que Endymion, que era un joven modesto, presumiera de sus proezas: las únicas anécdotas que contó fue que había tropezado con un seto en Barkby Holt, y que se había caído del caballo en Whissendine. Pero era evidente (pensó Harry, que advirtió que Endymion no echaba la culpa de estos incidentes a su caballo, sino a sí mismo) que por muy torpe que resultara en un salón, sobre el caballo era un jinete de primera. De la caza al resto de los deportes había un paso; y cuando terminaron de discutir la superioridad de la nueva pistola Manton, las ventajas de las pistolas de siete cartuchos y las batallas que habían mantenido con varios salmones de gran tamaño, habría sido difícil decidir quién tenía al otro en mayor estima.

Es posible que a Frederica le molestara la facilidad con que Endymion había conquistado a su voluble hermano, pero Charis, que escuchaba su conversación con un brillo de satisfacción en los ojos, estaba encantada, y una vez que estuvo a solas con Harry le preguntó:

—Te gusta, ¿verdad, Harry? —Y ruborizándose, añadió—: Me refiero a nuestro primo, el señor Dauntry.

—¡Ah, Endymion! —dijo Harry—. Sí, es todo un caballero. ¡Y un tipo estupendo!

—Y es muy guapo, ¿no crees? —sugirió Charis con timidez.

Como ese aspecto no había llamado la atención de Harry, se vio obligado a considerarlo un momento antes de responder:

—Supongo que sí. Aunque a mi modo de ver es demasiado corpulento. No me extrañaría que pese cien kilos. Es posible que pegue bien, pero seguro que es fácil ganarle. Todos los pesos pesados son iguales: demasiado lentos.

—Pero es tan amable, y tan caballeroso... —dijo Charis, que se había quedado desconcertada por las críticas de su hermano.

Harry estuvo de acuerdo, pero añadió:

—Aunque no es muy listo que digamos. De hecho, si no hubiéramos estado hablando de caza, pensaría que es un tontorrón.

—¡No es cierto!

—Lo sé. Sabe muchísimo de caballos y... —se detuvo, sorprendido por la vehemencia inusual que había detectado en la voz de su hermana—. ¿No irás a decirme que estás enamorada otra vez? —le preguntó.

—No, porque nunca había estado enamorada antes. ¡Nunca!

—¿Que nunca habías estado enamorada? ¿Y qué me dices de...?

—¡No! —insistió Charis—. ¡Entonces no lo sabía! ¡No podía entenderlo! ¡Pero esto es diferente, muy diferente!

—Pues si no estabas enamorada de todos esos insensatos que hicieron el ridículo por tu culpa —dijo Harry con escepticismo—, es que eres una coqueta incorregible. ¡Ni siquiera intentaste quitártelos de encima!

A Charis se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No soy una coqueta, Harry! —dijo, muy triste—. Pero eran todos tan buenos amigos... ¿Cómo podía mostrarme descortés con una persona a la que conozco de toda la vida? Y si estás pensando en el pobre señor Griff, te prometo que nunca le di esperanzas.

—¡Ni tampoco le paraste los pies! —dijo Harry.

—Pero piensa en... lo cruel que habría sido. Era un joven tan increíblemente humilde y tan sensible. ¡No podía herirle de esa manera!

—Pues a mí no me pareció nada humilde el petimetre que Tom Rushbury se trajo a casa el año pasado. ¡El muy imbécil tuvo la desfachatez de venir a cantarte la serenata! ¡Y de despertarnos a todos con sus malditos aullidos!

—¡Oh, Harry! —dijo Charis en tono de reproche—. Sabes muy bien que tenía una voz preciosa. Y sabes que no me gustaba, y que solo fui amable con él porque le echaste un jarro de agua encima, fingiendo que le habías confundido con un gato. Reconozco que alguna vez he creído estar enamorada, pero ahora sé que no era así. ¡Nunca he amado a nadie como a Endymion, y nunca lo haré!

—Sí que lo harás —dijo Harry para consolarla—. Ya sabes cómo eres, Charis. La semana que viene estarás enamorada de otro.

Unos lagrimones rodaron por las mejillas de Charis. Apartando la cara, dijo con tristeza:

—¡Y yo que pensaba que lo entenderías!

—¡Por el amor de Dios, no te pongas así! —suplicó Harry, observando con aprensión aquellos síntomas de tristeza—. No hay motivos para llorar. ¿No ves que Dauntry está loco por ti? Me lo dijo Frederica, aunque no hacía falta. ¡Lo puede ver cualquiera!

—A Frederica no le gusta —dijo Charis entre sollozos.

—¿Y eso qué más da? Seguro que no sabe que esta vez... estás enamorada de verdad. ¿Por qué demonios no se lo cuentas? ¡No me digas que le tienes miedo!

—¡Oh, no! —exclamó Charis—. Pero ella tampoco me creería. ¡Es todo tan terrible! Vinimos a Londres por mí, porque Frederica quería buscarme un buen partido. Pero ella cree que Endymion no es un buen partido, y que lo olvidaré en una semana si dejo de verlo. Y ha estado ahorrando y desviviéndose por mí. ¿Cómo podría ser tan desagradecida?

—¡Tonterías! —la interrumpió Harry con mucha sensatez—. Te advierto una cosa, Charis: como no dejes de hacer lo que quiere todo el mundo, vas a terminar metida en un buen lío. Además, Frederica te quiere demasiado para perjudicarte, y no lo haría aunque pudiera.

—¡Pero podría hacerlo, Harry! Está convencida de que me arrepentiré si me caso con Endymion. Sé que no le importa que nos visite, porque cree que pronto me cansaré de él.

Como Harry también lo sabía, y se inclinaba a estar de acuerdo con Frederica, se le ocurrió decir:

—Bueno, no hace falta que te pongas así. Cuando vea que estás enamorada de verdad, cambiará de opinión.

Charis emitió otro sollozo.

—¡Oh, Harry, es peor de lo que tú te piensas! Temo que me separen de Endymion.

—Me parece que estás exagerando, Charis —dijo Harry, indignado—. Separarte de Endymion... ¡qué tontería! ¿Y quién iba a hacerlo? ¿Frederica?

—¡No, no! ¡El primo Alverstoke!

Harry la miró muy sorprendido.

—¿Y qué tiene que ver el primo Alverstoke en todo esto?

—Endymion es su heredero —dijo Charis con tristeza.

—¿Y qué? —retomando sus primeras sospechas, añadió—: ¿No andará detrás de ti?

Charis se quedó perpleja.

—¿Quién, Alverstoke? ¡Cielo santo, no! Le gusta más Frederica, pero no anda detrás de ninguna de las dos. Si alguna vez se casa, será con una mujer noble y rica, porque todo el mundo dice que es muy orgulloso, además de importante. Y quiere que Endymion haga lo mismo. Y su madre también. Está empeñada en concertarle un matrimonio ventajoso: me lo dijo Chloë. Es su hermana, ¿sabes?, y es encantadora. Dice que la señora Dauntry siempre anda a la caza de una heredera. Pero no es de extrañar. Endymion no es rico, ¿sabes? Y si el primo Alverstoke le quitara su asignación, sería bastante pobre. A mí no me importa, y Endymion dice que a él tampoco, pero... ¡oh, Harry!, está acostumbrado a moverse en los mejores círculos, y a organizar estupendas partidas de caza, y a no pensar demasiado en el dinero, y temo que no soportaría verse obligado a vivir con estrecheces.

Harry estaba empezando a pensar que Frederica era más lista de lo que había sospechado en un principio. Pero como sabía que Charis se pondría a llorar otra vez si se lo decía, intentó consolarla diciendo:

—Bueno, no hace falta que te pongas así. Estoy seguro de que Alverstoke no pondrá ninguna objeción. Al fin y al cabo, no ha intentado entrometerse, ¿verdad?

—Alverstoke no lo sabe —dijo Charis, rechazando su consuelo—. La señora Dauntry lo sospecha, pero Chloë dice que espera que solo sea un flirteo sin importancia. Pero como Frederica se entere, y le pida al primo Alverstoke que intervenga... —se estremeció y entrelazó las manos con nerviosismo—. ¡Podría separarme de él, Harry! Podría conseguir que enviaran a Endymion al extranjero, por ejemplo, y entonces me moriré. ¡Oh Harry, solo tú puedes ayudarnos!

Para entonces, Harry estaba sinceramente arrepentido de haber sido expulsado. Veía muy posible verse metido en el tipo de situación que más deseaba evitar.

—Sí, pero no sé qué puedo hacer yo —dijo, incómodo.

Tampoco Charis parecía tener mucha idea pues, por un lado, le pedía que no revelara su secreto a Frederica, y por otro pretendía que la convenciera de aceptar a Endymion, y además, que le prohibiera acercarse a Alverstoke.

Pero Harry no podía imaginarse prohibiendo a Frederica hacer eso. Ni eso ni ninguna otra cosa; pero naturalmente no se lo dijo. Tampoco le dijo que, aunque no era del todo imposible que Frederica se dejara convencer, era muy improbable que así fuera. En lugar de eso, le prometió que haría todo lo que estuviera en su mano, y cumplió fielmente su promesa a la primera oportunidad que se le presentó. Le dijo a Frederica que no le extrañaría que Endymion, al que describió como un hombre sensato y un buen tipo, fuera el esposo ideal para Charis.

—¿Un hombre sensato? —preguntó Frederica—. ¿Porque le gusta la caza y entiende de perros? ¿Cómo puedes ser tan absurdo, Harry? ¡No es más que un apuesto tontorrón!

—Sí, pero no le falta sentido común —dijo Harry—. No digo que sea muy listo, pero... ¡maldita sea, Freddy! ¡Charis tampoco es ninguna lumbrera!

La joven fue incapaz de negar esta afirmación, pero dijo:

—¡Pues más razón para casarla con un hombre sensato! Harry, te ruego que no la animes a seguir con esta locura. ¡Ya sabes cómo es! Seguro que se ha quedado prendada de su aspecto... No lo sé, pero es muy posible, porque reconozco que es muy atractivo, y por desgracia le ha visto de uniforme... Pero si le perdiera de vista, no tardaría en olvidarse de él. Querido, no puedes desear en serio que tu hermana se case con un tontorrón de escasa fortuna y sin ninguna perspectiva de futuro.

—Eso no lo sabes —objetó Harry—. Es el heredero de Alverstoke, ¿no?

—Ahora mismo, sí. Pero cuando Alverstoke se case y tenga hijos, ¿qué?

—¡No creo que se case! —dijo Harry—. Es bastante mayor, ¿no?

—¿Mayor? —saltó Frederica—. Si te parece que un hombre de treinta y siete años es mayor, es que eres más insensato de lo que pensaba. ¡Está en la plenitud de la vida!

—Bueno, en cualquier caso ya tiene edad suficiente para haberse casado —respondió Harry, ligeramente sorprendido—: A mí me parece que es un solterón empedernido. Seguro que en los últimos años ha tenido a cientos de mujeres peleándose por él. ¡O incluso más!

—Es posible —respondió Frederica con frialdad.

E inmediatamente cambió de tema, y le preguntó si no le parecía que el señor Navenby, que contaba con todas las ventajas que proporcionan el rango, la riqueza y la elegancia, podía ser el marido ideal para Charis.

Por desgracia, Harry no sentía demasiadas simpatías por el señor Navenby. Como no tenía ningún interés en figurar en el mundo de la moda, solía despreciar a todos los aspirantes al dandismo como el señor Navenby.

—¿Quién, ese figurín? Espero que Charis sea lo bastante sensata como para no casarse con él. ¡Dauntry vale cien veces más!

Sabiendo que sería inútil intentar convencer a Harry de que la adicción al deporte no era la cualidad más preferible en un esposo, Frederica no dijo nada más. Harry interpretó que había cumplido su obligación con Charis, y que ahora podía dedicar su atención a asuntos de mayor importancia.

El primero de ellos era la absoluta necesidad de presentar la tarjeta de Alverstoke en Bond Street número 13, donde John Jackson^[19] llevaba años dando clase en el arte de la defensa personal. Harry aún no había nacido cuando, en el último de sus tres combates públicos, Jackson derrotó al gran Mendoza en exactamente diez minutos y medio. Pero, al igual que otros jóvenes aficionados (o profesionales), podía describir al detalle cada uno de los asaltos de ese combate y de los dos anteriores, y era consciente de la posición privilegiada que ocupaba (y mantenía sin ostentación) el púgil, cuyos exquisitos modales e inteligencia le habían valido el sobrenombre de «El Caballero». Cualquiera (previo pago de una cuota) podía recibir clases en Bond Street número 13, pero no todo el mundo podía esperar atraer la atención del propio Jackson, que era lo que Harry (armado con la tarjeta de Alverstoke) esperaba. Si tenía alguna duda sobre la eficacia de este talismán, esta se vio disipada por la reverencia con que su experto amigo, el señor Peplow, la inspeccionó. Alverstoke, dijo el señor Peplow, era un destacado exponente de esta disciplina: no un simple aficionado, sino un boxeador de primera categoría, capaz de hacer puré a sus contrincantes. ¿Que si era un dandi? No, el señor Peplow no pensaba que el marqués perteneciera a ese ni a cualquier otro grupo. Es verdad que era un jinete de primera, y que manejaba las riendas de maravilla; de hecho, podía decirse que destacaba en cualquier disciplina deportiva. Además, era muy elegante; siempre iba de punta en blanco, como se suele decir, pero tenía su propio estilo, discreto y sin extravagancias.

—La verdad —dijo el señor Peplow en tono confidencial— es que es insufriblemente arrogante. —Como era demasiado joven para saber que el marqués había tomado al señor Brummell como modelo, añadió—: Tiene su propio estilo, ¿sabes? No le gusta imitar a nadie. Siempre ha sido un hombre muy importante, y se tiene en gran estima. No es que sea uno de esos nobles estirados que se creen por encima de los demás... aunque creo que es capaz de hacer terribles desaires.

—¿Te resulta simpático? —preguntó Harry.

—¿A mí? —preguntó el señor Peplow, escandalizado—. ¡Cielo santo, Harry, si ni siquiera le conozco! ¡Solo te estoy contando lo que dice la gente!

—Pues a mí no me ha hecho ningún desaire, y mis hermanos aseguran que es un buen tipo. Le tratan con mucha confianza.

—¿No me digas! Bueno, pero vosotros sois familia, ¿no?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver. Uno de sus sobrinos anda detrás de mi hermana Charis. Una especie de primo mío. Se llama Gregory; Gregory Sandford, o Sandridge, no sé. Pero creo que no tiene mucho trato con Alverstoke. Lo que me lleva a preguntarme... —Harry se interrumpió. Dando muestras de un tacto exquisito, el señor Peplow se abstuvo de presionarle, y se vio recompensado con una confianza—. En fin, no me importa decírtelo, Barny, pero eso de que consienta a mis hermanos, y que me haya dado su tarjeta, me lleva a preguntarme si no andará detrás de Charis.

El señor Peplow, que era un hombre muy perspicaz, sometió el asunto a una profunda consideración. Finalmente sacudió la cabeza y dijo:

—No creo. Charis es su protegida, ¿no? ¿No estaría bien visto! A no ser que tenga pensado casarse.

—No. O al menos no con mi hermana. Charis dice que le gusta más mi hermana Frederica... pero no está interesado en ninguna de las dos. —De repente esbozó una sonrisa—. ¡Cielo santo, imagínate! ¡Alverstoke y Frederica! Es verdad que es una chica estupenda, y muy sensata, ¡pero no se casará jamás! No ha recibido una proposición de matrimonio en toda su vida. No es esa clase de mujer.

Tanto Harry como Charis hablaban de buena fe, pero los dos estaban equivocados. La mayor de los Merriville había recibido dos proposiciones inesperadas de lord Buxted y Darcy Moreton, y tenía cautivado a lord Alverstoke. No obstante, estaba de acuerdo con Harry: no estaba hecha para el matrimonio, y eso fue lo que dijo a lord Buxted cuando rechazó su oferta. Cuando le aseguró que había nacido para ser tía, el joven sonrió y dijo:

—¿Querrás decir hermana!

—Ahora sí, pero estoy deseando hacerme cargo de mis sobrinos cuando sus padres no sepan qué hacer, o cuando quieran recorrer el Continente.

—Serás una tía magnífica —dijo lord Buxted con una amplia sonrisa—, porque la vivacidad de tu carácter te hará encantadora tanto a los niños como a los mayores. Pero deja de bromear por un momento y piensa si, como hermana, estar casada no sería una ventaja. Tienes tres hermanos (sé que Harry es mayor de edad, pero no lo considero lo bastante maduro para prescindir de tu ayuda) y, con una nobleza y un valor dignos de admiración, has decidido hacerte cargo de ellos. Sin embargo, ¿tú crees que una mujer, por muy abnegada e inteligente que sea, puede salir airoso de una tarea semejante? Yo no lo veo posible. De hecho, estoy seguro de que muchas veces echas de menos el apoyo de un hombre.

—¿En absoluto! —respondió Frederica con serenidad—. Los chicos se portan muy bien.

—¿Dices que se portan bien cuando uno se fue a Margate sin avisar, y el otro alquiló un vehículo peligroso y (como era de esperar) sufrió un accidente! —dijo lord Buxted, riendo con indulgencia.

—No creo que fuera un vehículo peligroso. Además, yo no les prohibí hacer esas cosas, así que no fue una cuestión de desobediencia.

—¡No tienen ningún temor a las consecuencias!

—No... ¡ni a ninguna otra cosa! Mis hermanos tienen muchas agallas.

—Es verdad. Y eso está bien. Pero los chicos que (como tú dices) tienen tantas agallas, necesitan a alguien que les aconseje, ¿sabes? Es lo que he hecho yo con mi hermano. Como verás, hablo por propia experiencia. Mi madre es una mujer muy firme, pero siempre me ha dejado educar a George, porque se da cuenta de que un hombre sabe mejor cuándo y cómo hay que regañar y, en general, los chicos le respetan más.

Frederica no sabía cómo guardar la compostura. No conocía a George pero, a juzgar por lo que le había dicho su hermana pequeña, era un joven alegre, que siempre estaba dispuesto a disfrutar de cualquier tipo de diversión, y al que nada molestaba más que lo que él llamaba «los sermones» de su hermano. Tampoco había dado resultado la severa reprimenda que lord Buxted había echado a Felix. No solo erradicó de su mente cualquier tipo de arrepentimiento por haber alarmado a Frederica, sino que transformó a Jessamy en un ardiente defensor de su hermano. Muy enfadado, Jessamy preguntó qué derecho tenía el primo Buxted a entrometerse. Y aunque más tarde le pidió disculpas por su descortesía, estuvo de acuerdo con Felix en que Buxted era un mojigato metomentodo, un aburrido y, seguramente, un necio.

Al recordar el incidente, Frederica tuvo que reprimir una carcajada antes de responder:

—Supongo que tienes razón, primo, pero si alguna vez me caso, no será para proporcionar un mentor a mis hermanos.

—Lo dije solo porque pensé que... considerarías mi oferta de una manera más favorable.

La nota de humildad en su voz la conmovió, pero negó con la cabeza. Y cuando Buxted empezó a enumerar y describir, en un lenguaje bastante rebuscado, las excelentes cualidades de su carácter que habían suscitado su admiración, y su ardiente deseo de convertirla en su esposa, lo miró con mayor decisión, y dijo divertida:

—Te estoy muy agradecida, primo, pero, por favor, no sigas. Piensa cuánto le disgustaría a tu madre semejante unión.

Lord Buxted se puso serio y suspiró, pero dijo:

—No quiero faltarle al respeto a mi madre, pero en ciertos temas, un hombre debe decidir por sí mismo.

—¡Pero no debes casarte para desobedecerla! Recuerda cuánto depende de ti.

—No debes pensar que olvido mis deberes hacia ella, o que te hago esta proposición sin haber reflexionado antes —dijo él muy serio.

—¡No, desde luego! —contestó Frederica, conmovida—. ¡Cómo voy a pensar eso! Me siento muy halagada (no sabes cuánto), pero la verdad es que no estoy buscando esposo. De hecho, no tengo ningún deseo de renunciar a mi soltería. Soy muy feliz así. Hazme caso, Carlton: ¡no te convengo!

Lord Buxted parecía desconsolado, y durante un buen rato no dijo nada. Pero después de reflexionar sonrió, y dijo:

—La impaciencia natural del hombre enamorado me ha llevado a precipitarme. Imagino que hasta ahora has estado tan centrada en tu familia que no has tenido tiempo para pensar en el futuro. Por ahora no voy a insistir más, pero no pienso perder la esperanza.

Y dicho esto se marchó. Frederica tuvo la delicadeza de no contárselo a Charis. Tampoco le contó la oferta del señor Moreton, porque la hizo con sencillez, y le apreciaba demasiado para traicionarle. La rechazó con toda la cortesía que pudo; pero cuando el señor Moreton suspiró y dijo: «¡Me lo temía!», no pudo evitar sonreír.

—¡No me diga que está triste! —le dijo.

—¡Pues claro!

—Pero también un poco aliviado. ¡Confíeselo!

—¡Señorita Merriville! ¡Le prometo que no!

—Pues lo estará —le aseguró—. Ya sabe lo feliz que es siendo soltero, y cuánto le disgustaría estar atado a una esposa.

El señor Moreton sonrió con tristeza, pero dijo:

—No me importaría estar atado a usted.

—¿Ni ser el mentor de mis hermanos? —preguntó Frederica, mirándole con aire burlón—. Sabe que se vería obligado a vivir con ellos en la misma casa.

—Sí, a menos que... ¿no preferirían vivir con su hermano mayor?

—¡Oh, no! ¡Pobre Harry! No harían más que distraerle. Es demasiado joven para asumir esa carga... y demasiado joven para ganarse su respeto y obediencia. Además, él y Jessamy estarían todo el día peleándose.

—Comprendo. En fin, no sé cómo se educa a los niños, pero haré lo que pueda —dijo el señor Moreton con heroicidad.

Frederica soltó una risita y extendió la mano hacia él.

—¡Aunque tiemble solo de pensarlo! ¡Qué amable es usted, querido amigo! ¡Gracias! Se metería en un buen lío si aceptara su oferta. Pero puede estar tranquilo, porque no pienso hacerlo.

El señor Moreton tomó su mano y la besó.

—Se equivoca, pero espero seguir contando con su amistad.

—Desde luego —dijo Frederica con cortesía.

No pudo evitar reírse un poco cuando el señor Moreton se hubo marchado, pero lo hizo con cariño. A pesar de la rapidez con que se había recuperado, el rostro del señor Moreton había reflejado la suficiente preocupación para confirmarla en la idea de que no tardaría en dar las gracias a la providencia por haber escapado. La intrusión en su cómoda existencia de dos chicos tan emprendedores como Jessamy y Felix le proporcionó una imagen que apeló al instante a su sentido del humor. Solo lord Buxted, pensó, podía hacer peor papel como educador. Alverstoke podía hacerlo, y sin la menor dificultad, porque (por razones inescrutables) sus hermanos habían decidido que era una persona digna de respeto. Pero en este punto, sus reflexiones llegaron a un abrupto final. Frederica se vio obligada a reprenderse a sí misma, y a renovar su resolución de no pensar más en Alverstoke. Pero no era fácil. Sin saberlo, Alverstoke había tomado la desagradable costumbre de inmiscuirse en sus pensamientos; y permitirle solo le traería problemas. Eso era seguro, y Frederica esperaba tener el suficiente sentido común para darse cuenta. Y el suficiente orgullo para no sumarse a sus víctimas. Alverstoke era un solterón empedernido, mucho más que Darcy Moreton, que en el fondo tenía buen corazón. No había ni un ápice de bondad o ternura en el corazón de Alverstoke. Si se mostraba amable, era por pura

conveniencia; cuando le apetecía ser agradable podía mostrarse encantador, pero su forma de tratar a sus hermanas, o a cualquiera que encontrara aburrido, era implacable. Cruel, frío y egoísta: ¡así era Alverstoke! Y a juzgar por los rumores, un calavera incorregible. Seguramente era así, pero en honor a la verdad, nunca había dado muestras de galantería con ella o con su encantadora hermana. En una ocasión le pareció que estaba intentando coquetear, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada. Además, había que reconocer que, aunque había accedido a protegerlas para molestar a su hermana Louisa, había sido muy bueno con Jessamy y Felix. En un intento de hacerle justicia, Frederica recordó la excursión al palacio de Hampton Court (que debió de aburrirle soberanamente), la rapidez con que rescató a Lufra de su prematuro final y la habilidad con que había manejado a Jessamy. Era imposible descubrir un motivo oculto en estas acciones. Se había comportado como si realmente fuera su tutor; y, sin darse cuenta, Frederica había empezado a verle como una persona a la que podía recurrir en caso de dificultad. Aquello le molestaba, porque hasta entonces nunca había necesitado ayuda o consejo; y tenía la extraña idea de que, si quería mantenerse fuerte, no debía acostumbrarse a depender de él. Por alguna razón desconocida, a Alverstoke le divertía proteger a los Merriville, pero podía aburrirse en cualquier momento, y desentenderse de ellos con la misma rapidez con que los había adoptado. Porque al fin y al cabo, ¿qué sabía de él?, se preguntó. Nada más que lo que decían los rumores; ¡ni siquiera sabía si sentía algo hacia ella! A veces pensaba que sí. Pero otras, cuando dejaba pasar media tarde en una fiesta sin acercarse a intercambiar unas palabras con ella, llegaba a la conclusión de que le resultaba indiferente. Lo cual, si uno analizaba el asunto con frialdad, era probablemente la verdad. Porque si le aburrían las espectaculares bellezas que se mostraban tan dispuestas a recibir sus atenciones, ¿cómo no le iba a aburrir una provinciana que no podía destacar ni por su belleza ni por su juventud? Es más, cuando Frederica pensaba en la atractiva señora Parracombe, o en la espectacular viuda que figuraba como su última conquista, le sorprendía que siguiera interesándose en sus problemas. Si hubiera sabido que se estaba convirtiendo en una obsesión para el marqués, no habría podido creerlo.



El marqués, de hecho, se estaba comportando con una prudencia inusual, pues no quería dar que hablar a los murmuradores. Consciente de su notoriedad, y de los escandalosos rumores que suscitaría la menor muestra de interés por la señorita Merriville, se estaba tomando muchas molestias en protegerla de las malas lenguas. Para satisfacer la curiosidad de los que pudieran preguntarse por qué estaba acudiendo a tantos bailes, fiestas y salones, mostraba a la espectacular señora Ilford como su última conquista, sabiendo que los encantos de la jovial viuda no tenían nada que envidiar a su inteligencia. Por muy seductor que fuera, no tenía ninguna intención de ir rompiendo corazones, y las jovencitas inocentes nunca se habían encontrado entre sus víctimas. En general ignoraba los señuelos que le lanzaban, pero podía ser muy cruel con las damiselas que intentaban seducirle. Se embarcaba con ellas en un breve y descarado flirteo ante la mirada sorprendida o envidiosa de sus contemporáneas y, en su siguiente encuentro, fingía olvidar su nombre, o incluso haberlas conocido. Estas tácticas despiadadas le habían dado fama de peligroso, y habían hecho que los padres prudentes previnieran a sus hijas en su contra. Hasta su mejor amigo le había reprendido unas cuantas veces, pero siempre que el señor Moreton le acusaba de crueldad, Alverstoke respondía con una despreciativa sonrisa, diciendo que esperaba que la víctima hubiera aprendido la lección. Desde que alcanzó la mayoría de edad, se había convertido en uno de los solteros más codiciados. Pero los años no le habían enseñado a aceptar ese puesto con ecuanimidad, ni a tolerar las artimañas de las madres casamenteras, ni a divertirse con los señuelos que le lanzaban sus ambiciosas hijas. Desde el día que descubrió que su primer amor se habría mostrado igual de dispuesta a casarse con un jorobado con su mismo título y fortuna, se había vuelto cada vez más cínico, y hasta que Frederica se había cruzado en su camino, tenía la misma intención de atarse a un esposa que de tirarse al Támesis.

Pero Frederica había revuelto las tranquilas aguas de su agradable existencia. No había sido de manera inmediata, pero pronto se sintió fuertemente atraído hacia ella, y de una manera que le resultaba desconocida. Las únicas mujeres que le habían interesado hasta entonces eran las libertinas, con las que le divertía coquetear, y las deslumbrantes bellezas con las que disfrutaba de

relaciones más íntimas. No sentía afecto por ninguna de estas damas, ni el menor deseo de unirse a ellas de manera permanente. Atarse a una mujer que, por bella y divertida que fuera, se convertiría en un aburrimiento a los pocos meses de casarse, era una posibilidad demasiado espantosa para plantársela. No deseaba compañía femenina, y mucho menos atarse a los problemas y las responsabilidades que acarrea el matrimonio.

Entonces llegó Frederica, trastocando sus fríos planes, cargándole de responsabilidades, metiéndose más y más en su ordenada rutina y dejándole en un desagradable estado de confusión. Y por más que lo intentara, no conseguía descubrir el motivo del cambio que se había producido en él. Frederica tenía más presencia que belleza; no empleaba ninguna artimaña para seducirle, ni prestaba atención a las convenciones. Era espontánea, y mandona, y no tenía nada que ver con su mujer ideal. Es más (ahora que lo pensaba), le había encasquetado a dos mocosos conflictivos, que era lo último que quería en el mundo.

¿O no? Una triste sonrisa se dibujó en los labios del marqués mientras consideraba la cuestión. No, Frederica no se los había encasquetado. Fue él quien se dejó seducir por los halagos de Felix (¡ese detestable diablillo!); más tarde, Jessamy (¡ese niño insufrible!) se había metido en un lío y había solicitado su ayuda, y lógicamente se la había prestado. Pero sería muy injusto culpar a Frederica de todo eso. Era una joven orgullosa, y se había puesto hecha una furia con el accidente de Jessamy. Orgullosa, mandona, medianamente bonita... ¿por qué demonios le gustaba tanto?

Siguiendo inconscientemente el ejemplo de Frederica, Alverstoke empezó a hacerle justicia, tratando de descubrir cuál de sus cualidades le había hecho pasar de un perezoso hedonismo a un estado de incertidumbre permanente. Era un ejercicio agradable, pero no le ayudó a resolver el problema. Le gustaba su serenidad, su franqueza, sus ojos risueños, su gusto por lo ridículo, el ánimo con que soportaba sus responsabilidades (demasiado grandes para una chica de su edad), su expresión de culpabilidad cuando decía palabras que había escuchado a sus hermanos, su mirada seria cuando reflexionaba sobre un tema delicado, sus comentarios inesperados... ¿pero qué había en todo eso para alterar su vida presente y poner en peligro su futuro? Nada, por supuesto. Es verdad que Frederica había despertado en él sentimientos desconocidos, pero era imposible que fuera algo más que un capricho pasajero.

Una arruga se formó en su frente mientras pensaba en ello. Y lo peor era que cuanto más la conocía, más fuerte se volvía su sentimiento hacia ella, que no era amor (una emoción que pertenecía a sus días de juventud), ni siquiera atracción. ¡Habría que llamarlo afecto! Le llevaba a pensar en ella con tanta frecuencia que no podía estar tranquilo (debía de ser cosa de la edad), pero sentía un deseo constante de liberarla de sus responsabilidades. Tal y como estaban las cosas, solo podía prestarle servicios sin importancia, y ninguno en lo que debían de ser sus necesidades más acuciantes. Desde el principio sospechó que Frederica había subestimado los gastos de la temporada londinense; y cuando su mirada experta detectó, bajo el ribete de terciopelo de una capa de gasa, el vestido de tarde que había sufrido diversas transformaciones, supo que estaba empezando a andar escasa de dinero. Alverstoke pensó, indignado, que Frederica se había gastado todos sus recursos en Charis. Conocía demasiado bien la moda femenina para no advertir que también Charis llevaba vestidos que habían sido modificados para presentar un nuevo

aspecto. Pero supuso, injustamente, que la responsable de estas transformaciones era Frederica, e incluso la imaginó dejándose los ojos en la costura hasta que se agotaban las velas. Si hubiera sabido que aquella tediosa labor (aunque a ella no le parecía tediosa), así como la inspiración, pertenecían a su hermana pequeña, no habría podido creerlo, porque hacía mucho que había decidido que Charis no tenía otra cualidad que su innegable belleza. En su prejuiciosa opinión, a Charis le faltaba lo que la buena sociedad llamaba un *je-ne-sais-quoi*, que significaba, en una palabra, distinción, y que era lo que caracterizaba a Frederica. A su juicio, esa distinción se reflejaba en todo lo que hacía: desde la elegancia con que llevaba sus vestidos viejos, a la seguridad con que recibía a sus visitas en la vulgar casa que había alquilado para la temporada. Pero Alverstoke deseaba sacarla de Upper Wimpole Street y alojarla en un barrio digno de ella, y proporcionarle todos los caprichos que se le antojaran, así como el dinero suficiente para comprarse un vestido nuevo siempre que quisiera. Y, con toda su fortuna, la única ayuda que había podido prestarle había consistido en pagar las ridículas deudas de Jessamy y Lufra. Era muy posible que en el futuro pudiera prestarle más servicios del mismo tipo, pero hasta eso se quedaba corto en comparación con lo que deseaba hacer por ella.

La arruga en su frente se hizo más pronunciada. Seguramente, ese hermano mayor suyo iba a terminar siendo un estorbo más que una ayuda. No era malo, pero si no era tan voluble como su padre, era igual de irresponsable. En un año o dos se establecería felizmente en su finca de Hertfordshire, pero por el momento estaba decidido a disfrutar de su aventura londinense, y más que dispuesto a dejar las riendas de la casa, la educación de sus hermanos pequeños y todos los problemas que acarrea una familia con pocos recursos en las competentes manos de Frederica. El marqués había estado vigilándole con discreción, y estaba seguro de que no tardaría mucho en contraer deudas. Por fortuna, Harry no parecía sentirse atraído por el juego: los estafadores que andaban al acecho de los jóvenes provincianos lanzaron sus señuelos en vano, y pronto le abandonaron por una presa más fácil. Harry no podía imaginar una forma más aburrida e improductiva de pasar la tarde que encerrarse en una de las casas de juego contra las que le había prevenido el señor Peplow. Es verdad que sería agradable ganar una fortuna, pero Harry era lo bastante listo para saber que las fortunas no se ganan jugando con un grupo de tahúres, como decía su amigo.

Pero las carreras eran otra cuestión. Si entendías de caballos (y Harry se enorgullecía de ello), consultabas el programa, leías la revista *Cocker*, observabas cómo apostaban su dinero los dandis en Tatt's y sabías retirarte a tiempo, había muchas posibilidades de ganar dinero. El lunes siguiente a su llegada a Londres, Harry se fue con el señor Peplow a Tattersall's, y a partir de entonces se convirtió en un visitante asiduo de la sala de socios. Como el deporte le gustaba más por el espectáculo en sí mismo que por el dinero que podía ganar, asistía a todas las carreras que se celebraban en la ciudad, montado con Barny en un carrocín que (siguiendo los consejos de Endymion Dauntry) había comprado (muy barato) en Long Acre. El par de caballos que había adquirido para tirar del carrocín no eran tan baratos; pero, como más tarde explicó a Frederica, nadie ahorraba dinero comprando caballos baratos, que seguramente terminarían torpes, cojos o enfermos incurables.

Frederica se mostró de acuerdo, y se aguantó las ganas de protestar contra tanto despilfarro. Lo hizo porque sabía que sus críticas no serían bien recibidas; y sobre todo porque se daba cuenta de los gastos en que ella misma había incurrido. Graynard le había proporcionado el dinero para pasar la temporada, y Graynard no era suyo, sino de Harry. Así que se limitó a suplicarle, medio en broma, que no dilapidara el patrimonio.

—¡Tonterías! —dijo Harry con impaciencia—. ¡No soy ningún pobre! ¿Qué pretendes, que alquile unos caballos como un aspirante a dandi? ¿Por qué iba a hacerlo?

—¡No, no! Pero piensa en los gastos que supone alquilar un establo, y pagar a un postillón...

—¡Bobadas! ¡Son una ganga! Si tuvieras un poco más de iniciativa, Freddy, habrías traído nuestros caballos a Londres, y a John el cochero también. Ya te lo he dicho, no me gusta nada que te pasees en un coche de alquiler. No da buena imagen, y si pensabas que iba a lamentar los gastos, te equivocas.

Frederica le aseguró que no había pensado nada de eso, y a partir de entonces guardó silencio. Pero su hermano Jessamy, que era mucho más crítico, no tuvo tanta paciencia. No solo se negó a interesarse en los bonitos zaínos de Harry, sino que condenó su compra de manera tan inequívoca, y faltando tanto al respeto a su hermano mayor, que (según Harry) solo su sentido del decoro le impidió darle un azote.

A partir de entonces, su familia vio muy poco a Harry. Su nuevo carrocín le permitió asistir a numerosas carreras de caballos y a varios combates de boxeo que se celebraron discretamente fuera de la ciudad, pero en lugares tan accesibles como Mousley Hurst o Cophall Common.

El marqués estaba al tanto de la pelea y el distanciamiento entre los hermanos. Había invitado a Jessamy varias veces a pasear por el parque en su carruaje, y en una ocasión se encontraron con Harry, que estaba probando sus caballos nuevos.

—¡Son soberbios! —comentó el marqués—. ¿Los has probado?

—¡No, ni pienso hacerlo! —respondió Jessamy, echando chispas por los ojos y frunciendo los labios—. ¡Harry sabe muy bien lo que pienso de este disparate!

—Yo no estoy tan bien informado. ¿Qué es lo que piensas?

Aquello fue suficiente: Jessamy se lo contó todo con pelos y señales. En general era un chico reservado hasta el hermetismo, pero hacía tiempo que veía al marqués como un familiar cercano y de confianza, y esperaba que el primo Alverstoke echara a Harry una buena reprimenda por su despilfarro.

—¡Porque le importa un comino lo que yo le diga! —concluyó con amargura.

—Yo no estaría tan seguro. Pero tienes suerte de que no te haya dado una paliza —dijo Alverstoke, antes de añadir con una sonrisa—: ¿Te gustaría que Felix te regañara?

Jessamy se ruborizó, asombrado; pero al cabo de un momento dijo:

—¡Tiene razón, señor! No debería haberle regañado. Pero me enfadó tanto que no sabía cómo contenerme. Frederica dice que tiene derecho a hacer lo que le plazca. Pero yo creo que debería intentar ayudarla, en vez de gastarse el dinero en sus caprichos.

El marqués estaba de acuerdo, pero no dijo nada. Prefirió tranquilizarle, diciendo que era muy improbable que la compra de un carrocín y un par de caballos llevara a la familia a la ruina.

Era sincero en su opinión, y no creía que Frederica estuviera preocupada por los caprichos de Harry. Pero estaba bastante seguro de que algo la angustiaba. Y como, sin darse cuenta, se había convertido en un asunto de vital importancia que nada pudiera molestarla, se propuso descubrir cuál era la causa de su inquietud. Una noche invitó a las hermanas Merriville, a lord y lady Jevington y al señor Peter Navenby a la ópera, dejando a su hermana Louisa y a su aburrido hijo en reserva por si Augusta rechazaba la invitación. Augusta no la rechazó, lo cual, teniendo en cuenta que los Jevington también poseían un palco en la ópera, le sorprendió un poco, y mucho más a su apacible esposo.

Nada podía ser más irreprochable que una velada en la ópera. Y nada mejor pensado para convencer a los suspicaces de que se estaba limitando a cumplir sus obligaciones como tutor que una actitud amable pero ligeramente aburrida. Fue muy sencillo hablar con Frederica en el entreacto sin llamar la atención: solo tuvo que retirarse con ella a la parte de atrás del palco, para dejar sitio a los admiradores de Charis que se acercaron a saludarla.

—Espero que estés satisfecha —dijo el marqués—. Me ofenderé si no recibo una de tus fervorosas muestras de gratitud.

Solo por un instante, la joven pareció sorprendida. Mientras observaba cómo se le iluminaban los ojos, Alverstoke pensó que Frederica nunca le había hecho un desaire, diciendo: «¿Qué quieres decir?». En lugar de eso exclamó:

—¡Pues claro que estoy satisfecha! Solo que... —hizo una pausa, suspiró y dijo—: ¿No crees (ahora que tienes la oportunidad de observarle de cerca) que sería el marido ideal para Charis?

Alverstoke echó un vistazo al señor Navenby.

—Es posible. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Es eso lo que te preocupa?

—No es que me preocupe. Es solo que estoy deseando verla feliz y convenientemente establecida.

—¿Entonces qué es?

—¡Nada! Solo que voy a verme obligada a prescindir de la cocinera, lo cual es una lata, porque cocina muy bien. Pero mi ama de llaves me ha dicho que es tan aficionada a la ginebra que debe marcharse. ¿Es verdad que parezco agobiada? ¡Cielo santo, espero que no!

—¡Oh, no te preocupes! Supongo que quien no te conozca bien no notará ningún cambio. E incluso puede que se trague ese cuento de la cocinera.

—¡No es ningún cuento! —dijo la joven con indignación.

—Está bien, pero no es la cocinera lo que te preocupa, Frederica. Dime, ¿temes (al igual que parece temer Jessamy) que vais a acabar arruinados porque Harry se ha comprado un bonito carrocín y un par de caballos?

—¡Dios mío, no! Ojalá no lo hubiera hecho, porque no creo que sepa lo que cuesta mantener un carruaje en Londres, pero te prometo que no es eso lo que me preocupa. ¿Te lo ha contado Jessamy? Pues me gustaría que le dijeras que él no es quién para regañar a Harry.

—¡Oh, ya lo he hecho! —respondió el marqués.

—¡Gracias! —dijo Frederica con expresión de gratitud—. A ti te hace más caso que a nadie, así que espero que la próxima vez que vea a Harry no le eche una reprimenda.

—¿La próxima vez que le vea? —preguntó Alverstoke, arqueando las cejas—. ¿Es que Harry se ha marchado?

—Sí... ¡pero solo por un día o dos! No estoy muy segura, pero creo... bueno, sé que se ha ido de viaje con unos amigos —dijo con un hilo de voz.

—¡Ah! ¡Entonces eso es lo que te preocupa! —dijo él, sonriendo.

—¡No, no es eso! ¿Cómo puedes ser tan absurdo?

—¿Debo aceptar ese insulto con cortesía, o prefieres que te aclare una cosa? —El marqués sonrió al ver que Frederica le lanzaba una mirada interrogativa—. Eres una hermana muy buena, y no te molesta que Harry se vaya con sus amigos. Pero temes que ande con malas compañías, ¿verdad? Pues puedes estar tranquila. No conozco personalmente al joven Peplow, pero, a juzgar por lo que he oído, no es ningún calavera. No dudo que él y Harry se metan en algún lío, pero no debes preocuparte. Son travesuras propias de la edad. —Hizo una pausa, y se quedó dudando un momento antes de añadir—: Cuando te conocí, Frederica, me hablaste de tu padre con una sinceridad que me permite aclararte una cosa: creo que no debes temer que Harry siga su mismo camino. Es verdad que he notado un parecido entre ellos, pero también ciertas diferencias. La más importante es que a Harry no le interesa el juego. ¿Te consuela saberlo?

Frederica asintió, y repuso en voz baja:

—Sí... ¡gracias! Reconozco que esa... posibilidad se me pasó por la cabeza, aunque no entiendo cómo has conseguido adivinarlo. —La joven le sonrió con su sinceridad habitual, y se limitó a decir—: Eres muy bueno, y te estoy muy agradecida. Sobre todo por la paciencia que tienes con mis hermanos. No sé por qué deberías interesarte por Harry (¡que ni siquiera puede fingir que es tu protegido!), pero te lo agradezco.

Alverstoke le podía haber dicho por qué había decidido interesarse por Harry, pero no lo hizo. Aquello habría supuesto acercarse peligrosamente a la declaración que no quería hacer. Frederica era un encanto, pero Alverstoke no tenía ninguna intención de comprometerse, y por nada del mundo la haría sufrir. O eso pensó. No fue hasta más tarde cuando se dio cuenta de que había habido otra razón para su silencio: tenía miedo de perderla. Recordó que una vez le había besado la mano, y que incluso esa pequeña muestra de consideración la llevó a apartarse de él. Él había reculado casi de inmediato, pero cuando volvieron a recuperar su trato amistoso, Frederica nunca le insinuó que quisiera algo que no fuera su amistad.

Aquella era una nueva experiencia para él. Habían intentado cazarle tantas veces, le habían lanzado tantos señuelos, que nunca se le había ocurrido pensar que una dama pudiera rechazarle. Pero Frederica no tenía ninguna intención de cazarle. Alverstoke sabía que Frederica no se casaría con él, ni con ningún otro hombre, por su linaje o su fortuna. Pero no estaba seguro de gustarle lo suficiente para que aceptara su proposición. «¡Lo tengo bien merecido!», pensó, con una amarga sonrisa. Entonces se preguntó si la facilidad con que había seducido a la señora Parracombe, a la espectacular señora Ilford y a tantas otras no le habría convertido en un insufrible petimetre, que encima se creía irresistible.

Varios días más tarde aún seguía intentando descubrir sus verdaderos sentimientos y los de Frederica cuando, al regresar a su casa, encontró el recibidor lleno de baúles y sombrereras, a sus

dos lacayos subiendo un arcón por los escalones, y a su mayordomo mirándole con expresión de paternal benevolencia.

—¿Se puede saber qué...? —preguntó.

—Son de lady Elizabeth, milord —le explicó Wicken, al tiempo que cogía su sombrero y sus guantes—. ¡Como en los viejos tiempos, señor! Llegó hace unos veinte minutos.

—¿De veras? —dijo el marqués con gravedad.

Lady Elizabeth, la «pobre Eliza» que se casó con el insignificante señor Kentmere, emergió de la biblioteca en ese momento ataviada con su vestido de viaje, y dijo con gran cortesía:

—Así es, querido Vernon. Pero no hace falta que te lances en mis brazos. Te aseguro que no será necesario. Además, ya veo cuánto te alegras de verme.

Lady Elizabeth avanzó hacia él mientras hablaba. Era una mujer alta y algo desgarbada, la más cercana en edad al marqués, y la más parecida a él en los rasgos, aunque mucho más vivaracha y menos agraciada.

—¡Qué atuendo más elegante! —comentó con una sonrisa—. Vas vestido de punta en blanco.

—¡Ojalá pudiera decir lo mismo! —replicó él, besándola ligeramente en la mejilla—. ¡Qué sombrero más espantoso! ¡Estás hecha un adefesio, Eliza! ¿Qué te ha traído a Londres?

—Mi espantoso sombrero, por supuesto. ¡Tengo que comprarme uno nuevo! Ojalá pudiera comprarme también un vestido nuevo, querido Vernon... —añadió con tristeza.

Como lo único que sus padres encontraron aceptable en el insignificante señor Kentmere fue su inmensa fortuna, el marqués supo que no tenía motivos para preocuparse. Empujó a su hermana a la biblioteca y, cerrando la puerta, dijo:

—¡Compórtate, Eliza!

Ella soltó una carcajada.

—Como si Wicken no lo supiera todo sobre nosotros. ¿Cómo está nuestra querida hermana Louisa, por cierto?

—Hace una semana que no me veo obligado a verla (ni a escucharla). —Alverstoke la observó entrecerrando los ojos—. Aparte del sombrero, ¿qué te ha traído a Londres?

—¡No puedes dejar el sombrero aparte! —objetó ella—. También necesito un nuevo corte de pelo, y renovar mi vestuario. Pero lo que realmente me ha traído aquí ha sido la misma enfermedad que sufres tú, querido. ¡El aburrimiento!

—Vaya. ¿Cansada de la tranquilidad rural?

—Si alguna vez te interesaras en tus sobrinos y tus sobrinas —dijo lady Elizabeth muy seria—, no me hablarías de tranquilidad. Empezamos el año con tosferina. Enfermaron tres, uno detrás del otro. Acababan de recuperarse cuando ¿qué crees que hizo Caroline a su edad? Pues nada menos que contraer la varicela y contagiársela a Tom y a Mary. Y luego Jack trajo una horrible infección de Eton, ¡y todos sucumbieron a ella, hasta John! Ojalá me hubiera contagiado yo también; al menos no habría sido tan agotador. Me quedé en la finca, como la madre y esposa devota que soy, hasta que se recuperaron. Y luego hice las maletas, antes de que a alguno le diera tiempo a desarrollar un sarpullido, a quejarse de dolor de garganta o a romperse una pierna.

Alverstoke sonrió, pero siguió mirándola con fijeza.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte? —le preguntó.

—¡Y yo qué sé! Una semana o dos, tal vez. ¿Te importa? ¿Preferirías que me fuera?

—En absoluto —repuso él con cortesía.

—Me alegro, porque tengo pensado visitar a mis amigas y ponerme al día. Y también buscar una bonita casa de alquiler para la próxima temporada. Tengo que presentar a Caroline, ¿sabes? No, no lo sabes, pero deberías. Una casa que tenga salón de baile, por supuesto... No, no tengo intención de celebrar un baile en una casa que no sea la mía, así que no te preocupes. Por cierto, ¿cómo es que diste un baile aquí en honor de Jane Buxted?

—No fue así —respondió Alverstoke—. Lo celebré para presentar en sociedad a las hijas de Fred Merriville. ¿No sabías que he asumido la tutela de una bella jovencita?

Lady Elizabeth trató de mantener la compostura, pero se echó a reír al ver su mirada burlesca.

—¡No puede ser! ¡Eres una criatura detestable! Está bien, reconozco que me muero de curiosidad. ¿Cómo fue?

—¡Oh, muy sencillo! Llámalo el pago de una deuda. En realidad no soy el tutor de los Merriville, pero su padre los dejó a mi cargo. Presentar en sociedad a esa belleza era lo menos que podía hacer... y eso hice. Es decir, convencí a Louisa de que lo hiciera.

—¡Eres un demonio! —dijo su hermana con admiración—. Augusta me escribió que se puso hecha una furia cuando vio a tu belleza, y que desde entonces no para de quejarse. ¿Y la otra? ¿También es una belleza?

—¡Oh, no! No comparada con Charis —dijo Alverstoke con indiferencia—. Es la mayor de la familia, y está a cargo de los pequeños. Mi tutela es puramente simbólica, ¿sabes? Ni siquiera tengo que ocuparme de ellos.

En ese momento tan inoportuno Wicken entró en la biblioteca, diciendo:

—El señorito Felix ha venido preguntando por usted. ¿Le hago pasar, señor?

—¿Qué demonios querrá ahora? —preguntó Alverstoke en voz baja—. Dígame que estoy... No, supongo que no me queda más remedio que recibirle. ¡Hágale pasar! —El marqués dirigió una mirada a su hermana, y dijo con una triste sonrisa—: Vas a conocer al pequeño de los Merriville, Eliza... ¡un mocoso insufrible! —volvió la cabeza mientras Wicken conducía a Felix a la habitación, y dijo—: Bueno, Felix, ¿en qué lío te has metido esta vez?

—¡No me he metido en ningún lío, señor! —exclamó Felix, escandalizado.

—¡Acepta mis disculpas! Entonces solo es una visita de cortesía. Eliza, permite que te presente a Felix, uno de mis pupilos. Felix, esta es mi hermana, lady Elizabeth Kentmere.

—¡Oh! No sabía que... Le ruego que me disculpe, señora —dijo Felix algo desconcertado, pero haciendo una educada reverencia—. Tal vez sea mejor que venga mañana, señor —dijo, mirando al marqués con expresión de angustia—. No quería molestarle, pero Wicken no me dijo que... ¡y tengo una cosa muy importante que decirle!

Lady Elizabeth, que era madre de tres hijos prometedores, le interrumpió, diciendo:

—¡Entonces no debes perder ni un segundo! ¿Es un asunto privado? ¿Deseas que me despida de mi hermano y salga un momento?

Juzgando por la expresión de sus ojos que lady Elizabeth era de fiar, Felix le dirigió una encantadora sonrisa, y dijo:

—¡Gracias, señora, pero no hace falta! ¡Solo es un poco privado! Si no se lo cuenta a nadie...

—¡Soy una tumba! —le aseguró lady Elizabeth.

—¡Corta el rollo, Felix! —le ordenó Alverstoke—. Si no estás metido en un lío, ¿qué es?

—Es... ¡es un globo, primo Alverstoke! —dijo Felix, saltándose los preliminares.

Lady Elizabeth soltó una carcajada, que se apresuró a convertir en un ataque de tos. Pero milord se limitó a decir, en el tono de una persona habituada a las desgracias:

—¿De veras? ¿Y qué tengo que ver yo (o tú) con los globos?

—¡Pero, señor...! —dijo Felix, profundamente sorprendido—. Supongo que sabrá que el jueves va a haber una ascensión en Hyde Park.

—No, no lo sabía. Y déjame que te diga que los globos no me interesan lo más mínimo. De modo que, si vas a pedirme que te lleve, ¡mi respuesta es NO! Puedes ir perfectamente a Hyde Park sin mí.

—¡No, no puedo! —dijo Felix. De pronto asumió el aspecto de un huérfano abandonado, y alzando sus ojos azules al rostro del marqués, dijo en tono de súplica—: ¡Por favor, primo Alverstoke, venga conmigo! Es... ¡es obligatorio! —dijo con urgencia.

—¿Por qué es obligatorio? —preguntó Alverstoke conservando la calma, pero dirigiendo una mirada tranquilizadora a su afligida hermana.

—Pues porque... es mi tutor, y... porque le dije al primo Buxted que me había invitado a ir con usted —dijo Felix con total sinceridad. Mirando al marqués con una encantadora sonrisa, añadió—: ¡Sabía que lo entendería cuando se lo explicara, primo Alverstoke! ¡A usted tampoco le gusta el primo Buxted!

—¿Cuándo he dicho yo eso? —preguntó Alverstoke.

—¡No lo ha dicho, pero sería muy tonto si no lo supiera! —dijo Felix en tono de burla—. Además, cuando le conté que me había regañado por subirme al barco de vapor, me dijo que...

El marqués le interrumpió, diciendo:

—¡Está bien! No te preocupes por eso. ¿Y qué tiene que ver Buxted con ese globo tuyo?

—Nos ha invitado a todos a ir al parque para ver la ascensión. Bueno, a Harry no, ¡pero a los demás sí! —dijo Felix, con el tono de alguien que está contando una catástrofe—. Y no me diga que es muy amable y considerado, como ha dicho Jessamy. Porque si no te gusta una persona, no quieres estar en deuda con ella.

—¡Tienes razón! —comentó lady Elizabeth, sorprendida—. De hecho, uno preferiría que no fuera tan amable y considerada.

—¡Es verdad! —exclamó Felix, mirándola con aprobación—. Además, sé lo que va a pasar, y casi preferiría no ir. Porque seguro que Jessamy va en el pescante con el cochero, y yo tendré que ir sentado con el primo Buxted, oyéndole pontificar, y hablando a mis hermanas de aeronáutica como si fuera un entendido, cuando no lo es, y luego explicándomelo a mí con mucha paciencia, y... ¡Oh, ya sabe a qué me refiero, señor! ¡No podré soportarlo! —vio que el marqués esbozaba una sonrisa, y dijo con aire triunfal—: ¡Sabía que lo entendería! Así que cuando entré en el salón (sin saber que el primo Buxted estaba allí) y Frederica me contó que nos había invitado, le dije que no podía ir con él porque me había invitado usted, señor. Y si Jessamy le dice que me comporté como un maleducado, no es verdad. ¡Se lo agradecí con mucha cortesía, se lo prometo! Y ahora sí que no podré ir si usted no me lleva, porque eso sí que sería descortés.

—Y decías que no estabas metido en un lío... ¿También has engañado a tu familia para que se crea ese cuento chino?

—¡Oh, no! Frederica y Jessamy sabían que no era verdad, por supuesto. De hecho, Frederica me dijo más tarde que me prohibía terminantemente darle la lata para que me lleve. Pero no le estoy dando la lata. ¡Solo se lo estoy pidiendo, señor! Frederica dice que a usted no le interesa ver la ascensión de un globo, pero yo sé que le encantaría.

—¿Ah, sí? —dijo el marqués—. Pues déjame decirte, mocosito repelente y sin escrúpulos, que...

—¡Pues claro que le encantaría! —le interrumpió lady Elizabeth—. Y a mí también, porque nunca he visto la ascensión de un globo. Querido Vernon, te estabas preguntando cómo podrías entretenerme, ¿verdad? ¡Pues ahora ya lo sabes! ¡Nos llevarás a Felix y a mí a Hyde Park a ver el globo!

—Serás arpía... —dijo el marqués—. ¡Está bien!

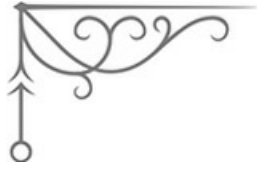
—¡Sabía que me llevaría! —exclamó Felix—. ¡Le dije a Jessamy que lo haría! —El joven se detuvo, antes de aventurarse a decir—: ¿En su faetón, señor?

—¿Y desde cuándo te importan a ti los faetones o los caballos? —preguntó Alverstoke—. ¡Lo que te gustaría es que te llevara a Hyde Park en el *Atrápame-si-puedes*!

—¡Sí, por Júpiter! —exclamó Felix con los ojos brillantes—. Pero no se puede, ¿sabe?, porque va sobre raíles. El problema es que Jessamy se ha vuelto un engreído, porque usted le deja montar sus caballos y sale a pasear con él, y no hay quien le aguante. Así que sería espléndido que me llevara a mí en vez de a él. —El joven se vio asaltado por una duda, y después de mirar a lady Elizabeth, dijo con cortesía—: ¡Si a usted no le importa, señora!

—¡Pues claro que no! ¡No soportaría ver la ascensión de un globo desde un birlocho! —dijo—. Además, así podremos eclipsar al primo Buxted.

Este comentario confirmó a Felix en su impresión de que lady Elizabeth era de fiar, y le valió su más sincera gratitud. El marqués le advirtió que los faetones no estaban pensados para acomodar a tres personas, pero Felix rechazó su objeción y se marchó, dejando que lady Elizabeth pudiera reírse a gusto.



Como consecuencia de la visita de Felix, lady Elizabeth fue a visitar a lady Jevington a la mañana siguiente. Era sorprendente, aunque comprensible, que Alverstoke se interesara por un joven tan encantador. Pero, a juzgar por la conversación de Felix, parecía que ese interés se extendía a Jessamy (al que permitía montar sus preciados caballos), y eso sí que era extraño, a menos que ese comportamiento sin precedentes surgiera de un deseo de complacer a la belleza de la familia. Eliza lo sabía todo sobre la divina Charis gracias a una carta de una de sus viejas amigas, pero no había prestado demasiada atención a la profecía de Sally Jersey, que aseguraba que Alverstoke iba a casarse con una joven que aún no había cumplido veinte años. Por más que Sally dijera que los solterones siempre hacían lo mismo, Eliza conocía a su hermano mucho mejor que Sally, y rechazó su profecía como un simple rumor.

Cuando se sentó a cenar con Alverstoke, evitó mostrar curiosidad por las señoritas Merriville, y se limitó a decir:

—Espero que me las presentes. Si son tan encantadoras como Felix, no me extraña que hayas accedido a protegerlas. ¿Cómo están? ¿Has conseguido introducirlas en la buena sociedad?

—Sí, y sin ninguna dificultad. Solo tuve que presentarlas. ¡Tendrías que haber visto la cara de Louisa cuando entraron en el salón! Ya conocía a Frederica, y supongo que le gustó descubrir que no era ni joven ni hermosa, sino una mujer agradable, sensata y con mucho sentido del humor. No estaba preparada para Charis. —Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar la escena—. He visto a muchas bellezas de su edad, pero ninguna como Charis Merriville. —El marqués levantó su copa de vino, y tomó un sorbo—. Tiene una figura y un rostro perfectos, y su expresión es irresistible. ¡Es imposible encontrarle un defecto! Hasta su porte es elegante, y todo el mundo dice que tiene unos modales encantadores.

—¡Cielo santo! —dijo Eliza, sorprendida y bastante preocupada—: ¡Tengo que conocer a ese dechado de virtudes!

—Mañana podrás conocerla. Supongo que estará en la fiesta de los Sefton. Será mejor que me acompañes, aunque solo sea para ahorrarme los reproches que me hará Maria Sefton si no te

llevo. Ya verás, estoy seguro de que Charis te sorprenderá.

A diferencia de sus hermanas, Eliza nunca había intentado buscar esposa a Alverstoke. La relación entre ellos siempre había sido cordial, incluso cariñosa, pero no había vínculos demasiado fuertes entre los miembros de la familia Dauntry. Eliza, que estaba felizmente casada con John Kentmere y consagrada a sus hijos, casi nunca visitaba Londres, y no tenía mucho interés en el futuro de Alverstoke. En una ocasión enfadó a su hermana Louisa por decir que el matrimonio de su hermano no era asunto suyo. Pero ahora que estaba instalada en Alverstoke House y había retomado sus antiguas amistades, sintió cierta preocupación, porque le parecía que Alverstoke estaba a punto de contraer un matrimonio que solo podía acabar mal. Por muy guapa que fuera, aquella colegiala le aburriría al año de casarse, ¡o incluso antes! No había prestado demasiada atención a las revelaciones de lady Jersey, y mucho menos a la exaltada carta de Louisa, que le suplicaba que se sirviera de su supuesta influencia sobre Alverstoke para salvarle a él (y a la familia) de un matrimonio desigual. Pero la apasionada descripción que Alverstoke había hecho de Charis Merriville la llevó a visitar a Augusta al día siguiente. Puede que tuviera muchos defectos, pero Augusta siempre había sido una mujer sensata.

Lady Jevington la recibió con moderado placer, preguntándole, con suma cortesía, por la salud de su familia, y expresando la esperanza de que renovara su vestuario mientras estaba en Londres.

—Porque estaría faltando a mi deber como hermana mayor si no te dijera que ese anticuado vestido que llevas te sienta fatal —dijo—. No me extraña que hayas venido a Londres con ese propósito.

—No he venido a eso —replicó Eliza—. He venido a descubrir si es verdad que Vernon se ha enamorado de una belleza adolescente.

—No que yo sepa —dijo lady Jevington con majestuosa calma. Dirigió a su hermana una débil sonrisa, en la que se mezclaban a la perfección la tolerancia y el desprecio—. Me imagino que Louisa te ha estado escribiendo. Debes saber que Louisa es una insensata.

—Sí, pero Sally no es ninguna insensata, y ella también me escribió que Vernon está a punto de cometer la mayor imprudencia de su vida.

—Nunca he pensado que Sarah Fane fuera especialmente lista —señaló lady Jevington.

—Augusta, anoche me describió a la chica en unos términos que no le había oído utilizar nunca.

—Se estaba quedando contigo —dijo lady Jevington.

Eliza frunció el ceño con extrañeza.

—¿Quieres decir que no es tan guapa? ¿Entonces por qué...?

—Nunca había visto una joven más hermosa que Charis Merriville... ni con mejores modales —dijo lady Jevington con sensatez—. Causó sensación en el baile de Vernon, lo cual no me sorprende, y tiene a los solteros más codiciados de Londres a sus pies. Gregory es uno de ellos —añadió, sin perder la compostura—. Pero la cosa no llegará a nada, y me alegra saber que su primer amor ha sido una joven modesta de excelentes principios. Estoy segura de que le vendrá muy bien.

—Sí, ¿pero Vernon? —preguntó Eliza con impaciencia—. Si no está enamorado de Charis, ¿qué demonios le ha llevado a sacrificarse, y no solo por ella, sino también por sus hermanos?

¡No es propio de él!

—No tengo mucha confianza con Vernon, pero le conozco bastante bien, y mi opinión es que presentó a las hermanas Merriville para molestar a Louisa y a Lucretia. Esa mujer —dijo Augusta, tratando de controlarse— se empeñó en que diera un baile en Alverstoke House para celebrar la presentación de Chloë, así como la de Jane. No quiero pensar qué estratagemas utilizó Alverstoke para convencer a Louisa de que ejerciera de anfitriona. Tiene derecho a hacer lo que le plazca, pero considero que su conducta fue lamentable. De hecho, le aconsejé que no cediera a las exigencias de Louisa y Lucretia.

Eliza resistió el impulso de recordarle que Alverstoke jamás había escuchado los consejos de sus hermanas, y dijo:

—Es posible que invitara a las Merriville para castigar a Louisa, pero eso no explica el resto. Uno de sus supuestos pupilos (Felix, un golfillo encantador) se presentó ayer en su casa, y era evidente que era el ojito derecho de Vernon. Tampoco parecía tenerle ningún miedo, y eso sí que me sorprendió. ¿Por qué Vernon, que se muestra completamente indiferente hacia nuestros hijos, iba a interesarse en los Merriville, si no es para complacer a su hermana?

—Sin duda ese es el motivo. Pero a menos que me equivoque, se ha enamorado de la mayor, no de la pequeña.

Eliza la miró, perpleja.

—¡Cielo santo! ¿Cómo es posible? Me dijo que era medianamente guapa, que no estaba en la flor de la juventud y que tenía un carácter práctico y autoritario.

—Es verdad —admitió lady Jevington—. Creo que tiene veinticuatro años, pero debido a las circunstancias derivadas de la muerte de su madre se hizo cargo de la casa, y eso le hace parecer mayor. Es una mujer de carácter, y he llegado a la conclusión de que a Alverstoke le vendría muy bien.

—¡Augusta! —exclamó Eliza—. ¿Una mujer que solo es medianamente guapa para Alverstoke? ¡Debes de estar loca! ¿Cuándo se ha enamorado de una mujer que no fuera una belleza?

—¿Y cuántas de esas bellezas no le han aburrido a los pocos meses de conocerlas, querida Eliza? —respondió Augusta—. Reconozco que Frederica no puede compararse con Charis respecto a su belleza. Pero tiene mucha presencia, y una vivacidad que a Charis le falta. Las dos son agradables, y educadas, pero Charis es una bella tontorrón, mientras que Frederica, en mi opinión, es mucho más sensata.

Eliza, que se había quedado ligeramente sorprendida por el mesurado comentario de su hermana, dijo:

—¡No me lo puedo creer, Augusta! ¿Estás queriendo decir que una de las hijas de Fred Merriville podría ser una buena esposa para Alverstoke?

—Tal vez no sea la esposa que yo hubiera elegido —reconoció milady—. Pero después de reflexionar, he llegado a la conclusión de que le vendría muy bien. A menos que estés preparada para afrontar con ecuanimidad la perspectiva de ver a ese zoquete, Endymion, en el puesto de Alverstoke, estarás de acuerdo conmigo en que es de suma importancia que Alverstoke se case y tenga hijos antes de que se abandone a la soltería. Me he esforzado en presentarle todas las

herederas que conozco. Y no voy a negar que mis intentos han sido inútiles, y los de Louisa también. ¡Pero eso era de esperar! —dijo, descendiendo momentáneamente de sus alturas olímpicas—. Si te contara todas las estupideces de Louisa... —se contuvo y, recuperando su dignidad, dijo—: Pero ahora no es el momento. Baste decir que ni ella ni yo hemos tenido éxito. —Hizo otra pausa, pero continuó al cabo de un momento con austera resolución y, mirando fijamente a su hermana, dijo—: Quiero mucho a Alverstoke, pero soy consciente de sus defectos. Y aunque los repruebo, tengo que reconocer que él no tiene toda la culpa. Aparte del trato de favor que recibió desde que era niño, le han cortejado, halagado y perseguido tanto que, si bien deploro el cinismo con que trata a las mujeres, reconozco que no me sorprende. ¡Te aseguro que a veces me he avergonzado de mi propio sexo, Eliza! Y yo creo que por eso se ha enamorado de Frederica. La he observado de cerca, desde luego. Pero si me preguntaras si es consciente de su interés por ella, o si aceptaría una propuesta de matrimonio, me vería obligada a responderte que no lo sé. Solo puedo decirte que nunca la he visto coquetear con él, ni insinuar que siente algo que no sea amistad.

—Comprendo —dijo Eliza, después de asimilar sus palabras—. Crees que eso le intriga, y es posible que tengas razón. Pero me extraña que tanto Louisa como Sally piensen que está enamorado de la otra hermana.

—Está siendo extremadamente cauto —dijo Augusta.

—¡Debe de ser la primera vez!

—¡Exacto! Yo creo que aún no lo tiene claro. Pero me parece significativo que esté teniendo tanto cuidado (¡también por primera vez!) en no hacer nada que pueda perjudicar a Frederica. Hasta Louisa se ha dado cuenta de que sus ojos tienen una expresión muy diferente cuando habla con Frederica que cuando lo hace con Charis.

—¡Vaya! —dijo Eliza—. No tenía la menor idea, ni sabía que la cosa iba tan en serio. Reconozco que anoche, cuando nos sentamos a hablar, y vino Felix a engatusarle, me pareció que no era tan... inhumano como antes. Si eso se debe a la influencia de Frederica... Pero se te ha olvidado una cosa, Augusta. ¡Piensa en sus circunstancias! El propio Alverstoke me contó que Felix y su hermano están a su cargo. ¿Crees que Alverstoke está dispuesto a asumir parte de la responsabilidad?

—Por lo que he oído —respondió Augusta con frialdad—, ya lo está haciendo. Y no sabes cuánto me alegro: así tendrá algo en qué pensar aparte de su propio placer. Siempre he pensado que la ociosidad ha sido su ruina. Su fortuna le ha permitido satisfacer todos sus caprichos sin preocuparse de los gastos; nunca se ha visto obligado a pensar en nadie que no fuera él mismo, ¿y cuál ha sido el resultado? ¡Que estaba aburrido antes de cumplir los treinta!

—¿Y crees que la tutela de dos colegiales podría ser la solución? —Eliza soltó una risita mientras pensaba en sus propios hijos—. ¡Bueno, es verdad que no tendrá tiempo para aburrirse! —exclamó, al tiempo que se ponía los guantes—. Estaba deseando conocer a las señoritas Merriville, y ahora con más razón. Pero será difícil convencerme de que una mujer como la que has descrito será una buena esposa para Alverstoke.

Pero cuando dejó la casa de los Sefton aquella noche, pensó que era posible que Augusta tuviera razón. Frederica le había causado una impresión excelente. Le gustaron sus modales

sencillos y espontáneos, su aire de distinción y sus ojos risueños. Eso debía de ser lo que había enamorado a Alverstoke... si es que realmente estaba enamorado. Era imposible averiguarlo porque, aunque se notaba que tenía mucha confianza con ella, no permaneció a su lado mucho tiempo, sino que se alejó a coquetear con la señora Ilford. Lady Elizabeth notó, con aprobación, que la mirada de Frederica no le seguía, ni le buscaba más tarde entre la multitud. Augusta tenía razón, pensó: aquella joven tenía clase. Pero decir que era solo «medianamente guapa» era injusto. Era verdad que la belleza de su hermana la eclipsaba, pero en cualquier otra compañía habría resultado una joven muy hermosa. Además, poseía el indefinible don del encanto que, a diferencia de la frágil belleza de su hermana, conservaría hasta el final.

—Tengo que decirle que su hermano Felix me ha robado el corazón —le dijo, muy sonriente—. Lo conocí ayer, ¿sabe? ¡Es un joven encantador!

Frederica sonrió, pero negó con la cabeza.

—Sí, pero es muy rebelde, y me tiene muy disgustada. Le prohibí expresamente que fuera a dar la lata a lord Alverstoke, que ha sido muy bueno con él. ¡Y con todos nosotros!

—¡Oh, no fue a darle la lata! Nos dijo que usted le había prohibido hacerlo, y aseguró a mi hermano que solo le estaba pidiendo que...

—¡Dios mío, es terrible! Le ruego que me disculpe. Me contó que usted le había dicho que quería ver la ascensión, y estoy segura de que no es verdad.

—¡Al contrario! Me encantaría verla, y sobre todo ver a mi hermano en las sucias manos de un colegial.

—¡Y tan sucias! —dijo Frederica con tristeza—. ¿No le parece extraño que salga de casa más limpio que una patena, y que a la media hora parezca un carbonero?

—Sí, y en ese aspecto son todos iguales. Tengo tres hijos, ¿sabe, señorita Me...? Oh, ¿para qué andarnos con formulismos, Frederica? Al fin y al cabo somos primas, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Frederica—. Aunque me temo que bastante lejanas —se quedó dudando un momento, antes de añadir con franqueza—: Debe de resultarle muy extraño que haya solicitado la protección de lord Alverstoke. Pero era el único familiar que conocía. Mi padre me habló varias veces de su primo, así que... tuve el descaro de recurrir a él. Quería que mi hermana pudiera disfrutar de al menos una temporada en Londres, ¿sabe?

—La entiendo perfectamente —dijo Eliza mirando a Charis, que estaba con un grupo de gente joven en el extremo opuesto del salón—. Es evidente que Endymion Dauntry está loco por ella. Si no fuera tan guapo, cualquiera lo tomaría por un tontaina. ¿Es esa Chloë, la que está hablando con el joven Wrenthorpe? ¡Qué lástima que Endymion sea el más guapo de los hermanos! —Eliza apartó los ojos del grupo y dirigió una sonrisa a Frederica—. Alverstoke me ha contado que vive con su tía, pero que esta noche no ha podido venir. Me encantaría conocerla. Si no es mucha molestia, podría ir mañana a hacerle una visita.

—No es ninguna molestia, pero me temo que no la encontrará en casa. —Frederica frunció el ceño, y exhaló un suspiro—. Es una lástima, pero mi tío (que vive en Harley Street) está gravemente enfermo, y no hay esperanzas de que se recupere. Aunque es mejor que no lo haga, porque hace mucho que sufre una enfermedad dolorosa e incurable. Mi tía Seraphina cree que su deber es estar con su hermana, y se pasa la mayor parte del tiempo en Harley Street. Mi tía Amelia

está muy afligida, y eso le ha hecho perder todas sus facultades. Es una mujer muy sensible, y se siente superada por cualquier cosa. Aunque no quiero decir que sea una apocada —añadió.

—Sé perfectamente lo que quiere decir —la interrumpió Eliza—. ¡Pobrecilla! La compadezco de veras, pero me ahorraré las florituras habituales en estos casos. Me da la impresión de que a las dos nos gusta hablar claro. Verá, es una lástima que su tío haya enfermado justo ahora. Debe de encontrarse en una situación muy incómoda sin una carabina. Voy a pasar unas semanas en Londres, así que tal vez pueda ayudarla.

—Se lo agradezco mucho, pero no será necesario. Mi tía odia las fiestas elegantes, y casi nunca nos acompaña. De hecho, solo consintió en venir a Upper Wimpole Street con la condición de no tener que acompañarnos. Pensaba que causaríamos mejor impresión diciendo que mi tía vivía con nosotros. Pero, en realidad, yo siempre he sido la carabina de Charis. Verá, cuando mi hermana cumplió diecisiete años, yo ya no tenía edad para necesitar acompañante... diga lo que diga el primo Alverstoke.

—¿Y qué dice el primo Alverstoke? —preguntó Eliza.

—¡Todo tipo de cosas desagradables! —contestó Frederica, riendo—. Cree que soy un caso perdido (¡y hasta una libertina!) porque salgo a la calle sin doncella. ¡Es absurdo! Como si fuera una jovencita inexperta, cuando es evidente que no es así.

—No, pero tampoco está para vestir santos.

Frederica sonrió.

—Ninguna mujer lo está, pero eso no importa. Si mi tío falleciera ahora, no sería decoroso que Charis asistiera a fiestas como esta, ¿verdad? —Miró a Eliza con ojos risueños, y dijo con comicidad—: ¡Dios mío! ¡Qué terrible suena eso! Pero cuando una se ha esforzado, como yo, en traer a su bella y querida hermana a Londres para que disfrute de la temporada, es... es muy duro verse obligada a renunciar a todo porque un tío... al que apenas conocemos y que no es de nuestra misma sangre (aunque sea un hombre bueno y respetable) se muera en un momento tan inoportuno.

Un destello surgió en los ojos de lady Elizabeth, pero respondió muy seria:

—Sí, sería muy inoportuno. Pero si no es de su misma sangre, bastaría con que se pusiera unos guantes negros.

—¡Sí, pero no se puede bailar con guantes negros! —objetó Frederica.

Lady Elizabeth se quedó pensando.

—Es posible. No estoy segura de si se puede bailar, pero sé que nosotras llevábamos guantes negros por una tía abuela cuando mi madre presentó a Louisa, y me parece recordar que todas las noches asistía a alguna fiesta. Me importan un comino los formulismos, y pensaba que a usted también.

—Tengo que respetarlos por el bien de mi hermana. Lo que en usted resultaría una excentricidad, en mí sería considerado una conducta extremadamente inapropiada —dijo Frederica con frialdad.

Lady Elizabeth arrugó la nariz con disgusto.

—Supongo que tiene razón. ¡Qué lata! Bueno, en ese caso, lo que puede hacer es...

Pero en ese momento se vio interrumpida por lady Jersey, que se acercó a ella con las manos extendidas, diciendo:

—¡Eliza! Cielo santo, no sabía que... ¡Serás arpía! ¿Cómo te atreves a venir a Londres sin avisarme?

Así que Frederica se retiró, sin saber qué era lo que, en opinión de lady Elizabeth, podía hacer. Solo le cabía la esperanza de que el señor Navenby, que le había pedido permiso para dirigirse a Charis, consiguiera conquistar su corazón. No es que tuviera muchas esperanzas, porque Charis se ponía a llorar cada vez que mencionaba su nombre. Pero cuando Frederica lo comparaba con Endymion, no podía creer que su hermana, por muy bobalicona que fuera, pudiera preferir a un guapo tontorrón en vez de un joven tan admirable. De hecho, le molestó tanto ver a Charis mirando embelesada a Endymion en Almack's dos días antes, que le rogó que no hiciera el ridículo en la fiesta de los Sefton.

—Mirabas con los mismos ojos de cordero al joven Fraddon cuando creías estar enamorada de él —le recordó—. Pero entonces solo tenías diecisiete años. Ahora tienes más de diecinueve, y ya va siendo hora de que muestres un poco de sentido común. ¡Pero cada vez muestras menos! Si Fraddon hubiera tenido algo más que una cara bonita, y si tu amor por él hubiera sido más firme, ni sus padres ni yo nos habríamos opuesto al enlace. Pero no fue así, y ahora pretendes ponerte en ridículo por otra cara bonita. Charis, te prometo que no me opongo al enlace más que la señora Dauntry, o que lord Alverstoke... ¡No, no llores! No quiero resultar desagradable, y te prometo que entiendo perfectamente que te sientas atraída por un joven tan atractivo. Pero trata de pensar con la cabeza. ¿Cómo ibas a ser feliz con un hombre al que sus propios amigos consideran un zoquete?

El efecto que tuvo esta homilía fue aterrorizar a Charis, que a la primera oportunidad se lo contó todo a Endymion. En cuanto este consiguió apartarla de su círculo de admiradores, Charis le contó toda la historia, y le ordenó que no se acercara a ella durante el resto de la noche.

—Creo que Frederica le ha contado nuestro secreto a Alverstoke —dijo con aire trágico—. ¿Has visto cómo nos miraba cuando te acercaste a mí? Casi me desmayo cuando levanté la cabeza y vi que me estaba observando.

Endymion no había reparado en esta desagradable circunstancia, pero estuvo de acuerdo en que era preocupante. Después de reflexionar un momento, dijo:

—Solo hay una solución: ¡desertar!

—¡No! —exclamó Charis—. ¡No permitiré que hagas eso por mí!

—Bueno, la verdad es que nunca me ha gustado la vida militar —confesó—. Pero si deserto, lo más seguro es que el primo Alverstoke me quite la asignación, ¿sabes? Y entonces nos moriremos de hambre. ¿Te importaría ser pobre? Aunque yo creo que, si empiezo a cuidar animales, a domar caballos o algo parecido, pronto tendremos dinero de sobra.

—¡Pues claro que no me importaría! —exclamó Charis—. ¡He sido pobre toda la vida! Pero lo tuyo es diferente. No debes arruinar tu vida por mí.

—No es para tanto —le aseguró Endymion—. Mi fortuna no es muy grande, pero no soy tan pobre. Además, si deserto, mi primo no podrá enviarme al extranjero.

—¿Y tú crees que podría enviarte ahora? —preguntó Charis con ansiedad—. Harry dice que el regimiento de caballería solo sale al extranjero en caso de guerra.

—Sí, pero puede conseguir que me envíen a una misión.

Charis le miró, perpleja.

—¿Qué clase de misión, amor mío?

—No lo sé exactamente, pero siempre están enviando misiones a todas partes, y muchas veces les acompaña un militar. Asuntos diplomáticos —explicó Endymion con vaguedad—. Como lord Amherst, que se fue a China hace dos años, y se quedó allí doce meses[20]. Era algo relacionado con los mandarines —añadió, tratando de aclarar el misterio—. No me apetece nada, pero cualquiera sabe lo que puede pasar si no deserto. Alverstoke es una persona muy influyente, ¿sabes?

Como no se le ocurrió que solo una recomendación real podía enviarle a una misión diplomática, Charis se vio asaltada por una terrible visión de muerte y desgracia. Aunque el barco que transportaba aquella preciosa carga se salvara del naufragio, Endymion podía perecer a manos de los desconocidos (y probablemente sanguinarios) mandarines, o sucumbir a una de las fiebres mortales características de los países asiáticos. Pálida como la cera, Charis dijo que prefería renunciar a él que afrontar semejante destino. Endymion se conmovió, pero como no había visualizado ninguno de los desastres que habían asaltado la mente de Charis, no creía que la situación, por grave que fuera, exigiera semejante sacrificio. Pero cuando Charis le rogó de repente que se marchara, porque lady Elizabeth estaba mirándolos, le dijo, con su estilo enrevesado, que no podían seguir así.

—¡Lo sé! ¡Es muy doloroso para mí! —admitió Charis.

—Sí, para mí también es triste verte solo de vez en cuando, y no llegar nunca a nada —dijo Endymion, circunspecto—. Tenemos que hablarlo, Charis... tenemos que decidir qué vamos a hacer. Maldita sea, mañana tengo que llevar a Chloë y a Diana a ver el globo. ¡Espera, ya lo tengo! Puedes decirle a tu hermana que deseas hablar con Chloë. No hay nada malo en eso. Yo me haré el distraído, y mientras todo el mundo esté mirando el globo, nos escaparemos los dos juntos. No creo que sea difícil; habrá mucha gente en el parque.

—¡No! —dijo Charis, angustiada—. Si llevas a tus hermanas a ver la ascensión, debes prometerme que no te acercarás a mí. Felix ha convencido a lord Alverstoke para que le lleve, y situará su carruaje lo más cerca que pueda del nuestro.

—¿Que Alverstoke piensa ir a ver la ascensión de un globo? —exclamó Endymion con incredulidad—. ¿Estás de broma?

—¡No! También va a llevar a lady Elizabeth, así que...

—¡Debe de haberse vuelto loco! ¿Por qué demonios tendrá que venir a estropearlo todo? ¡Maldita sea! Me parece que no nos queda más remedio que huir a la frontera.

—¡Endymion! —exclamó Charis, escandalizada—. ¿No pretenderás que haga algo tan terrible? ¡Sería un escándalo!

—Lo sé. A mi coronel tampoco le haría ninguna gracia. Pero no podemos seguir así, querida. ¡Tenemos que encontrar una solución!

—Lo haremos. Estoy segura de que todo saldrá bien. ¡Cuidado, ahí viene lord Wrenthorpe!



Cuando Knapp abrió las persianas del dormitorio de su patrón a la mañana siguiente, el marqués se vio asaltado por los radiantes rayos del sol, y acto seguido por las palabras de su ayuda de cámara, que le aseguró que hacía un día precioso. Alverstoke esperaba lluvia, vientos, incluso nieve; cualquier cosa que impidiera la ascensión del globo. Pero no había ni una sola nube, y cuando, aferrándose a una última esperanza, preguntó a Knapp si hacía viento, este respondió, muy animado:

—Solo una brisa ligera y agradable, milord. ¡Lo que usted llamaría un precioso día de junio!

—¡Se equivoca! —respondió Alverstoke—. ¿A qué hora está prevista la ascensión de ese maldito globo?

—A las dos, milord. Eso dijo el señorito Felix a Wicken —dijo Knapp con timidez.

—Estoy seguro de que ese mocoso se presentará aquí a las doce en punto —dijo milord.

Pero cuando el marqués salió de su vestidor a las doce, el joven Merriville ya llevaba un rato allí, y estaba engullendo un copioso almuerzo en compañía de lady Elizabeth. Gracias a los esfuerzos de sus hermanas, iba vestido con unos pantalones immaculados, su mejor chaqueta y una camisa limpia y recién planchada. Le habían limpiado las uñas a conciencia, y cepillado los rizos hasta hacerlos brillar. Entre bocado y bocado de pastel de cordero, iniciaba a su anfitriona en los misterios de la aeronáutica. El joven saludó a Alverstoke con entusiasmo, explicándole que había llegado antes porque sabía que tanto él como la prima Elizabeth querían llegar temprano al parque para conseguir un buen sitio para el faetón. Alverstoke le respondió con parquedad, pero Felix no tardó en engatusarle, preguntando:

—¿Verdad que quiere venir, señor?

—Sí... ¡pero eres un vil y abominable granuja!

Felix se lo tomó como un cumplido, le dirigió una sonrisa angelical y volvió a consagrarse a su pastel de cordero.

El marqués dirigió su monóculo al plato de Felix y se estremeció.

—¡Y un tragón! —dijo.

—Lo sé. Señor, ¿sabe cómo llenaban los globos antes y cómo se llenan ahora?

—No —dijo Alverstoke—. Pero me imagino que pronto lo sabré.

Y no se equivocaba. A partir de entonces Felix, que había adquirido un desgastado ejemplar de la *Historia y práctica de la aerostación*, se dedicó a mantener con él una conversación informativa, aunque salpicada de preguntas entusiastas. Se sentó entre Alverstoke y Eliza en el faetón, pero como se dirigía exclusivamente al marqués, Eliza pudo arrellanarse en su asiento, y escuchar divertida y algo sorprendida las detalladas respuestas de su hermano a las preguntas que le dirigía su joven admirador. Aunque Felix se había documentado en la *Historia* de Cavallo, había descubierto que estaba anticuada, y eso (como informó al marqués con ingenuidad) le había decepcionado mucho, pues aún le quedaba mucho que aprender sobre aeronáutica. Además, aún no entendía por qué era preferible la seda al lino para fabricar globos.

De las propiedades de la seda a los secretos de las válvulas solo había un paso, pero el suficiente para que Eliza pensara que sus acompañantes estaban hablando en chino. Abandonando todo intento de entender la materia, milady distrajo su atención, hasta que se vio reclamada por Felix, que la asustó expresando su deseo de flotar en el aire montado en paracaídas.

—¡Qué horror! —exclamó Eliza—. ¡Me moriría del susto!

—¿Por qué, señora? —preguntó Felix—. ¡Tiene que ser maravilloso! El primo Alverstoke me dijo que una vez vio a un hombre haciendo una demostración. ¡Me habría encantado verlo!

Para entonces ya habían llegado al parque. Cuando alcanzaron la zona de la ascensión, Felix se alegró al ver que, aunque el globo estaba anclado en el suelo, aún no habían trasladado al recinto las bombas de hidrógeno que servirían para inflar la bolsa. El joven exhaló un profundo suspiro de satisfacción, preguntó a Alverstoke si no se alegraba de haber llegado antes, saltó del faetón y se fue corriendo al recinto.

—Espero que no le echen una reprimenda —comentó Eliza—. Se llevaría un disgusto.

—Conociéndole, lo más seguro es que le reciban con los brazos abiertos —respondió Alverstoke—. Le cogieron mucho cariño en la fundición, a la que tuve que acompañarle; y creo que tuvo la misma suerte en el barco de vapor donde se embarcó una vez. Es un apasionado de los inventos mecánicos, y posee unos conocimientos considerables para su edad.

—Tú también sabes mucho más de lo que pensaba.

—Lo mismo que cualquier hombre de inteligencia moderada. Voy a retirarme a la sombra de esos árboles. Ya sé que quieres estar lo más cerca posible del recinto, pero tendrás que aguantarte.

—Te lo agradezco —dijo su hermana con una sonrisa—, aunque Felix se va a llevar muy mala impresión de nosotros.

Aún era pronto, pero no habían sido los primeros en llegar. Un grupo de personas se había reunido alrededor del recinto, y varios carruajes habían cogido sitio bajo la sombra de los árboles. Entre ellos se encontraba el landó de lady Buxted.

—¡Santo cielo! —exclamó Eliza al verlo—. ¿No es ese el carruaje de Louisa? No entiendo cómo ha podido dejárselo a su hijo. Louisa detesta a las hermanas Merriville, ¿sabes?

—Supongo que no habrá tenido otra elección. Carlton es terriblemente aburrido, pero hay que reconocer que no teme a su madre, ni se somete a sus exigencias. O eso deduzco de las quejas que

Louisa me obliga a escuchar de vez en cuando.

—No sabía que tenía tanto carácter. ¡Acércate un poco más! Me gustaría hablar con Frederica.

Alverstoke obedeció, y situó el faetón a la derecha del landó. Aunque el elevado pescante impedía a su hermana estrechar la mano de Frederica, al menos consiguió saludarla. Le habría gustado charlar con ella desde allí, pero pensó que verse obligada a hablar con alguien situado por encima de ella pronto causaría a Frederica un terrible dolor de cuello. Jessamy había descendido del landó, y cuando Eliza expresó su intención de hablar con sus hermanas, la ayudó a bajar con extrema cortesía.

—¡Gracias! —dijo Eliza, sonriendo—. Me imagino que tú eres Jessamy. Me han dicho que eres un excelente jinete. ¿Cómo estás?

Muy colorado, Jessamy se apresuró a desmentir sus palabras, al tiempo que se agachaba a besar su mano. Milady era muy amable —tartamudeó—, pero se equivocaba. No era más que un simple aficionado, como el primo Alverstoke podía confirmarle.

—¡Oh no! Me ha dicho que manejas las riendas de maravilla. ¿Cómo estás, Carlton? Me alegro de verte, aunque será mejor que vayas a ver qué están haciendo con el globo en vez de quedarte hablando con tu tía. Así podré sentarme un rato en tu asiento.

Nada impedía a milady sentarse en el asiento de Jessamy, pero lord Buxted se tomó aquel desaire con filosofía, y se abstuvo de hacer ningún comentario. Una vez que hubo ayudado a su tía a subir al carruaje, se volvió a mirar al marqués, y dijo con comicidad:

—Me imagino qué (o mejor dicho, quién) le ha traído aquí tan temprano, señor.

—Sí, una fuerza irresistible. ¿Y qué demonios te ha traído a ti?

—Oh, más o menos lo mismo, señor —dijo Buxted mirando a Jessamy, cuya atención se dividía entre los caballos de milord y su postillón—. Me imaginé que nuestro joven primo querría verlo todo desde el principio —prosiguió, bajando la voz—, y que se sentiría engañado si no llegáramos a tiempo para ver la ascensión.

Un aburrimiento mortal empezó a apoderarse del marqués. Pensó en dar un chasco a Carlton, pero prefirió guardar silencio. Mientras contemplaba su rostro con mirada burlona, se percató de que aquel aburrido lechuguino estaba siendo sincero: creía de veras que estaba ofreciendo una excelente oportunidad a Jessamy; y, como demostraron sus siguientes palabras, se había esforzado en hacerla instructiva además de emocionante.

—Imaginé que me vería obligado a responder a toda clase de preguntas, así que he tenido la precaución de consultar mi *Enciclopedia* —dijo Buxted—. Reconozco que el tema me ha parecido fascinante. La información no está del todo actualizada, pero las aventuras de los primeros viajeros en globo me han cautivado. He estado entreteniéndome a mis acompañantes con los experimentos del profesor Charles. Jessamy podrá informarle de la altura que alcanzó en una ocasión, ¿verdad, Jessamy? —dijo, levantando la voz.

Jessamy estaba dirigiendo unas palabras cariñosas a los caballos, y lord Buxted se vio obligado a repetir la pregunta para atraer su atención. Pero incluso entonces, fue Alverstoke el que proporcionó la respuesta.

—Dos mil pies —dijo, acudiendo al rescate del joven—. ¡Para algo he tenido que soportar la compañía de tu hermano, Jessamy! ¡Y no se te ocurra contarme que Lunardi llenó su globo de gas

procedente del zinc, ni que Tyler ascendió media milla en Edimburgo, ni que Blanchard aterrizó una vez en un roble, porque estoy informado de esas y muchas otras cosas!

—¡Hay que reconocer que Felix tiene una mente muy inquieta! —dijo lord Buxted, sonriendo con indulgencia—. ¿Dónde está ese diablillo?

—Me imagino que participando activamente en los tediosos preparativos.

—No creo que le hayan dejado entrar, pero quizá deberíamos ir a asegurarnos de que no se mete en ningún lío, Jessamy. Además, seguro que tú también estás deseando ver cómo inflan el globo —dijo lord Buxted con amabilidad.

Se dio la vuelta para preguntar a las damas si querían acompañarlos, y Jessamy, mirando al marqués, dijo:

—¡Ojalá estuviera en el lugar de Felix! ¡Y encima se ha traído a sus rucios! ¿Le ha pedido Felix que los trajera? Le dije que no lo haría, y ahora estará una semana restregándomelo. ¡Maldito niño! ¡Sí, primo Buxted, ya voy!

Las damas declinaron la oferta de lord Buxted, de modo que Jessamy y él se fueron juntos; pero al cabo de unos minutos Jessamy regresó. Alverstoke, que había bajado del faetón y estaba charlando con Frederica, se volvió para mirarlo.

—¿Qué pasa? ¿Has asesinado a tu hermano?

Jessamy soltó una carcajada, pero enseguida se puso serio, y dijo:

—¡No! Pero el primo Buxted se ha puesto insoportable, así que me he inventado una excusa para volver. Ya tuve bastante cuando se puso a pontificar sobre aeronáutica. ¡Como si Felix no nos hubiera aburrido bastante con el tema! Pero cuando se puso a echar una regañina a Felix, y a pedir perdón a esos hombres por dejar que les diera la lata, supe que, si me quedaba, acabaríamos discutiendo. ¡Así que me fui!

—¿Tú crees que les está dando la lata? —preguntó Frederica—. ¿Debería ir a buscarlo?

—No vendrá. Sobre todo ahora que el primo Buxted le ha ordenado que se vaya. Le ha dicho que las personas que están haciendo cosas importantes no quieren que les molesten «los niños pequeños». Y Felix se ha puesto hecho una furia, claro.

—Ha sido un comentario muy desafortunado —dijo Alverstoke con gravedad.

—¿A que usted nunca le llamaría «niño pequeño» a la cara?

—¡Desde luego que no! —dijo Eliza con los ojos brillantes—. Recuerdo perfectamente que esta mañana le llamó vil y abominable granuja.

—¡Así es, señora! —dijo Jessamy—. Le importa un rábano que le llamen así, igual que no se enfadó cuando le llamé asqueroso inútil. Pero «niño pequeño»... ¡No se lo diría por nada del mundo!

—Supongo que todo el empeño que hemos puesto Charis y yo para que fuera limpio ha sido en vano —dijo Frederica con resignación.

—¡Parece un golfillo callejero! —dijo Jessamy con franqueza—. Pero no está molestando a nadie. ¡Esos hombres le han tomado cariño, Frederica! Y aunque no fuera así, eso no es asunto de lord Buxted. ¿Qué derecho tiene a comportarse como si fuera nuestro tutor? Se pasa el día sermoneándonos. A veces me dan ganas de... —se detuvo apretando los labios, y haciendo un esfuerzo para contenerse, dijo—: No debería hablar así. Lord Buxted es un hombre muy

respetable, y... no me guardó rencor cuando fui tan descortés con él. No estoy dispuesto a dejarme provocar otra vez. Por eso he venido.

—Bien hecho —dijo Alverstoke—. ¿Te has enterado de cuándo está prevista la ascensión?

—No, señor. Me pareció escuchar que había poco viento, y estaban discutiendo si hacer el vuelo o dejarlo para otro día. Pero no estaba prestando atención.

—¡Pues muy mal! —dijo Alverstoke—. Este asunto me aburre tanto como a ti, y estoy deseando marcharme. ¡Dios mío! ¡Si lo posponen, Felix querrá que vuelva a repetir este numerito! Frederica dejó escapar una risita.

—¡No te preocupes! ¡No volveré a permitir que te dé la lata!

—¡Eso no servirá de nada! Te asegurará (y a mí también) que no tiene intención de molestarte, y que...

—¡Solo quiere pedírtelo! —le interrumpió Eliza.

—Sí, dirá que quiere ofrecerme una oportunidad única, y me mirará como un pobre huérfano si le digo que no —añadió el marqués con amargura.

—¡Sus trucos de siempre! —dijo Jessamy—. Por supuesto que lo hará, señor, sobre todo si sabe que puede convencerle. ¿Por qué no le da un buen chasco?

—Sí, en vez de hacerle creer que puede contar contigo para todo —dijo Frederica—. Jessamy, yo creo que deberías ir a buscarle. ¡Seguro que están deseando librarse de él!

Jessamy sacudió la cabeza, y dijo con una reticente sonrisa:

—No. Uno de ellos le ha dicho al primo Buxted que les está ayudando mucho. De hecho le están dando alas, como el primo Alverstoke. ¡Ahora no habrá quien lo aguante!

—Imagino que de nada servirá decir que yo nunca le he dado alas, ni he tenido necesidad de hacerlo —dijo Alverstoke.

Vio que se acercaba su sobrino, y le saludó preguntándole cuánto tiempo tendrían que seguir esperando.

—Supongo que no mucho —contestó lord Buxted—. He estado hablando con el jefe, y es un hombre muy simpático. Son dos aeronautas, ¿sabe? El jefe, Oulton (creo que se llama así), me ha contado unas cosas muy interesantes sobre los peligros y las dificultades de la navegación aérea: las inesperadas corrientes de aire a gran altura, la fragilidad de la válvula, el peligro de descender con fuertes corrientes de aire, la posibilidad de arrancar arbustos enteros con los anclajes y que el globo vuelva a ascender... Por citar solo unos pocos. Hay que ser muy valiente para aventurarse a volar. Reconozco que yo no lo haría por nada del mundo.

—¡Yo tampoco! —dijo Charis, estremeciéndose.

—¡Por no hablar de las velocidades que pueden alcanzar! —prosiguió—. Imagínese viajar a cincuenta millas por hora. Pero no creo que llegemos a verlo, porque hoy no hace mucho viento. Me temo que será un vuelo muy corto, a menos que al ascender encuentren una fuerte corriente de aire. ¿Conoce la espectacular (o más bien increíble) altura que han llegado alcanzar estos globos, Charis?

—Me lo dijo Felix. Media milla. Pero espero que hoy no suban tanto. ¡Me dan escalofríos solo de pensarlo!

El marqués, al que bastó un vistazo para interpretar la expresión del rostro de su sobrino, dijo:

—¡Vamos, Carlton! ¿No pretenderás impresionar a la hermana de Felix? Si ha estado escuchado su instructivo discurso a lo largo de esta semana, ella misma podrá recitarte todos los datos —miró a Charis con una sonrisa que le hizo reír—. ¡Aunque te ruego que no lo hagas, Charis!

—¡Oh, no! Soy demasiado tonta para entender estas cosas.

—O es posible que tu hermano pequeño no entendiera bien lo que pretendía explicarte —dijo Buxted—. El riesgo no está en la altura, sino en la fragilidad de la válvula, que es la que controla la altura. Debido a la presión atmosférica, la cuerda que abre la válvula debe manejarse con extrema precaución. Si la válvula no se abre lo suficiente, el globo puede pasarse la zona de descenso. Si se abre pero no se puede volver a cerrar, el gas se escapa con tal violencia que el globo desciende a toda velocidad hasta que se estrella contra el suelo.

Por fortuna, Charis se puso tan pálida al pensar que podía ser testigo de un desastre tan terrible, que Jessamy intentó distraerla, diciendo:

—¡Mirad! ¡Han empezado a llenarlo!

Efectivamente, la bolsa de seda que antes estaba extendida en el suelo se alzaba por encima de la multitud. Mientras se inflaba y ascendía, despertó gritos de admiración entre los espectadores pues, aunque aquellos que la habían observado de cerca sabían que la barquilla era roja y azul con volutas doradas, no fue hasta que la bolsa empezó a llenarse cuando aquella confusión de colores dio lugar a unas rayas verticales rojas y blancas, con una raya azul cruzada como si fuera una banda.

—¡Tu sufrimiento está a punto de terminar, primo! —dijo Frederica.

Pero antes de que el marqués pudiera responder, los dos se sobresaltaron al escuchar el grito que profirió Charis. Frederica se volvió rápidamente, justo a tiempo para ver cómo caía la mano de su hermana, y para cogerla antes de que se desmayara. Miró a su alrededor, asustada, y vio que el globo, liberado de sus anclajes, ascendía rápidamente con una pequeña figura colgando, como un mono, de una de las cuerdas que hasta entonces lo tenía sujeto al suelo. Se quedó rígida, y tan paralizada por el miedo que no podía hablar ni moverse. Sus aterrorizados ojos permanecieron fijos en la figura menguante de Felix; y no percibió ni los gritos de los sorprendidos espectadores, ni el silencio que se instaló entre sus acompañantes.

El silencio fue interrumpido por Jessamy. Tan pálido como Charis, exclamó de pronto:

—¡Están tirando de él! ¡No intentes escalar, imbécil! ¡Dios mío! ¡No conseguirá sujetarse!

Enterró el rostro entre las manos, pero lo levantó cuando oyó decir al marqués:

—¡Sí que lo conseguirá! ¡Aguanta, pequeño! ¡Mirad, lo están subiendo!

Sus ojos, como los de Frederica, no se apartaban de Felix, que era una figura diminuta e indistinguible en el cielo. La incertidumbre estaba durando segundos que parecían horas.

—¡No lo veo! —gritó lord Buxted—. ¡No logro distinguirlo!

—¡Sí, sí! —exclamó Jessamy con labios temblorosos—. ¡Lo están subiendo a la barquilla! ¡Bien hecho, diablillo! ¡Ya verás cuando te ponga las manos encima! ¡Ya verás!

Y dicho esto se sentó en la hierba y escondió la cabeza entre las piernas.

Alverstoke, que se había subido al estribo del landó, cogió a Frederica por la muñeca.

—¡Ven! —dijo con aire autoritario—. ¿No irás a desmayarte ahora? ¡Felix está a salvo!

Lord Buxted que, al igual que Jessamy, parecía sufrir una conmoción, dijo:

—¿A salvo? Señor, si le parece que eso es estar a salvo...

—¡Cállate, imbécil! —le interrumpió Alverstoke, mirando a su sobrino de una forma tan amenazadora que el bienintencionado joven estuvo a punto de echarse a temblar.

Frederica recuperó la compostura. Con voz ronca, pero con una calma que pretendía imitar la de Alverstoke, dijo:

—Yo nunca me desmayo.

De pronto se acordó de Charis, que estaba inconsciente contra su hombro, y dijo:

—¡Charis! No sé en qué estaba pensando. Olvidé que...

—Tome —dijo Eliza, sacando un frasquito de sales del bolso—. Acuéstela sobre el asiento. No se preocupe, yo me ocuparé de ella. Por el amor de Dios, Vernon, ¿qué podemos hacer?

—¡Reanimar a Charis! —le recomendó él.

—¡No me refería a eso! —soltó Eliza, al tiempo que desataba a Charis las cintas del sombrero y dejaba a un lado el elegante diseño—. Frederica, siéntese en mi sitio, o deje que Vernon la ayude a bajar del carruaje.

Frederica, que seguía conmocionada por el susto, cedió a la presión de la mano de Alverstoke y bajó del landó. Le temblaban tanto las rodillas que se alegró de poder sujetarse a su brazo. Hizo un esfuerzo para sonreír, y dijo:

—Te ruego que me perdones. Me estoy comportando como una estúpida. No soy capaz de pensar, pero tú sabrás qué hacer. ¡Dime, primo!

—No se puede hacer nada —dijo Alverstoke.

Ella se quedó mirándole por un momento, muy sorprendida, y dijo:

—¡Nada! Tienes razón, claro. ¡Nada! Ni siquiera sé... ¡Primo! ¿Sabes adónde se dirigen? El objetivo de los aeronautas es descubrir hasta dónde pueden llegar, ¿no?

—Creo que sí, pero no debes preocuparte. Tendrán tantas ganas de librarse de Felix como tú de recuperarlo. No sé dónde descenderán pero, a juzgar por la dirección del viento, sospecho que será cerca de la región de Watford.

—¡Watford! ¿No está eso muy lejos?

—No, está a menos de veinte millas. No creo que se arriesguen a aterrizar hasta que no salgan de la metrópoli y sus alrededores. Una cosa es ascender en Hyde Park, y otra muy distinta es bajar este globo infernal en una zona llena de pueblos y ciudades.

—Sí. Sí, comprendo. No lo había pensado... Y supongo que tendrán mucho cuidado, ¿no crees?

—Sin duda.

Frederica hizo un esfuerzo para sonreír.

—No me da miedo que sufran un accidente. Pero lord Buxted ha dicho que el frío es muy intenso a gran altura, ¡y eso sí que me da miedo! Verás, Felix es muy robusto, pero se resfría con mucha facilidad, y el catarro siempre se le va al pecho. No es que sea tísico. Nuestro médico lo llama bronquitis, y dice que lo más seguro es que se le pase con el tiempo, pero... no puedo olvidar que hace dos años sufrió un ataque muy grave, y estuvo muy enfermo. Y está ahí arriba con

una chaqueta como único abrigo... —se detuvo, y una vez más forzó una sonrisa—. No digo más que tonterías. No se puede hacer nada.

—No se puede hacer nada, pero los aeronautas le abrigarán bien. Cuenta con ello.

Alverstoke habló con su habitual tono de indiferencia, pero este tuvo su efecto: inconscientemente, Frederica se sintió mucho más tranquila. También tuvo su efecto en lord Buxted, pero muy diferente.

—¡Por el amor de Dios! —dijo, muy enfadado—. ¿Eso es lo único que se le ocurre decir en un momento como este?

Alverstoke le miró enarcando las cejas.

—Sí —respondió. Vio que Buxted apretaba los puños, y sonrió débilmente—. Yo que tú no lo haría —le advirtió.

Por un momento parecía que Buxted iba a ceder al impulso, pero logró dominarse. Su rostro estaba acalorado, y dijo con rabia contenida:

—¿Acaso ignora los peligros a los que está expuesto el chico, o es un insensato?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Alverstoke—. Me alegra saber que tienes sangre en las venas, pero como no cierras la boca, tendré que comprobarlo por mí mismo.

—¡Callaos los dos de una vez! —exclamó Eliza—. Charis, escúcheme. ¡Felix está a salvo! No hay por qué llorar, ¿me oye? ¡Cálmese!

Pero Charis, que había recuperado la consciencia, estaba llorando como una Magdalena, y era incapaz de mirarlos ni de entender lo que Eliza estaba diciendo.

—¡Está histérica! —dijo Alverstoke—. ¡Lo que nos faltaba! Ahora tendremos a una multitud agolpándose a nuestro alrededor.

Frederica, que había subido rápidamente al carruaje, dijo:

—Ya me encargo yo, prima. Tranquilizarla solo servirá para empeorar las cosas.

Mientras hablaba, arrancó a Charis de los brazos de Eliza, y le dio un deliberado bofetón en la mejilla que sorprendió al resto de la compañía casi tanto como a su víctima. Charis tomó aire entre un sollozo y un gemido, y miró el decidido rostro de su hermana con los ojos asustados y llenos de lágrimas.

—¡Felix! —exclamó—. ¡Oh, Felix, Felix! ¡Oh, Frederica!

—¡Silencio! —ordenó Frederica—. ¡No quiero oír ni una palabra más hasta que no logres dominarte!

Eliza descendió del carruaje, y comentó a su hermano en voz baja:

—Vaya, parece que ha funcionado. ¡Aunque ha sido un poco drástico! Al fin y al cabo, la pobre chica ha sufrido una terrible conmoción, y es evidente que es muy nerviosa.

—¡Demasiado! —replicó Alverstoke.

Superando una náusea repentina gracias a su fuerza de voluntad, Jessamy se puso en pie. Estaba muy pálido y respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo. Clavando su mirada severa en el rostro del marqués, dijo:

—¡Déjeme su faetón, señor! ¡Se lo ruego! No lo llevaré yo, se lo prometo. ¡Curry puede encargarse de conducirlo! ¡Por favor, señor!

—¿Estás proponiendo que persigamos el globo? —preguntó Alverstoke, divertido.

—¡Por el amor de Dios, Jessamy, no seas ridículo! —exclamó lord Buxted—. ¡Este no es momento para hacerse el valiente!

—¡Al contrario! —opinó Alverstoke—. A mí me parece que es justo el momento.

—¡Tampoco es momento para bromear! —replicó Buxted, poniéndose colorado.

—¡Señor! —le suplicó Jessamy—. ¡Déjemelo, por favor!

Alverstoke negó con la cabeza.

—Lo siento, Jessamy. El globo está a millas de distancia. Sí, ya sé que todavía resulta visible, pero es una impresión engañosa, créeme. La situación no es tan desesperada como lord Buxted pretende hacer creer. Los accidentes son la excepción, no la regla.

—¡Pero ocurren! —dijo Jessamy—. Y aunque todo salga bien, Felix se morirá de frío. Además, no lleva dinero, ni... Señor, ha dicho que descenderán cuando encuentren un lugar seguro, y si no lo pierdo de vista...

—¡Tonterías! —soltó lord Buxted.

—¿Tú crees que es posible seguirlo? —preguntó Eliza a su hermano.

—Supongo que sí, ¿pero para qué? Aterrizará mucho antes de que podamos alcanzarlo; y por muchas ganas que tengan, los hombres no abandonarán a Felix. Cuando encontremos el lugar del descenso (si es que lo encontramos, que lo dudo), Felix estará regresando a Londres en un coche de alquiler.

—¡Dijo que aterrizarían en campo abierto, señor! Pueden encontrarse a millas de distancia de cualquier pueblo. Y... ¡imagínese que no consiguen aterrizar a salvo! ¡Tengo que ir, señor! ¿Por qué no estará Harry aquí? —dijo Jessamy, angustiado.

—¡Primo...! —exclamó Frederica.

Alverstoke la miró a los ojos, adivinando la tácita súplica que había en ellos. Sus labios esbozaron una mueca, y encogiéndose de hombros dijo:

—¡Está bien!

La expresión angustiada de Frederica se convirtió en una de profundo agradecimiento.

—¡Gracias! —dijo—. ¡Sé que no tengo derecho a pedirte, pero te lo agradecería mucho!

—¡Y yo que vine aquí pensando que iba a aburrirme! —dijo el marqués—. Eliza, me temo que tengo que dejarte. ¡Acepta mis disculpas!

—¡No te preocupes! —respondió su hermana—. Acompañaré a nuestras primas a casa, y Buxted me llevará de vuelta a Alverstoke House.

El marqués asintió y miró a Jessamy.

—¡Sube!

—¿Va a venir conmigo? —preguntó Jessamy, con el rostro transformado—. ¡Oh, gracias! ¡Ahora estoy seguro de que lo conseguiremos!



El entusiasmo no duró mucho tiempo. Cuando llegaron a Stanhope Gate, Jessamy recordó los distintos peligros que amenazaban a Felix, y a partir de entonces guardó silencio. Sus ojos, que hasta entonces brillaban con fuerza, estaban tristes y sombríos. Mientras el faetón se aproximaba a la verja, se acercó un elegante tálburi conducido por un hombre muy feo, pero vestido a la última moda. Nada más posar los ojos en los rucios de Alverstoke, el hombre frenó el espléndido zaíno que tiraba de las varas de su carruaje, y exclamó:

—¡Alverstoke! ¡Te estaba buscando!

El marqués frenó sus caballos, pero negó con la cabeza.

—¡Lo siento, Canguro! ¡No puedo perder ni un momento!

—Pero si solo quiero... ¿Se puede saber adónde vas? —gritó Cooke[21], volviéndose en su asiento mientras el faetón le adelantaba.

—¡A perseguir un globo! —exclamó Alverstoke por encima del hombro.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Jessamy—. ¡Pensará que se ha vuelto loco!

—Es posible. ¡Y no será nada más que la verdad!

Se produjo un momento de silencio, al cabo del cual Jessamy preguntó, tratando de aparentar tranquilidad:

—¿Quiere decir que esta persecución no tiene sentido, señor?

—¡Oh, no! —exclamó Alverstoke, que había captado el matiz de angustia en su voz—. ¡Es posible que nos lleven ventaja, pero hasta ahora nadie me ha ganado una carrera!

Reinó el silencio durante media milla. Jessamy lo interrumpió, diciendo con rabia:

—¡Se merece que le den una paliza! ¡Si lo encontramos sano y salvo, yo mismo me encargaré de hacerlo!

—¡Ni lo sueñes! —exclamó el marqués—. Llevo una hora soñando con abofetearlo, y ni siquiera Harry me arrebatará ese placer.

Jessamy soltó una carcajada, pero al cabo de un momento dijo:

—Debería pegarme a mí. ¡Ha sido todo por mi culpa!

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en convencerte de eso —dijo Alverstoke con ironía—. No me interesa saber cómo has llegado a semejante conclusión, así que no te molestes en contármelo. Pero si alguien tiene la culpa aparte de Felix, soy yo. Te recuerdo que estaba a mi cargo, no al tuyo.

Jessamy sacudió la cabeza.

—No debería haberle dejado con esos hombres. ¡Sé muy bien cómo es!

—¿Ah, sí? ¿De veras sospechabas que arriesgaría su vida para participar en ese vuelo?

—¡Santo cielo, no! Nunca habría sospechado que... Pero sí que pensé que debía vigilarlo, y... si no me hubiera enfadado con el primo Buxted, tal vez lo habría hecho —confesó Jessamy, mirando al frente con obstinación—. ¡Y todo por culpa de mi mal carácter! Me puse hecho una furia porque el primo Buxted le dijo que saliera del recinto. ¡Y lo peor es que tenía razón! —enterró el rostro entre las manos, y dijo con un hilo de voz—: ¡Nunca estaré preparado para el sacerdocio, nunca!

—No hasta que aprendas a controlar tus arrebatos de locura —dijo Alverstoke con frialdad. Dio un momento a Jessamy para que asimilara su comentario, antes de añadir, más animado—: Pero estoy seguro de que lo conseguirás. No voy a insultarte llamándote niño pequeño, pero aún no eres mayor, ¿sabes?

Jessamy dejó caer las manos y esbozó una sonrisa.

—Sí, señor. Lo sé. Hay que tener la entereza suficiente para no dejarse llevar, ni para magnificar los propios pecados, porque eso es una forma de autoindulgencia, ¿no cree?

—Es posible. No es algo que me suela pasar, la verdad —dijo el marqués con indiferencia.

—A Frederica tampoco. Y no acostumbra a sermonearnos. ¡Y aun así es la mejor persona que conozco! —Luego añadió, con una inesperada franqueza—: Sé que resulta raro decir esto de una hermana, pero es la verdad, y no me avergüenza decirlo. Tal vez no sea una belleza como Charis, pero... pero...

—¡Vale cien veces más! —completó el marqués.

—¡Sí, por Júpiter! —exclamó Jessamy con los ojos brillantes.

Dicho esto se sumergió en el silencio, que solo interrumpió para responder con monosílabos a las preguntas de Alverstoke; para preguntarle a qué velocidad le parecía que viajaba el globo y para decir, en un arrebato de confianza:

—Me parece muy mal lo que ha hecho, señor, muy mal, pero hay que reconocer que tiene muchas agallas.

—¡Oh, sí, es muy valiente! ¡Y muy ignorante!

—Supongo que sí. ¡Pero yo no habría sido capaz!

—¡Menos mal!

—No me habría atrevido —confesó Jessamy.

—¡Espero que tengas un poco más de sentido común! —dijo Alverstoke con aspereza—. Si a tu edad hicieras algo tan descabellado, habría que enviarte a Bedlam[22].

—Sí, ¡si lo hiciera! Pero no puedo evitar sentirme avergonzado sabiendo que mi hermano pequeño ha hecho algo que yo no me atrevería a hacer.

Esta muestra de infantilismo arrancó una carcajada al marqués, que no explicó a Jessamy por qué se reía. En lugar de eso le recomendó que vigilara el globo, el cual, a excepción de los breves intervalos en que quedaba oculto detrás de las casas o los árboles, había permanecido todo el tiempo a la vista. Se había elevado a una altura considerable, pero no parecía ir muy deprisa. Por lo que Alverstoke podía ver, su distancia del faetón era de unas ocho o diez millas, y esta aumentaba con lentitud. El globo se había situado desde el principio al oeste de la carretera: circunstancia que, cuando se desplazó hacia el oeste, asustó tanto a Jessamy, que tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su impaciencia. Pero lo consiguió, pues aunque deseaba pedir a Alverstoke que abandonara la carretera principal para perseguir el globo por un camino que parecía conducir directamente hacia él, su sentido común le dijo que aquello sería una locura. Los caminos rurales trazaban sendas muy erráticas, y muchas veces daban a una granja o una aldea. Jessamy controló su irritación nerviosa, diciéndose que el globo estaba viajando hacia el noroeste a un ritmo constante, y que cuando parecía alejarse se debía simplemente a las curvas de la carretera. Pero siempre que se veían obligados a detenerse en una barrera de peaje, o el guarda tardaba demasiado en responder a los imperativos toques de corneta de Curry, le daban ganas de gritar de exasperación. La imperturbable calma de Alverstoke también le irritaba, y siempre que el marqués detenía sus caballos, tenía que clavarse las uñas en las palmas de las manos para no soltar un acalorado e imprudente discurso. ¡Parecía que Alverstoke ni siquiera se estaba esforzando en alcanzar el globo! Pero cuando miró su impassible perfil, vio que el marqués había girado un poco la cabeza, y que estaba dirigiendo su mirada experta hacia el globo. Aquello le hizo sentir mejor, e incluso llegó a pensar que Alverstoke sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Cuando pasaron Stanmore, el marqués preguntó por encima del hombro:

—¿Dónde puedo cambiar los caballos después de Watford, Curry?

—Lo he estado pensando, señor. Creo que en Berkhamsted.

—Pues como ese maldito globo no descienda pronto, me veré obligado a cambiarlos en Watford. Imagino que estará cerca de Berkhamsted, pero no quiero matar a mis caballos de cansancio. Tú te quedarás con ellos, Curry.

—¿Cuánto queda para Berkhamsted, señor? —preguntó Jessamy.

—Unas diez o doce millas.

—¡Vamos con una hora de retraso! —exclamó Jessamy, consternado.

—¡Más! ¡Probablemente mucho más!

—Mire, señor —le interrumpió Curry—. ¡Parece que está descendiendo!

Jessamy se quedó mirando el globo hasta que le empezaron a llover los ojos. Se los restregó con la mano y dijo, muy enfadado:

—¡Maldito sol! ¡No está descendiendo! ¡Sigue igual que...! ¡No, por Júpiter! ¡Es verdad! ¡Mire, señor!

Alverstoke dirigió una mirada fugaz al globo.

—Está descendiendo, no hay duda. ¡Una vez más tengo razón! Os dije que aterrizaría en la región de Watford.

Jessamy, que se sentía mucho más optimista, pensó que la reacción del marqués ante la buena noticia era muy graciosa. El joven soltó una carcajada, y exclamó:

—¡Menudo granuja está hecho, señor! ¡Oh, no debería haber dicho eso! ¡Le ruego que me disculpe!

—¡Me lo pensaré!

—Oh, como si le importara un comino lo que yo le diga. A mí no me puede engañar, señor, porque sé muy bien que... —El joven se interrumpió, y después de un momento de tensión, dijo, muy angustiado—: ¿Por qué se está desviando? Hace un momento estaba bajando en línea recta.

—Lo estarás mirando desde un ángulo diferente.

—¡No! Eso no explica su actual trayectoria.

Al cabo de un minuto el globo quedó oculto detrás de un bosquecillo, y cuando el faetón pasó el último árbol, había desaparecido por completo. Jessamy empezó a plantear al marqués preguntas sin respuesta: ¿por qué se había desviado el globo? ¿Habría alguna forma de manejarlo? ¿Se habría estropeado la válvula?

—Supongo que cuando se acercaron al suelo, descubrieron que había más viento del que pensaban —dijo Alverstoke.

Jessamy lo miró con ojos desorbitados.

—¿Más viento? ¿Recuerda lo que nos contó el primo Buxted? Dijo que a veces los amarres arrancan arbustos enteros y no consiguen anclar el globo, lo cual les obliga a cerrar la válvula, y el globo asciende otra vez, y...

—Recuerdo vagamente las historias que Buxted estaba contando a tus hermanas, pero como nunca le he oído decir nada que merezca la pena, me temo que no presté demasiada atención. Supongo que es posible que ocurra algo así, pero como este globo en particular no ha vuelto a ascender en el aire, está claro que no ha sufrido el mismo destino.

—¡Tiene razón! No se me había ocurrido. Sin embargo...

—Jessamy —le interrumpió el marqués con cansancio—. Tus reflexiones sobre la materia son tan inútiles como las de Buxted. Ninguno de los dos sabéis nada sobre aeronáutica. Y tengo que reconocer que yo tampoco. Así que es inútil que me bombardees a preguntas. Y aún más que te preocupes imaginando catástrofes sin fundamento.

—¡Perdóneme, señor! —dijo Jessamy con frialdad—. No pretendía aburrirle.

—Lo sé. Por eso me he aventurado a hacerte una advertencia —dijo el marqués a modo de disculpa.

Jessamy se vio obligado a morderse la lengua ante aquel magistral desaire, y a girar la cabeza para que Alverstoke no pudiera ver lo cerca que estaba de reírse. Aún seguía muy digno cuando llegaron por fin a Watford. Pero las noticias que les aguardaban en la posada de Essex Arms alejaron cualquier otro pensamiento de su mente.

Oh sí (dijo el posadero), habían visto el globo con absoluta claridad. Menudo jaleo se había armado. Todo el mundo salió a verlo, pero después volvieron corriendo, porque el globo estaba tan bajo que parecía que iba a aterrizar en medio del pueblo.

—Pero por supuesto no lo hizo. Solo una pandilla de majaderos podía pensar algo así, milord. Según tengo entendido, aterrizó entre Watford y King's Langley. Y dudo que quede algún chico en el pueblo aparte de los míos. Todos se fueron, y algunos lo bastante mayores para saber que no

tiene sentido participar en semejantes tonterías. Porque estaba claro que no lo verían aterrizar. ¿Y qué sentido tiene recorrer varias millas para verlo tirado en el suelo?

—¿Cuánto hace que descendió? —preguntó Jessamy con impaciencia.

—Eso no sabría decírselo, señor —respondió el posadero, sonriéndole con indulgencia—. Hace una hora que pasó por el pueblo. Una hora y media tal vez.

Jessamy miró a Alverstoke con los ojos brillantes; una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Menos mal! ¿A qué distancia está ese lugar... King's Langley?

—A unas cinco millas, señor. Pero yo no me creo todo lo que me dicen. A saber si el globo aterrizó allí. Yo solo sé que ninguno de esos idiotas ha vuelto aún. A menos que se hayan quedado mirándolo con la boca abierta, lo más seguro es que hayan ido a buscarlo al siguiente condado.

—Entiendo —dijo Alverstoke—. Sírvame una jarra de cerveza, por favor. Pide lo que quieras, Jessamy. Voy a hablar con Curry.

Mientras hablaba, salió de la posada, y encontró a Curry y al mozo llevando los rucios al establo. El marqués dirigió su mirada experta a los caballos. Estaban sudando, pero aún no estaban agotados.

—¡Son unos caballos de primera, señor! —dijo Curry con orgullo—. Ya le dije que eran muy resistentes.

Alverstoke asintió, pero Curry se percató de que tenía el ceño fruncido, y le dirigió una mirada interrogante.

—No están heridos, señor. Les daré unas gachas calientes, y...

—Sí, y dale instrucciones precisas al mozo. Quiero que me acompañes.

—Como guste, señor. ¿Ha ocurrido algo grave?

—No estoy seguro. No le digas nada al señorito Jessamy, pero está claro que la última vez que vimos el globo se estaba desviando de su curso. Es posible que lo haya arrastrado el viento, pero como el terreno está bastante despejado, seguramente ha aterrizado sin problemas.

—No hay razón para pensar lo contrario, milord.

—No, pero parece que ninguno de los que salieron a verlo han vuelto. Si no había nada que ver aparte de la barquilla y la bolsa vacía, ¿por qué están tardando tanto?

—¡Bueno, ya sabe cómo son los niños! —sugirió Curry.

—Sí. Pero no todos eran niños. Es posible que me haya dejado contagiar por la angustia de Jessamy, pero tengo el presentimiento de que voy a necesitarte. ¡Te doy quince minutos!

Alverstoke regresó a la posada, y encontró a Jessamy refrescándose con una gran jarra de cerveza. El joven la dejó en la mesa con un suspiro de satisfacción y le entregó una similar, diciendo:

—¡Qué sed tenía! Aquí está la suya, señor. El posadero me ha dicho que es muy fuerte.

—En ese caso se te subirá a la cabeza, y tendré que dejarte aquí a dormir la mona.

—No se preocupe. Imaginé que me achisparía un poco, así que solo he pedido media pinta.

—¡Menos mal!

Jessamy soltó una carcajada, pero dijo con timidez:

—Supongo que ya le he molestado bastante con mis... arrebatos de locura, señor.

—Vaya, ¿qué he podido decir yo para que pienses eso? —preguntó Alverstoke, muy sorprendido.

—Puede decir lo que quiera, pero lo sabe muy bien, señor. ¡Menudo desaire me ha hecho! Me... me temo que me ofendí, y no debería haberlo hecho.

—¡Bien dicho! —dijo Alverstoke con aprobación—. Pero si te has tomado eso como uno de mis desaires...

—Pues si no lo era, espero no recibir ninguno —dijo Jessamy con franqueza—. ¿Cuándo nos pondremos en marcha, señor? He estado pensando, y no me extrañaría que nos los encontremos de regreso a Londres. Salvo que... ¿qué habrá pasado con el globo?

—Buena pregunta. Pues no tengo ni idea.

—Lo he estado pensando. No pueden llevárselo, pero tampoco pueden volver a inflar la bolsa porque ¿de dónde sacarían el hidrógeno? Además, no pueden llevar todas las bombas en un carromato... Bueno, sí que podrían, pero tardarían un día entero en llegar allí, y eso suponiendo que supieran el sitio exacto donde iba a aterrizar el globo, lo cual es imposible.

—Cierto. Supongo que llevarán el globo en un carro o algo parecido hasta un lugar seguro, y lo dejarán allí para recuperarlo más tarde.

—Pues si es así como lo hacen, ¿no demuestra eso lo absurdo que es todo? —dijo Jessamy en tono de burla—. ¡Bonita manera de viajar! Imagínese aterrizar en mitad de un campo, seguramente a millas de distancia de donde uno deseaba estar, y después verse obligado a trasladar la barquilla, la bolsa, los anclajes y el resto del equipo a un carro, y luego salir a buscar una especie de carromato...

—Tiemblo solo de pensarlo —reconoció Alverstoke—. Pero me imagino que los globos no están pensados únicamente para viajar. ¿Estás listo para ponerte en marcha?

Jessamy se puso en pie de un salto y salió de la posada. Estaba observando los nuevos caballos del marqués con ojo crítico cuando Alverstoke se unió a él, intercambiando con Curry comentarios despectivos sobre los caballos de tiro. A Jessamy le sorprendió que Curry se montara en el faetón detrás de ellos, pero aparte de decir que pensaba que Alverstoke pretendía dejarlo a cargo de los caballos, no hizo ningún comentario. El joven estaba preocupado y se limitó a asentir cuando, una milla más tarde, Alverstoke empezó a despotricar contra los caballos lentos.

Los únicos vehículos que se cruzaron en el camino fueron el coche del correo y un cupé privado. Ambos se dirigían al sur e iban a toda velocidad. Y el único caminante fue un anciano venerable vestido con un guardapolvo, que dijo no saber nada de globos, añadiendo que odiaba los globos y todos los inventos modernos. Pero al final de la segunda milla, Alverstoke vio a un grupo de personas y detuvo sus caballos. La mayoría eran de edad inmadura, y habían salido a la carretera por la puerta de una granja situada en medio de unos prados. Estaban hablando animadamente entre ellos, y (como dijo el marqués en tono de burla) parecían perfectamente capaces de recorrer dos millas para contemplar un globo desinflado.

El marqués estaba en lo cierto. Además, su hazaña se había visto recompensada con creces. No habían llegado a tiempo para ver nada; pero allí estaban, y (como aseguraron varias voces a milord) nunca se había visto semejante desastre en esa región, o al menos nadie lo recordaba. Los viajeros debían de estar como una cabra, porque, con tres acres de terreno despejado, no se les

ocurrió otra cosa que descender en medio de unos árboles y quedarse enredados entre las ramas. ¡Fue un terrible accidente! Uno de los caballeros había conseguido bajar sano y salvo, pero el otro, que estaba intentando ayudar al joven que traían con ellos, se había caído y se había roto un brazo. En cuanto al joven, bajó golpeándose con las ramas, y estaba tan cubierto de sangre que le dieron por muerto.

—Y eso no tuvo ninguna gracia —explicó al marqués uno más mayor.

—¿Dónde están? —preguntó Jessamy con voz ronca—. ¿Dónde?

—¡Ya no se puede ver nada, señor! Se fueron todos a Monk's Farm hace una hora, con el joven subido en una carreta. Ninguno de los que vinimos de Watford llegamos a tiempo para ver nada más que el globo, con las cuerdas enredadas en un olmo. No sabemos cuándo empezarán a bajarlo, y no creo que merezca la pena. Por eso nos fuimos.

—¡Yo vi al médico montado en su calesa! —exclamó un golfillo.

—¡Sí, y te llevaste un tortazo de la señorita Judbrook por metomentodo!

—¿Dónde está Monk's Farm? —preguntó Alverstoke, interrumpiendo las risas provocadas por este último comentario.

Le dijeron que estaba en Clipperfield; afirmación que no tardó en verse matizada por unas palabras que no presagiaban nada bueno: «O eso dicen». Pero cuando solicitó una información más detallada, lo único que fue capaz de deducir de las señas contradictorias, y generalmente incomprensibles que le ofrecieron media docena de personas, fue que el camino que conducía al pueblo se cruzaba con la carretera de la posta en King's Langley.

El marqués interrumpió los esfuerzos de un joven muy educado para describir la ubicación exacta de Monk's Farm, y prosiguió su camino, diciendo:

—Será más fácil descubrir dónde está la granja cuando lleguemos a Clipperfield —miró brevemente a Jessamy, y añadió—: ¡Tranquilo! ¡Recuerda que está con un médico!

Jessamy, que estaba muy pálido, estaba intentando controlar los escalofríos que recorrían su cuerpo.

—Pero han dicho que... que... —logró decir.

—¡Les he oído! —le interrumpió Alverstoke—. Han dicho que le habían dado por muerto, y que estaba cubierto de sangre. Cielo santo, querido, ¿llevas toda la vida en el campo y no sabes que los analfabetos convierten cualquier accidente sin importancia en un melodrama? «Que le han dado por muerto» puede traducirse como «quedó inconsciente por la caída»; y eso de «cubierto de sangre»... ¿Cómo no iba a sangrar si se tropezó y cayó golpeándose con las ramas?

—¡Es verdad! —dijo Jessamy, esbozando una sonrisa—. O... ¡a lo mejor le sangraba la nariz!

—¡Es posible!

—Sí, pero... —se detuvo, incapaz de controlar su voz. Luego dijo, muy angustiado—: ¡No creo que haya sido un accidente sin importancia!

—No, me temo que es posible que se haya roto un par de huesos —repuso Alverstoke con frialdad—. ¡Esperemos que le sirva de lección! Y ahora voy a hacer algo que estabas deseando que hiciera desde el principio de esta expedición: ¡poner los caballos a galopar!

Mientras hablaba, los caballos aumentaron su velocidad, y pronto se pusieron a galope tendido. En cualquier otro momento, la atención de Jessamy se habría visto absorbida por la

habilidad de aquel magnífico jinete, que conducía unos caballos extraños a toda velocidad por una carretera sinuosa, demasiado estrecha para ser segura, y en absoluto vacía. Pero la angustia se apoderó de él, y su único impulso, cuando Alverstoke sorteó un montículo de forma impecable, o frenó en una curva repentina, fue rogarle que fuera más deprisa. No fue él, sino Curry, que iba muy atento a los movimientos de su patrón, el que se tapó los ojos cuando el marqués tomó una curva sin visibilidad, dejando unos centímetros de distancia entre el faetón y el coche que venía de frente; y fue Curry el que gritó cuando aparecieron las primeras casas de King's Langley:

—¡Por el amor de Dios, milord!

Pero apenas pronunció estas palabras se arrepintió, porque el marqués ya había detenido sus caballos. Mientras entraban al trote en la aldea, Alverstoke preguntó por encima del hombro:

—¿Decías algo, Curry?

—¡Nada, milord! ¡Pensé que se había vuelto loco, pero le pido perdón! —dijo el postillón, tomándose las libertades propias de los criados de confianza.

—¡Y haces bien, porque me encuentro de maravilla!

—¡Mire! ¡Ahí hay un letrero! —dijo Jessamy, inclinándose en su asiento.

—¡Clipperfield y Sarratt! —leyó Curry.

El marqués tomó la curva con elegancia, pero inmediatamente se vio obligado a ir más despacio. El camino era sinuoso y estrecho, bordeado de setos sin podar, y con tantos baches y socavones que Curry comentó, en tono de burla, que menos mal que estaban en junio y no en febrero, porque entonces se habrían encontrado en medio de un barrizal. Después de recorrer dos fatigosas millas, que pusieron a Jessamy al borde del ataque de nervios, el postillón dijo:

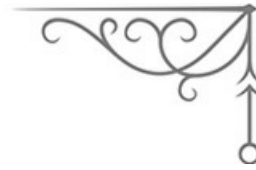
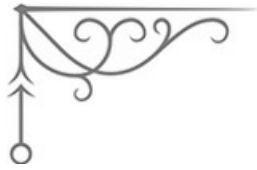
—En el siguiente cruce veo un par de chimeneas a la izquierda, milord. ¡Debe de ser ahí!

Aparentemente, el revuelo que hubiera podido suscitar el accidente en Clipperfield había desaparecido por completo. Solo había una persona a la vista: una mujer corpulenta que estaba cortando un repollo en el pequeño jardín de su casa. Como, según ella, tenía muchas cosas que hacer para ocuparse de globos, no pudo proporcionar a Jessamy ninguna información sobre Felix. Pero le dijo a Alverstoke que Monk's Farm estaba a una milla por carretera, hacia Buckshill. La mujer señaló con el cuchillo hacia el sur, y dijo que no tenía pérdida: declaración que no inspiró mucha confianza al marqués, pero que resultó ser cierta.

La granja se hallaba a unas cien yardas de allí. Era una casa grande y laberíntica de considerable antigüedad, rodeada de graneros, pocilgas y establos para el ganado. Delante de la puerta, que estaba abierta, se encontraba la calesa del médico a cargo de uno de sus hombres. Alverstoke entró por una gran verja blanca y se dirigió a la granja.

Antes de que pudiera detener el faetón, Jessamy se bajó de un salto y se fue corriendo a la casa. Se oyó una voz chillona que le preguntó quién era y qué quería.

—¡Vaya! —dijo el marqués—. ¡Esta debe de ser la mujer que le dio un tortazo a ese jovencito metomentodo!



La puerta de la granja daba a un pasillo de enlosado irregular, al final del cual una vieja escalera de roble conducía a la planta superior. Jessamy, que se quedó dudando después de su impetuosa entrada, se encontró con una mujer de rostro anguloso, cuyas duras facciones mostraban todas las señales del mal genio crónico. En respuesta a su pregunta, el joven balbuceó:

—¡Perdone! Ve... venía a buscar a mi hermano. El... el chico que trajeron aquí en una carreta.

Su respuesta, lejos de tranquilizarla, tuvo el mismo efecto que una cerilla al lado de un barril de pólvora. La mujer le miró con los ojos desorbitados, enrojeció y dijo:

—¡Ah! ¿sí? ¡Entonces me alegro de verte, jovencito, y espero que hayas venido a llevártelo! Esta casa no es un hospital ni una posada, y tengo muchas cosas que hacer para andar cuidando a niños enfermos, ¿sabes? Es más, yo no soy enfermera, y no pienso asumir esa responsabilidad, digas lo que digas.

Lo que amenazaba con convertirse en una larga diatriba se interrumpió, y la mujer se quedó con la boca abierta. Allí, en el umbral de la puerta, estaba Alverstoke. Su figura siempre había resultado imponente, pero en esta ocasión también fue inesperada porque, aunque llevaba un largo abrigo gris con varias capas en los hombros, este estaba desabrochado, y mostraba el exquisito atuendo que solía vestir en Londres, que incluía un elegantísimo chaleco, unos pantalones immaculados y unas botas relucientes. En Bond Street habría pasado por elegante; en una aldea resultaba un poco fuera de lugar. Pero la señorita Judbrook estaba tan impresionada como sorprendida.

—¿Por qué iba a asumir esa responsabilidad? —preguntó Alverstoke con amabilidad, pero con un matiz de desprecio—. Supongo que usted debe de ser la señorita Judbrook. Yo soy lord Alverstoke. Si no tiene inconveniente, me gustaría ver al médico.

La señorita Judbrook se había quedado tan impresionada que hizo una ligera reverencia, diciendo:

—Sí, milord.

Pero como era una mujer de armas de tomar, no tardó en recuperarse de la sorpresa, y añadió:

—No quiero que piense que soy una desconsiderada, milord, ni que pretendo faltar a mi deber. Pero a mí no me corresponde ocuparme de los niños que se caen de los globos. Y ni puedo ni pienso hacerlo, como ya debería saber el señor Judbrook, que ha permitido que me lo traigan aquí sin decirme una palabra, y encima ha llamado a Betty, la de la lechería, para que se ocupe de él. ¡No voy a hacer su trabajo, así que ni lo piense! Siento mucho lo que le ha pasado al joven, pero de ahí a alojarle aquí, con lo enfermo que está, y tener que sentarme con él sin hacer nada... No tengo ni tiempo ni paciencia para hacerlo, y ya se lo he dicho a la cara al doctor Elcott. ¡Y como la señora Hucknall ponga un pie en esta casa, me marchó!

—Bueno, todo eso puede arreglarse... ¡si me deja hablar con el médico! —dijo Alverstoke.

La señorita Judbrook se sorbió la nariz con resentimiento, pero la actitud aburrida del marqués la desconcertó.

—¡Eso espero, milord! —dijo, más amable—. El médico está en el salón, poniéndolo todo perdido con sus tablillas, sus vendas, sus cuencos de agua y quién sabe qué más. ¡Por aquí!

Abrió una puerta a la izquierda del pasillo, diciendo:

—Doctor, ha venido a verle lord Alverstoke y el hermano del chico. ¡Y le agradecería que no tirara más agua en mi alfombra nueva!

—¡Oh, váyase, buena mujer, váyase! —dijo el médico con irritación.

En contra de las expectativas de Jessamy, el médico y el segundo de los aeronautas eran las únicas personas que había en el salón. El aeronauta, que lucía una venda en la frente, estaba sentado en una butaca junto a la mesa, mientras el médico le vendaba el antebrazo y lo sujetaba a una tablilla.

—¿Felix? —preguntó Jessamy—. ¿Dónde está mi hermano?

El médico interrumpió su tarea, y le dirigió una mirada penetrante bajo sus pobladas cejas.

—Usted es su hermano, ¿verdad? Pues bien, no debe preocuparse. ¡Por más que lo ha intentado, no ha conseguido matarse!

El hombre desvió la mirada hacia Alverstoke, y lo saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Buenos días, milord! ¿Es usted familiar del chico?

—Sí, soy su primo, y su... tutor —dijo Alverstoke.

—¡Pues permítame que le diga que como tutor deja mucho que desear! —dijo el médico, retomando su tarea.

—Eso parece —admitió Alverstoke—. ¿Cómo está el chico?

—Aún es pronto para saberlo. Ha sufrido una grave contusión, tiene la muñeca torcida y varios cortes en la cara, pero no se ha roto ningún hueso, a excepción de dos costillas. Y está lleno de magulladuras, por supuesto. Hará una media hora que volvió en sí, quejándose de que le dolía la cabeza. Lo que parece indicar que...

—¡Eso es la altitud! —dijo su actual paciente—. Mucha gente sufre un terrible dolor de cabeza cuando...

—¡No soy ningún tonto! —refunfuñó el médico—. ¡Y haga el favor de estarse quieto!

—¿Ha sufrido algún daño en el cerebro? —preguntó Jessamy, como si temiera conocer la respuesta.

El médico le dirigió otra de sus miradas penetrantes.

—Nada parece indicarlo. Lógicamente estaba un poco confundido, pero creo que era consciente de lo que había pasado. Gritó que «no podía», y farfulló algo sobre caerse.

Una vez más intervino el aeronauta.

—¡Pensé que estaba a salvo, milord! —dijo, dirigiéndose a Alverstoke—. Todo iba bien hasta que emprendimos el descenso. Pero entonces perdimos el control. Verá, cuando uno se acerca al suelo...

—Sí, ya sé que muchas veces encuentran corrientes de aire inesperadas —le interrumpió Alverstoke—. Y que el viento los arrastró a una arboleda sin saber por qué. Solo quiero saber qué paso cuando se quedaron enredados en el... olmo. Porque era un olmo, ¿verdad?

—Sí, puede que fuera un olmo, milord. La verdad es que no entiendo de árboles. Cuando el señor Oulton vio que no podía esquivarlo (que era lo que deberíamos haber hecho si la válvula no se hubiera atascado), me dijo que me sujetara de una rama y bajara de la barquilla. «¡Tú primero, Beenish, y ayuda al chico!», me dijo. Y eso fue lo que hice. No fue muy difícil, ni tampoco demasiado peligroso. Solo teníamos que desalojar el peso de la barquilla para evitar que se colara entre las ramas y se estrellara contra el suelo. La válvula estaba abierta y el gas se estaba escapando muy deprisa, así que no había peligro de que el globo volviera a ascender, ¿sabe? Además, el pequeño no tenía ningún miedo, se lo prometo. Estaba más fresco que una lechuga. ¡No dejaba de pensar en maneras de controlar el globo! «No se preocupe por mí», me dijo. «Ya me las arreglaré». De lo cual no tuve ninguna duda, señor. El señor Oulton le ayudó a bajar de la barquilla, y me pareció que no quería darme la mano, cuando de pronto pareció volverse loco. O eso me pareció. No sé qué otra cosa pudo ser, porque parecía que se había agarrado bien a la rama. Pero todo pasó tan deprisa que no estoy seguro. Solo sé que gritó: «¡No puedo!», y... se cayó. Le prometo que hice todo lo que pude, milord. Intenté sujetarlo, pero perdí el equilibrio, ¡y cuando me quise dar cuenta estaba en el suelo!

Jessamy, que había estado escuchándolo con creciente incredulidad, exclamó:

—¿Felix? ¡Pero si trepa como un gato!

—Si usted no sabe por qué no consiguió agarrarse a la rama, se lo diré yo, joven —intervino el médico—. ¡Porque tenía las manos heladas de frío, por eso!

—¡Cielo santo! —exclamó Beenish—. En ningún momento nos dijo que...

—Porque no lo sabía. Sabía que las tenía heladas, pero no que no podía usarlas. Solo a un muchacho se le habría ocurrido algo así.

Beenish, que estaba mirando al marqués, se debatía entre el sentimiento de culpa y el deseo de exculparse de cualquier tipo de responsabilidad.

—¡Señor, no fue culpa nuestra! —dijo—. Tendríamos que haberle mandado a paseo, pero no estaba haciendo nada malo y, como dijo el señor Oulton, es un chico muy inteligente... Nada que ver con los muchachos de su edad. Solo quería ver cómo ascendía el globo. Nada más.

—Por favor, no crea que le estoy echando la culpa —dijo el marqués—. Si hay algún culpable, soy yo, porque estaba a mi cargo.

—¡No! ¡Es culpa mía! —dijo Jessamy con un hilo de voz.

—No sospechábamos que pretendía subir, milord. Es verdad que le dije que nos encantaría llevarle con nosotros, pero nunca pensé que... Nos lo pidió, ¿sabe?, y el señor Oulton le

respondió con cierta brusquedad, diciendo que era demasiado joven, y que... Pero parecía tan triste... No sé si sabe a qué me refiero, milord.

—Sé perfectamente a qué se refiere —dijo el marqués con gravedad.

—Así fue, milord. Le dije que no podíamos llevarle sin el consentimiento de su padre, y el señor Oulton me dio la razón. Le dijo que si subía a un menor de edad sin el consentimiento de su padre, terminaría en la cárcel. —Al recordarlo, el señor Beenish esbozó una sonrisa—. Y el muy granuja se lo recordó nada más subir a la barquilla. «¡No se preocupe!», le dijo al señor Oulton, muy contento. «¡No irá a la cárcel, porque no tengo padre!». —El señor Beenish soltó una carcajada—. ¡Tiene muchas agallas, señor! —dijo—. ¡No perdió los nervios en ningún momento! Cuando le vi colgando de la cuerda mientras el globo subía a toda velocidad, como hacen siempre, pensé que se asustaría y haría alguna estupidez, y le grité que se agarrara bien. Pero lo hizo, y como pudieron ver, lo subimos. Disfrutó mucho del vuelo, aunque no dejaba de tiritar. — Jessamy emitió un suspiro, que hizo que el señor Beenish volviera la cabeza—. Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano, señor, pero no se podía hacer nada.

—Lo sé. Y además le salvaron la vida. Se... se lo agradezco mucho —dijo Jessamy—. ¿Dónde está, señor? ¿Puedo verlo?

—¡Pues claro que puede verlo! —respondió el médico—. Está acostado en la planta de arriba. La primera puerta a la derecha de las escaleras. Vaya a sentarse con él, y dígame a la joven que dejé allí que puede volver a la lechería. Está profundamente dormido, no se le ocurra despertarlo. Y no se asuste cuando vea la venda que tiene en la cabeza. He tenido que darle unos puntos en la cara.

—No me asustaré, señor —dijo Jessamy con humildad—. ¿Si se despierta, desea que le llame?

—No se despertará. Le he administrado un narcótico, porque quiero que duerma lo más posible. ¡Venga, márchese! —El médico miró a Jessamy mientras el joven salía corriendo del salón. Luego dirigió una sonrisa a Alverstoke y ajustó el cabestrillo que había anudado al cuello de Beenish—. Ya he terminado con usted —le dijo—. ¡Espero que esto le sirva de lección! Si Dios hubiera querido que los hombres voláramos, nos habría dado alas. Tendrá que guardar reposo por un tiempo.

—¡Oh, no es nada! —dijo Beenish con alegría—. Me encuentro perfectamente, doctor. ¡Le agradezco lo que ha hecho! Espero que el joven no salga malparado. Voy a ver si han recuperado el globo.

—¡Mucho valor y muy poco cerebro! —dijo el médico mientras Beenish cerraba la puerta—. ¡Globos! ¿Qué será lo siguiente?

—Felix podría darle la respuesta, yo no —repuso Alverstoke, quitándose el abrigo y dejándolo en una butaca—. Ahora dígame la verdad, doctor. ¿Cómo está el chico?

—Vuelva a preguntármelo mañana, milord —replicó el médico con aspereza, guardando el instrumental de su oficio en un maletín—. No le estaba mintiendo cuando le dije que aún era pronto para saberlo. Aunque no me habría importado mentir mientras su hermano estaba aquí. Conozco a las personas aprensivas, y no me gustaría tener que atenderle a él también. ¡Estaba hecho un manojo de nervios! En cuanto al otro... ¿Cómo ha dicho que se llamaba? Felix, ¿verdad?

Pues bien, no se ha roto ningún hueso. Solo lo que le conté, pero no debe preocuparse por un par de costillas. No obstante, ha sufrido una fuerte conmoción. Por eso le he dado todo el láudano que he podido. Normalmente no lo hago (¡no crea esas tonterías que suelen decirse de los médicos!). Pero en estos casos es de extrema importancia que el paciente esté tranquilo. Yo no me preocuparía demasiado por el dolor de cabeza, pero aún es pronto para saberlo. Y si está pensando en sacarlo de aquí, milord, será en contra de mi voluntad.

—Puede estar tranquilo, doctor. No tengo ninguna intención de llevármelo.

—¡Me alegro! Si no me equivoco, el chico necesitará cuidados constantes, y ahí está el problema. Judbrook es un hombre respetable, pero no podemos contar con su hermana. Y lo peor es que no puedo enviarle a una enfermera. Solo hay una en los alrededores, y ahora mismo está asistiendo un parto muy complicado...

—Si se refiere a la señora Hucknall —le interrumpió el marqués—, no hace falta perder el tiempo discutiendo sus méritos. La señorita Judbrook me ha dicho que, como ponga los pies en esta casa, se irá. Pero no se preocupe, doctor. Mañana vendrá a atenderle la tía de Felix, o más probablemente su hermana, la señorita Merriville. Y ahora dígame qué es lo que le preocupa.

El doctor Elcott estaba atando las correas de su maletín, y tardó un momento en responder. Después de fruncir el ceño con severidad, dijo al fin:

—Milord, el chico estaba helado hasta los huesos.

—Mi tutela es muy reciente, doctor, pero la hermana del chico me ha dicho que sufre una dolencia en el pecho llamada bronquitis.

El médico soltó un resoplido.

—¡Oh sí! Un nombre nuevo para una dolencia muy antigua, milord. Si solo le pasa eso, puede considerarse afortunado. Prefiero no decir nada más hasta que no esté seguro, milord. ¡Ya veremos! Polly Judbrook es una solterona intratable, pero al menos ha tenido la precaución de envolver al chico en mantas y ponerle un ladrillo caliente en los pies. Además es un joven muy fuerte. ¡Tiene una constitución excelente! Si lo desea, puede llamar a uno de sus médicos de Londres, milord —añadió con brusquedad—. ¡No tengo ningún inconveniente! Pero ahora mismo no le diré mucho más que yo, y tampoco le dará otras instrucciones. Procure que el chico esté tranquilo y abrigado, dele toda el agua de cebada que quiera (le he dicho a Polly que prepare un poco; y lo hará, no se preocupe). Ah, y si tiene fiebre, dele un poco de solución salina. Yo mismo la prepararé, y enviaré con ella a mi ayudante. No le dé vino caliente, se lo ruego, ni ninguno de esos remedios de viejas —hizo una pausa, y miró a Alverstoke con recelo—. Supongo que piensa quedarse con él, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Pero no tengo mucha experiencia con la enfermedad (por no decir ninguna), y hasta ahora nunca había cuidado a una persona convaleciente. Por eso le agradecería que me dijera exactamente qué es lo que tengo que hacer, y dónde puedo encontrarle en caso de necesidad.

—Todo el mundo sabe dónde vivo; y si hubiera un cambio alarmante en el estado del chico, Judbrook mandará a uno de sus hombres a buscarme. Vendré —dijo, con humor mordaz— porque parece un hombre sensato, milord. No una persona que pierde los estribos porque un niño enfermo se pone a delirar cuando se pasa el efecto de la droga. Su caso no es desesperado. Mañana vendré a verlo.

Cuando el médico se hubo marchado, el marqués estuvo varios minutos considerando su situación. Había que reconocer que era inusual, y aunque estaba preparado para enfrentarse a ella sin perder ni un ápice de su aplomo y su sangre fría, deseó, cuando echó un vistazo a la nota que había dejado el médico, que sus instrucciones fueran un poco más extensas. Miró el papel con tristeza antes de doblarlo y metérselo en el bolsillo, y salió en busca de Curry.

—¡En menudo lío nos hemos metido, milord! —dijo Curry—. Betty y esa vieja bruja han dicho que el señorito Felix está al borde de la muerte. Pero espero y confío en que no sea así.

—No creo. Curry, voy a enviarte a Londres.

—¿Ah, sí? —preguntó Curry, mirándolo.

—Sí, y lo antes posible —dijo Alverstoke, sacando su reloj—. Deberías estar allí antes de medianoche. Cambia de caballos las veces que consideres necesario. Vas a llevarte al señorito Jessamy. Aquí no pinta nada, y la señorita Merriville pensará que la situación es más grave de lo que es si ve que ni Jessamy ni yo hemos regresado a Londres esta noche. Incluso puede que le resulte útil, y sin duda le hará compañía mañana, cuando venga a ocuparse del señorito Felix.

—Si es que no la angustia todavía más —dijo Curry—. ¡Estuvo temblando como una hoja todo el camino hasta aquí, señor!

—¡Lo sé! Pero, a menos que me equivoque, no lo hará cuando se sienta responsable de su hermana. Volverás a Watford en el faetón y lo dejarás allí. El resto del camino lo harás en el coche de posta. ¡Toma!

Curry se resistió a aceptar el fajo de billetes que le ofrecía su patrón.

—¡Puede que lo necesite, milord!

—No de manera inmediata. Mañana me traerás provisiones. El señor Trevor se encargará. Cuando llegues a Upper Wimpole Street intenta hablar con la señorita Merriville. Dile que mañana irás a recogerla en mi coche a la hora que desee, ¡pero no permitas que salga esta noche! No creo que se le ocurra, porque tiene demasiado sentido común para eso. Cuando le hayas aclarado todo, ve a Alverstoke House y entrega al señor Trevor la carta que voy a escribir. Él se encargará del resto. Mañana acompañarás a la señorita Merriville (o a la señorita Winsham) a Watford, y allí recogerás mis caballos y mi faetón y los traerás aquí. ¡Quiero que entiendas una cosa, Curry! Te hago responsable de este viaje, y si la señorita Merriville habla de alquilar un coche o algo parecido, le dirás que te he ordenado que venga en mi carruaje. Lo necesitaremos cuando podamos sacar de aquí al señorito Felix. Y ahora pídele una pluma, papel y tinta a esa mujer tan desagradable, y llévalos al salón. Así le demostraré que soy una persona importante.

—¡Oh, ya me he encargado de eso, milord! —respondió Curry, sonriendo—. Es un marimacho, ¿sabe? Pero le he dicho: «Cuando milord quiere algo, lo paga generosamente». Y desde entonces parece otra.

—Me alegro. Dile que contrate a una mujer del pueblo (o a todas las mujeres que quiera), y que me la envíe. ¿Dónde está su hermano? ¿Lo has visto?

—Aún no, milord. Se fue con sus hombres a recoger el globo, y a cargarlo en su carronato. ¡Aunque a su hermana no le hizo ninguna gracia!

—¡No me sorprende! —exclamó el marqués.

Los útiles de escritura que Curry le llevó al salón dejaban mucho que desear. La tinta estaba turbia, la pluma necesitaba una reparación urgente y el papel estaba arrugado y un poco sucio. El marqués intentó sacarles el mejor partido posible, pero se resistió a usar las coloridas obleas que le llevó Curry, limitándose a doblar la nota que había escrito a Charles Trevor. Tal vez se viera obligado a escribir con una pluma goteante en un papel sucio, pero por nada del mundo sellaría una carta con una oblea rosa, verde o azul chillón.

El marqués entregó la misiva a Curry, y estaba a punto de subir por las escaleras cuando se vio interrumpido por la entrada en escena del señor Oulton, acompañado del granjero. Alverstoke se vio obligado a escuchar las explicaciones, acusaciones y excusas del señor Oulton con toda la paciencia que pudo, pero le pareció que el señor Judbrook era un hombre de pocas palabras y buena voluntad.

—Solo tiene que decirme lo que quiere, señor, y yo se lo daré —dijo Judbrook—. Mi hermana es muy maniática, pero el que manda soy yo, así que no se preocupe.

Felix había sido trasladado a una enorme habitación de techo bajo, y estaba acostado en una cama con dosel y cortinas color carmesí, y cubierto por una colorida colcha de retales. Se hallaba profundamente dormido y respiraba con dificultad. Tenía la cabeza vendada, y parecía tan pequeño y maltrecho que Alverstoke se olvidó de su mal humor y se vio obligado a compadecerlo. Se quedó mirando a Felix por un momento, y al volver la cabeza vio los ojos de Jessamy clavados en su rostro, revelando una dolorosa pregunta. Pero cuando le devolvió la mirada, se dio cuenta de que en sus ojos había mucho más que una pregunta; también había confianza. Aquel joven extraño, que a veces parecía mayor de lo que era, esperaba que él, que se había pasado la vida evitando las responsabilidades, que casi nunca se había preocupado por nadie y que no sabía cuidar enfermos, se encargara de Felix, de sí mismo, del médico y hasta de la desagradable señorita Judbrook. Era el colmo del absurdo, pero al marqués no le hizo gracia. Pensó que la fe que Jessamy había depositado en él le convertía en una figura casi tan patética como su hermano. Si sospechara lo poco que le apetecía aceptar esa responsabilidad, y lo indigno que se sentía de ella... Ni siquiera sabía si sería capaz de asumirla.

Alverstoke dirigió una sonrisa a Jessamy y dijo en voz baja:

—Deberíamos haber sospechado que saldría de esta con un par de costillas rotas y unos cortes de nada, ¿verdad? ¡Demonio de niño!

Jessamy pareció tranquilizarse un poco, pero respondió:

—El médico ha dicho que aún es pronto para saberlo. Tiene un aspecto terrible... ¿y ha visto cómo respira?

—Eso es el efecto del narcótico —dijo Alverstoke.

—¡Ah! ¿Está seguro, señor?

—Sí. —El marqués intentó acallar su conciencia pensando que la verdad era menos importante que la necesidad de disipar los temores de Jessamy—. Respecto a lo que ha dicho el médico, es cierto que comparte tu misma inquietud. Sería muy extraño que Felix no contrajera un gravísimo resfriado después de exponerse al frío de esa manera. Ahora, la necesidad más urgente es traer aquí a tu hermana. Ella sabrá qué hacer.

—¡Es cierto! No crea que no lo he pensado. Ella siempre sabe lo que hay que hacer. ¿Pero cómo...?

—Quiero que regreses a Londres para que la traigas aquí mañana —dijo Alverstoke.

Jessamy retrocedió.

—¡Oh, no! ¡No pienso abandonarlo! ¡Cómo puede pensar una cosa así!

—Estoy pensando en Frederica, Jessamy, no en ti.

—Por supuesto, pero... ¿no podría ir usted, señor, y dejarme al cuidado de Felix? ¡Soy yo el que tiene que ocuparse de él!

—Te equivocas. Felix estaba a mi cargo, y yo soy el responsable de cuidarlo. —Al ver que Jessamy se resistía, añadió en tono de burla—: ¿Crees que podrías hacerlo mejor que yo?

—¡No pretendía decir eso! Usted sabrá qué hacer si se despierta. Además, a usted le respeta más que a mí. Pero... ¿no podría ir Curry, señor?

—Curry también va. Ahora mismo está enganchando los caballos. Cenaréis en Watford, y allí tomaréis un coche de posta.

—¿Cómo puede pensar en cenar? ¡No podría probar ni un solo bocado! ¿Y por qué tengo que ir yo además de Curry?

—¡Shhh! ¡No grites tanto! Vas a ayudar a Frederica y a tranquilizarla. ¡No se te ocurra organizar una de tus escenas! Piensa en lo nerviosa que estará si esta noche no regresamos ninguno de los dos. Curry nunca lograría convencerla de que el estado de Felix no reviste gravedad. No le extrañará que yo me quede con Felix, te lo aseguro; pero si tú también te quedas, pensará que está a las puertas de la muerte. En cuanto a eso de no cenar, te diré que no has comido nada desde el desayuno, y que no tiene sentido que llegues a Upper Wimpole Street al borde del desmayo. Sinceramente, querido, matarse de hambre porque Felix se ha puesto enfermo me parece un poco melodramático, ¿no crees?

Un intenso rubor cubrió las delgadas mejillas de Jessamy.

—¡Lo siento! —murmuró, bajando la cabeza—. No quería dejarme llevar por uno de mis... arrebatos de locura. Si usted cree que debo ir, iré.

—Sí, lo creo. Es posible que Frederica te necesite. Habrá que ocuparse de infinidad de cosas. Quizá prefiera que te quedes en Londres para que hagas compañía a Charis. No querrá dejarla sola bajo ningún concepto y, por lo que tengo entendido, tu tía pasa la mayor parte del tiempo en Harley Street.

—¡Y Harry se ha ido a las carreras de Gales con uno de sus estúpidos amigos! —dijo Jessamy con amargura—. Precisamente cuando más lo necesitábamos.

—Harry no podía saber que ibais a necesitarlo. No quiero que pienses que tengo algo en su contra, pero si estuviera en el lugar de Frederica, recurriría a ti antes que a él.

Jessamy se ruborizó de nuevo, pero esta vez de satisfacción.

—¡Gra... gracias! —dijo, tartamudeando—. No sé si estaré a la altura, pero lo intentaré. ¡Y si Frederica quiere que me quede con Charis, lo haré! —tomó aire, y dijo con heroicidad—: ¡De hecho, yo mismo se lo voy a proponer! —Una vez más le asaltaron las dudas, y miró al marqués con ansiedad—. Solo que... Señor, ¿tendría la amabilidad de decirme exactamente qué es lo que

tengo que hacer? Me refiero al alquiler del coche y los postillones. ¿Cuánto me costará? ¡Además, me temo que no tengo dinero suficiente para costear el viaje!

—Curry se encargará de eso, y no hará falta que alquiles un carruaje para Frederica. Vendrá en mi coche de viaje, que se quedará aquí hasta que podamos llevarnos a Felix. Le resultará mucho más cómodo que uno de alquiler.

—¡Ya lo creo! —dijo Jessamy, mirándolo con los ojos rebosantes de gratitud—. ¡Gracias! Usted siempre piensa en todo, señor. ¡Se lo agradezco de veras! ¡Haré exactamente lo que me ha dicho!

Alverstoke esbozó una sonrisa sardónica, pero se limitó a decir:

—Curry te dirá cuáles son mis órdenes. Ahora vete con él. Ya es hora de que os marchéis.

Jessamy asintió, pero por un momento se quedó rezagado mirando a Felix.

—Sí, señor —dijo, mientras apartaba la vista y se mordía el labio—. Sé que con usted estará a salvo. Solo que... No lo abandonaré, ¿verdad? ¡Oh, le ruego que me perdone! ¡Sé que no lo hará!

—Ten por seguro que no lo abandonaré —replicó Alverstoke, empujándolo con suavidad hacia la puerta—. Aunque es posible que me entren ganas de hacerlo cuando se despierte e intente explicarme cómo propulsar un globo a vapor.

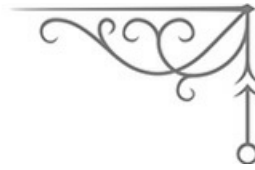
Jessamy rio con voz temblorosa, apretó la mano de Felix y salió con rapidez de la habitación.

El marqués cerró la puerta y, después de echar un vistazo a Felix, se acercó a la ventana. Curry había acercado el faetón a la casa, y al cabo de un momento apareció Jessamy y se montó en el carruaje. Curry arrancó los caballos. El marqués se quedó mirándolos hasta que el faetón se perdió de vista. Acto seguido se dio la vuelta y regresó a la cama para vigilar a Felix.

No era de extrañar que el aspecto del muchacho hubiera preocupado a su hermano. Lo que resultaba alarmante no era la venda que tenía en la cabeza, ni su dificultosa respiración, sino su inmovilidad y su posición: boca arriba y completamente recto, con las mantas subidas hasta la barbilla. Sin duda había sido el médico el que le había colocado en esa postura. Tal vez las costillas rotas le impidieran tumbarse de lado, pero parecía un muerto listo para enterrar. El marqués lo advirtió, pero como no era una persona aprensiva ni ansiosa, fue perfectamente capaz de conservar la calma. Se había llevado una buena impresión del doctor Elcott, y estaba dispuesto a someterse a sus instrucciones. Era evidente que al médico le inquietaba la evolución del enfermo, pero no esperaba grandes cambios de manera inmediata, y desde luego no pensaba que Felix corriera ningún riesgo. El marqués sabía lo que le esperaba: no era la inquietud, sino el aburrimiento. Horas y horas de aburrimiento, pensó, consultando su reloj. Y si Felix seguía durmiendo profundamente, no tendría otra cosa que hacer que intentar mantenerse despierto. Sin duda, el sillón le ayudaría a conseguirlo; parecía duro e incómodo. Recordó que esa misma noche estaba invitado a una agradable fiesta en Castle Inn. Sonrió con aire burlón al comparar ese compromiso con su situación actual. Esperaba que Charles Trevor lo recordara y presentara sus disculpas. Por supuesto que lo recordaría. Su secretario jamás olvidaba algo así. Además, estaría esperando noticias suyas. Seguramente Eliza le había contado lo ocurrido, y Charles debía de estar esperando a que el marqués solicitara sus servicios. Era un secretario muy eficiente y le

echaría mucho de menos, pero no tenía más remedio que dejarle marchar. Eso le recordó que debía presentarle a un importante hombre de negocios.

Así que el marqués se sentó en el sillón y se entretuvo considerando la cuestión.



Las meditaciones del marqués no tardaron en verse interrumpidas por una suave llamada a la puerta. Alverstoke la abrió y dejó pasar a Judbrook, que venía con una bandeja que dejó con sigilo en la mesa, susurrando que, además del agua de cebada, su hermana había preparado un cuenco de agua y vinagre, por si al chico le dolía la cabeza. El hombre parecía muy preocupado, y sacudió la cabeza con aflicción cuando miró a Felix.

—¡Está muy mal! —murmuró.

—Espero que no tanto como parece. ¿Usted cree que su hermana podría traerme un poco de carne fría o algo similar?

—¡No, milord, ni lo piense! Ha dicho que va a servir su comida en el salón dentro de media hora, y que le ruega que la disculpe por no haber podido preparar los platos a los que está acostumbrado, pues no le ha dado tiempo a preparar un asado de buey o de pollo. Nosotros comemos al mediodía —le explicó, a modo de disculpa—, pero Polly sabe muy bien cómo agasajar a un caballero. Durante quince años fue ama de llaves de un noble en Londres, ¿sabe? A veces me gustaría que siguiera allí, porque nunca le ha gustado el campo. ¡Por eso está tan amargada! Pero cuando mi esposa murió, pensó que su deber era cuidarme. Y a pesar de sus manías tiene buen corazón, milord. Se enfadó porque traje al chico sin consultárselo, y ella siempre tiene que llevar la contraria. No sé cómo tuve valor para echarla cuando estaba en mi terreno de tres acres, milord, que está a un cuarto de milla de aquí, y que fue donde ocurrió todo. Y ella tampoco. ¡Pero lo hice! —Una sonrisa asomó al rostro del granjero, que añadió con franqueza—: ¡Ya sabe cómo son las mujeres, milord!

—Desde luego —reconoció el marqués—. Aunque confío en llegar a un acuerdo con la señorita Judbrook, y para eso necesito su colaboración. En cuanto a la comida, por favor, dígame que no se moleste. Me conformo con un trozo de carne fría y un poco de queso. ¡Pero tráigamelos aquí, por favor!

—Estaba pensando en quedarme con el chico mientras usted baja a comer.

Alverstoke negó con la cabeza.

—No. Se lo agradezco, pero si se despierta y ve una cara extraña, podría asustarse —dijo con mucho tacto.

—Como usted diga, milord. Ah, una cosa más. No... no sé qué podría ofrecerle para beber —reveló Judbrook—. A excepción del vino de prímula que hace Polly (que según ella no es apropiado), no tenemos más vino en casa. Podría enviar a uno de mis hombres a la taberna, pero no creo que...

—¡De ninguna manera! A no ser que tampoco tenga cerveza. ¡Eso es lo único que quiero!

—Ah, si solo es eso, milord... —dijo Judbrook, aliviado—. ¡Le traeré una jarra ahora mismo!

También trajo una segunda bandeja, cargada con los mudos testigos de los esfuerzos de su hermana. Cuando el marqués quiso dar cuenta de una comida que empezaba con una taza de caldo excelente, e incluía un guiso apresurado de cordero y dos pichones a la brasa, el largo día de verano había empezado a declinar, y tuvo la satisfacción de ver aliviada un poco su carga, cambiar ligeramente de postura y girar la cabeza sobre el cojín. A continuación emprendió unas prolongadas negociaciones con el granjero, cuya reticencia a aceptar cualquier pago por su hospitalidad le habría aburrido mortalmente en otras circunstancias. También fue a buscar a la señorita Judbrook para felicitarla por sus habilidades culinarias, pensando que sus cumplidos podrían beneficiar más tarde a Frederica. La mujer no le dio ningún motivo para sentirse satisfecho por su maniobra, pues aunque se mostró educada, seguía estando muy seria. Sobre todo cuando le dijo que pronto se vería aliviada de cualquier tipo de responsabilidad con la llegada de Frederica a Monk's Farm. Después, el señor Judbrook le mostró dónde estaba su habitación, le rogó que le despertara si era necesario, le proporcionó unas cuantas velas y le dejó a solas en la habitación de Felix, para que pasara la noche lo mejor posible. Solo volvió a aparecer (en camisa de dormir, por lo que, sonrojado, pidió disculpas a milord) para darle la botella de solución salina que había traído el ayudante del médico.

El marqués se resignó a pasar largas horas de aburrimiento; pero no fue así. Mucho antes de que se levantara el empleado más madrugador de la granja, habría cambiado gustoso una semana de aburrimiento a cambio de la angustia que se apoderó de él cuando empezó a pasarse el efecto del láudano.

Al principio Felix estaba inquieto, murmurando palabras ininteligibles. Pero, tras sumergirse de nuevo en el sueño, se puso cada vez más nervioso. Pasó de un estado de semiinconsciencia a una confusa comprensión de sus dolores y sufrimientos. Con la garganta seca, pronunció el nombre de su hermana y emitió un agudo chillido. Pero cuando Alverstoke le cogió la otra mano con firmeza y se dirigió a él, el muchacho dio muestras de reconocerle. Sus dedos se aferraron a su mano como si fueran garras; miró el rostro del marqués y dijo, jadeando:

—¡No me deje caer! ¡No me deje caer!

—¡No voy a dejarte caer! —dijo Alverstoke, estirando la mano para coger la solución salina del doctor Elcott, que había vertido en un vaso a la primera señal de agitación—. Ya estás a salvo.

El marqués le soltó la otra mano, le incorporó y le acercó el vaso a los labios, diciendo:

—Quiero que te bebas esto. ¡Abre la boca!

—¡Quiero que venga Frederica! —dijo Felix, apartando la cara con inquietud.

Sin embargo, el joven cedió al tono imperioso del marqués cuando este volvió a decir:

—¡Abre la boca, Felix! ¡Haz lo que te ordeno!

Alverstoke, cuya escasa experiencia con las medicinas no incluía ninguna que no supiera a rayos, no le permitió rechazar la dosis, y se la hizo tragar sin contemplaciones.

Felix se atragantó, pero al cabo de un momento de llorosa indignación, pareció volverse más racional. Alverstoke dejó que volviera a reposar la cabeza en el almohadón y retiró el brazo.

—¡Mucho mejor! —dijo.

—¡Quiero que venga Frederica! —repitió Felix.

—Vendrá enseguida —le prometió Alverstoke.

—¡Quiero que venga ahora! —reclamó Felix—. ¡Dígaselo!

—Se lo diré.

Se produjo un breve silencio. Alverstoke pensó que Felix se había dormido, pero cuando iba a alejarse de la cama, descubrió que el muchacho le estaba mirando, y que parecía hacer un esfuerzo para distinguir su rostro. Y aparentemente lo consiguió, porque murmuró con un suspiro de alivio:

—¡Ah, es usted! ¡No se vaya!

—No.

—¡Tengo mucha sed!

Alverstoke le incorporó de nuevo y Felix bebió el agua de cebada, agradecido. Esta vez, cuando volvió a acostarlo se quedó dormido.

Pero fue un sueño agitado, y de corta duración. Felix se despertó con un sobresalto y una confusión de palabras en los labios. Era evidente que estaba sufriendo una pesadilla, y tardó un momento en escuchar la voz de Alverstoke. Entonces dijo, con voz confusa: «Primo Alverstoke», pero al cabo de un instante se quejó de que tenía frío. El marqués empezó a preocuparse, porque el chico tenía la mano caliente y áspera. Trató de calmarlo, y en un principio lo consiguió. Felix se quedó tranquilo por un momento, pero sin cerrar sus ojos vidriosos. De repente dijo con voz angustiada:

—¡Esta no es mi habitación! ¿Por qué estoy aquí? ¡No me gusta! ¡No sé dónde estoy!

—Estás conmigo, Felix —repuso el marqués con naturalidad.

Habló por instinto, pronunciando las primeras palabras que le vinieron a la cabeza, y pensando que había dicho una estupidez. Pero, después de parpadear, Felix sonrió y dijo:

—¡Ah, sí! ¡Lo olvidé! No va a abandonarme, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¡Cierra los ojos! Estás a salvo, te lo prometo.

—Es verdad. Mientras usted esté conmigo no me caeré —murmuró Felix con voz confusa—. ¡De eso estoy seguro!

Alverstoke no dijo nada, y al cabo de un rato comprobó, satisfecho, que el muchacho estaba dormido. Con sumo cuidado, le soltó la mano y se apartó para cambiar la vela de posición, a fin de que su luz parpadeante no le diera en la cara. Le pareció que el chico se había sumergido en un sueño más natural. Pero sus esperanzas de que fuera más prolongado no tardaron en verse defraudadas, y a partir de entonces se preparó para lo peor. El resto de la noche, Felix, incluso en la inexperta opinión del marqués, fue empeorando cada vez más. Estaba muy colorado, y su pulso era de una rapidez alarmante. Había intervalos en que dormía, pero nunca eran muy largos. Y cuando despertaba, siempre lo hacía en un estado de excitación febril que rayaba el delirio.

Parecía sufrir un dolor considerable; en uno de sus momentos de lucidez se quejó de que «le dolía todo el cuerpo», pero cuando Alverstoke le dio unas friegas en la parte de la frente que no tenía vendada, se alegró al notar que Felix le apretaba la mano y decía con irritación:

—¡La cabeza no!

Una segunda dosis de solución salina pareció aliviarle un poco, pero Alverstoke estuvo varias veces a punto de llamar a Judbrook y pedirle que fuera a buscar al doctor Elcott. Solo las últimas palabras del médico, que le advirtieron que Felix podía tener fiebre, y la certeza de que aún podía hacerle recuperar la consciencia, se lo impidieron.

Al amanecer, la fiebre cedió un poco, pero los dolores, no. Felix lloró en silencio, y gimió:

—¡Frederica, Frederica!

A las cinco, el marqués oyó una puerta que se abría con sigilo, y se apresuró a salir de la habitación para interceptar a Judbrook, que venía de puntillas por el pasillo con las botas en la mano.

Judbrook se quedó muy sorprendido al saber que Felix, lejos de mejorar, estaba gravemente enfermo. Le prometió enviar de inmediato a un empleado a la casa del médico en Hemel Hempstead, diciéndole que estaba a solo cuatro millas de distancia, y que el hombre iría a caballo. Echó un vistazo a Felix y, tras escuchar que precisaba más agua de cebada, se aventuró a sugerir que le sentaría bien una taza de té. El marqués vaciló, pero Felix, al que creía dormido, dijo con un hilo de voz: «Sí, me gustaría tomar un poco de té», así que Alverstoke dio su consentimiento.

—¡Se lo traeré en un santiamén! —dijo Judbrook, antes de añadir en voz baja—: ¡En cualquier caso no le hará mal, señor!

El marqués vaciló todavía más cuando el granjero le trajo la bandeja. No era un experto en té como su amigo lord Petersham, pero desconfió profundamente del oscuro brebaje que salió de la tetera, y deseó que Felix lo rechazara. Pero Felix no lo rechazó, y la taza pareció refrescarle. Y cuando, una hora más tarde, llegó el doctor Elcott, este se limitó a decir:

—Mientras no le dé vino caliente, me parece bien. Antes de que me ponga con el chico, ¿podría decirme qué le ocurre, milord? Parece un poco preocupado. ¿Ha pasado mala noche?

—Muy mala noche —respondió Alverstoke con cierta sorna—. En cuanto a qué le ocurre, confío en que usted sepa averiguarlo. Tiene mucha fiebre, a veces delira y se queja de todo tipo de dolores. Dice que le duele todo, pero afortunadamente no parece que le duela la cabeza.

—¡Buena señal! —gruñó el médico.

Elcott se quedó un buen rato en la habitación del enfermo y, tras un examen lento y minucioso, dijo alegremente, mientras arropaba de nuevo a Felix:

—Bueno, jovencito, supongo que no te encuentras bien, pero aún tienes una larga vida por delante. Ahora voy a darte algo para que te sientas mejor.

Felix ya no deliraba, pero aún no terminaba de recuperar la consciencia. Se opuso con rotundidad al examen del médico, argumentando que le dolía que le tocaran, y solo cedió cuando se lo ordenó el marqués. Más tarde se rebeló contra el espantoso líquido que el doctor Elcott había echado en un vaso, y el marqués, animado por la mirada del médico, se vio obligado a

intervenir de nuevo, tomando el vaso y administrándole él mismo la dosis. Cuando Felix apartó la cara, le dijo:

—Te estás convirtiendo en un auténtico pelmazo, Felix. Ya sabes que odio a los pelmazos, así que si quieres que me quede contigo, harás lo que te ordeno. ¡Venga!

Intimidado por su amenaza, Felix se tragó el líquido. Cuando el marqués le recostó en el almohadón y retiró el brazo de apoyo, el muchacho dijo con ansiedad:

—No va a abandonarme, ¿verdad?

—No.

Felix parecía satisfecho, y al cabo de unos minutos se le cerraron los párpados. El doctor Elcott posó una mano en el hombro del marqués y le animó a salir de la habitación.

—¿Tiene usted hijos, milord? —le preguntó mientras cerraba la puerta.

—No que yo sepa.

—¡Vaya! Pensé que los tendría. Sabe muy bien cómo tratarlos. En fin, es lo que pensaba: fiebre reumática. No me pregunte qué gravedad reviste su caso, porque aún no lo sé. Lo único que puedo decirle es que necesita cuidados constantes. Me dijo que su hermana vendría a encargarse de él. ¿Es una persona de fiar? Perdone que le hable con tanta libertad, pero es un asunto de extrema importancia.

—Puede confiar plenamente en la señorita Merriville —respondió Alverstoke—. Es una mujer muy sensata, y ha ejercido de madre del chico desde que era pequeño. Debo confesarle que no entiendo nada de enfermedades, así que debo pedirle que me aclare una cosa. Deduzco que la fiebre reumática es más grave de lo que pensaba, ¿verdad?

—Puede tener graves consecuencias —dijo el médico—. No obstante, el chico es fuerte, y me da la impresión de que tiene una constitución excelente, así que no vamos a alarmar a su hermana. ¿Cuándo llegará?

—No lo sé, pero conociéndola, estoy seguro de que vendrá lo antes posible. Por supuesto, querrá verlo.

—¡Y yo a ella! El chico estará tranquilo por un tiempo. Le he dado un narcótico, y espero que pase la mayor parte de la mañana durmiendo. ¡Y usted debería hacer lo mismo, milord!

—¡Preferiría afeitarme! —dijo el marqués.

—¡Haga las dos cosas! —le recomendó el médico.

El marqués se conformó con el afeitado. Miró con considerable recelo la anticuada navaja que le prestó Judbrook, pero aunque le costó manejarla, tenía la hoja muy afilada, y logró afeitarse sin contratiempos. Entretanto, la señorita Judbrook convirtió su arrugado fular de muselina en algo medianamente respetable; y aunque no quiso confiarle su abrigo para que lo planchara, Alverstoke pudo recibir a Frederica con un aspecto bastante presentable. Eso sí, prefirió evitar la mirada de su ayuda de cámara.

Frederica llegó poco después de las diez, montada en su ligero y confortable coche de viaje, y sin compañía. El marqués la ayudó a bajar y la estrechó por un momento entre sus fuertes brazos, diciendo:

—¡Buena chica! ¡Sabía que vendrías cuanto antes!

—No he salido de Londres tan pronto como me habría gustado, pero tus postillones me han traído aquí veloces como el viento. —Frederica le miró con la franqueza que tanto había aprendido a amar, y dijo con ojos risueños—: He tenido que darte las gracias tantas veces que ya no me quedan palabras, primo.

—¡No sabes cuánto me alegra saberlo! —replicó el marqués.

—Sí, te aburre mortalmente que te den las gracias, pero tú ya sabes lo que siento.

—No. ¡Ojalá lo supiera!

Frederica esbozó una sonrisa.

—¡Oh, no te burlas de mí! Te perdono porque sé que no lo harías si... si la situación fuera desesperada. ¡Dime! ¿Cómo está?

—Sigue dormido. Cuando le mandé a buscar esta mañana, el médico le administró una especie de narcótico. Tiene pensado volver a visitarle cerca de las doce. Le he contado que deseabas verle, y me ha dicho que él también desea verte. ¡Incluso tuvo el descaro de preguntarme si eras de fiar! Entra. Te han destinado un dormitorio, y han preparado el salón para tu comodidad.

—Si tiene la amabilidad de pasar, le enseñaré el salón, señora —dijo la señorita Judbrook, que esperaba en el umbral de la puerta.

Lo dijo con frialdad, pero pareció ablandarse un poco cuando Frederica exclamó, extendiendo la mano:

—¡Le agradezco mucho todo lo que ha hecho! Y siento haberle causado tantas molestias.

—Oh, no se preocupe, señora, no es ninguna molestia —repuso la señorita Judbrook, tomando su mano y haciendo una reverencia de mala gana—. Si el señor Judbrook me lo hubiera consultado, le habría dicho que trajera al joven de inmediato, pero yo no puedo ocuparme de atenderlo.

—¡No, desde luego! —reconoció Frederica—. Estoy segura de que tiene muchas cosas que hacer. —Después de seguir a su antipática anfitriona al salón, se detuvo en el umbral de la puerta, echó un vistazo a su alrededor y exclamó—: ¡Oh, qué alfombra más bonita!

El marqués, que pensaba que la alfombra era bastante fea, parpadeó. Pero al cabo de un instante advirtió que su querida Frederica había dicho justo lo que había que decir. La señorita Judbrook, rebotante de placer, dijo que la habían puesto hacía menos de un mes, y casi con cordialidad invitó a Frederica a subir con ella a la segunda planta.

El marqués, manteniéndose con prudencia en un segundo plano, salió a departir con sus sirvientes. Curry, que había venido en el faetón detrás del carruaje, estaba ayudando a uno de los empleados de Judbrook a sacar del coche parte del equipaje. Su ayuda de cámara, que había sobrevivido al viaje en el pescante sin perder la dignidad, se encargaba de dirigir las operaciones. El marqués ordenó a los postillones que llevaran el carruaje al Sun, en Hemel Hempstead, una posada que le había recomendado el doctor Elcott. A Knapp le dijo que buscara alojamiento allí, y a Curry que le esperara en el faetón hasta que estuviera listo para salir. A continuación volvió a entrar en la casa.

Frederica no tardó en reunirse con él en el salón. La joven declinó la butaca que le ofreció y se sentó en la mesa, con las manos entrelazadas.

—Sigue dormido, pero parece intranquilo. Tengo que volver enseguida, pero antes me gustaría que me contaras qué te ha dicho el médico, primo. Felix tiene mucha fiebre, e imagino la noche de angustia que habrás pasado. —Vio que el marqués dudaba, y añadió en voz baja—: Puedes hablar con total sinceridad. No soy ninguna estúpida, y no me asusto fácilmente. —Esbozó una ligera sonrisa—. No es la primera vez que uno de mis hermanos está enfermo, o que hace todo lo posible para matarse. ¡Así que dímelo!

—Elcott ha dicho que padece fiebre reumática —confesó Alverstoke con franqueza.

Frederica asintió.

—Me lo temía. Mi madre la sufrió una vez, y desde entonces nunca volvió a ser la misma; le afectó al corazón. Por entonces yo solo era una niña, pero recuerdo lo enferma que estuvo, mucho más que Felix ahora. Pero nuestro médico no era muy competente, y mi madre nunca estuvo bien atendida. Recuerdo que salía de la cama cada vez que oía llorar al niño. El niño era Felix, por supuesto. Pues bien, Felix no saldrá de la cama bajo ningún concepto. Es mucho más fuerte de lo que mi madre fue en toda su vida, y la ciencia médica ha avanzado mucho. No pienso dejarme llevar por la desesperación, te lo prometo. ¡Así que deja de mirarme como si temieras que fuera a desmayarme en cualquier momento!

—No temo nada de eso, porque sé que eres muy fuerte. Estoy serio porque sé que te esperan largas horas de angustia y cansancio. Espero que no termines agotada.

—¡Gracias, pero no soy tan débil! Además, Jessamy vendrá a ayudarme cuando pueda. Tal vez mañana, si Harry regresa a Londres esta misma noche, como creemos que hará. ¡Pobre Jessamy! Estaba deseando venir conmigo, pero no lo dijo en ningún momento. Sabía que no sería decoroso dejar a Charis acompañada únicamente por el servicio, y dijo que se quedaría en Upper Wimpole Street hasta que Harry viniera a ocupar su puesto. Piensa ir a Watford en el coche de posta, y reconozco que me alegrará tenerle conmigo. Puedo encargarle que vigile a Felix mientras duerme. Así podré echarme un rato en mi cama. ¿Has visto qué sensata soy, primo?

—Nunca lo he puesto en duda. ¿Puedo preguntarte qué papel juega la señorita Winsham en todo esto?

—Uno muy pequeño —confesó ella—. Mi tío murió anoche, ¿sabes?

—Lo lamento. Pensaba que eso liberaría a la señorita Winsham de lo que considera su principal deber, pero veo que me equivoco.

—Sí, porque mi tía Amelia está muy abatida, y le da un síncope cada vez que mi tía Seraphina se aparta de su lado. Sufre espasmos, ataques nerviosos y... ¡Dios mío, no debería hablar así! Tengo tan poca sensibilidad que me cuesta mucho simpatizar con personas como mi tía Amelia. Me dan ganas de... ¡No! ¡No debería decirlo!

—Sé muy bien lo que quieres decir —dijo el marqués, sonriendo—. Ya vi cómo trataste a Charis en una situación parecida.

—¡Pero eso no tuvo nada que ver! —replicó ella—. La pobre Charis había sufrido una profunda conmoción. Al menos tenía una excusa. La muerte de mi tío la esperábamos desde hace tiempo. ¡Además, jamás le daría una bofetada a mi tía Amelia!

—¡Por muchas ganas que tuvieras! —concedió Alverstoke.

—¡Por supuesto que no! —dijo Frederica, cuya severidad contrastaba con sus ojos risueños—. Eres el... Si no te estuviera tan profundamente agradecida, diría que...

—¿Que soy el hombre más detestable del mundo?

—¡Abominable es la palabra que tenía en mente! —respondió ella al instante. Pero su mirada se dulcificó enseguida—. ¡Oh, no debería decir eso! Por muy abominable que seas, has sido muy bueno con nosotros. ¡Ahora vamos a hablar en serio por un momento! La situación no es tan mala como piensas. Mi tía ha prometido vigilar a Charis de vez en cuando, pero considera que su principal obligación es su hermana. Yo pienso lo mismo, así que no se lo reprocho. Mi tía considera que sería inapropiado que Charis acudiera a fiestas en este momento. Y como, dentro de poco, Harry podrá acompañarla a pasear y a montar en carruaje, y además está la señora Hurley, mi tía cree que su presencia no será necesaria. Además, debo decirte que tu hermana (me refiero a la prima Elizabeth) está siendo tan buena como tú. Esta mañana le ha enviado una nota a Charis. La ha invitado a que se instale en tu casa mientras yo no estoy, y se ha ofrecido a acompañarla esta noche a la fiesta de lady Castlereagh. Charis ha declinado su oferta, por supuesto. Nada podría convencerla de salir a divertirse en estas circunstancias. Y... y sé que puedo contar con Harry. Quiere mucho a Charis, ¿sabes?, y no dejará que se ponga triste. —Frederica se levantó—. Tengo que irme. ¿Podrías informar a Charis de la situación cuando llegues a Londres, y asegurarle que no hay motivos para preocuparse? ¡Te lo agradecería mucho!

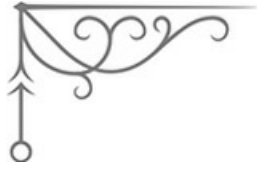
—Con mucho gusto, pero aún no voy a regresar a Londres. ¿Pensabas que iba a dejarte en la estacada? ¡No soy tan abominable! ¿Por qué crees que he mandado venir a mi ayuda de cámara, tontorrón?

—Ah, ¿era tu ayuda de cámara? Pensé que era un acompañante, y me pregunté por qué habías considerado necesario proporcionarme uno.

—¿Qué cosas se te ocurren, Frederica!

—¿Cómo voy a adivinar las ideas descabelladas que se te pasan por la cabeza? —preguntó Frederica—. ¡Nunca he conocido a nadie tan extravagante como tú! Pero no debes quedarte por mí. No hay ninguna necesidad, de veras.

—Te equivocas. Después de la angustia y el cansancio de las últimas veinticuatro horas estoy completamente agotado, y necesito pasar unos días en el campo. Me alojaré en el Sun, en Hemel Hempstead. ¡Y no me contradigas, por favor! No hay nada más aburrido que las discusiones inútiles. —El marqués tomó su mano y se la estrechó—. Me marchó, pero volveré pronto para comprobar que estás cuidando bien de mi pupilo.



El marqués no regresó a Monk's Farm hasta un poco antes de las seis. Para entonces ya se había echado una larga siesta, se había cambiado por completo de atuendo y había tomado una cena aceptable. Después de una breve conversación con los Judbrook, subió a la habitación de Felix y entró en ella con sigilo. Las cortinas de la ventana estaban echadas para impedir que entrara la luz del oeste, pero no tardó en percibir un cambio. La habitación ya no olía a cerrado, sino a lavanda. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, vio que habían instalado una cama supletoria y que habían retirado la gruesa colcha de retales de la cama. Además, habían colocado un biombo para proteger a Felix de la luz que más tarde proyectaría la lámpara de aceite que descansaba en la mesilla. Felix dormía de forma superficial, y no dejaba de gemir y murmurar. Frederica estaba sentada en el sillón, que había acercado a la ventana. Cuando vio quién había entrado en la habitación se levantó y se acercó al marqués como si fuera un fantasma, susurrando:

—¡No lo despiertes!

Salió de la habitación antes que él y cerró la puerta. El marqués advirtió que estaba pálida y muy cansada, y dijo:

—¿No ha mejorado? ¡Debes de haber pasado una tarde espantosa!

Frederica sacudió la cabeza.

—No. Aún es pronto para que mejore. Y a esta hora siempre sube la fiebre. Pero el doctor Elcott me ha dicho lo que tengo que hacer.

—¿Estás contenta con él? Si deseas consultar la opinión de otro médico, dímelo. Partiré ahora mismo a Londres y traeré al doctor Knighton, o al que tú prefieras.

—Gracias, pero no. Me da la impresión de que el doctor Elcott sabe lo que se hace.

—Muy bien. Entonces baja al salón a cenar. Ofenderás a la señorita Judbrook si no lo haces. Al parecer se ha esforzado en prepararte un elegante banquete que acaba de servir en la mesa y que, según me ha dicho, se echará a perder si te retrasas. Y como se te ocurra decir que no te atreves a dejar a Felix conmigo, me ofenderás a mí también.

—Puedes estar tranquilo. El doctor Elcott me ha contado que manejaste a Felix sin dificultad, y que has sido muy bueno con él. La verdad es que no tengo apetito, pero sé lo estúpido que sería quedarme sin cenar, así que bajaré ahora mismo. Si Felix se despierta y se queja de que tiene sed, hay limonada en la jarra azul que está encima de la mesilla.

—¿Por qué no se me ocurriría darle limonada anoche, cuando tenía tanta sed? —se lamentó Alverstoke.

Frederica sonrió.

—¿Cómo se te iba a ocurrir? En cualquier caso, no creo que la señorita Judbrook tuviera limones. Me traje algunos de Londres, lo que me recuerda que dentro de poco necesitaré más. ¿Mañana podrías comprarme algunos en Hemel Hempstead, primo?

—Sí, y cualquier otra cosa que necesites, ¡pero baja ahora mismo!

Frederica obedeció y, cuando regresó media hora más tarde, encontró al marqués incorporando a Felix con un brazo y tratando, sin mucho éxito, de darle la vuelta al almohadón con la otra mano. Frederica corrió a ayudarlo.

—¡Me temo que soy un poco torpe! —dijo Alverstoke, a modo de disculpa—. Felix no dejaba de girar la cabeza, buscando un lugar más fresco donde apoyarla. ¿Seguro que no quieres que lo vea otro médico, Frederica? Si te soy sincero, me da la impresión de que tiene más fiebre que anoche.

Frederica empezó a refrescar el rostro y las manos de Felix con un pañuelo mojado en agua de lavanda.

—El doctor Elcott me advirtió que antes de curarse empeoraría. Pronto será la hora de su medicina, y eso le aliviará, ya lo verás. A menos que... ¿tienes pensado volver ahora mismo a la posada, o puedes esperar veinte minutos? Podrías sujetarlo mientras yo le doy la dosis. Cuando está así, tan inquieto, me cuesta mucho hacerlo sin ayuda.

—Estoy a tu entera disposición, Frederica. ¿Has cenado?

—Sí, y me he bebido una copa de tu vino, primo. La señorita Judbrook me dijo que has traído una botella de la posada. ¡Gracias! ¡Ahora me siento más fresca que una lechuga!

—Me alegro —dijo él con gravedad. Iba a retirarse, pero al ver los esfuerzos de Frederica para evitar que Felix se destapara, regresó, diciendo—: Permite que te ayude. ¡No, mejor déjame a mí! Anoche lo conseguí. Es posible que hoy también tenga suerte.

Frederica le cedió el sitio, y el marqués se sentó, tomando la ardiente mano de Felix y hablándole en el tono autoritario que tan buenos resultados le había dado. Esta vez no volvió en sí, pero Frederica pensó que, aunque sus ojos febriles no reconocieron al marqués, sí que escuchó su voz implacable. Felix se tranquilizó. Siguió gimiendo, pero ya no volvió a resistirse. Rechazó la medicina, pero Alverstoke le mantuvo sujeto contra el hombro, y cuando abrió la boca para proferir una feroz e incoherente protesta, Frederica se apresuró a hacerle tragar el líquido. Felix se atragantó, tosió y rompió a llorar frenéticamente, pero el llanto fue cediendo poco a poco, y por fin emitió un suspiro de cansancio. Alverstoke volvió a recostarlo en la cama y susurró por encima del hombro:

—¡Vete a la cama, Frederica!

Ella parpadeó.

—Voy a acostarme en la cama supletoria —dijo en voz baja—. Por favor, no...

—Vete a dormir a tu habitación. Te despertaré a medianoche. Puede que antes si te necesito. Por favor, manda buscar a Curry, y dile que tenga los caballos listos para entonces.

—¡No puedes volver a Hemel Hempstead a esas horas!

—Eso es exactamente lo que voy a hacer, ¡y a la luz de la luna llena! No te quedes ahí poniendo absurdas objeciones. ¿Qué vas a hacer mañana si estás muerta de cansancio?

Frederica se vio obligada a reconocer que tenía razón. La angustia le había impedido dormir la noche anterior. Se había levantado casi al amanecer para hacer el equipaje y encargarse de los preparativos, había viajado cerca de veinticinco millas, y había atendido a su paciente durante ocho horas. Ciertamente estaba agotada. Sonrió al marqués con indecisión, y se limitó a decir:

—¡Gracias!

Dicho esto, salió de la habitación.

Cuando regresó, bastante antes de medianoche, tenía mucho mejor aspecto, pero parecía arrepentida.

—¡Es increíble! —exclamó—. Debía de estar más cansada de lo que pensaba, porque me olvidé de la medicina. ¡Tenía que tomar una segunda dosis a las once, primo!

Alverstoke sonrió.

—La tomó. Por fortuna te dejaste las instrucciones del doctor Elcott encima de la mesa y he podido leerlas. ¿Has dormido bien?

—¡De maravilla! Cuatro horas, y creo que no me moví en ningún momento. ¿Qué tal está Felix?

—Más o menos igual. Ahora tengo que marcharme. Nos veremos por la mañana. No hace falta que te diga que no debes abandonar tu puesto bajo ningún concepto. ¡Buenas noches, querida!

Frederica asintió con gratitud y no se atrevió a protestar, ni entonces ni cuando el marqués regresó después del desayuno y le dijo que, a partir de entonces, se repartirían rigurosamente los turnos. Su sentido común le decía que, aunque Felix estaba muy enfermo, ella sola no podía asumir la tarea de atenderlo. Y aunque en su fuero interno sabía que ni ella ni Felix tenían derecho a exigirle nada, se había acostumbrado tanto a depender del marqués que ni siquiera pensaba en ello. Alverstoke era capaz de manejar a Felix tan bien como ella, a veces incluso mejor, y Felix parecía encantado de quedarse con él. Lo demás no le importaba. Y si Alverstoke hubiera anunciado su intención de volver a Londres, habría hecho todo lo posible para convencerle de que se quedara. Sin embargo no lo hizo, y Frederica aceptó sus servicios como algo natural.

Al marqués, que sabía que Frederica no podía pensar en nadie que no fuera su abominable hermano pequeño, le divertía la situación. Felix le gustaba, pero habría sido absurdo suponer que le gustaba cuidarle. Y si no hubiera estado tan profunda e involuntariamente enamorado de su hermana, jamás se le habría pasado por la cabeza asumir una tarea tan penosa. Pero no fue el deseo de ganarse la estima de Frederica lo que le empujó a quedarse en Hertfordshire y sacrificarse de una manera tan inhabitual en él. Lo único que sabía era que Frederica se encontraba en un aprieto, y que él tenía la posibilidad de sacarla de él. Le dijo a Charles Trevor que cancelara todos sus compromisos inmediatos, aunque con cierto reparo, al menos sin vacilación. Por primera vez en muchos años, sus compañeros del Jockey Club lo buscarían en

vano en las carreras de Ascot. Era una lástima, pero no se podía hacer nada. Además, uno de sus caballos iba a participar en las carreras, pero qué placer obtendría viéndolo ganar (como pensaba que haría), sabiendo que Frederica estaba metida en un aprieto y necesitaba su ayuda.

De modo que el marqués, que casi nunca se molestaba por nadie, y que había llevado una vida llena de lujos y comodidades, se adentró en el periodo más agotador e incómodo de su existencia. Se vio obligado a alojarse en una antigua e incómoda posada; se pasó todo el tiempo cuidando de un niño enfermo; y, como su llegada a la granja era la señal para que Frederica se fuera a la cama, las únicas conversaciones que mantenía con ella eran breves, y solo concernían a su paciente. Años más tarde solía decir que no podía recordar aquellos días sin un escalofrío, pero en aquel entonces no dijo ni una sola palabra de queja, ni perdió los nervios en ningún momento.

Jessamy llegó al segundo día. Su intención era venir atravesando los campos desde Watford, pero el marqués ordenó a Curry que fuera al encuentro del coche de posta con el faetón, para que no tuviera que venir andando. Y menos mal, porque además de un modesto baúl de viaje, Jessamy había traído un voluminoso maletín repleto de libros. El joven le explicó a Alverstoke, que estaba de guardia en aquel momento, que estos incluían, además de los necesarios para sus estudios, otros para leer a Felix en voz alta.

—Porque eso es algo que sí sé hacer —dijo—. A Felix le gusta que le lean cuando está enfermo, ¿sabe? Por eso le he traído sus libros favoritos. Ah, y también he traído *Waverley*. Me lo recordó Harry. Se me había olvidado que cuando Frederica lo leía por la noche, Felix estaba dormido, porque aún era demasiado pequeño para disfrutarlo. Pero ahora le encantará, ¿no cree?

—Sin duda, pero no ahora.

El rostro de Jessamy se ensombreció.

—Lo sé. Curry me lo ha contado todo. ¡Gracias por enviarle a mi encuentro, primo! Me ha dicho que Felix tiene fiebre reumática, que está muy enfermo y que padece dolores terribles. Señor, ¿no irá a...? No irá a morirse, ¿verdad?

—No, pero está muy grave, y es posible que empeore antes de que se inicie la curación. Ahora mismo está durmiendo, pero nunca duerme mucho tiempo, así que debo regresar a su habitación. Puedes venir conmigo si quieres. No le molestarás si hablas en voz baja.

—Sí, por favor —dijo Jessamy—. Me... me encantaría verle.

—Por supuesto. Pero no debe sorprenderte que cuando despierte, no te reconozca. No siempre está consciente, ¿sabes?

Jessamy se quedó tan sorprendido al ver el aspecto de Felix que fue incapaz de dominar su voz, y se retiró a una silla que había junto a la ventana para controlar sus emociones. Pero afortunadamente, Felix sí que le reconoció al despertarse.

—¡Tengo mucho calor! —dijo con inquietud—. ¡Tengo sed! ¡Frederica!

—Eso tiene fácil solución —dijo Alverstoke, deslizándose un brazo por debajo de su cuerpo para levantarlo—. Aquí tienes tu limonada. Mientras te la bebes, Jessamy te arreglará los almohadones para que vuelvas a estar cómodo. ¿A que no sabías que Jessamy ha venido a verte?

—Jessamy —murmuró Felix.

Cuando el marqués volvió a recostarlo en la cama, el joven miró a su alrededor, y al ver a su hermano esbozó una sonrisa, y volvió a repetir con indudable placer:

—¡Jessamy!

Jessamy tomó su mano y dijo con torpeza:

—¿Cómo estás, pequeño granuja?

—¡Siento mucho lo que he hecho! —dijo Felix con tristeza—. No sabía que dolería tanto. ¿Estás enfadado conmigo?

—¡No, te prometo que no!

Felix suspiró y, mientras Alverstoke le refrescaba la cara, cerró los ojos de nuevo.

Jessamy se sintió tan aliviado al ver que Felix había despertado en plena posesión de sus sentidos que empezó a animarse, y cuando Felix volvió a quedarse dormido, le contó a Alverstoke todo lo que había pasado en Upper Wimpole Street.

En general, las noticias eran buenas. Era cierto que Charis se ponía a llorar cada vez que pensaba en el pobre Felix; y que la señorita Winsham (a la que siempre habían molestado los contratiempos) pensaba que el accidente era una fechoría planeada expresamente por Felix para añadir una preocupación más a las muchas que ya tenía, y decía (entre otras muchas cosas) que no podía soportar a Felix, ni tampoco a Frederica, que era la culpable de todo por haberle mimado tanto. Pero Harry había regresado de Wells la noche antes, y había asumido de inmediato las riendas de la familia. Jessamy pensaba que su llegada era una verdadera bendición, pero como lo primero que hizo fue discutir con su tía, hasta el punto de que esta hizo el equipaje y se trasladó a Harley Street, Alverstoke dudaba si Frederica opinaría lo mismo. Pero Jessamy dijo, con total seguridad:

—Sí, porque sabe que mi tía y Harry siempre están discutiendo. Y no me importa decirlo, pero Charis está mejor sin ella. Mi tía dice unas cosas terribles, y solo consigue disgustarla. Charis necesita apoyo, señor, y Harry se lo da. Nada más verle entrar en el salón se animó. Y si Harry va a quedarse con ella (que es lo que piensa hacer, se lo prometo), no hará falta que mi tía esté allí.

En respuesta a la irónica pregunta del marqués, Jessamy dijo que por mucho que discutiera con su hermano mayor, nunca había puesto en duda la devoción de Harry por su familia. Y como muestra de ello añadió que, según tenía entendido, Harry le había pedido a su amigo el señor Peplow que le excusara de todos sus compromisos, ¡incluso de las carreras de Ascot! El primer impulso de Harry había sido partir de inmediato a Hertfordshire, pero él le había convencido de que se quedara en Londres.

—Y reconozco que eso le honra, señor —dijo Jessamy con generosidad—. Porque pensé que se ofendería cuando le recordé que nunca había resultado útil cuando estábamos enfermos.

Harry no solo aceptó la crítica sin protestar, sino que le proporcionó el dinero para costear el viaje, le transmitió un mensaje de tranquilidad para Frederica, hizo reír a Charis e incluso se comprometió a encargarse de Lufra.

—¡Y ni siquiera lo llamó «ese maldito chucho»! —dijo Jessamy.

—Eso ha sido muy amable por su parte, desde luego —respondió Alverstoke con gravedad.

—Sí. ¡Es que Harry es muy amable! Nunca intenta coaccionarte, ni se enfada cuando le provocas, que es lo que hacen la mayoría de los hermanos mayores. —Jessamy suspiró y añadió con tristeza—: Ojalá hubiera podido traerme a Lufra. Pero no creo que me hubieran dejado llevarlo en el coche de posta.

El marqués agradeció mentalmente a la providencia no tener que proteger el rebaño de Judbrook de los ataques de Lufra, además de sus otros quehaceres.

—Me temo que no —dijo, con toda la simpatía de la que fue capaz—. Pero al menos sabes que está en buenas manos.

—¡Oh, sí! —dijo Jessamy con ingenuidad—. Owen me ha prometido que le dará de comer y lo sacará de paseo.

Aunque a Frederica no le agradó saber que su tía se había desentendido de su familia, se tomó la noticia con filosofía, y le confesó a Alverstoke que tal vez fuera mejor que se hubiera instalado en Harley Street.

—Porque uno no puede pasarse el día sermoneando, como si Charis tuviera la culpa. Sé que no lo hace con mala intención, y que seguirá pendiente de todo aunque se haya instalado con mi tía Amelia. Pero Charis estará mejor con Harry. Él sabrá cuidarla. Lo único que me preocupa es...

Frederica se detuvo frunciendo el ceño. Al cabo de un momento, Alverstoke le preguntó:

—¿Qué es lo que te preocupa, Frederica? ¿El idiota de mi primo?

Su ligera sonrisa le hizo pensar que había acertado, pero Frederica se limitó a decir:

—En cualquier caso no se puede hacer nada, así que es absurdo preocuparse.

El marqués no añadió nada más, porque sabía que los pensamientos de Frederica estaban centrados en Felix. El futuro de Charis le resultaba indiferente si este no afectaba a su hermana, así que se alegró de cambiar de tema. Se inclinaba a pensar que el enamoramiento de Endymion era tan violento como pasajero. Si el asunto era más serio de lo que suponía, y eso preocupaba a Frederica, intervendría sin miramientos. Aunque siempre se había mostrado implacable para conseguir sus propios fines, ahora estaba dispuesto a sacrificar a toda la especie humana para ahorrarle un momento de preocupación a su querida Frederica. Salvo, tal vez, a los dos pequeños miembros de la familia a los que Frederica quería tanto: Jessamy, que disimulaba su tristeza cuidando de su hermano, y ofreciéndose humildemente a llevar y traer cosas, hacer recados, o realizar cualquier tarea que le pidieran; y Felix (¡ese diablillo!), que dependía de su fortaleza y se tranquilizaba con tan solo escuchar su voz. No, no estaba dispuesto a sacrificar a Jessamy y Felix. Se había encariñado de aquellos condenados mocosos, aunque cualquiera sabía por qué.

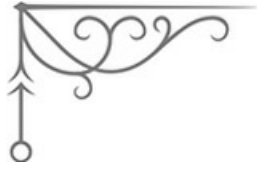
En los dos días siguientes, Alverstoke no tuvo ni tiempo ni ganas de considerar este problema. De acuerdo con la profecía del médico, a Felix le subió la fiebre, y aunque Alverstoke mantuvo una actitud imperturbable, empezó a albergar los más graves temores. Sabía que Frederica compartía su inquietud, aunque nunca la mencionaba ni delataba la menor señal de turbación. Se mostraba invariablemente alegre y aparentemente infatigable. Pero cuando Alverstoke vio sus ojeras y su rostro demacrado, se preguntó cuánto tardaría en derrumbarse.

Sin embargo, cuando en la madrugada del tercer día entró en la habitación del enfermo, la encontró extrañamente tranquila. Felix estaba tan grave que esa noche no había salido de la granja. Alverstoke contempló la escena con aprensión desde el umbral de la puerta. Felix yacía inmóvil en la cama sin murmurar ni moverse, y Frederica estaba de pie, a su lado. Cuando le oyó entrar, la joven volvió la cabeza. Alverstoke vio que las lágrimas le caían por las mejillas y fue corriendo hacia ella.

—¡Oh, pobrecilla! —dijo sin querer.

Entonces vio que Frederica estaba sonriendo a pesar de las lágrimas.

—Está dormido —se limitó a decir—. Se le ha pasado la fiebre. De pronto vi que estaba sudando y lo supe. ¡Ya ha pasado lo peor, primo!



Con Felix fuera de peligro y recuperando poco a poco las fuerzas, la vida en Monk's Farm experimentó varios cambios. Ya no era necesario vigilar al enfermo constantemente, y aunque Frederica, que dormía en la cama supletoria de su habitación, tenía que levantarse tres o cuatro veces por la noche para atenderle, ya no necesitaba que la ayudaran o la relevaran de su puesto. Tampoco era imprescindible que estuviera con él durante el día. Felix dormía mucho, y cuando se despertaba se mostraba obediente, pues estaba demasiado débil para manifestar su terquedad habitual: circunstancia que inquietó tanto a Jessamy (que por fin podía compartir la tarea de cuidarlo) que decidió consultarlo con el marqués.

—No quiero preocupar a Frederica, señor —le explicó—, pero es muy impropio de él. No porque haga lo que usted y Frederica le dicen, porque eso no me sorprende, ¡sino porque hace lo que yo le digo, y sin rechistar! ¿No habrá sufrido algún daño en el cerebro?

El marqués, que tuvo que hacer un esfuerzo para guardar la compostura, intentó tranquilizarlo en ese aspecto. Pero Jessamy no se quedó satisfecho hasta el día que tuvo que obligarle a tomar su medicina, y Felix le insultó afirmando que era la mayor bestia de la naturaleza.

—¡Ahora sé que todo marcha bien! —le dijo al marqués, radiante—. Seguro que pronto me tirará el vaso a la cara.

—Pues si eso te complace, espero que lo haga —dijo el marqués—. ¡Pero dile que no me lo tire a mí!

Otro cambio vino de la mano de Knapp. Después de luchar contra su orgullo, el ayuda de cámara dejó que el aburrimiento que estaba sufriendo en el Sun y sus celos de Curry (que pasaba los días en la granja atendiendo al marqués) se impusieran a su reticencia a rebajarse, y decidió ofrecer sus servicios.

Así que Felix (que no se mostró muy impresionado) pasó a ser atendido por un excelente ayuda de cámara, las cocinas se vieron dignificadas por la presencia de un refinado y condescendiente personaje, en el que la señorita Judbrook reconoció a un sirviente de primera categoría, y Frederica (como ella misma confesó al marqués) se encontró sin nada que hacer.

Era de esperar que milord hubiera regresado a Londres en ese momento, pero ese cambio no se produjo. Siguió durmiendo en el Sun, en condiciones a las que no estaba acostumbrado, y pasando sus días en Monk's Farm. En cuanto Frederica se atrevió a dejar a Felix a cargo de su hermano durante una hora o dos, el marqués la convenció de salir a tomar el aire en el faetón. Y más tarde, cuando se hubo recuperado del cansancio, de ir con él a pasear. Frederica se mostraba más que dispuesta a acompañarle, le hablaba con la confianza de una vieja amiga, le consultaba cualquier problema que surgiera, pero su absoluta falta de inhibición mostraba que no se le había ocurrido considerarlo su pretendiente. Alverstoke no podía evitar preguntarse si no le estaba tratando como a un hermano mayor; o lo que era peor, como a un tío.

Sus propias dudas se habían terminado. Cuanto más conocía a Frederica, más la quería, como no había querido a ninguna otra mujer. Ni la más bella de sus amantes le había inspirado el deseo de protegerla de cualquier adversidad; nunca había imaginado a la más divertida de sus conquistas gobernando sus distintas propiedades; y mucho menos se había planteado tener una relación permanente con ninguna de ellas. Pero desde que la conocía (hacía menos de dos meses), Frederica había cambiado tanto su vida que le había sumido en un estado de indecisión, una nueva experiencia que no había sido del todo agradable. Cuando se vio arrastrado a la fantástica aventura de su hermano pequeño aún estaba indeciso. Pero desde que había pasado más de una semana en la estrecha compañía de Frederica, y en condiciones tan poco románticas como incómodas, todas sus dudas se disiparon: quería pasar el resto de su vida con ella, porque era la mujer perfecta que nunca esperaba encontrar.

En realidad, el marqués estaba perdidamente enamorado. Además, estaba viviendo otra experiencia nueva: Frederica no parecía corresponderle. Alverstoke sabía que le gustaba, y a veces esperaba que ese sentimiento se transformara en algo más que simple afecto. Pero no podía estar seguro, ni olvidar que la única vez que le hizo sospechar que estaba coqueteando con ella, Frederica se había alejado de él. Desde entonces parecía haber pasado mucho tiempo, y era posible que hubiera cambiado de opinión. Pero como no había sido capaz de decidirse ni entonces ni en las semanas siguientes, no volvió a intentar comunicarle sus sentimientos. En la situación en la que se había encontrado cuando Frederica se reunió con él en Monk's Farm, habría sido absurdo e inapropiado embarcarse en un cortejo. Por un lado, no podía haber peor momento; por otro (si Frederica le rechazaba), se habría generado una incomodidad entre ellos, justo cuando su ayuda en la tarea de cuidar a Felix había sido tan indispensable.

Pero Felix había sobrevivido y estaba mejorando, y eso hacía innecesaria su presencia en Hertfordshire. Cediendo a un impulso, el marqués decidió probar suerte.

Había acompañado a Frederica a dar un paseo, y ambos se habían detenido delante de una cerca antes de volver sobre sus pasos. Frederica se apoyó en el listón superior y miró hacia delante con expresión preocupada.

—Frederica —dijo el marqués, aventurándose a dar el paso.

Ella no le prestó atención, pero cuando repitió su nombre giró la cabeza y dijo:

—¡Te ruego que me disculpes! No te estaba escuchando. ¿Has dicho algo, primo?

—¡Aún no! —respondió el marqués—. Solo estaba intentando llamar tu atención. ¿En qué estabas pensando con tanta intensidad?

—Estaba intentando recordar el nombre de una excelente gelatina de cerdo que me recomendó la señora Ansdell (la esposa del vicario) cuando Jessamy y Felix enfermaron de sarampión —dijo muy seria—. Les vino muy bien, y creo que es justo lo que Felix necesita en este momento. Si pudiera recordar del nombre... ¡Ah, ya lo tengo! ¡La gelatina reconstituyente del doctor Ratcliffe! ¿Cómo puedo ser tan estúpida? ¿Qué es lo que he dicho que te hace tanta gracia?

—¡Nada! —respondió el marqués, riendo.

—¿Y qué es lo que querías decirme? —le preguntó, frunciendo el ceño con perplejidad.

—¡Nada, Frederica! —repitió él—. ¡Qué bien que hayas recordado el nombre de esa gelatina! ¿Quieres que vaya a Hemel Hempstead a comprarla?

—No, porque lo más probable es que no la encuentres. Si el doctor Elcott da su consentimiento, escribiré a Harry, y le pediré que me traiga un bote.

—Vaya. ¿Entonces Harry va a visitarnos? —preguntó el marqués.

—Sí. ¿No te lo dije? Curry me trajo una carta de la oficina de correos esta mañana. Harry ha dicho que puede venir en el coche de posta y volver a Londres a tiempo para cenar con Charis. Habría venido de inmediato si Jessamy no se lo hubiera impedido. Y menos mal que no vino. Si hubiera visto a Felix en ese momento, no habría hecho más que preocuparse. Además no podía hacer nada, porque casi nunca ha estado enfermo, y no sabe qué hacer con las personas convalecientes. Pero claro, ahora está deseando venir, y le he dicho que puede hacerlo siempre que no traiga a Charis. Es una lástima, porque me encantaría verla, ¡pero no podemos cuidarla a ella también!

—¡Desde luego que no! —exclamó Alverstoke, alarmado—. ¿Y por qué íbamos a tener que cuidarla?

—Porque se pasaría un par de días indispueta por culpa del coche de posta —le explicó—. ¡Ya sabes cómo son esos carruajes! ¡Se marearía antes de llegar a Edgware!

El marqués comprendió que aún no había llegado el momento de declararse, y se contuvo con mucha prudencia. Mientras regresaban a la granja, le habló de otros temas.

Harry llegó a la hora acordada con un bote de la gelatina del doctor Ratcliffe, y se asustó mucho al ver a Felix tan delgado, pálido y alicaído. Fueron necesarios los esfuerzos conjuntos de Frederica y Alverstoke para convencerle de que el muchacho no estaba a las puertas de la muerte. Le pareció que Frederica se tomaba el asunto demasiado a la ligera, e insistió tanto en llamar a un médico de Londres (llegando a decir que era él, y no ella, el tutor del pobre chico), que Alverstoke se vio obligado a acudir al rescate de Frederica. Llevó a Harry aparte y, con una paciencia infinita, le explicó por qué era tan innecesario como desaconsejable llamar a otro médico en ese momento. Harry no parecía del todo satisfecho, pero cambió de opinión cuando Alverstoke le dijo que, si Felix no mejoraba al llegar a casa, podía consultar a un médico de Londres.

Pero Harry no había ido a Monk's Farm con la única intención de ver a Felix. También quería saldar sus cuentas con el marqués.

—Ha tenido que asumir muchos gastos por nuestra culpa, señor, y le agradezco mucho su ayuda —dijo con suma cortesía—. Si le parece, me gustaría extenderle un cheque.

Había un gesto testarudo en su boca y un brillo desafiante en sus ojos, pero el marqués, que había previsto aquella petición, le bajó los humos respondiendo con amabilidad:

—¡Perfecto! Le haré llegar la cuenta cuando vuelva a Londres. ¿La quiere detallada o aproximada?

—¡Oh, no la quiero detallada, señor! —exclamó Harry, ridículamente desconcertado—. Solo quería decir que... no lo olvidará, ¿verdad?

Harry debería haberse dado por contento, pero le dijo a Frederica que diera órdenes al doctor Elcott para que no entregara la factura a Alverstoke.

—Te he traído un fajo de billetes —le dijo—, y si necesitas más, escíbeme para pedírmelo. No quiero que Alverstoke corra con todos los gastos. ¡Menudo impresentable sería yo si no velara por mis hermanos y hermanas!

Frederica estuvo de acuerdo, pero dijo:

—¡Ojalá no te vieras obligado a hacerlo!

—¡Tonterías!

—No, es cierto. Debería haber sido más prudente con los gastos. Pensé que Graynard me proporcionaría el dinero suficiente para pasar la temporada, pero vivir en Londres y asistir a tantas fiestas elegantes me ha costado mucho más de lo que pensaba.

—¡No seas tonta! ¿Qué importa eso?

—A mí sí me importa. ¡De hecho estoy profundamente avergonzada! No quiero ser una carga para ti, Harry. Te devolveré el dinero, pero me temo que no me queda más remedio que depender de ti.

—¿Quieres dejar de decir tonterías, Freddy? ¡Ni que estuviera arruinado!

—Ya sé que no es para tanto, pero estoy segura de que no te sobra el dinero. Es más, no me extrañaría que tengas deudas.

—¡Oh, nada importante! —dijo Harry con un traicionero sonrojo—. ¡No debes preocuparte! En cuanto a tus gastos, siempre puedo pedir dinero prestado. Estoy seguro de que Salcombe me lo dará.

—¿Quieres decir que vas a liquidar tus fondos? ¡No, eso nunca!

—¡Seguro que a Salcombe se le ocurre otra cosa! ¿Cuánto necesitas?

—Querido, ¡yo tampoco estoy arruinada! Solo te estaba advirtiéndote que es posible que me vea obligada a solicitar tu ayuda. El problema es que Felix no puede quedarse en Londres, y alquilé la casa por seis meses. Pensé que podríamos pasar el verano allí ahorrando un poco. Podríamos hacerlo sin problemas una vez que termine la temporada. Pero he estado hablando con el doctor Elcott, y me ha recomendado que me lleve a Felix fuera de la ciudad hasta que esté completamente recuperado. El tráfico y el ajetreo de Londres no le convienen. Debo cuidarle mucho, ¿sabes? No puedo permitir que malgaste sus fuerzas. Se está recuperando muy bien, pero (como tú y yo sabemos) la fiebre reumática puede dejar ciertas secuelas en el enfermo.

—¡Como le pasó a mamá! —exclamó Harry—. ¡Cielo santo, Freddy, tenemos que llamar a un médico de Londres! ¡Uno de los caros!

—Sí, yo también lo creo. De hecho, el doctor Elcott me ha recomendado que consulte a otro médico antes de que nos vayamos de Londres. Le pediremos a sir William Knighton[23] que venga

a visitarnos a Upper Wimpole Street cuando Felix esté preparado para viajar. Espero que no sea muy tarde, ¡sobre todo en el coche de viaje de Alverstoke, que es el vehículo más lujoso que he visto en mi vida! Luego, si sir William está de acuerdo, me gustaría trasladarme a un lugar tranquilo y discreto, tal vez junto al mar. El problema es que también tengo que llevarme a Charis y a Jessamy, y aunque encontremos un hotel barato, me temo que eso costará mucho dinero. ¿Podrías averiguar cuál es la ciudad costera más recomendable, e ir allí a buscar un hotel? También puedes alquilar una casa amueblada si no encuentras ningún hotel de tu gusto.

Pero Harry no se sentía capaz de hacer eso. En su opinión, lo mejor era que Frederica eligiera el alojamiento, aunque, con mucha generosidad, se ofreció a acompañarla en su viaje exploratorio.

Su hermana no quiso presionarlo, pensando que sería imprudente, por no decir temerario, dejar la elección del alojamiento a su juicio inexperto. En vez de eso le preguntó cómo se encontraba Charis. Harry le dijo que no debía preocuparse, porque Charis estaba bastante bien, aunque reconoció que estaba un poco desanimada. Llevaba guantes negros, por supuesto, y había rehusado asistir a todas las fiestas a las que ella y Frederica habían sido invitadas. No, no pensaba que estuviera deprimida precisamente, y desde luego no estaba sola. ¡Cielo santo, el timbre de la casa no dejaba de sonar! Eso le recordó que quería preguntarle quién demonios era ese joven tan raro que estaba siempre en la puerta preguntando por Felix, entregando a Buddle flores y cartas para Charis y, en general, haciendo el ridículo. Le había parecido un auténtico petimetre. Se llamaba Nutley o algo parecido.

—¡Oh, cielos! ¡Nuestro vecino! —exclamó Frederica con desesperación—. Es un joven muy respetable, pero un verdadero pelmazo. Aunque él no tiene toda la culpa, porque sospecho que Charis le ha dado esperanzas. No es que le guste, pero es una tontorrón y no sabe decir que no. He intentado darle largas, pero...

—¡Pues yo he ido mucho más allá! —la interrumpió Harry con resolución—. ¡Hay que ser papanatas para intentar cortejar a una hermana mía! El muy descarado me dijo que quería servirla «en este momento de aflicción», pero yo le respondí que Charis no necesitaba sus servicios. ¡Ni los suyos ni los de ningún otro que no sea yo! Se llevó un buen chasco, de lo cual me alegro.

—¡Pobre señor Nutley! ¿Y qué hay del señor Navenby? ¿Ha ido a visitarla?

—¡Oh, sí! Y se trajo a su madre. La mujer soltó una carcajada cuando se enteró del incidente, pero él no. Al principio no podía creerlo, pero luego se quedó de piedra. La noticia salió en los periódicos, ¿sabes? No ocupaba mucho espacio, gracias a Dios, pero el suficiente.

—Ya me imagino —dijo Frederica con un suspiro—. ¿Tú crees que la gente está escandalizada?

—Yo creo que no. Bueno, lady Elizabeth no se escandalizó, ¿recuerdas? Y te diré quién más: ¡Barney y Dauntry! Dicen que Felix es un valiente, aunque les he advertido que no le metan esa idea en la cabeza.

—¡Eso espero! Harry, espero que Endymion Dauntry no esté rondando la casa.

—¡En absoluto! ¡Qué cosas se te ocurren! Pero que prefieras a ese lechuguino, Navenby, en vez de a Endymion, es algo que no entiendo. Si yo fuera tú, Freddy, le daría mi bendición. No digo que sea un buen partido, pero es perfectamente respetable. Y si a Charis no le importa que sea un tontorrón, ¿por qué debería importarte a ti? ¡Al menos es un buen hombre, y no un mequetrefe!

—Y si dejara de verlo, Charis se olvidaría de él en menos de un mes —respondió Frederica—. Será mejor que no discutamos. Nunca nos pondremos de acuerdo en esa cuestión. Será mejor que me cuentes qué tiene pensado hacer Charis hoy. ¿Está con lady Elizabeth?

—No, pero no está sola. Chloë Dauntry ha venido a pasar el día con ella, y esta mañana han ido a dar un paseo por el parque. ¡Seguro que se pasan toda la tarde charlando!

—¡Y espero que el idiota de tu primo no fuera su acompañante! —dijo Frederica, cuando más tarde se lo contó a Alverstoke.

—También pudo acompañarlas mi nada idiota secretario —dijo el marqués, divertido—. ¿Tú crees que la relación entre Charles y Chloë puede durar?

Frederica le dirigió una mirada fugaz.

—¿Te parece mal?

—¿Y a mí qué más me da, querida? Es verdad que Charles podría aspirar a más, y que la orgullosa madre de Chloë se opondrá rotundamente al enlace. De hecho, opino que Charles no debería comprometerse hasta que no haya adquirido cierta posición. Pero no tengo ninguna intención de entrometerme.

—Me alegro. Y opino lo mismo que tú. También Chloë es demasiado joven para pensar en el matrimonio. A menos que esté empeñada en casarse, claro. Es demasiado inexperta para un compromiso formal. Pero estoy segura de que su relación va en serio. En cuanto a la señora Dauntry, sé exactamente cómo podría convencerla para que acepte el enlace. ¡De hecho, se me ha ocurrido un plan excelente!

El marqués la miró con aprensión.

—Si tu plan me concierne a mí, Frederica...

—Sí, pero muy poco. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Diana?

—Supongo que hace mucho, porque no recuerdo a nadie que se llame así —confesó el marqués—. ¡Pero ya sabes la mala memoria que tengo! ¿Quién es... Diana, y que tiene que ver con este asunto?

—¡Alverstoke! —exclamó Frederica—. ¡Es la hermana de Chloë, por supuesto! ¿Cómo has podido olvidarlo?

—¡Oh, muy fácil! —le aseguró él, antes de añadir con aire triunfal—: ¡Aunque ahora que lo dices, recuerdo que eran tres!

Los ojos de Frederica resplandecieron, pero dijo con severidad:

—Eres una criatura abominable, ¿sabes?

—Sí. Siempre me lo estás diciendo, y confío plenamente en tu opinión.

Frederica se atragantó con una de sus involuntarias carcajadas.

—¡Qué tontería! Por favor, ¿podrías hablar en serio por un momento?

—Estoy hablando completamente en serio.

—¡A mí no me engañas! —replicó ella—. Deja de burlarte de mí y presta atención. A menos que me equivoque, Diana causará sensación cuando se presente en sociedad. ¡Es una joven muy prometedora, querido! Ella y Endymion se parecen a la señora Dauntry. ¡Y no me digas que la señora Dauntry no era un diamante en bruto cuando era joven, porque no me lo creo! Es más, no importa que una mujer sea estúpida...

—¿Lo es? —la interrumpió él.

—¡Oh sí! ¡Diana es una tontorróna encantadora! —Frederica hizo una pausa, y dijo con cautela —: Quiero decir que su inteligencia es bastante moderada. Pero eso no importa. Triunfará, al igual que triunfó Charis, y es muy posible que consiga un excelente partido... con un poco de ayuda por tu parte. Naturalmente, darás un baile en su honor...

—¡Disculpa! ¿Has dicho «naturalmente»?

—¡Pues claro! Distes uno en honor de Chloë, ¿recuerdas?

—No recuerdo nada de eso. Di un baile en honor de Charis y de ti.

—¡Sí, y con el más infame de los propósitos! Pero me siento demasiado agradecida para insistir en ese asunto. La cuestión es que todo el mundo creyó que lo distes en honor de Jane Buxted y Chloë Dauntry. Así que, naturalmente, harás lo mismo por Diana.

—¿Y, naturalmente, haré lo mismo por las hermanas de Jane? —quiso saber el marqués.

Frederica arrugó la frente mientras consideraba la cuestión.

—Reconozco que no es una idea muy tentadora —dijo con franqueza—. Pero recuerda que tienen un hermano que es perfectamente capaz de asumir esa responsabilidad, y que (seamos justos) preferiría hacerlo. Lo que quiero que hagas cuando llegue el momento, primo (y asumiendo que Chloë no ha cambiado de opinión), es decirle a la señora Dauntry que es de extrema importancia que case a Chloë antes de presentar a Diana. Y estoy segura de que lo hará, a menos que Chloë se enamore de otro al final de su segunda temporada. ¡Así que no lo olvides, por favor!

Alverstoke la miró con su brillante sonrisa.

—Imposible. Tendrás que recordármelo, Frederica. ¿Pero qué te importa a ti todo esto?

—¿Quieres decir que no es asunto mío? Lo sé, pero les tengo mucho cariño a los dos. Y hay que preocuparse por las personas que uno quiere, e intentar ayudarlas.

Frederica parecía dar por hecho que Alverstoke compartía sus sentimientos. El marqués no dijo nada, pero cuando reflexionó sobre la cuestión, se dio cuenta de que había muy pocas personas a las que quería de verdad. De hecho, nunca había estado dispuesto a sacrificarse por nadie. Más de una vez había acudido al rescate de algún amigo arruinado, pero aquello no tenía ningún mérito, pues esa ayuda no había supuesto ningún sacrificio por su parte. ¿Charles? Sí, le tenía cariño a Charles y quería ayudarle a prosperar en su carrera, pero eso tampoco tenía mérito, porque no le supondría ningún esfuerzo. La única persona por la que se había sacrificado era Felix, y lo hizo porque estaba enamorado de Frederica. ¿O no? Si no hubiera estado enamorado de Frederica, ¿habría dejado a Felix en manos de la señora Hucknall, una enfermera ignorante que solo entendía de partos? ¡Por nada del mundo! No tenía ninguna responsabilidad real sobre los hermanos Merriville, pero les había cogido cariño. Tal vez porque les tenía simpatía, o porque los dos tenían una conmovedora confianza en su capacidad para resolver todos los problemas, y nunca dudaban de su buena voluntad. Ninguna de sus hermanas había querido o necesitado su ayuda a la hora de educar a sus hijos. Pero, aunque no lo supiera, Frederica sí que la necesitaba. Si lograba convencerla, Felix iría al colegio, y encontraría un buen profesor para Jessamy, y no un maestrillo muerto de hambre, dispuesto a asumir la educación de dos jóvenes de edad y capacidades tan distintas.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, otro de los pretendientes de Frederica, que también estaba convencido de que sus rebeldes hermanos necesitaban su ayuda, iba de camino a Monk's Farm, y llegó dos días después de la visita de Harry.

Cuando entró en el salón, encontró a Jessamy sentado con los libros abiertos en la mesa, y a Alverstoke frunciendo el ceño ante el oscuro pasaje que acababa de consultarle.

—¿Aún sigue aquí, señor? ¿Pensaba que estaría en Ascot!

El marqués levantó la vista y dijo con disgusto:

—¡Pues te equivocabas! ¿Qué demonios haces aquí, Buxted?

—He venido a ver cómo está mi primito, por supuesto, y a ofrecer mis servicios a su pobre hermana. ¡Qué desagradable accidente! La culpa la tuve yo por no haber ejercido mi autoridad, y por no haber insistido en que saliera del recinto y viniera conmigo al carruaje.

El marqués tenía una mano apoyada en el respaldo de la silla de Jessamy, pero la trasladó a su hombro. Obedeciendo a la presión de Alverstoke, Jessamy guardó silencio.

—Tú no tienes la culpa, Carlton —dijo milord—. No tienes ninguna autoridad sobre Felix, y la responsabilidad era y sigue siendo mía. Por eso estoy aquí. Por lo demás, Felix se recupera favorablemente, y supongo que Frederica agradecerá tus servicios, que habrían sido muy oportunos si yo hubiera tenido la desfachatez de abandonar a mi pupilo en esas circunstancias.

Lord Buxted no dependía de su tío. Tampoco le temía, pero siempre que estaba con él se sentía más como un joven inexperto que como el jefe de la casa y el sabio consejero de sus hermanos y hermanas.

Poniéndose colorado, dijo:

—Si hubiera sabido que estaba aquí, señor... No pretendía... En fin, me alegra saber que el pobre chico se está recuperando. Espero que le sirva de lección, aunque nadie deseaba que sufriera un castigo tan severo. Jessamy, me pregunto si podrías guiarme a su habitación. Le he traído un libro para leer y un divertido rompecabezas.

—¡Oh, no! —dijo Jessamy sin querer—. Quiero decir que es muy amable por su parte, señor. Felix le estará muy agradecido, pero...

Jessamy se interrumpió al notar los largos dedos de Alverstoke clavados en su hombro.

—Me temo que no puedo dejarte que lo veas —dijo Alverstoke—. El médico ha dicho que aún no puede recibir visitas. No se le puede molestar bajo ningún concepto.

—Desde luego, pero le aseguro que no tengo ninguna intención de molestarlo. Felix y yo somos viejos amigos, ¿sabe?

—No más que Harry y Felix —dijo Alverstoke con frialdad—. Le dejamos a Harry que lo viera, pero después nos arrepentimos, porque Felix sufrió una recaída. Jessamy, sube a su habitación y dile a Frederica que lord Buxted está aquí.

Cuando se quedó a solas con su tío, Buxted lo miró frunciendo el ceño y dijo:

—Reconozco que me sorprende que haya permanecido aquí todo este tiempo, señor. Pensaba que... como la señorita Winsham sigue en Londres...

—Oh, ¿te preocupan las apariencias? —dijo Alverstoke—. Puedes estar tranquilo. Me alojo en el Sun, en Hemel Hempstead, una posada de lo más incómoda. Pero espero regresar a Londres dentro de unos días, cuando Felix pueda prescindir de los servicios de mi ayuda de cámara.

Buxted lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Su ayuda de cámara, señor? ¿Atendiendo a Felix? ¡Vaya, me sorprende que pueda prescindir de él!

—¡No puedo! —dijo Alverstoke—. ¡Por eso estoy atrapado en este lugar!

El marqués volvió la cabeza al ver que Frederica entraba en el salón, le dirigió una sonrisa y la miró con un brillo burlón en los ojos.

—¡Frederica! Imaginé que querías ver a lord Buxted. Ha venido hasta aquí para interesarse por Felix.

—¡Desde luego! —se apresuró ella a responder—. ¡Es muy amable de su parte!

Lord Buxted le tomó la mano y se la estrechó, diciendo:

—¡No podía abandonarte en este momento!

El marqués observó este gesto a través de su monóculo sin inmutarse, y le recomendó a Frederica que le contara toda la historia de la enfermedad de Felix. Dicho esto, se retiró.

Pero cuando Buxted se hubo marchado, Frederica le reprochó que la hubiera abandonado.

—¿Cómo has podido dejarme a solas con él? —le preguntó, indignada—. ¡Ha sido muy feo por tu parte!

—¡Pero si me has dicho mil veces que ya no tienes edad para necesitar una carabina!

—Una carabina... ¡Pues claro! Pero no me refería a eso, y lo sabes muy bien. Mira que abandonarme de esa manera...

—¡De eso nada! Me siento muy orgulloso de haberte abandonado. No podía ser tan cruel como para negarle el placer de un *tête-à-tête*, cuando es evidente que estaba deseándolo. ¡Pobrecillo, se merecía una recompensa por su devoción! ¿Ha vuelto a pedirte matrimonio?

—¡Sí! Y ha sido horrible, porque ha empezado a hablar de Felix como suele hacer, y me ha puesto de los nervios. Pero he tenido que morderme la lengua, porque sé que lo hace con buena intención, y que solo quiere ayudarme. Además, le ha traído un libro y un rompecabezas, que hará que le vuelva a subir la fiebre (¡si es que no lo vuelve loco!) si fuera tan estúpida como para dárselo. Lo que por supuesto no pienso hacer. Y no ha parado de decir que estaría encantado de asumir mis cargas, como si los chicos fueran una carga para mí. He hecho todo lo posible para rechazar su propuesta con educación. Y ahora me arrepiento de haber sido tan educada, porque dice que no piensa perder la esperanza. ¡Es tan estúpido como Endymion!

—¡No, no! —dijo Alverstoke en tono tranquilizador—. ¡Nadie puede ser tan estúpido como Endymion!

—¿Se te ocurre algo más estúpido que hacerme una propuesta de matrimonio en un momento como este...? —exclamó Frederica—. ¿A que a ti no se te ocurriría hacer algo así? ¡Por supuesto que no! ¡Ni siquiera Endymion lo haría!

Alverstoke la miró por un momento con una extraña mueca en los labios. Acto seguido dijo:

—¡No sé lo que haría Endymion, pero yo desde luego no lo haría, Frederica!



El marqués abandonó Hertfordshire tres días más tarde. Cuando anunció su decisión a Frederica, le pareció que, por un instante, había un destello de tristeza en su mirada. Pero la joven reaccionó casi de inmediato, y dijo con serenidad:

—¡Por supuesto! Estaba empezando a remorderme la conciencia, pero ya no hay ninguna necesidad de que estés aquí perdiendo el tiempo. Y por mucho que disfrutemos de tu compañía, debes de aburrirte mortalmente.

—¿Sabes una cosa, Frederica? Lo más curioso es que no me estoy aburriendo en absoluto —dijo el marqués.

Frederica se echó a reír.

—Claro, porque no tienes tiempo para aburrirte, ¿a que no? Si no me estás llevando a dar un paseo, o entreteniendo a Felix, Jessamy te está convenciendo (¡o más bien persiguiendo!) para que le ayudes con sus estudios clásicos.

—Reconozco que eso es lo peor, pero en realidad me está viniendo muy bien. ¡Tenía mis estudios muy olvidados! Me temo que nunca he sido tan estudioso como Jessamy.

—¡Eso me lo creo sin ninguna dificultad! —dijo Frederica, parpadeando—. Supongo que estarás encantado de poder repasar tus estudios. Pero no pretenderás que me crea que estás igual de encantado de levantarte antes del mediodía.

—¡Oh, en el campo nunca sigo el horario de la ciudad! —replicó el marqués.

—¡Siempre tienes una respuesta para todo! —observó Frederica—. ¡Eres odioso! En fin, vamos a hablar en serio por un momento. No sé cómo expresarte mi gratitud por...

—¡Ya has tenido tu momento! —dijo el marqués—. Y como veo que no tienes nada importante que decir, no tengo reparos en interrumpirte. Lo que tengo que decir yo es mucho más importante. He mantenido una conversación con el doctor Elcott, y gracias a él (porque por desgracia tú no me has dicho nada) me he enterado de que piensas llevar a Felix a un hotel de la costa. ¡No pienso permitirlo, Frederica! En esta época del año no conseguirás encontrar un alojamiento decente, ni

siquiera en las zonas menos concurridas. ¡Y si lo consigues, te verás rodeada de advenedizos, nuevos ricos y galanes de poca monta!

—¡Pero tiene que haber hoteles tranquilos!

—Sin duda. ¡Pero yo no los conozco, y tú tampoco! Cuando queramos encontrar uno, el verano estará a punto de terminar. Y si estás pensando en Worthing, será mejor que te lo quites de la cabeza. Es caro, y todos los ricachones y las viudas de Londres se alojan allí año tras año. Tengo un plan mucho mejor. Que te traslades con tu familia a Alver, y que te quedes allí todo el tiempo que quieras.

—¿A Alver? —repitió Frederica, sorprendida—. ¿Te refieres a Alver Park, la que, según las guías, es tu residencia principal?

—Sí. Tenía pensado mandar allí a Felix desde que supe que era necesario sacarlo de Londres. La finca está situada a doce millas de Bath, así que, si lo necesita, puede ir allí a beber las aguas medicinales, o a tomar baños calientes, o cualquier otra cosa que le venga bien. Es mucho más tranquila que cualquier balneario, pero puede ofrecer muchas más diversiones, tanto para él como para Jessamy. Les diré a mis empleados que se encarguen de eso. Hay varios caballos para montar, y si les gusta pescar truchas en el arroyo, tienen mi permiso.

—¿A Jessamy le encantará! —exclamó Frederica—. ¡Gracias, gracias! ¡Qué bueno eres! Pero por supuesto no puedo aceptar tu oferta. ¡Así que no me tientes!

—¿Por qué no puedes aceptarla? ¿Tienes por costumbre rechazar todas las invitaciones?

—No, pero esto es distinto. Ya hemos abusado bastante de ti, y...

—¡Deja de decir tonterías, Frederica! ¡No es propio de ti! ¿Crees que haría falta una anfitriona en Alver? Nada me resultará más fácil que proporcionarte una. Si la señorita Winsham no quiere dejar a su hermana, tengo una tía viuda, dos viejas solteronas y una colección de primos, que estarán encantados de alojarse en Alver. De hecho, la mayoría de ellos lleva años intentándolo.

A Frederica no le quedó más remedio que reírse.

—¡Y luego no podrás quitártelos de encima!

—Me subestimas, Frederica. A falta de la señorita Winsham, creo que instalaré allí a una de mis tías. O puede que la invite a quedarse, si deseo visitar Alver. Aunque no hará falta, porque el ama de llaves, que conoce la finca desde antes de nacer yo, os atenderá a la perfección a ti y a Charis, y consentirá a los chicos hasta límites insospechados. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Y no creas que te estoy haciendo un favor. ¡Al contrario! Estaré encantado de tener la casa ocupada. Así que no se hable más.

—Pero...

El marqués suspiró con cansancio.

—Si te preocupa lo que pueda comentar la gente, puedes estar tranquila. Dirán que es muy propio de mí desentenderme de mis molestos pupilos enviándolos a Alver a la primera oportunidad.

—Siempre consigues dejarme sin palabras. Sé que no debería ceder, pero lo haré, porque a Felix le vendrá muy bien, y a Jessamy también. Ya es hora de que haga algo por ellos. Los he

descuidado para centrarme en Charis, y ha sido un gran error por mi parte. ¡Y una pérdida de tiempo! Estaba tan segura de que Charis conseguiría un buen partido...

—¡No desesperes! Aún está a tiempo.

Frederica estuvo de acuerdo, pero sabía que no sería capaz de proporcionar a Charis una segunda temporada en Londres, y a su voz le faltó convicción.

—Hay otro asunto del que me gustaría hablar —dijo Alverstoke—. No sé qué pensarás al respecto, pero creo que ya es hora de que los chicos tengan otro profesor, sobre todo Jessamy. Que agradezca la ayuda de un erudito tan mediocre como yo es una muestra de ello. En cuanto a Felix, si Harry pretende enviarle al colegio en otoño, tendrá que estar preparado. Y en cualquier caso, ya lleva bastante tiempo campando a sus anchas. ¡Oh, no creas que te estoy presionando, querida! La decisión es tuya. Solo te estoy dando mi opinión, y por lo tanto haciéndome aún más abominable.

Frederica sacudió la cabeza.

—No. Tienes toda la razón. Y es una muestra más de mi dejadez que no me haya ocupado antes de este asunto. Dime qué crees que debería hacer. Si residieramos en Londres, supongo que sería más sencillo, pero...

—Lo mejor es que no hagas nada. Yo me encargaré de buscar un profesor. Tiene que ser lo bastante erudito para satisfacer a Jessamy, pero que no esté tan enfrascado en los estudios para no participar en sus otros intereses. Lo bastante mayor para no enamorarse de Charis, pero no tan mayor para aburrir a los chicos...

—¡Para, para! —exclamó Frederica, levantando las manos con fingida consternación—. ¡Eso es imposible! Y aunque no lo fuera, no te lo pediría a ti, primo.

—¿Cómo que no? —preguntó el marqués, arqueando las cejas—. ¡Pero si me lo pediste!

—¿Quién, yo? ¿Te pedí que buscaras un profesor para mis hermanos? ¡Eso sería el colmo! ¡Jamás te he pedido una cosa así!

—El día que te conocí, Frederica, me dijiste que si me convertía en el tutor de tus hermanos, lo lógico sería que les buscara un profesor. Y añadiste que nada me impedía resultaros útil. ¿Recuerdas?

—No. Y si lo dije, debía de estar bromeando. A diferencia de ti, primo, tengo bastante buena memoria.

—La mía es caprichosa —dijo el marqués sin inmutarse—. Solo recuerdo lo que me interesa. No voy a tomarme la libertad de contratar a un profesor, pero si descubro a un buen candidato, le diré que espere a que regreses a Londres para hacerte una visita.

—Gracias —dijo Frederica con docilidad—. Espero que la tarea no te aburra demasiado.

El marqués estaba bastante seguro de que sería así, pero los hechos le demostraron lo contrario. El día después de su llegada a Berkeley Square, cuando estaba revisando unos papeles con su secretario, dijo con indiferencia:

—Por cierto, Charles, ¿no conocerá a alguien que esté dispuesto a asumir la educación de Jessamy y Felix? Sería algo temporal, unos tres meses más o menos.

—No, señor, a menos que...

Charles se interrumpió, y Alverstoke, que había levantado los ojos del documento que tenía en la mano, notó que el joven parecía avergonzado.

—¿A menos que... qué? —le preguntó—. ¿No querrá decir que conoce a alguien que podría hacerlo?

—No, señor. Bueno, se me ha ocurrido que Septimus podría ser un buen candidato. Pero no quisiera imponérselo, y le ruego que no dude en...

—¿Septimus?

—Me refiero a mi hermano, señor. Trabaja en la universidad, pero sé que está buscando un puesto de profesor particular para las vacaciones de verano. Estoy seguro de que preferiría esa oferta a cualquier otra, sobre todo si piensa alojar a los Merrville en Alver. Podría desplazarse allí todos los días y seguir viviendo en casa, lo cual complacería mucho a mi padre.

—¿Charles, es usted el mejor secretario del mundo! —dijo Alverstoke—. ¡Escríbale inmediatamente! Siempre que no le importe enseñar a dos alumnos tan... emprendedores.

—¿Claro que no, señor! —rio Charles—. Le gustarán. Y seguro que él a ellos también. Es un tipo estupendo. Y no es nada aburrido, se lo prometo. Conoce todo tipo de juegos, y le encanta salir a cazar y a pescar. —El joven se detuvo, avergonzado—. ¡Pero debe juzgar por sí mismo, señor! ¡No se fie de mis palabras!

—¿Cuándo me ha engañado usted, Charles? Dígame que nos haga una visita la semana que viene. Imagino que para entonces Felix estará en condiciones de viajar, y así podrá conocer a la señorita Merrville. Lo que me recuerda que mañana debo ir a Upper Wimpole Street, para informar a Charis de las últimas noticias sobre Felix. ¡No deje que lo olvide!

Entretanto, Charis estaba pasando por una amplia variedad de emociones. Harry había conseguido alejar su primera inquietud con sus atenciones, pero esta se había visto sucedida por arrebatos de entusiasmo y desesperación (no por Felix, sino por ella misma), y por rápidas transiciones de la alegría a la tristeza. Cuando Endymion estaba a su lado (que era lo más frecuente), se olvidaba de sus problemas. Endymion la amaba y era un pilar de fortaleza para ella. Para un observador imparcial, esa fortaleza parecía residir en su espléndido físico y en sus optimistas declaraciones, pero Charis no era una observadora imparcial. Cuando Endymion le decía que no debía preocuparse, porque todo iba a salir bien, o que lo dejara todo en sus manos, Charis se quedaba tranquila. Era incapaz de dudar de la sabiduría y la resolución de una criatura celestial como Endymion. Las dudas la asaltaban cuando él no estaba presente. No dudaba de su perfección, sino de la posibilidad de conseguir su objetivo. Alverstoke adquiriría las dimensiones de un mago cruel, que podía alejar a Endymion de su lado con tan solo agitar su varita; y Frederica dejaba de ser su querida hermana y se transformaba en su implacable enemiga. Gracias a la ausencia de Frederica (y a sus escasas obligaciones), Endymion podía visitarla lo bastante a menudo para evitar que perdiera la cordura. Cuando se presentaba en Upper Wimpole Street, lo hacía con el pretexto de visitar a Harry, o de acompañar a Chloë, y por mucho que Buddle desconfiara de él, no podía negarle la entrada. Harry, que había decidido que era un buen tipo, era cómplice de estas maniobras, pero se comportaba con lo que pensaba que era suma propiedad, y nunca se ausentaba del salón más de media hora cuando Endymion estaba en casa. En cuanto a Chloë, era una joven muy comprensiva, y como quería a Charis casi tanto como a su hermano,

siempre estaba dispuesta a proporcionar una excusa a Endymion para presentarse en Upper Wimpole Street. Además, la providencia acudió en su ayuda disfrazada de gripe. La señora Dauntry, que hasta entonces no había sucumbido a esta enfermedad, sufrió un ataque tan severo que los demás casos no fueron nada comparados con el suyo. Como contaba con las atenciones de su doncella y su abnegada prima, expulsó a sus hijas de su dormitorio y las confió al cuidado de la señorita Plumley y de Diana, su institutriz. Pero como Chloë ya había terminado sus estudios, y la señorita Plumley era requerida constantemente en la habitación de la enferma, ninguna de ellas se opuso a su amistad con Charis, ni a sus salidas en compañía de su hermano.

Pero no fue el caso de la señorita Winsham. Cuando se enteró, gracias a la señora Hurley, de las constantes visitas de Endymion a Upper Wimpole Street, se apresuró a sermonear a Charis, regañándola con tanta severidad que la joven se echó a llorar. Terminó de hundirla diciendo que sería mejor que olvidara a Endymion, porque Frederica nunca consentiría semejante enlace.

La noticia (que les llegó a través de Harry) de que Frederica estaba empeñada en sacar a la familia de Londres dejó muy consternados a los dos amantes. Endymion, que fue el primero en recuperarse, dijo con decisión que podía solicitar el traslado a Ramsgate o a cualquier otra ciudad costera. No le gustaban los engaños, pero de esa forma podría encontrarse a escondidas con Charis. Pero Charis se sentía acosada por terribles presentimientos.

Fue entonces cuando Alverstoke regresó a Londres. Al día siguiente fue a hacer una visita a Upper Wimpole Street, y cuando le condujeron al salón, descubrió que solo estaba ocupado por Charis y Endymion.

La incomodidad de la joven pareja era evidente, y esta no se vio en absoluto aliviada cuando Alverstoke levantó su monóculo. Endymion, que había enrojecido hasta la raíz del cabello, balbuceó:

—He... he venido a preguntar por Felix, señor. ¡Y a hablar con Harry!

—Harry ha tenido que salir —dijo Charis, respaldándole con valentía—. Pero solo por un momento, por eso le he pedido al pri... primo Endymion que espere a que vuelva.

El marqués, que tuvo que aguantarse las ganas de reír, respondió con una amabilidad que la asustada pareja encontró sumamente siniestra:

—¡Menos mal que he llegado a tiempo para acabar con tu incertidumbre, Endymion! Me alegra comunicarte que Felix está mejorando, y espero que pronto esté en condiciones de regresar a Londres. ¡Así que no hace falta que esperes más! Si lo que tienes que decir a Harry es importante, te recomiendo que le dejes el mensaje a Buddle. Harry estará encantado de hacerte una visita.

Después de este fulminante discurso, a Endymion no le quedó más remedio que retirarse. Se le pasó por la cabeza la descabellada idea de decir la verdad a Alverstoke, pero la descartó. En primer lugar, porque el mensaje que transmitían los angustiados ojos de Charis era inconfundible; y en segundo, porque se hallaba en desventaja, y no había tenido tiempo para preparar su anuncio, ni para reunir los argumentos en favor de un matrimonio que, según su madre, resultaría inaceptable para el marqués.

Cuando la puerta se cerró tras él, el marqués dejó caer el monóculo y avanzó por el salón, diciendo:

—En ausencia de tu hermana y tu tía, Charis, me corresponde a mí decirte que no puedes recibir la visita de un caballero sin la presencia de tu hermano. ¡De hecho es sumamente inapropiado!

Charis enrojeció y se echó a temblar. Solo consiguió dominar su voz lo suficiente para balbucear:

—¡Pe... pero si es mi primo! Y además es amigo de Harry, y solo ha venido a interesarse por Felix...

—Mientes muy mal, querida —dijo Alverstoke—. Eso habla a tu favor. Pero tendrás que aprender a ser más astuta para intentar engañar a un experto como yo. ¡No, por favor, no llores! No puedo soportar las lágrimas. Te daré un consejo: nunca te tomes a tus pretendientes demasiado en serio, y condúctete siempre con la mayor discreción.

Charis hizo un esfuerzo para sonreír, pero no lo consiguió. La familiar y paralizante sensación de aburrimiento empezó a apoderarse del marqués; pero se sobrepuso a ella, y dijo con una ligera sonrisa:

—No estés triste. Te entiendo muy bien, y voy a darte otro de mis consejos. Estas pequeñas aventuras pueden ser encantadoras o dolorosas, pero créeme: no duran. Supongo que no me creerás, pero deberías. Te lo digo por experiencia. Sí, ya sé que es sorprendente. ¡No se lo digas a tu tía!

Charis soltó una risita histérica.

—¡Pero lo mío es distinto! —dijo.

—Por supuesto. Siempre lo es —repuso el marqués.

—¡Usted no lo entiende! —exclamó la joven con amargura.

—Esa —dijo el marqués con sorna— es una acusación absurda, y ni siquiera posee el don de la originalidad. Querida, todas las generaciones han dicho o pensado que la generación anterior carecía de comprensión o experiencia. ¡Pero hablemos de otra cosa! Cuando dejé Hertfordshire, Felix había salido de la cama por primera vez, y estaba jugando a las cartas con Jessamy. También expresó un profundo deseo de comerse una chuleta de cordero. Así que no tardará mucho en volver a casa.

Charis forzó otra sonrisa, pero desprovista de alegría, y casi con desgana murmuró:

—¡Oh, pobre Felix! ¡Cuánto me alegro!

Alverstoke la encontró tan irritante que se vio obligado a reprimir una de sus irónicas respuestas. Solo habría conseguido hacerla llorar, y las mujeres lloronas se encontraban a la cabeza de su lista de aversiones. Pensó que lo más prudente sería marcharse sin contarle sus planes de traslado a Alver. Era evidente que aquella estúpida muchacha se había enamorado con locura de su igualmente estúpido primo, y si se enteraba de que pronto sería apartada del círculo de Endymion, seguramente sucumbiría a un ataque de nervios.

El marqués se sentía inclinado a pensar que Endymion no se había planteado casarse. Como ignoraba que los demás le atribuían el deseo de concertar un matrimonio ventajoso para su heredero, no podía entender por qué el idiota de Endymion (si efectivamente quería casarse con Charis) no había solicitado su ayuda. Su heredero siempre le consultaba todos sus problemas, y debía saber que la influencia de su primo era de extrema importancia. Seguramente había

sucumbido a uno de sus enamoramientos, y pronto se le pasaría. Pero Charis parecía haberse enamorado de verdad, y era la clase de chica capaz de venirse abajo si veía frustradas sus esperanzas. Cuanto antes se olvidara del asunto, mejor. Alverstoke decidió que dejaría caer unas palabras de advertencia a su primo.

Como era la primera vez que hacía algo así, esta desviación de la norma causó una profunda impresión en su heredero, pero lejos de la intención del marqués. Endymion comunicó la noticia de su intervención a Charis, que se puso tan pálida como su vestido.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Quiere separarnos! ¿Oh, qué vamos a hacer?

—¿Y qué si lo hace? —dijo Harry, al que los problemas y las indecisiones de la pareja estaban empezando a aburrir—. Tú no dependes de él, Endymion.

—No... Bueno, es verdad que me concede una generosa asignación, ¿sabes? Yo dispongo de una renta de dos mil libras anuales. Y lo que me corresponda por mi herencia, claro. Aunque, para ser sincero, nunca he prestado demasiada atención al dinero. Además, ¿quién dice que no vaya a casarse?

—¡Oh, no creo! —dijo Harry—. ¡Y menos a su edad! Y si no se casa, no puede desheredarte, ¿verdad? Tampoco podría enviarte al extranjero de la noche a la mañana. ¡Así que no entiendo a qué vienen tantos nervios!

—No es eso —protestó Endymion—. El primo Vernon no me da miedo. Las que me dan miedo son sus hermanas, y mi madre, y Frederica. Tú no lo entiendes.

Esta confusa llamada a la comprensión suscitó las simpatías de Harry. Nunca se había enfrentado a las dificultades de Endymion, pero su instinto masculino le hacía temer los arrebatos de furia de las mujeres.

—¡No había pensado en eso, por Júpiter! —exclamó, muy asustado—. ¡Seguro que organizarán un escándalo!

Endymion le miró con expresión de gratitud.

—Desde luego. Mi madre, no —añadió con meticulosidad—. Ella no organiza escándalos precisamente.

—Bueno, en ese caso...

—Lo que hace es meterse en la cama —prosiguió Endymion—. Le dan síncope, porque tiene el corazón muy débil. Si le dijera que voy a casarme con Charis, seguramente sería víctima de fuertes convulsiones. Siempre le pasa cuando alguno de nosotros se atreve a llevarle la contraria. Entonces la prima Harriet llamaría a ese maldito médico suyo, Halford, y los dos me echarían una reprimenda, como si fuera un asesino. Es muy desagradable, ¿sabes? No se debe disgustar a una madre. Es muy feo. Además no pienso hacerlo, porque la quiero mucho.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Charis—. ¡No lo permitiría por nada del mundo! Pobre señora Dauntry. ¿Qué culpa tiene ella de ponerse así? ¡Oh, qué pena me da!

Endymion, que se sintió profundamente conmovido, le cogió la mano y se la besó con fervor, diciéndole que era adorable. Su hermano se mostró menos entusiasta, y le recomendó que no fuera tan sensiblera. A Endymion, que enseguida salió en defensa de su amada, le dijo que no opinaría lo mismo cuando Charis empezara a compadecerle a él también.

—¡Que es lo que hará, ya lo verás! —le dijo—. A ti te parecerá adorable estar siempre intentando complacer a todo el mundo, y sentir lástima por aquellos a los que no puede complacer. ¡Pero a mí, no! ¡A mí me parece una muestra de estupidez!

—¡Oh, no! —exclamó Charis en tono de súplica.

—¡Oh, sí! —respondió Harry—. ¡Te lo he dicho mil veces! Como no tengas cuidado, Charis, un día terminarás compadeciéndote de ti misma. ¡Y todo por tu falta de carácter! ¿Qué más da que la señora Dauntry y Frederica se enfaden? ¡Ya se les pasará! Y no me mires con esa cara de perro, Endymion, porque es mi hermana, y pienso decirle lo que me parezca.

En ese momento fueron interrumpidos por Charis que, ofendida por aquella desagradable descripción del noble comportamiento de su amado Endymion, salió en su defensa con una energía inusual. Durante la pelea que siguió, Endymion cedió a Harry sus derechos fraternales, y se sumió en una profunda reflexión de la que emergió más tarde, sorprendiendo a los combatientes con estas palabras:

—¡Es verdad! ¡Ya se les pasará! —Viendo que los dos hermanos Merriville le miraban sin entender, añadió—: ¡Tienes razón, Harry! ¡Frederica y mi madre terminarán por aceptarlo! Es más, su pudiéramos casarnos sin que ninguna de las dos lo supiera, habríamos solucionado el problema. Quiero decir que no tiene sentido organizar un escándalo, ni provocar síncope a nadie. Ahora que lo pienso, tampoco tiene sentido que me trasladen, ni que me envíen a una dichosa misión, ni nada de eso. ¡No es necesario!

Los dulces ojos de Charis resplandecieron de admiración ante aquella extraordinaria muestra de inteligencia, pero Harry no estaba tan impresionado.

—No, y tampoco tiene sentido hacer castillos en el aire. ¿Cómo demonios vais a casaros sin que se entere todo el mundo? Si lo que pretendes es fugarte con Charis, te advierto que no pienso consentirlo. Y si crees que voy a ayudar a mi hermana a arruinar su reputación, es que tienes una idea muy equivocada de mí.

—¡Nunca haría una cosa así! ¡Nunca! —declaró Charis.

—¡No me refiero a eso! —exclamó Endymion, poniéndose colorado—. Y tú también tienes una idea muy equivocada de mí si me consideras capaz de fugarme con tu hermana, Harry. ¡Hay que ver qué carácter! Me sorprende que me dejes venir a visitarla.

—¡Oh, tranquilízate, Endymion! —dijo Harry—. Ya sé que no serías capaz de hacer una cosa así. Pero si no vas a fugarte, ¿qué piensas hacer? Porque no se me ocurre otra forma de casarse en secreto.

—No —reconoció Endymion con tristeza.

—¿Entonces?

—No se me ocurre nada más —le explicó Endymion—. Solo estaba pensando que sería maravilloso que pudiéramos casarnos.

Afortunadamente (porque Harry, que estaba resoplando, presentaba síntomas alarmantes de dejarse llevar por las emociones), la conversación llegó a su fin cuando el reloj de la repisa, que dio la hora de forma inexorable, recordó a Endymion el cumplimiento de sus obligaciones militares. El joven se despidió de forma apresurada y se marchó.

—¡Hay que ser imbécil! —explotó Harry—. ¡«Solo estaba pensando que sería maravilloso que pudiéramos casarnos»! ¡Sí, y también sería maravilloso que alguno de los dos tuvierais un poco de sentido común! El problema es que no lo tenéis, y eso no tiene remedio.

Al escucharlo, Charis rompió a llorar.



A excepción de Harry que, arrepentido de sus duras palabras, se reconcilió con su hermana, la situación seguía sin resolverse cuando el grupo de Hertfordshire regresó a Londres tres días después.

Antes de poner los pies en el suelo, Frederica se percató de que Charis estaba pálida y exhausta. Pero con el ajetreo de la llegada no tuvo tiempo para hablar con ella en privado. Hasta que no subieron el equipaje, saludaron al servicio, sacaron la medicina de Felix y convencieron al propio Felix (no sin dificultad) de que se fuera a la cama para recuperarse del viaje, Frederica no pudo prestar atención a su hermana. Fue entonces cuando la invitó a entrar a su habitación, pidiéndole que la ayudara a deshacer el baúl de viaje.

—¡Parece que ha pasado un siglo desde la última vez que te vi! —le dijo—. Espero no volver a vivir una experiencia como esta.

—¡Oh, no! —dijo Charis con un estremecimiento—. ¡Ha debido de ser terrible!

—Sí —admitió Frederica—. De hecho, si no fuera por Alverstoke, no sé qué habría hecho. Nunca le estaré lo bastante agradecida. ¡Ha sido tan paciente y tan persuasivo con Felix! Y un apoyo constante para mí, sobre todo los dos días en que creí que... ¡Pero será mejor que no hablemos de eso! ¿Has estado enferma, querida? ¡Estás muy pálida!

—¡Oh, no! ¡Me encuentro perfectamente! Será el calor.

—Seguro. Yo también lo he sufrido, incluso en el campo. Me encontraba muy débil, y sentía una especie de abatimiento y opresión. Aunque aquí ha tenido que ser peor. Cuando nos adentramos en el primer grupo de casas, Jessamy dijo que parecía que estábamos entrando en un horno. ¡Pero no importa! Con un poco de suerte, dentro de unos días nos encontraremos a muchas millas de Londres. ¿Te ha contado Alverstoke el maravilloso plan que ha ideado para nosotros?

—No —respondió Charis, mirándola con aprensión.

—Vamos a trasladarnos a Alver, y a quedarnos allí todo el tiempo que queramos —dijo Frederica, empezando a deshacer el baúl—. Supongo que debería haber declinado la oferta, ¡pero era demasiado tentadora! Es exactamente lo que necesitan los chicos. La finca está en Somerset,

¿sabes? Muy cerca de Bath, lo cual es una ventaja. ¡Oh, mira esta muselina, querida! Te engatusaré para que me hagas el equipaje cuando vayamos a Alver.

Como no recibió respuesta, Frederica se dio la vuelta, y descubrió que Charis se había desplomado en una silla, y tenía la cara cubierta con las manos.

—¡Charis, querida! ¿Qué te ocurre?

—¡Soy tan desdichada!

—¡Dios mío! ¿Pero por qué?

—¡Porque no quiero ir a Alver!

Frederica hizo un esfuerzo para dominar su irritación, y dijo con mucha calma:

—¿Quieres decir que preferirías ir a la costa?

—¡Oh, no! ¡No quiero ir a ninguna parte!

—Charis, me parece que no terminas de entender la situación —dijo Frederica—. Por razones de salud, es necesario que saquemos a Felix de Londres. Y si Londres se pone así en los meses de verano, tan insufriblemente caluroso y polvoriento, estoy segura de que es necesario para la salud de todos nosotros. ¿Crees que vamos a aburrirnos? Supongo que es posible, sobre todo después de las diversiones de las que hemos disfrutado en Londres, pero antes no pensabas que el campo fuera aburrido. Además, creo que Alver es precioso. ¿Recuerdas lo que decía la guía sobre el parque y el lago, con todos aquellos arbustos exóticos plantados alrededor? ¡Nunca nos cansaremos de dibujar sus paisajes! Alverstoke me ha dicho que los chicos pueden pescar truchas en el arroyo. ¡Tenías que haber visto a Jessamy cuando se enteró! ¿No querrás negarle ese placer? Al fin y al cabo, querida, ni él ni Felix se opusieron a nuestros planes cuando vinimos a Londres.

—¡Oh, no! No quería decir eso. ¡Por supuesto que debe ir! ¡Pero yo prefiero quedarme aquí! Pensé que tal vez podría alojarme en Harley Street. Si la tía Seraphina se va con vosotros, la pobre tía Amelia estará encantada de tenerme a su lado.

—La tía Seraphina no va a venir con nosotros, porque no pienso pedírselo. No creo que sea necesario llevar una acompañante, y aunque lo creyera, no reclamaría sus servicios, porque estoy muy enfadada con ella. En cuanto a dejarte con la tía Amelia, será mejor que te quites esa idea de la cabeza.

—¡Oh, Frederica!

—¡Si no quieres que me enfade, será mejor que dejes de llorar! —exclamó Frederica—. ¡Y también de fingir! ¡Tu actitud me sorprende, Charis! Lo que pretendes es quedarte en Londres para hacer el ridículo por Endymion Daunty, y lo sabes muy bien. Supongo que eso es lo que has estado haciendo mientras yo no estaba. Espero que no hayas dado pie a habladurías.

—¡Estoy enamorada de Endymion! —declaró Charis, levantando la cabeza—. ¡Y él de mí!

—Entonces no hay razón para que te hagas la mártir —dijo Frederica con indiferencia.

Charis se levantó, ilusionada.

—¿Quieres decir que...? ¿Es posible que quieras decir que darías tu consentimiento?

—Quién sabe lo que haría si tu pasión por él fuera más duradera que las anteriores —repuso Frederica con naturalidad.

—¡Nunca dejarás que me case con él! ¡Nunca! —dijo Charis con desesperación—. ¡Lo que pretendes es separarnos!

—¿Cómo, pasando unos meses en Alver? Si vuestro amor no es capaz de sobrevivir a eso...

—¡Claro que sí! —la interrumpió Charis—. Pretendes alejarnos para que le olvide. ¡Pero nunca le olvidaré, Frederica, nunca!

—Bueno, no hace falta que desesperes. Recuerda que (si no he cambiado de opinión) dentro de dos años podrás hacer lo que te plazca.

—¡Oh, tú no sabes lo que es estar enamorada! —dijo Charis con vehemencia.

—¡No, y me alegro! Si estar enamorada significa decir estupideces y volverse una insensata, no quiero estarlo. Y déjame decirte que tú también te alegrarías. Estoy segura de que es terriblemente incómodo. ¡Así que intenta serenarte, te lo ruego! Este no es momento para organizar un escándalo por una tontería. Ya veremos cómo te sientes cuando hayas tenido tiempo para reflexionar. ¡Y por favor, no nos peleemos! No quiero resultar descortés, pero he pasado muchos nervios, y no tengo fuerzas para discutir por una...

Frederica se detuvo, pero Charis terminó la frase por ella.

—Por una tontería, ¿no? —exclamó, y salió de la habitación.

Frederica no hizo ningún esfuerzo para seguirla. Había conseguido mantener la calma, pero nunca había estado tan cerca de perderla con su hermana. Después de todo lo que había pasado, le parecía vergonzoso que Charis le organizara una escena nada más llegar a casa, cuando ella misma se sentía tan alicaída. Tal vez Charis no supiera que, cuando uno pasa por un terrible periodo de angustia, la tranquilidad no se recupera de la noche a la mañana. Tampoco Frederica esperaba que, después de la alegría por la recuperación de su hermano, fuera a sufrir episodios de rabia y melancolía. Pero aun así, Charis podía haber tenido la delicadeza de no armar un escándalo a una hora de su llegada.

La verdad era que aún estaba muy cansada, y tal vez se hubiera dejado provocar con demasiada facilidad. La última semana en Monk's Farm había sido agotadora, porque Alverstoke ya no estaba allí para ayudarla. Se había acostumbrado tanto a recurrir al marqués para solicitar su ayuda o su consejo que lógicamente se había sentido perdida sin él. También había echado de menos su compañía. Sospechaba que, si el marqués se hubiera quedado en Monk's Farm, no se habría deprimido tanto. También eso era lógico: por mucho que quisiera a sus hermanos pequeños, no podía hablar con ellos como con Alverstoke... o con cualquier otra persona adulta.

Esta reflexión la llevó a sumergirse en sus pensamientos y, mientras colgaba sus vestidos en el armario y trasladaba sus blusas y enaguas del baúl a la cómoda, recordó los paseos en coche y las caminatas que había disfrutado en compañía de Alverstoke, reflexionando sobre algunos comentarios que había hecho, o sonriendo al recordar otros.

Estos agradables y nostálgicos pensamientos se vieron interrumpidos por una enérgica llamada a la puerta, seguida de la entrada de Harry, que preguntó con tono imperioso:

—¿Se puede saber qué pasa, Freddy? Charis me ha dicho que pretendes pasar el verano en Somerset, en la residencia de Alverstoke. Me sorprende que estés dispuesta a depender de él de esa manera, pero yo no pienso hacerlo. Soy perfectamente capaz de ocuparme de mi familia, y espero que se lo digas. Es más, me gustaría saber qué anda tramando. Puede que tú no estés al corriente de su reputación, pero yo sí. ¡Y no pienso tolerarlo, maldita sea!

—¡Ah!, ¿no? —preguntó Frederica con aparente tranquilidad—. ¡Pues entonces empieza a ocuparte de tu familia! ¡Porque hasta ahora no has hecho nada por nosotros! Ni siquiera fuiste capaz de buscar un alojamiento cuando te lo pedí. Has permitido... No, has animado a Endymion Dauntry a cortejar a Charis, sin importarte las consecuencias. Nunca has hecho el menor esfuerzo para... aceptar tus responsabilidades. Te has contentado con dejarlo todo en mis manos. Y ahora... ahora, cuando estoy desesperada, y mi primo... no, mi hermano, acude en mi ayuda, tienes la desfachatez de decirme que no piensas tolerarlo, y que no quieres depender de él. ¡Y te sorprende que yo quiera hacerlo! ¡Pues bien, no quiero, pero lo haré, porque no puedo recurrir a nadie más! Dices que mi actitud te sorprende. ¡No más que a mí la tuya, te lo aseguro!

A Frederica se le quebró la voz. Le dio la espalda a su hermano, tan sorprendida como él. Había conseguido mantener la calma con Charis, pero jamás pensó que la perdería con Harry. No pretendía hacerle tantos reproches, y ahora le horrorizaba lo que había dicho. No podía imaginar qué se había apoderado de ella, pero de pronto estaba temblando, y presa de una ira que no había experimentado nunca. Y ahora se sentía débil, desconcertada e incapaz de contener las lágrimas.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No pretendía... No me encuentro bien. Estoy muy cansada. ¡Olvida lo que he dicho, por favor! ¡Y márchate, te lo ruego!

—¡Por supuesto! —replicó Harry—. ¡Ahora mismo!

Y dicho esto salió de la habitación, humillado y con una violenta sensación de injusticia. Había la suficiente verdad en las hirientes acusaciones de Frederica para remover su conciencia, y eso le enfadó aún más que si no hubiera habido ninguna. ¿Quién tenía la culpa de que no hubiera aceptado sus responsabilidades? ¡Frederica, por supuesto! ¡Menudo escándalo habría organizado si hubiera intentado interferir en el gobierno de la casa! ¿Cuándo había solicitado su ayuda? ¡Nunca! O no hasta que le pidió que se ocupara de Charis durante su ausencia de Londres. ¿Y no lo había hecho? Sí, y sin quejarse en ningún momento, aunque tuvo que renunciar a todos los entretenimientos que tanto le gustaban. ¿Acaso se había quedado en Londres las últimas semanas porque le apetecía? ¡Por supuesto que no! Lo hizo porque Frederica se lo pidió. Si por él fuera, se habría marchado de inmediato a Monk's Farm.

Harry siguió así durante un buen rato, haciéndose preguntas y encontrando respuestas irrefutables, que le proporcionaban muy poca satisfacción. Su sensación de ofensa aumentó; y cuando Charis le buscó más tarde para solicitar su ayuda, estaba lo bastante ofendido para prestarse a cualquier plan que pudiera molestar a Frederica.

En vista de su reclusión forzosa, y posiblemente inmediata, en Alver, Charis consideró que era de vital importancia consultarlo con Endymion. ¿Podría transmitirle un mensaje de su parte?, le preguntó a Harry. ¿Y sabía dónde podrían tener una cita respetable?

¡Desde luego! Harry haría una visita a Endymion esa misma tarde. Respecto a la cita respetable, nada podía ser más sencillo. Se encontrarían en Kensington Gardens, y él mismo acompañaría a Charis hasta allí.

—¡Oh, Harry, sabía que podía contar contigo! —exclamó Charis.

Aquello supuso un bálsamo para sus heridos sentimientos. ¡Al menos contaba con la simpatía de una de sus hermanas! En cierto modo, era una pena que Frederica no estuviera presente para

escuchar esta declaración de fe. Pero en cualquier caso, pronto se daría cuenta de que no era el despreciable lechuguino que ella creía, sino un hombre valioso al que tener en cuenta.

Pero cuando Frederica entró en el salón justo antes de la cena, parte de su rencor se esfumó. Harry estaba solo, y su hermana fue directa hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la mejilla, diciendo:

—¡Oh, Harry! ¡Menuda arpía tienes por hermana! ¡Perdóname!

Harry seguía dolido. Aunque la sensación ya se le estaba pasando, le llevó a decir:

—¡La verdad es que has sido muy injusta, Freddy!

Estaba dispuesto a demostrarle punto por punto, igual que se había demostrado a sí mismo, que le había juzgado mal. Y si Frederica se lo hubiera permitido, pronto habría recuperado su buen humor. Pero no se lo permitió. Ya había soportado dos escenas desagradables. Estaba cansada, le dolía la cabeza y, más que nada en el mundo, quería irse a la cama antes de iniciar otra discusión. Así que dijo:

—Sí, querido, lo sé. ¡Pero será mejor que hablemos de otra cosa!

—Como quieras, pero fuiste tú la que sacó el tema de Charis y Endymion, y...

—¡Por el amor de Dios, Harry, no! —exclamó Frederica—. ¡No tengo ni la capacidad ni el deseo de iniciar una discusión contigo!

Harry interpretó que su hermana mayor despreciaba su opinión. Inmediatamente se puso rígido y dijo con gélida cortesía:

—¡Como gustes!

Frederica sabía que había herido su sensibilidad, y que debía apaciguarle, pero también que eso requeriría tacto y paciencia, y ambas virtudes la habían abandonado. Así que se limitó a sonreírle con cansancio, y se consoló pensando que los enfados de Harry no solían durar.

Charis bajó a cenar con los ojos llorosos, pero bastante serena, y cuando ella y Frederica se retiraron al salón, se concentró en su labor. Respondió a los intentos de conversación de Frederica, pero ella no inició ninguna.

Las dos se fueron a la cama pronto. Frederica se sintió aliviada cuando su hermana le dio un abrazo en respuesta a su beso de buenas noches.

Se quedó dormida casi de inmediato, pero Charis permaneció despierta, esperando el sonido de los pasos de Harry en la escalera. Cuando los oyó, se incorporó en la cama con expectación, porque este le había prometido que le haría saber el resultado de su misión. Cuando su hermano llamó a la puerta con suavidad, susurró: «¡Pasa!». Apenas esperó a que cerrara la puerta para preguntarle:

—¿Le has visto, Harry?

—Sí, claro. ¡No grites tanto! —respondió su hermano, dirigiendo una mirada significativa a la pared que separaba su habitación de la de Frederica.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Charis, bajando la voz—. ¿Qué piensa que deberíamos hacer?

—Ha dicho que necesita un tiempo para pensarlo —contestó Harry, que fue incapaz de reprimir una sonrisa.

—Seguramente se ha quedado muy sorprendido —dijo Charis con dignidad.

—¡Oh, sí, ya lo creo! Al principio no dejaba de decir: «¡Qué contrariedad!». Pero mañana lo veremos, así que tranquilízate. Por cierto, tendremos que inventarnos una excusa, por si Frederica nos pregunta adónde vamos. ¡Porque ten por seguro que lo hará!

—¡Oh, no, Harry! ¡Detesto tener que engañarla! —dijo Charis con tristeza.

—Pues entonces no podrás ver a Endymion.

—¡Pero tengo que verlo!

—¡Entonces deja de comportarte como una estúpida! ¿No necesitas comprar nada?

Después de una prolongada reflexión, Charis dijo que si se veía obligada a ir a Alver, necesitaría papel de dibujo, aunque una vez allí no tuviera ganas de usarlo. Harry se mostró de acuerdo con su propuesta y se fue a la cama, recomendándole que no se preocupara.

Charis estaba terriblemente nerviosa a la mañana siguiente, pero la fortuna le sonrió. Cuando llegó la hora de irse a Kensington Gardens e iba a despedirse de Frederica, descubrió que su hermana estaba atendiendo a una visita, en concreto a lord Buxted.

La entrada de Charis supuso una agradable interrupción. Nada más estrechar la mano de Felix, que estaba tumbado en el sofá, el genio malvado de lord Buxted le llevó a expresar su esperanza de que nunca volviera a dar a su hermana semejante disgusto. Frederica intentó intervenir, pero en vano. Hacía tiempo que lord Buxted había decidido que era demasiado blanda y, con una sonrisa que enfureció de inmediato a los tres hermanos Merriville, dijo:

—¡Tu hermana es demasiado buena, Felix! Lamento decirlo, pero en mi opinión te mereces todo lo que te ha pasado. No voy a insistir más, pero...

—¡No pienso escucharle, diga lo que diga! —saltó Felix, con las mejillas encendidas y echando chispas por sus ojos azules—. ¡No tiene derecho a sermonearme! ¡Usted no es mi tutor!

—¡Felix, ten cuidado con lo que dices! —exclamó Jessamy con brusquedad, al tiempo que apoyaba la espalda en los cojines. El joven miró a lord Buxted y, tratando de medir sus palabras, dijo—: No es necesario que regañe a mi hermano, se lo aseguro.

—¡A él no le corresponde regañarme! —declaró Felix con furia—. Le corresponde al primo Alverstoke, y ya lo ha hecho. Y no me soltó un sermón, porque es muy bueno, y sabía que estaba arrepentido. ¡Y si quisiera darme una paliza, tiene todo el derecho a hacerlo!

Como era evidente que Felix se estaba sumiendo en un peligroso estado de excitación, y aún más evidente que cualquier intento de arrancarle una disculpa sería rechazado con violencia, Frederica recibió a su hermana con sincero alivio.

No creyó ni por un momento que Harry fuera a acompañar a Charis a comprar, pero aceptó la excusa diciendo:

—¿Vais a llevaros a Lufra? ¡Yo que vosotros no lo haría!

—¡Oh, no! —dijo Charis, soltando la correa del perro—. Pero sabe que vamos a salir, y en cuanto abramos la puerta querrá escaparse. Por eso te lo he traído, Jessamy.

El joven asintió y chasqueó los dedos para llamar a Lufra, que estaba olisqueando las lustrosas botas de lord Buxted. Charis se marchó, contenta de haber escapado a un interrogatorio.

La presencia de lord Buxted evitó las preguntas desconfiadas, pero en cualquier caso, Frederica no las habría hecho. No era una carcelera, y no quería que Charis pensara que la estaba vigilando. Estaba segura de que tenía una cita secreta con Endymion, pero por mucho que

condenara su conducta, habría sido una crueldad negarle el que, con toda probabilidad, sería su último encuentro en varios meses. Y por lo menos se había llevado a Harry para que le hiciera compañía.

Así que se olvidó del asunto e intentó desviar la atención de lord Buxted, que había ofendido a Jessamy diciendo que menuda sorpresa se llevarían las visitas si encontraban a un monstruo como Lufra en el salón de Frederica.

Pero ninguna de las visitas que llegaron más tarde dio muestras de sorpresa. El primero fue Darcy Moreton, al que lord Buxted miró con hostilidad. Y al cabo de unos minutos, el mayordomo anunció a lady Elizabeth Kentmere y a lord Alverstoke.

La entrada de Alverstoke tuvo el efecto de una descarga eléctrica, observó el señor Moreton con tristeza. La alegría en los ojos de Frederica era inconfundible, y era evidente que el marqués se llevaba de maravilla con sus pupilos. Felix exclamó con alegría: «¡Primo Alverstoke!», e hizo un esfuerzo para levantarse. Jessamy, por su parte, se detuvo un momento para hacer una reverencia a lady Elizabeth, y enseguida empezó a contar a Alverstoke algo que había pasado en Monk's Farm después de su partida. Como Felix también tenía algo que decirle, y Lufra, que había captado aquellas muestras de cariño, se puso a ladrar, durante varios minutos reinó la confusión. Lady Elizabeth soltó una carcajada y, mientras estrechaba la mano de Frederica, dijo:

—¡Sabía que lo querían, pero no que su llegada causaría tanto revuelo!

—¡No, y le pido disculpas! —dijo Frederica sonriendo—. ¡Pensaré que se han criado en los barrios bajos!

—¡En absoluto! —terció lord Buxted—. Pero no creo que a Felix le convenga tanta agitación. ¿No sería mejor que Jessamy se lo llevara a otro sitio?

—¡Oh, no! —contestó Frederica—. Alverstoke sabe muy bien cómo meterlo en vereda.

Y pronto se demostró que tenía razón. El marqués acalló el escándalo sin la menor dificultad: ordenó a Felix que volviera al sofá, le pidió a Jessamy que hiciera callar al perro de Baluchistán, y añadió que, cuando quisiera que dos mocosos le dejaran sordo, ya les informaría. Estas mordaces palabras fueron recibidas con muy buen humor, circunstancia que lord Buxted observó con considerable sorpresa y cierta desaprobación. Tampoco le agradó que Alverstoke se sentara al lado de Frederica y se embarcara con ella en lo que parecía una conversación íntima. Como Eliza, que estaba hablando con el señor Moreton, tuvo el detalle de meter a su sobrino en la conversación, Buxted se vio obligado a prestarle atención, y no pudo escuchar lo que Alverstoke le decía a Frederica en voz baja.

Pero sus palabras no podían ser más inofensivas.

—¡Está mucho mejor! —comentó el marqués.

—Sí. Aunque estaba un poco cansado después del viaje, y este calor parece haber reavivado ciertos dolores y achaques.

—Cuanto antes te lo llesves a Alver, mejor. ¿Has escrito al doctor Knighton?

—Esta mañana. Mencioné tu nombre, como me ordenaste, y adjunté la carta que el doctor Elcott me dio para él.

Alverstoke asintió.

—Confío en que puedas trasladarte antes de que termine la semana. Por cierto, en el asunto del profesor creo que he excedido tus instrucciones.

—¿No querrás decir que has encontrado uno? —exclamó Frederica.

—No, lo ha encontrado Charles. Me ofreció los servicios de su hermano, Septimus, y le contraté. Ahora mismo se aloja en Berkeley Square. Es un joven muy agradable, y a los chicos les gustará. ¡Solo espero que a ti también!

—¡Oh, no tengas la menor duda! Si es hermano del señor Trevor, me tiene que gustar a la fuerza. ¡Por favor, dale las gracias a Charles de mi parte!

—Por supuesto, aunque el acuerdo será tan ventajoso para Septimus como para ti. Ya estaba buscando un puesto de profesor para las vacaciones, y este (si estás de acuerdo en pasar el verano en Alver) le permitirá seguir viviendo en su casa. La rectoría está a tan solo unas millas de la finca. Dime cuándo quieres que venga a verte, y le diré que te haga una visita.

—En cualquier momento. Ahora mismo apenas salgo, y cuando lo hago solo me ausento unos minutos —hizo una pausa, como si se le hubiera ocurrido algo—. Me pregunto si debería pedirle a Harry que haga la entrevista. Yo creo que le gustaría hacerla él.

—¿De veras? Yo creo que no. Sería muy comprometido para él, si es que consigues convencerle de que interroge a Septimus sobre su formación, que lo dudo. Septimus está terminando sus estudios, querida, y ahora mismo está impartiendo clases en la universidad. Por cierto, no veo a Harry ni a Charis. ¿Sigue Harry ocupándose de tu hermana?

Frederica esbozó una sonrisa, pero respondió con cierta reserva:

—¡Por supuesto! Creo que la ha acompañado a hacer unas compras.

Frederica no lo creía, y tampoco le habría sorprendido saber que Charis se encontraba en ese momento en un banco de Kensington Gardens, sentada entre su hermano y su amado, y contando a Endymion que iban a separarlos para siempre.

—¡Deja de decir tonterías! —terció Harry—. ¡Te he dicho mil veces que nadie os puede separar para siempre!

—Es verdad —admitió Endymion.

—Pero una vez que esté prisionera en Alver...

—¡Eso sí que es una contrariedad! —dijo Endymion con gesto sombrío—. ¡Ha sido un truco muy sucio! No me extrañaría que todo fuera una conspiración. Alverstoke es muy listo, ¿sabes? No he vuelto a estar tranquilo desde que me dijo que no prodigara tantas atenciones a Charis. Fue muy amable, pero era evidente que me estaba haciendo una advertencia. Eso pensé entonces, ¡y está claro que tenía razón! En fin, podría ir a verte a Ramsgate, pero a Alver no. En Alver me conoce todo el mundo, y si asomo la nariz a unos metros de la finca, algún chivato se lo contará a Alverstoke.

—¡Y cuando dejemos Alver te enviarán a una espantosa misión, y Frederica me obligará a volver a Graynard!

—Si le envían a una misión, no tendrás que volver a Graynard —dijo su pragmático hermano—. Y ahora que lo pienso, de todas formas no puede obligarte. Porth alquiló la finca por un año.

—Entonces a Harrogate, para que Felix pueda beber las aguas medicinales —dijo Charis con amargura.

—Es posible —admitió Harry.

—No voy a ir a ninguna misión —anunció Endymion de repente—. Antes desertaré. Mi primo no puede hacer nada para impedírmelo. ¡Es más, una vez que haya desertado, nadie podrá impedir que me case con Charis!

—¡Pero si soy menor de edad! —le recordó Charis con tristeza.

—¡Esa es otra contrariedad! Cuando pienso que tendré que esperar dos años, y que seguramente ni siquiera podré ir a verte... ¡me dan ganas de llevarte a la frontera! ¡No digo que vaya a hacerlo! —se apresuró a añadir, mirando a Harry con prevención—. ¡Sería demasiado escandaloso!

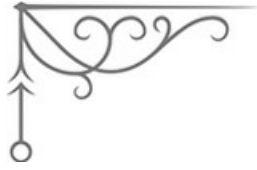
—¡Oh, no! ¡Jamás podría hacer algo tan horrible! Si Frederica comprendiera que estamos enamorados de verdad... ¡Pero nunca dará su consentimiento, nunca!

—¡Un momento! —la interrumpió Harry, dando un respingo—. Maldita sea, ¿por qué no se me había ocurrido antes? ¡Ya lo tengo, por Júpiter!

Charis y Endymion le miraron con ansiedad.

—¿Qué es lo que tienes, querido? —preguntó Charis, muy angustiada.

—¡No necesitas su consentimiento! ¡Ella no tiene nada que decir en este asunto! —dijo Harry, con un brillo malicioso en los ojos—. ¡Frederica no es tu tutora! ¡Soy yo!



Era increíble, pensó Frederica, lo bien que podían sentar dos noches de sueño ininterrumpido. Se sentía mucho mejor, mucho menos deprimida e irascible. Ahora que sus asuntos volvían a estar en las competentes manos del marqués, apenas tenía motivos para preocuparse. No tenía que pensar en los agotadores preparativos asociados al traslado de una familia desde Londres a una finca situada a cientos de millas de distancia, ni en los cuidados domésticos al final del viaje. Para alguien que desde la juventud apenas ha tenido un momento de descanso, aquello era una bendición. Debería haberse sentido satisfecha, por eso se reprendió a sí misma cuando descubrió que la perspectiva de pasar varios meses en bucólica soledad hacía que se le encogiera el corazón. No estaría del todo sola, por supuesto. La acompañarían Charis, y los chicos, y la desconocida señora Osmington, la prima viuda que, con su arrogancia habitual, Alverstoke había decidido instalar en Alver. También estaría Septimus, y seguramente su madre, la señora Trevor, se pasaría de vez en cuando a hacerles una visita. Al principio se aburriría un poco, y lo más probable era que echara de menos a sus amigos de Londres. Pero Alverstoke iba a acercarse a pasar unos días, lo que supondría un agradable descanso. El marqués le había dado carta blanca para que invitara a todos los amigos que quisiera, pidiéndole que se sintiera como en su casa. Frederica no tenía intención de seguir su consejo, y como no se le ocurría nadie a quien invitar, no le costó demasiado cumplir su decisión.

Además, el marqués pensaba acompañarlos a Alver. ¡Otra de sus repentinas y arrogantes decisiones! Frederica se sintió obligada a protestar, pero Alverstoke se limitó a decir que tenía asuntos pendientes allí. Frederica no dijo nada más, aunque sospechaba que esos asuntos consistían en presentarle a su prima y asegurarse de que los sirvientes les proporcionaran todas las comodidades.

¿Cómo era posible que alguien pudiera decir que Alverstoke era egoísta y cruel? Era justo al contrario. A Frederica le indignaba que la gente se atreviera a juzgarle de manera tan injusta.

Por lo demás, todo iba bastante bien. El señor Peplow había invitado a Harry a acompañarle a Brighton; Buddle y la señora Hurley se sentían agradecidos de que les hubiera dado unas largas

vacaciones después de las exigencias de una casa en Londres; y Charis, aunque no del todo feliz, parecía más resignada a su destino. Aún era víctima de repentinos arrebatos de tristeza, que la llevaban a salir de la habitación tapándose los ojos con el pañuelo, pero Frederica, que recordaba sus sufrimientos cuando rechazó a su primer pretendiente inapropiado, esperaba que estos también fueran de corta duración.

Septimus Trevor era un joven alegre, apuesto, de modales desenvueltos y aire profesional. A Frederica le gustó nada más verlo. Y lo que era más importante, a sus hermanos también. Se inventó una excusa para dejarlo a solas con ellos, con el objetivo de que se fueran conociendo. Tenía dudas respecto a Felix que, a diferencia de Jessamy, no estaba dispuesto a retomar sus estudios. Pero cuando regresó a la habitación, Felix le informó de que este señor Trevor sabía mucho más que el otro señor Trevor. Habían estado hablando del gas de hulla, y de la transmisión de energía a través del aire comprimido. Así que esta duda quedó satisfecha, dejándola con una sola preocupación: la salud de Felix.

Era una preocupación seria, y no se disiparía hasta que sir William Knighton hubiera visto a su hermano. Se encontraba mejor, desde luego, pero aún estaba lejos de ser él mismo. Se cansaba enseguida, se ponía nervioso por cualquier cosa (e incluso algo febril, sospechaba Frederica), y su alegría habitual había dado paso a la susceptibilidad y a la inquietud ocasional.

—Espero que todo se deba a que aún no ha recuperado las fuerzas, y que se sienta mejor en el campo. Pero no puedo evitar preocuparme —le comentó a Alverstoke.

—Lo sé. Y eres incapaz de pensar en otra cosa, ¿verdad, Frederica?

—Supongo que sí —confesó ella—. ¡Aunque lo intento!

—¿Crees que podrías pensar en otra cosa (sin necesidad de intentarlo) si el doctor Knighton te diera un pronóstico favorable? —preguntó el marqués.

—¡Oh, eso sería un gran alivio! ¡Sí, por supuesto que podría!

—Me alegro —dijo Alverstoke con aire enigmático—. Porque estoy bastante seguro de que lo hará, y no creo que tarde mucho.

—Vendrá a vernos el jueves, antes de las doce.

—¡Muy bien! Yo también vendré —dijo milord—. ¡Pero después de las doce!

—¡Por supuesto! —dijo Frederica con los ojos brillantes—. ¡No hace falta que me lo digas! Solo espero que cuando llegue el médico, no encuentre a Felix de mal humor, pero me temo que así será. Está bastante enfadado. Dice que se encuentra de maravilla, y que no va a permitir que le toque ningún médico. Y que no piensa quedarse en la cama hasta que sir William haya terminado de examinarle. ¡En fin! Si se pone imposible, le diré a Harry que intente entretenerlo.

Pero cuando, el jueves por la mañana, Frederica se encontró con un hermano rebelde y varias tareas domésticas pendientes, y ordenó a Buddle que hiciera subir a Harry a la habitación de Felix, Buddle le dijo que le parecía que el señor Harry había salido.

—¡Oh! —dijo Frederica, sorprendida. Titubeó un momento, pensando si debía llamar a Charis. Pero como Charis había escogido justo esa mañana para organizar una de sus escenas, poniéndose a llorar sobre su taza de té, y negándose a probar bocado durante el desayuno, cambió de idea.

—Supongo que el señor Harry ha llevado a Charis a tomar el aire, señora, porque ella tampoco está en el salón —le informó Buddle.

El rostro de Frederica se relajó. Había estado pensando cosas muy poco caritativas sobre Harry (como que había tenido la desfachatez de salir a divertirse justo cuando su hermano pequeño iba a ser examinado por uno de los médicos más importantes del momento), pero se dio cuenta de que había sido injusta. Era evidente que su hermano estaba intentando ayudarla quitándole a Charis de encima.

—Es posible —le dijo a su mayordomo—. No importa. Iré a buscar a Jessamy a su habitación.

Jessamy estaba concentrado en sus libros, pero accedió enseguida a entretener a su hermano. Y cuando Frederica se disculpó por molestarle, le dijo con una de sus miradas sombrías:

—¡Ya es hora de que alguno de nosotros haga algo para ayudarte!

El joven salió de su habitación, con Lufra pisándole los talones.

Frederica, que se sintió conmovida por este arrebato, le dijo que no sería por mucho tiempo, porque sir William no tardaría en llegar, y empezó a bajar las escaleras. Quería hablar con el ama de llaves de varias tareas pendientes antes de su partida a Alver.

Pero no llegó muy lejos. La señora Hurley, que era una mujer corpulenta, venía a buscarla desde el sótano, y se detuvo en la primera planta para recuperar el aliento antes de subir al siguiente piso.

—No debería haber subido todas esas escaleras, señora Hurley —dijo Frederica—. ¡Estaba bajando a buscarla!

—No, señora. Ya sé que no debería haberlo hecho, y menos con mis palpitaciones —dijo la señora Hurley—. Pero pensé que era mi deber contárselo cuanto antes.

Esta manida frase, que por lo general anunciaba la revelación de un desastre doméstico sin importancia, no inquietó demasiado a Frederica.

—¿Ha ocurrido algo, querida? —preguntó—. Será mejor que venga conmigo al salón y me lo cuente.

—Señorita, bien sabe Dios que no la molestaría, sabiendo todos los problemas que tiene, si no pensara que debe saberlo de inmediato —dijo la señora Hurley mientras la seguía al salón.

¡Se ha roto la vajilla de porcelana!, pensó Frederica.

—Pero —prosiguió la señora Hurley— en cuanto Jemima me la dio (porque ya sabe que ella solo sabe leer letra impresa, y no demasiado bien), me dije: «¡Venga o no venga el médico, la señorita Frederica tiene que ver esto ahora mismo!». Estoy segura de que la señorita Charis no quería que la viera aún, señorita. Y no lo habría hecho si no hubiera enviado a Jemima a su habitación para quitar las cortinas y lavarlas. Porque barrimos la habitación e hicimos la cama mientras estaba desayunando, así que no pensaba que volvería a entrar en su habitación esta mañana.

—¿Quién, la señorita Charis? —preguntó Frederica con aspereza.

—Sí, la señorita Charis —confirmó la señora Hurley—. Esto estaba en su tocador, y Jemima, creyendo que era una carta para el correo, me la dio a mí. Es para usted, señorita Frederica.

—¡Para mí...!

Frederica le arrebató la carta de las manos.

—Y el peine y el cepillo de la señorita Charis no están en la mesa, ni el frasco de perfume que usted le regaló, señorita, ni nada de lo que debería estar —dijo el ama de llaves con gravedad.

Frederica no le hizo caso, porque esa información era innecesaria. Era evidente que la carta que tenía en la mano había sido escrita con la angustia de una profunda emoción. Estaba emborronada de lágrimas y resultaba en gran parte ilegible, pero la primera frase podía distinguirse con claridad.

Querida, queridísima Frederica, había escrito Charis con gran esmero. *Cuando leas esto estaré casada y a muchas millas de distancia.*

A partir de ahí, la letra degeneraba hasta convertirse en un conjunto de furiosos garabatos, como si Charis, después de haber escrito este comienzo tan prometedor, no hubiera sabido cómo continuar, y hubiera redactado el resto de forma apresurada.

Pero el comienzo era lo único que importaba a Frederica. Se quedó mirando las palabras hasta que empezaron a danzar ante sus ojos, incapaz, en los primeros momentos de confusión, de creer su increíble mensaje.

La mano de la señora Hurley en su brazo la ayudó a recuperar la compostura.

—¡Señorita Frederica, siéntese! —dijo la señora Hurley—. Le traeré un vaso de vino ahora mismo. ¡No hace falta que se lo digamos a Buddle!

—¡No, no quiero un vaso de vino! Tengo que pensar. ¡Pensar!

Frederica dejó que el ama de llaves la empujara a una butaca e intentó descifrar el resto de la carta. Parecía consistir sobre todo en súplicas de perdón, mezcladas con la promesa de que solo la desesperación había llevado a la autora a dar un paso tan terrible. A primera vista, parecía que Charis había firmado la carta como: *Tu malvada Charis*. Pero un examen más detallado reveló que la palabra no era *malvada*, sino *desdichada*. Frederica pensó con amargura que la palabra *malvada* servía mejor para describir a su hermana.

Miró a su ama de llaves.

—Señora Hurley, no sé qué hacer, si es que se puede hacer algo. ¡Pero no cuente nada de esto, se lo ruego!

—¡Por supuesto que no, señora! ¡Puede contar conmigo!

—Gracias. Supongo que lo habrá adivinado.

—¡Claro que lo he adivinado! —dijo la señora Hurley con una sonrisa burlona—. ¡Y sé quién es el culpable! Si algunas personas (y no pienso dar nombres) hubieran cumplido con su deber, en vez de discutir y salir de la casa haciendo tantos aspavientos, nada de esto habría ocurrido, porque ese grandullón no habría entrado en esta casa, que era lo que solía hacer. Y eso que se lo advertí a la señorita Charis, y Buddle también. ¡Y ahora se ha fugado! ¿Cómo ha podido hacer algo así? Pero ya sabe, «de tal palo, tal astilla». Al fin y al cabo es lo mismo que hizo su pobre madre.

—¡Oh, si supiera qué hacer! —dijo Frederica sin prestarle atención—. ¡Tiene que haber algo! Aunque casi preferiría dejar que las cosas siguieran su curso. ¿Cómo ha podido hacer una cosa así, y en un momento como este? No, ¿qué estoy diciendo? Si hubiera sido más amable y comprensiva... —se levantó—. ¡Señora Hurley, tengo que ver a lord Alverstoke! ¡Si alguien puede ayudarme, es él! Dígale a Owen que vaya a buscar un caballo mientras subo a por mi

sombrero y mis guantes. ¡No hay tiempo para alquilar un carruaje! —Frederica se detuvo a medio camino de la puerta—. ¡No puedo irme! ¡Me olvidaba de sir William Knighton!

—Eso mismo estaba pensando yo, señorita Frederica —dijo la señora Hurley—. Hay un carruaje que se acerca por la calle en este preciso momento, y eso me ha hecho acordarme de ese caballero. Aunque no sé si parará aquí o... ¡Oh, sí, ha parado en la puerta!

Frederica corrió a su escritorio, se sentó, cogió una hoja de papel y mojó la pluma en el tintero.

—¡Le escribiré! —dijo—. Espere aquí, señora Hurley, y dele esta nota a Owen. Dígale que la lleve a Alverstoke House inmediatamente. ¡A caballo! Y que se la entregue a milord en mano. Que no se la dé al mayordomo ni a ninguno de sus lacayos. ¿Es sir William?

—Bueno... Lleva un maletín en la mano como era de esperar, señorita —le informó la señora Hurley desde la ventana—, pero no parece un médico, porque va muy bien vestido. ¡Espere! Buddle le ha dejado entrar, así que tiene que ser él, porque usted dijo que no estaba en casa para las visitas.

—¡Oh, Dios mío, tendré que salir a recibirle ahora mismo! —dijo Frederica con aire distraído.

Firmó con rapidez la brevísima nota que había escrito, y acababa de sellarla con una oblea torcida cuando Buddle anunció a sir William.

Puede que el médico pensara que los modales de Frederica eran forzados, y que respondía a sus preguntas de forma incoherente, pero lo atribuyó a la timidez o al miedo a su veredicto, porque no pareció sorprenderse cuando encontró a una dama que decía:

—Sí... No... No me acuerdo. ¡Déjeme pensar!

Sir William ni siquiera se mostró impaciente y, gracias a su tranquila influencia, Frederica pronto recuperó la compostura, se olvidó de Charis y centró su atención en lo que el médico le estaba diciendo.

El hombre supo manejar a su hermano con habilidad. Felix le recibió con el ceño fruncido, pero sir William le dijo con su amable sonrisa:

—¿Cómo estás? Sí, soy otro matasanos. ¡Supongo que ya te hemos molestado bastante!

El ceño se esfumó; Felix se puso colorado y le estrechó la mano.

—¿Cómo está, señor? Le prometo que me encuentro perfectamente. No entiendo por qué le ha llamado mi hermana.

—Bueno, hay que reconocer que tienes muy buen aspecto —concedió sir William—. Pero ya que estoy aquí, voy a echarle un vistazo, ¿no te parece?

Felix obedeció. Al final del reconocimiento le preguntó si podía levantarse, a lo que sir William respondió:

—Desde luego. Te vendrá muy bien tomar un poco de aire fresco, así que sugiero que tu... ¿hermano, verdad?, te lleve a dar un paseo por el parque. Es una lástima que haga tanto calor, ¿no crees? Pero tengo entendido que vas a pasar una temporada en Somerset. ¡No sabes cuánto te envidio!

Frederica, que había dirigido una mirada inquisitiva a Jessamy, recibió un asentimiento a modo de respuesta, y condujo a sir William de vuelta al salón.

El médico se quedó veinte minutos más, y alejó de su mente cualquier tipo de preocupación. No se podía descartar la posibilidad de que hubiera secuelas, pero la consideraba remota, siempre que siguieran sus instrucciones al pie de la letra. Hizo un elegante cumplido al doctor Elcott, y escribió una receta para sustituir la medicina anterior, diciendo que, aunque era una medicina excelente, pensaba que la suya sería más beneficiosa ahora que Felix se estaba recuperando. Y dicho esto se marchó, recomendándole con su comprensiva sonrisa que no se preocupara demasiado por el chico.

—¡Porque eso solo le pondrá más nervioso! —le dijo—. Le he escrito el nombre y la dirección de un médico de Bath en el que puede confiar plenamente. ¡Pero no creo que necesite sus servicios!

Entretanto, Owen había entregado a Alverstoke la carta de Frederica. El lacayo encontró al marqués a punto de partir con su hermana a Somerset House. Lady Elizabeth le había recordado que aún no habían ido a ver la exposición de pintura de la Royal Academy: un terrible descuido que (como Elizabeth pondría fin a su prolongada visita al día siguiente) había que subsanar de inmediato. Milady, que no tenía ningún respeto por las costumbres matutinas del marqués, fue a despertarle y le dijo que, después de abandonarla la mayor parte de su estancia en Londres, lo menos que podía hacer era acompañarla a Somerset House.

El marqués abrió la hoja, leyó de un vistazo la nota de Frederica e indicó a Owen con un gesto que podía marcharse.

—¿Qué ocurre, Vernon? —preguntó lady Elizabeth, con los ojos clavados en su rostro—. ¿No será Felix?

Alverstoke le entregó la nota.

—No lo sé. Tendrás que perdonarme, pero no puedo acompañarte a Somerset House, Eliza. ¡Por favor, acepta mis disculpas!

—¡No seas tonto! ¡Voy contigo! Vernon, espero que ninguno de ellos haya sufrido un accidente. *Te ruego que vengas de inmediato. No tengo tiempo para escribir más, pero te lo explicaré en cuanto llegues. ¡Por favor, no te retrases!* Pobrecilla. Está claro que se halla sometida a una profunda angustia.

—Sí. ¡Será mejor que no nos retrasemos!

Cuando llegaron a Upper Wimpole Street, Frederica, que había visto salir a sus hermanos como en un sueño y había vuelto a subir de nuevo al salón, estaba intentando descifrar de nuevo la carta de Charis. Alverstoke subió los escalones de dos en dos, adelantándose a su hermana. Cuando entró en el salón sin ser anunciado, Frederica le miró esperanzada y se levantó.

—¡Sabía que vendrías! —dijo, agradecida—. Perdona por haberte enviado una nota tan apresurada. Verás, sir William estaba esperando en la puerta en ese momento, y no tuve tiempo para...

—¡No te preocupes por eso! —la interrumpió él—. ¿Qué ocurre, Frederica? ¿Se trata de Felix?

—¡No, no! Felix está mejor. Sir William cree que pronto se curará. Es algo peor, mucho peor. Bueno, en realidad no, pero...

—¡Tranquila, querida! —dijo Alverstoke, tomando sus manos y estrechándoselas con fuerza —. Estoy aquí para ayudarte. Solo tienes que contarme lo que ha ocurrido. ¡Y procura no hacerte un lío!

Lady Elizabeth, que llegó al umbral de la puerta a tiempo para escuchar esta imperiosa orden, pestañeó, pero Frederica, recuperando la compostura, consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa, y dijo:

—¡Gracias! Me estoy comportando como una estúpida. Ni siquiera sé si puedes ayudarme. No sé por qué te he pedido que vinieras, pero fue lo primero que se me ocurrió... antes de tener tiempo para reflexionar. Pero me temo que es inútil.

—Y sigo sin saber qué pasa —dijo Alverstoke.

—¡Lo siento! Casi no me atrevo a contártelo. ¡Prima Elizabeth! ¡Le ruego que me perdone! No la había visto.

—No se preocupe, querida. He venido a ayudarla si puedo, pero me da la impresión de que preferiría hablar a solas con Alverstoke, así que será mejor que me vaya —dijo.

—¡No! Es usted muy amable. Quería guardar el secreto, pero veo que es imposible —tomó aire con dificultad—. Verán, Charis... se ha fugado con Endymion.

Eliza profirió una exclamación de sorpresa, pero Alverstoke dijo, aparentemente sin perder la calma:

—¿Tienes pruebas? No creo que Charis sea capaz de algo así. Y si la ha convencido Endymion, solo puedo decir que me he equivocado por completo al juzgar su carácter. Porque mi primo, además de tontorrón, es muy respetuoso con las normas sociales.

Frederica le entregó la carta de Charis sin mediar palabra. El marqués la cogió y, después de echarle un vistazo, buscó su monóculo. Eliza condujo a Frederica al sofá y dijo:

—Querida, sin duda se trata de un error. ¿No pensará que han huido a Gretna Green[24]?

—Me temo que sí —repuso Frederica—. ¿Qué otra cosa puede ser?

—¡Pues ya puedes quitarte esa idea de la cabeza! —terció Alverstoke, levantando la vista de la carta—. ¿Acaso has perdido el juicio, Frederica? *Cuando leas esto estaré casada y a muchas millas de distancia.* Querida, ni siquiera una insensata como Charis puede pensar que se tarda tan solo una hora o dos en llegar a la frontera. ¡Menos mal que no emborrónó el principio de este galimatías con sus lágrimas!

—¿Entonces dónde pueden haber ido? —preguntó Frederica.

—Eso aún no lo he descubierto. Dudo que pueda hacerlo, pero quién sabe. A lo mejor encontramos una pista.

—Lo dudo. De hecho, se podía haber ahorrado la molestia de escribir —dijo Frederica, suspirando.

El marqués no dijo nada, y siguió mirando la carta durante unos minutos con el ceño fruncido, mientras Eliza, que se había apoderado de la mano de Frederica, le daba palmaditas cariñosas. Reinaba el silencio hasta que el marqués lo interrumpió.

—¡Ajá! —dijo—. ¡No pone *libertad*, sino *licencia*! ¡La clave para resolver el misterio está en nuestras manos, Frederica! Es una lástima que una mancha de tinta haya tapado la palabra siguiente, pero estoy seguro de que era *especial*. Tu hermana, querida, se ha casado con el tontaina

de mi primo con una licencia especial. Aún no estoy en condiciones de decir si eso constituye una fuga o no, pero en realidad no importa. La situación no es desesperada, y no tendré que perseguir a la pareja a la frontera, perspectiva que, si te soy sincero, no me hacía ninguna gracia. Lo único que tenemos que hacer es despistar a los chismosos y a los murmuradores. ¡Y nada puede proporcionarme mayor placer! Me pregunto quién informó a Endymion de que podía casarse con una licencia especial.

Frederica se enderezó en su asiento.

—¡Pero es imposible que se hayan casado! —dijo—. ¡Charis es menor de edad!

—¿Crees que Endymion obtuvo la licencia mintiendo sobre la edad de Charis? —preguntó Eliza—. ¡No me lo puedo creer! ¡Eso es un delito muy grave!

—No, no es eso lo que creo —respondió Alverstoke—. ¡Puede que Endymion sea un tontorrón, pero no es un sinvergüenza, querida Eliza! No se casaría con Charis con una licencia especial, ni en secreto, sin el consentimiento de su tutor.

—Pues si tú no eres su tutor, ¿quién es?

Alverstoke no respondió. Se quedó mirando a Frederica con expresión divertida mientras ella se ponía en tensión.

—¡Harry! —exclamó Frederica—. ¡Harry!

—¿Y bien?

La joven se levantó rápidamente. Su expresión de incredulidad dio paso a la ira.

—¡Será posible! ¿Cómo ha podido ayudar a Charis a contraer un matrimonio tan desastroso? ¿Cómo ha podido ayudarla a engañarme, sabiendo lo que opinaba de este enlace? ¿Y ella? ¡No me extraña que se pasara llorando todo el desayuno! ¡Debía de remorderle la conciencia!

—¿De veras? —preguntó milord, interesado—. También estuvo llorando todo el tiempo que tardó en escribir la carta. ¡Qué llanto más inagotable! ¿Tú crees que siguió llorando cuando se unió a Endymion en el altar?

—¡Ni lo sé ni me importa! —saltó Frederica, que había empezado a dar vueltas por el salón, como si su rabia necesitara encontrar un desahogo físico.

—¡A nadie le importa eso! —concedió Eliza—. ¿Cómo puedes ser tan frívolo, Vernon? ¡Te comportas como si esto fuera una farsa!

—Pues si no lo es, se parece mucho —replicó él.

—¿Pensarías lo mismo si fuera una de tus hermanas? —preguntó Frederica con ira.

—¡No lo dudes, querida! ¿Louisa, por ejemplo? No, creo que prefiero a Augusta en el papel.

Frederica profirió una exclamación y se atragantó con una carcajada irreprimible.

—¡Así me gusta! —dijo el marqués para animarla—. ¿Y ahora podemos considerar el asunto sin tanto dramatismo?

Frederica no respondió, pero al cabo de un momento volvió al sofá y tomó asiento.

—Si tus sospechas son ciertas, no podemos hacer nada, ¿verdad? —dijo—. Si hubiera podido leer la carta con mayor atención, y reflexionar sobre ella, habría sabido que era absurdo suponer que podías impedir una boda que ya se había celebrado —esbozó una tímida sonrisa—. De hecho, te he mandado llamar para nada. ¡Te ruego que me disculpes, primo!

—¡No estoy de acuerdo! —dijo Alverstoke—. Es verdad que no puedo impedir que la boda se celebre, pero sí que puedo impedir que tú, Frederica, lo eches todo a perder. Lo que tenemos que hacer tú y yo es salvar la situación. Sé muy bien cuáles eran tus intenciones. Deseabas que Charis contrajera lo que se llama una buena boda, y pensabas que tú podías proporcionársela.

—¿Y por qué no? —intervino Eliza—. Charis es una muchacha preciosa, con buenos modales y un carácter muy dulce. Puede que no posea una inteligencia extraordinaria, pero por favor, ¿desde cuándo los caballeros se sienten atraídos por las mujeres inteligentes?

—Solo había una cosa que se lo impedía —repuso Alverstoke—. A Charis le faltaba ambición para contraer un matrimonio como ese, o incluso para figurar en la buena sociedad. —El marqués dirigió una sonrisa burlona a Frederica—. ¡La ambición era tuya! ¡Oh, no para ti misma! Estoy seguro de que nunca te has parado a pensar en ti misma. Pero eras tú la que disfrutabas de la admiración que suscitaba Charis. Porque a ella no le gustaba, ¿sabes? Una vez me dijo que prefería el campo a Londres, porque en Londres la gente miraba con demasiado descaro. Prefiere las fiestas rústicas a las de Londres, porque le parece más cómodo bailar con sus amigos que con extraños. Y eso lo dice una chica que tiene a sus pies a los solteros más codiciados de la ciudad. Nunca te he ocultado que Charis me parece una tontorrón encantadora y aburrida, pero hay que reconocer que no es nada orgullosa.

—No deseaba que contrajera un enlace ventajoso. Solo quería... ¡Pero de nada sirve repetir lo que dije!

—No lo he olvidado. Querías verla cómodamente establecida. Pero su idea de comodidad no es la tuya, Frederica. Charis es una chica muy influenciable, y no me extrañaría que se hubiera casado con el joven Navenby para complacerte... si no hubiera conocido a Endymion y se hubiera enamorado de él.

—¡Y habría sido muy feliz!

—Seguramente. Por desgracia conoció a Endymion, y desde ese momento se empeñó en casarse.

—¡Tonterías! Si supieras las veces que se ha enamorado con la misma rapidez...

—Te creo. Pero aun teniendo a infinidad de petimetres mucho más seductores que Endymion haciéndole la corte, querida, en ningún momento ha perdido el interés por él. Así que es posible que este matrimonio no sea tan desastroso como imaginas. La manera en que va a realizarse es (por decirlo suavemente) lamentable, y eso es lo único que debe preocuparnos. Tenemos que dotarlo de un halo de respetabilidad.

—Si es que eso es posible —dijo Eliza sin convicción.

—No lo es. ¡Piensa en las circunstancias! —exclamó Frederica—. ¡No ha habido un anuncio de compromiso, ni invitados a la boda, y se han casado dos días antes de que nos vayamos de Londres! ¿Cómo vamos a acallar semejante escándalo?

Alverstoke abrió su cajita de rapé e inhaló una pequeña cantidad.

—Reconozco que es difícil, pero no imposible. Ahora mismo no sé cómo solucionar la omisión del anuncio de compromiso... a menos que sacrifiquemos a Lucretia. ¿Tú qué opinas, Eliza? Yo estoy más que dispuesto a hacerlo si crees que podría servir.

Frederica no pudo evitar sonreír.

—Eres odioso —le dijo—. Además, ¿cómo piensas hacerlo?

—¡Oh, convirtiéndola en el obstáculo al matrimonio! Se puso tan enferma al enterarse (lo cual es perfectamente verosímil), que creyeron que ver el anuncio en letra impresa podía llevarla al otro mundo.

—¡Pero enterarse de que Endymion se había casado en secreto le devolvió la salud! —dijo Eliza con sarcasmo.

—¡Qué bien que has venido conmigo! —comentó el marqués con simpatía—. Ya veo que tienes tus propios recursos. Intenta descubrir por qué mantuvieron el compromiso en secreto. Yo te diré por qué invitaron solo a los familiares más cercanos —añadió, mientras se sacudía de la manga unos granos de rapé—. Debido a una desgracia acaecida en la familia de la novia, la ceremonia se celebró en privado. Lo pondremos en el anuncio.

—Sí, podría servir —dijo lady Elizabeth de mala gana—. ¿Pero por qué no estaba presente Lucretia?

—Lo estaba.

—¡Nunca la convencerás de que diga eso!

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios del marqués.

—¿Cuánto te apuestas?

—¡No! —dijo Frederica con energía—. ¡Lo que pretendes es intentar sobornarla, y no pienso consentirlo! Además no servirá de nada, y lo sabes perfectamente. Olvida que he recurrido a ti. No sé por qué lo he hecho, porque no es asunto tuyo, y no tengo por qué enredarte en este embrollo —dijo, alzando la barbilla—. Haré lo que pueda, porque sé que ha sido culpa mía. Solo espero que no se arrepienta, y que la gente no... no se niegue a recibirla... —balbuceó, tapándose los ojos con la mano.

En ese momento se abrió la puerta. En un tono de profunda desaprobación, Buddle anunció:

—¡El señor Trevor, señora!



— ¡No, no! —dijo Frederica de manera instintiva—. ¡No estoy para recibir visitas!
 Pero el señor Trevor ya estaba en el umbral de la puerta. Hizo una ligera reverencia a lady Elizabeth, y cuando Buddle se hubo retirado, avanzó hacia Frederica con su agradable sonrisa.

—No debe culpar a su mayordomo, señora. Me dijo que no estaba en casa, pero le sorteé.
 El marqués levantó su monóculo para observarle mejor.

—Esto no es propio de usted, Charles. Supongo que tendrá sus motivos.

—Sí, señor —respondió el señor Trevor, imperturbable. El joven escrutó el rostro de Frederica al tiempo que le daba la mano—. En caso de que haya encontrado esa carta (como supongo que ha hecho), vengo a decirle que no tiene de qué preocuparse. Todo va bien, se lo prometo.

Frederica se quedó tan sorprendida que no supo qué decir. El señor Trevor le estrechó la mano en un gesto tranquilizador antes de soltarla.

—¡Se lo prometo! —repitió.

—¿Entonces no está casada? —dijo Frederica al fin—. ¿Está seguro, señor Trevor?

—¡Sí! ¡Todo ha quedado en nada!

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó Frederica—. ¿Dónde está?

—Ahora mismo está con la señora Dauntry, pero espero que pueda regresar a su casa mañana. Como llevaba un baúl de viaje, pensé que no convenía que volviera esta noche. Los criados podrían murmurar, ya sabe...

—¿Así que está con la señora Dauntry? —dijo Frederica, desconcertada—. ¿Pero cómo es posible que...?

—¿Qué tiene que ver usted en todo esto, Charles? —preguntó Alverstoke.

—Bueno, ¡es una larga historia, señor!

—¿Insinúa que estaba al tanto de esta lamentable decisión?

—¡No, señor, Dios me libre! Me vi implicado por casualidad. Seguro que no se lo imagina.

—¡Por supuesto que no se lo imagina! —le interrumpió Eliza—. ¡Siéntese, y cuéntenoslo todo antes de que me muera de curiosidad! ¡Oh, le ruego que me disculpe, Frederica!

—¡Déjate de disculpas! —ordenó milord. El marqués observó la expresión adusta de su secretario y sonrió—. Debe perdonarme. He llegado a un punto en el que nada me sorprende. ¿Cuál fue la casualidad que le llevó a implicarse en este asunto?

El señor Trevor se sentó, más tranquilo. Después de reflexionar un momento dijo:

—Será mejor que se lo cuente todo desde el principio. Como recordará, me pidió que atendiera un asunto de negocios en la zona del Temple. Pues bien, lo hice esta mañana. En el camino de vuelta, me pareció ver al señor Dauntry en el patio de la iglesia de Saint Clement Danes. Me extrañó encontrarlo allí, pero lo que más me extrañó fue ver que llevaba un baúl de viaje. Pero no era asunto mío, y estaba a punto de seguir mi camino cuando un coche de punto se detuvo en la puerta de la iglesia y vi que descendía su hermano, señorita Merriville. Un momento después ayudó a bajar a la señorita Charis Merriville, que cogió del coche un baúl de viaje.

—¿Estaba llorando? —preguntó el marqués.

—No lo sé. Pero, por su manera de agarrarse al brazo del señor Merriville, diría que estaba bastante nerviosa.

—Seguro que estaba llorando —dijo milord con satisfacción.

—¡Primo Alverstoke! ¡Como te atrevas a decir una palabra más...! ¡Por favor, continúe, señor Trevor!

—En fin... Entonces lo supe. Nunca hemos sido amigos íntimos, pero sabía que el señor Dauntry y la señorita Merriville estaban enamorados, y también que usted, señora, se oponía al enlace.

—Apuesto a que eso se lo contó Chloë —comentó el marqués en voz baja.

—Mucha gente lo sabía —dijo Frederica, ignorando su comentario intencionadamente—. ¿Y qué hizo entonces?

Charles, que se había puesto un poco colorado, dirigió a Frederica una mirada de agradecimiento.

—Al principio no hice nada —confesó—. Primero porque estaba paralizado, y segundo porque no sabía qué hacer. Era una situación muy extraña, ¿sabe? No tenía ningún derecho a intervenir, sobre todo sabiendo que su hermano estaba con ella. Cuando me decidí a impedir que cometieran semejante imprudencia, ya llevaban varios minutos dentro de la iglesia. Así que crucé la calle corriendo y fui en su busca. Dentro de la iglesia no había nadie. Solo ellos, el pastor y el sacristán. El pastor ya había empezado la ceremonia. Lo cual era un fastidio, porque no podía acercarme a ellos, ni gritar: «¡Esperad un momento!», ni nada parecido. ¡No podía hacerlo con la ceremonia empezada y el sacristán mirándome! Yo no soy pastor, pero mi padre sí, y mi hermano mayor también. ¡Y la idea de organizar una escena en la iglesia me daba escalofríos! Así que me senté en la parte de atrás, pensando qué hacer. Entonces me acordé del fragmento que dice *si alguien conoce alguna causa o impedimento*, y me quedé esperando.

—¡Charles! —exclamó Eliza, asombrada—. ¿No querrá decir que se levantó y dijo que había un impedimento?

—Así es. Me levanté y dije: «¡Lo hay!»». Yo creo que el pastor nunca se había encontrado en una situación como esa, porque estaba tan asombrado que se quedó con la boca abierta. Cuando quiso reaccionar y mandarnos a todos a la sacristía, se había armado tal jaleo que nadie le hizo caso. El señor Daunty gritó que yo no tenía ningún derecho a entrometerme, y preguntó qué demonios había querido decir con eso; el señor Merriville montó en cólera, diciendo que no existía ningún impedimento y que él era el tutor legal de la señorita Merriville; y la señorita Merriville sufrió un ataque de histeria. Fue una escena de lo más chocante. Y tengo que reconocer que yo también dije unas cuantas cosas, olvidándome de dónde estaba. Pero al final entramos en la sacristía y las cosas se calmaron un poco, porque el señor Daunty estaba tan ocupado tratando de tranquilizar a la señorita Merriville, que no pudo seguir insultándome.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Alverstoke.

—No, pero el señor Merriville sí. Le arrojó un vaso de agua a la cara.

—¡Bien hecho! —dijo Frederica.

—Supongo que sí —dijo Charles, dudoso—. Es verdad que consiguió calmarla, pero también la hizo llorar, y eso dio lugar a otro escándalo, porque el señor Daunty se enfadó con el señor Merriville, y el señor Merriville le dijo que él hacía con su hermana lo que quería. Así que empezaron a pelearse. Lo cual me vino muy bien, porque eso me permitió llevarme al pastor aparte y... tranquilizarle un poco.

—Charles —dijo Alverstoke, impresionado—. No le he hecho justicia. ¡Se merece usted un puesto de diplomático!

Charles se puso colorado y soltó una carcajada.

—¡Me temo que no tuve mucho éxito, señor! El pastor estaba hecho una furia, y con razón. Pero lo más importante es que se negó a officiar la ceremonia, hubiera un impedimento o no, porque según él éramos todos un Hatajo de infieles. Entonces el señor Merriville dijo que se desentendía del asunto, y que, ya que lo había echado todo a perder, podía irme a... Bueno, quiso decir que a partir de entonces me hacía responsable de lo que ocurriera. Y se puso hecho un basilisco. Lo cual también me vino muy bien.

—¡Lo imagino! —dijo Frederica—. ¿Y qué paso después?

—Bueno, logré convencer al pastor para que nos dejara quedarnos en la sacristía hasta que la señorita Merriville se hubiera recuperado. Y cuando me libré de él y la señorita Merriville dejó de llorar... empecé a hablarles. Les dije lo indecorosa que me parecía su conducta. Entonces, el señor Daunty dijo que él no estaba convencido desde el principio. Y al cabo de un rato confesó que creía que usted, señor, así como la señorita Merriville estaban dispuestos a todo con tal de separarle de Charis.

—*¡Mea culpa!* Le sugerí que no le prodigara tantas atenciones.

—Sí, me lo dijo, pero yo creo que estaba convencido de eso desde hacía tiempo. En fin, me aventuré a decirle que, en mi opinión, a usted le importaba un comino que se casara con la señorita Merriville, pero que suspendería su asignación si lo hacía de manera tan precipitada.

—¡Qué bien me entiende usted, querido! ¿Y temió que fuera a condenarle a la miseria?

—¡Oh no! Dijo que pensaba desertar y probar suerte como granjero en los condados rurales —añadió el señor Trevor con timidez.

—¡Cielo santo! Pero si estaba dispuesto a quedarse sin asignación, ¿de qué tenía miedo? ¿Qué creía que podía hacer yo para frustrar su boda?

—Parecía pensar que iba a enviarle a una misión diplomática en el extranjero —dijo el señor Trevor muy serio.

Se produjo un momento de estupefacción. Acto seguido, Eliza y Frederica se echaron a reír a carcajadas.

—Pero le dije que eso no estaba en su mano —dijo el señor Trevor.

—¡Bien hecho! —dijo Alverstoque.

—También le dije (y espero que no le moleste, señor) que lo que tenía que hacer era contárselo todo a usted, y pedirle que arreglara las cosas con la señora Dauntry.

—¿Y conmigo no? —preguntó Frederica.

—¡Sí, por supuesto! —confesó—. ¡También se lo dije! La señorita Merriville no quería volver a su casa, señora, y no sabía dónde llevarla, así que se me ocurrió llevarlos a Alverstoque House, señor.

—¡Gracias, Charles! ¿Y qué me salvó de ese horrible destino?

Por primera vez desde que inició su relato, la voz de Charles tembló ligeramente.

—El señor Dauntry se acordó de que había dejado una carta para su madre. Se la había confiado al mayordomo, para que se la diera a las doce en punto. Pensó que seguramente su madre se había llevado un disgusto al leerla, y que su deber era tranquilizarla. Así que... paramos un coche de alquiler, convencimos a la señorita Merriville de que viniera con nosotros y partimos a Green Street.

—¿Le había dejado una carta a su madre? —repitió Alverstoque—. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no pudo enviársela más tarde? ¡Si ni siquiera vive con ella!

—Pensaba que era mejor escribirle cuanto antes —dijo Charles con cautela—, por si acaso se le olvidaba.

Aquello fue demasiado, incluso para Charles. El joven sucumbió a uno de sus discretos ataques de risa.

Frederica, que fue la primera en dejar de reír, dijo mientras se secaba las lágrimas:

—¡Así que se fue con ellos! ¡Nunca pensé que sería capaz de semejante acto de heroísmo, señor Trevor!

—Confieso que la idea no me hacía ninguna gracia, pero era lo menos que podía hacer después de frustrar la boda. Al señor Dauntry le daba miedo enfrentarse a su madre sin apoyos, y la señorita Merriville estaba tan asustada, que temía que cambiaran de opinión si no les recordaba su deber. Así que me fui con ellos.

—¿Y encontraron a la señora Dauntry presa de las convulsiones? —preguntó Eliza.

—No, eso fue más tarde —dijo Charles muy serio—. Cuando entramos, estaba sentada en una butaca con la carta del señor Dauntry en el regazo, y con el aspecto de haber sufrido una profunda conmoción. Nada más posar los ojos en el señor Dauntry empezó a soltarle tal reprimenda que me dieron ganas de salir corriendo. El señor Dauntry se puso hecho una fiera, y pensé que la señorita Merriville iba a desmayarse. Yo no dejaba de repetirle que *no estaban casados*, pero la señora Dauntry no me hacía caso. Así que me vi obligado a acercarme a ella y zarandearla con energía.

Aquello la dejó tan sorprendida que dejó de hacer reproches al señor Dauntry, y gracias a eso pude contarle que no se habían casado. Entonces la señora Dauntry se lanzó al pecho de su hijo, diciéndole en tono lastimero: «¡Oh, querido, así que te acordaste de tu madre y te arrepentiste!». Lógicamente, eso enfadó aún más al señor Dauntry, que la apartó y dijo: «¡Te equivocas, madre!». Y le contó que yo era el culpable de que no se hubieran casado, y que era un maldito aguafiestas. Así que la señora Dauntry se lanzó a mi pecho —dijo Charles, que palideció al recordarlo.

—¡Oh, pobre señor Trevor! —exclamó Frederica—. ¿Y qué hizo usted?

—Eso era lo peor, que no podía hacer nada. Me había rodeado el cuello con los brazos, y no dejaba de llamarme mi querido muchacho, y mi salvador, y de besarme en la mejilla.

—¿Qué más se puede pedir? ¡Excelente, Charles! —dijo Alverstoke.

—Bueno, a mí no me pareció excelente, y al señor Dauntry tampoco. Hasta entonces se había limitado a lanzar miradas furibundas a su madre, pero cuando oyó que me daba las gracias por haber impedido que su hijo contrajera «un matrimonio desastroso», montó en cólera, y a partir de entonces fue él quien le echó una reprimenda, y además a voz en grito. Estaba tan furioso que no le importaba lo que decía. Reconozco que me quedé tan asombrado como la señora Dauntry, porque Endymion es un joven muy amable, y nunca pensé que podía enfadarse tanto. Y cuando la señora Dauntry se llevó la mano al corazón, y susurró que le iba a dar un espasmo, el señor Dauntry gritó que le podían dar todos los espasmos que quisiera, y que si se atrevía a decir una palabra más contra la señorita Merriville, no volvería a dirigirla la palabra. Pero entonces la señorita Merriville gritó: «¡Oh, no!», y corrió hacia la señora Dauntry. A continuación la rodeó con sus brazos y le suplicó que no hiciera caso al señor Dauntry, porque no lo decía en serio, y que ninguno de los dos haría nada que pudiera molestarla, y Dios sabe qué más. La convenció para que se tumbara en el sofá, le hizo oler su frasquito de sales y ordenó al señor Dauntry que fuera a buscar unas hierbas para preparar una tisana. Y cuando este le dijo que no sabía dónde estaban, le soltó una regañina, diciéndole que cómo se atrevía a tratar así a su madre; y que si no sabía dónde estaban las hierbas, no tenía más que preguntárselo a la doncella de la señora Dauntry. Así que el señor Dauntry salió del salón y volvió con un poco de brandy, que también sirvió. Pero cuando intentó decirle a la señora Dauntry que de nada servía ponerse enferma, la mujer se echó a temblar y suplicó a la señorita Merriville que no la abandonara. Entonces las dos se echaron a llorar, y al cabo de un rato la señora Dauntry estaba llamando a la señorita Merriville «mi querida hija», y las dos se habían aliado en contra del señor Dauntry. Para entonces, a Endymion se le había pasado el enfado, y si yo no le hubiera dado un pisotón, le habría pedido perdón a su madre, y habría empezado a abrazarla y a mimarla.

Los ojos de Alverstoke resplandecieron.

—¡Muy sutil, Charles!

—No lo sé, señor. Pero era evidente que cuanto más enfadado estuviera, más se encariñaría la señora Dauntry de la señorita Merriville, porque era la única que se estaba compadeciendo de ella. Mi único temor era que entrara la señorita Plumley, pero la noche anterior había caído enferma de gripe. Fue un extraño golpe de suerte, porque la doncella de la señora Dauntry estaba atendiendo a la señorita Plumley. Y como sus hijas habían sido enviadas con su institutriz a casa

de una tía para escapar de la infección, la señora Dauntry había tenido que arreglárselas por su cuenta, y eso es algo a lo que no está acostumbrada. Dijo... bueno, ya sabe cómo habla, señor.

—¡Lo sé demasiado bien!

Charles sonrió.

—Bueno, dijo que no le guardaba rencor a la señorita Plumley por haberle robado a su doncella, pero que estaba tan débil que se cansaba al menor esfuerzo. Y la señorita Merriville estuvo de acuerdo. ¡De verdad! ¡No estaba fingiendo!

—¡Oh, no! —dijo Frederica—. Charis es muy buena, ¿sabe?, y se compadece de la gente por cualquier motivo. ¡Y a veces sin motivo alguno!

—¡Eso dice mucho a su favor!

—En realidad no, pero pasemos a otra cosa —dijo Alverstoke—. Imagino que Charis estará haciendo las labores de doncella, enfermera y dama de compañía a la vez. ¿La señora Dauntry ha dado su consentimiento al matrimonio desastroso?

—Aún no, pero le ha dicho a la señorita Merriville que es una jovencita encantadora, de modo que no tardará mucho. En cualquier caso, la señorita Merriville va a quedarse con ella hasta mañana. Por eso le dije al oído al señor Dauntry que, si no quería echarlo todo a perder, lo mejor sería que desapareciera por un tiempo. Así que se vino conmigo. Y... eso es todo.

—¡Y eso es todo, dice! —exclamó Frederica—. ¡Señor Trevor, nunca le estaré lo bastante agradecida! No pienso avergonzarle lanzándome a sus brazos, porque ya ha tenido bastante por hoy, pero le prometo que lo haría encantada. ¡Gracias!

—¡No hay nada que agradecer! —balbuceó Charles, avergonzado—. ¡Solo he cumplido con mi deber!

—¡No sea modesto, Charles! —dijo Alverstoke—. Sabe muy bien que nos ha superado a todos, y eso me preocupa. Es la primera vez que alguien me hace dudar de mi propio valor.

—¡Es cierto! ¡Se ha comportado como un auténtico caballero! —dijo Eliza—. ¿Pero qué vamos a hacer ahora? Coincido con Frederica en que Endymion no es un buen partido para Charis, pero si Lucretia da su consentimiento...

Frederica suspiró.

—Supongo que tendré que hacer lo mismo.

—Desde luego —dijo Alverstoke—. ¡No querrás pasarte el resto del verano con un mar de lágrimas! Tú y Lucretia daréis vuestra bendición a estos aburridos Romeo y Julieta, yo intentaré que Romeo no cometa ninguna locura, y enviaremos un anuncio oficial del compromiso a la *Gazette*.

—Está bien —dijo Frederica con desgana.

—Sí, pero primero deberíais enviar vuestro anuncio de compromiso, Vernon —dijo Eliza, mirándole con aire burlón—. De hecho, opino que deberíais casaros vosotros primero. Charis y Endymion pueden esperar un mes o dos antes de anunciar su enlace. Y luego puedes dar una fiesta de compromiso en su honor, y los dos podrán casarse en Alverstoke House. ¿No le parece, Charles?

—Sí, señora. De hecho estaba pensando lo mismo —dijo el señor Trevor, mirando con valentía, aunque fugazmente, a los ojos de su indignado patrón.

—¿No me diga? —preguntó el marqués con furia.

—En fin, señor, no creerá que estoy ciego... —dijo Charles.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó Frederica, que había empalidecido de repente—. ¡Eso no va a ocurrir!

—¡No diga tonterías, querida! ¡Por supuesto que va a casarse con Alverstoke! —dijo Eliza con resolución al tiempo que se ponía los guantes—. ¡Augusta me lo dijo al día siguiente de llegar a Londres! Piensa que sería la esposa perfecta para él. Lo mismo opina Sally Jersey, y...

—Eliza, ¿puedes dejarme que se lo proponga yo? —la interrumpió el marqués con aparente calma.

—¡Sí, mi querido hermano! Pero, por favor, deja de tener tanto miedo a «presionarla», y de preguntarte si es el momento adecuado, o si sería mejor esperar a que estuviera más tranquila —repuso Eliza, sonriéndole con afabilidad—. Charles, ¿está demasiado cansado para acompañarme a Somerset House?

—¡No, señora! ¡Lo haré encantado! —respondió de inmediato el señor Trevor.

—Entonces nos vamos ahora mismo. —Eliza se dio la vuelta y abrazó a Frederica—. ¡Adiós, querida! Mañana abandono Londres, así que aprovecho ahora para felicitarla. Charles, espero que me diga qué cuadros debo admirar más.

—¡Para cuadro el que ofrecen mis hermanas! —dijo el marqués con rabia, cerrando la puerta detrás del señor Trevor. Sabía que ahora le tocaba a él comportarse con cautela, y añadió en tono reflexivo—: Tengo que reconocer que Eliza tiene razón. Es cierto que tenía miedo a presionarte cuando estabas tan preocupada por Felix. ¿Y por qué diantre tenemos que esperar a que se casen esos dos tontainas?

Frederica se había quedado clavada en el suelo, y dijo, con una voz que incluso a ella le sonó muy distinta a la suya:

—Esto es ridículo, primo Alverstoke. ¡Jamás se me había ocurrido algo tan absurdo!

—Lo sé muy bien, querida —respondió él con tristeza.

—¡Nunca he pensado en el matrimonio!

—Desgraciadamente, eso también lo sé. Solo puedes pensar en gelatina de cerdo, amor mío.

—¿En gelatina de cerdo? ¡Ah...! —Frederica le miró por un momento con ojos risueños—. ¿No querrás decir que ibas a proponérmelo entonces?

—Esa era mi intención, pero cuando te pusiste a hablar de gelatina de cerdo, se me quitaron las ganas.

—¡Era gelatina reconstituyente de cerdo! —dijo Frederica sin querer. Vio que el marqués se acercaba a ella y dio un paso atrás, diciendo—: ¡Ya lo entiendo! Te sientes obligado a proponerme matrimonio porque crees que me pusiste en una situación comprometida cuando te quedaste en Monk's Farm. Pues te aseguro que...

—¡No me quedé en Monk's Farm, y cuando recuerdo el cuidado que tuve en no ponerte en una situación comprometida, yendo y viniendo todos los días de la peor posada que conozco, y durmiendo en una cama abominable, me asombra tu ingratitud, Frederica!

—¡Oh no, eso nunca! ¡Fuiste tan bueno y amable! ¡Pero tú no quieres casarte conmigo, Alverstoke! ¡Sabes que no!

—¡Pues claro que no! —replicó él con cortesía—. Pero como dos de mis hermanas, mi secretario (que ha demostrado ser un descarado) y dos de mis mejores amigos están convencidos de que esa es mi intención (a pesar de todos mis esfuerzos para convencerles de lo contrario), te ruego que aceptes mi oferta, Frederica. ¡No puedo soportar la humillación que supondría un rechazo!

—¡No, no, te lo ruego! —dijo Frederica en tono de súplica—. ¡Sabes muy bien cuál es mi situación! Tengo que pensar en Jessamy y Felix. ¡No puedo dejarlos a cargo de Harry! ¡Lo sabes!

—No te he pedido que los dejes a su cargo. Me imagino que les gustará pasar parte de las vacaciones con él, pero vivirán con nosotros, por supuesto. Al igual que mi querido sobrino, lord Buxted, yo también creo que necesitan urgentemente un modelo masculino. Sé que como preceptor moral no estoy a la altura de lord Buxted, pero los chicos me quieren más a mí.

—¡Pero yo no pienso casarme con lord Buxted!

—Me parece una decisión muy sabia —dijo Alverstoke—. Por una u otra razón, parece que Jessamy y Felix le han cogido manía, ¿verdad? Además, dudo mucho que esté dispuesto a acoger al perro de Baluchistán. No, si fuera tú, yo tampoco me casaría con lord Buxted. Ni siquiera con Darcy, que anoche me confesó que había hecho todo lo posible para conquistarte. Darcy no sabría manejar a los chicos.

Frederica, que se debatía entre las ganas de reír y una extraña inquietud, dijo:

—¡Lo dices como si tuviera que casarme por el bien de mis hermanos! ¡Y no pienso hacerlo!

—¡Eso ya lo sé! Pero también sé que nunca te casarías con alguien que pudiera disgustarles, o que no estuviera dispuesto a alojarlos en su casa. ¡Solo estaba intentando convencerte! Yo sí que estoy dispuesto a hacerlo, ¿sabes? Tus hermanos me agradan, y los encuentro muy interesantes. Es más, me he acostumbrado tanto a ejercer de tutor, que no pienso consentir que los alejes de la esfera de mi influencia.

—Eres muy bueno, y muy amable —balbuceó Frederica—. Pero no sé si me lo estás proponiendo porque crees que me has puesto en una situación comprometida. O tal vez por compasión, lo cual sería un error, aunque imagino que la habrás sentido alguna vez, pero...

—¡Deja de decir tonterías, Frederica! —protestó el marqués—. ¡Vaya ocurrencia! No soy bueno ni amable, no te he puesto en una situación comprometida, y si te considerara un objeto de compasión, pensaría que eres una aburrída. Pero tú no me has aburrido nunca. —Alverstoke tomó sus manos y se las estrechó con fuerza—. ¡Eres la única mujer que conozco que no me ha aburrido nunca, y que jamás podría hacerlo! ¡Pensaba que esa mujer no existía, Frederica!

La joven estaba temblando. La cabeza le daba vueltas.

—¡Imposible! Tú no estás... enamorado de mí. ¿Cómo ibas a estarlo? ¿Pretendes engañarme? ¡Por favor, no lo hagas!

—¡En absoluto! —le aseguró él con alegría—. ¡Simplemente he descubierto que no puedo vivir sin ti, Frederica!

Ella le devolvió el apretón de manos sin darse cuenta. Le miró a los ojos con una expresión de sorpresa y recelo, y dijo con timidez:

—¿Entonces esto es estar enamorada? Nunca he estado enamorada, ¿sabes?, así que no lo sé. Y hace muchos años decidí que no me casaría con nadie a menos que estuviera enamorada de

verdad. No creo que lo esté, Alverstoke, porque no me siento en absoluto como Charis, y ella sí que lo sabe. Pensaba que cuando una mujer se enamora de un caballero, se vuelve automáticamente ciega a sus defectos. Pero yo soy consciente de tus defectos, y no creo que todo lo que digas o hagas esté bien. A menos que... ¿estar enamorada significa sentirse nerviosa, triste e infeliz cuando no estás?

—¡Eso es, querida! —dijo el marqués, abrazándola sin reparos.

—¡Oh! —susurró Frederica, al tiempo que emergía de un abrazo que amenazaba con ahogarla—. ¡Ahora ya lo sé! ¡Estoy enamorada!

El menor de los Merriville irrumpió en el salón un tiempo después, y los encontró sentados en el sofá.

—Buddle me dijo que no debía molestaros, pero sabía que era mentira —dijo en tono de burla—. ¡Primo Alverstoke, me gustaría pedirle una cosa! —Felix se interrumpió al percibir, de manera repentina y con desagrado, que el primo Alverstoke estaba rodeando a Frederica con el brazo. Disgustado por aquella muestra de afecto, lanzó una mirada de desaprobación a su ídolo y le preguntó—: ¿Por qué está abrazando a Frederica, señor?

—Porque vamos a casarnos —respondió el marqués con calma—. Es obligatorio, ¿sabes? Se supone que hay que abrazar a la dama con la que vas a casarte.

—¡Ah! —dijo Felix—. Pues si es obligatorio, no le pediré a nadie que se case conmigo. Señor, tengo que reconocer que nunca pensé que usted... —una vez más se interrumpió, asaltado por un pensamiento—. ¿Eso hará de ella una... *marquesesa*? ¿Has oído, Jessamy? ¡Frederica va a ser *marquesesa*!

—¡Se dice marquesa, pequeño ignorante! —replicó su austero hermano, cerrando la puerta a su espalda—. ¡Y no tiene nada de gracioso! —Jessamy miró a Frederica, y se limitó a decir—: ¡Me alegro! —Luego añadió, algo incómodo—: Te echaremos de menos... pero me alegro.

Frederica extendió la mano hacia él.

—¡Mi querido Jessamy! ¡No me echaréis de menos, porque viviremos todos juntos! La única diferencia es que todos nosotros, Felix, tú y yo, viviremos con el primo Alverstoke en lugar de en Graynard. ¡Sé que no tendréis ningún inconveniente!

En vez de responder, Jessamy dirigió los ojos al marqués, y dijo:

—¡Gracias! Pero no creo que le agrade la idea de vivir con nosotros.

—¡Desde luego que no! —reconoció Alverstoke—. Pero no había otra manera de convencer a tu hermana.

Una de sus excepcionales sonrisas se dibujó en el rostro de Jessamy.

—¡Es usted muy generoso, señor!

—¡No, no lo es! —dijo Felix—. ¿Por qué no iba a querer vivir con nosotros? ¡Ni que fuéramos a causarle alguna molestia! Lo que quería preguntarle, primo Alverstoke, es si podría tener un laboratorio en Alver. Para hacer experimentos. ¡Le prometo que no volaré la casa! ¡Por favor, primo Alverstoke!



NOTAS

[1] Isabella Anne Seymour-Conway (1759-1834), marquesa de Hertford, cortesana y amante del rey Jorge IV cuando era príncipe de Gales.

[2] Cita de *Enrique IV*, de William Shakespeare.

[3] Sarah Siddons (1755-1831) fue una actriz de teatro británica, famosa por sus interpretaciones trágicas.

[4] Famoso club de Londres, uno de los primeros que aceptó la entrada de ambos sexos. El club estaba dirigido por un selecto comité de damas londinenses, las llamadas patrocinadoras de Almack's, que eran las encargadas de facilitar las invitaciones para el exclusivo baile de los miércoles. Muchas jóvenes de la alta sociedad acudían al club para buscar un buen marido.

[5] Poema épico de sir Walter Scott.

[6] Richard Trevithick (1771-1833) fue un ingeniero británico, inventor de una de las primeras locomotoras de vapor.

[7] George Bryan Brummell (1778-1840), conocido como el «bello Brummell», fue durante muchos años el árbitro de la moda masculina en Londres. Durante un tiempo fue amigo íntimo del príncipe regente, el futuro Jorge IV, que adoptó muchos de sus consejos en el vestir. Finalmente cayó en desgracia y, acosado por las deudas, huyó a Francia. Enfermo y arruinado, murió en un asilo de caridad en la ciudad de Caen.

[8] John Joseph Merlin (1735-1803) fue un relojero, fabricante de instrumentos musicales e inventor belga. En 1783 abrió un museo mecánico en Londres, donde exhibía relojes, autómatas e instrumentos de su invención.

[9] Posible alusión al hecho de que el padre de Thomas Rikes había hecho fortuna comerciando con Rusia, y su hijo, un famoso dandi de la época, se dedicó a dilapidarla en Londres.

[10] Apodo de Rufus Lloyd, un conocido dandi.

[11] Sarah Villiers, condesa de Jersey (1785-1867), cuyo nombre de soltera era lady Sarah Fane, fue una de las patrocinadoras de Almack's, y una de las mujeres más influyentes en el mundo de la moda femenina durante el periodo de la Regencia. Era conocida como «Silencio» debido a su locuacidad.

[12] María Molyneux, condesa de Sefton (1769-1851), fue otra de las patrocinadoras de Almack's. Al igual que lady Jersey, es un personaje recurrente en las novelas de Georgette Heyer.

[13] Posible alusión a Abraham Thornton, un asesino británico que en 1817 se libró de la pena de muerte recurriendo al antiguo juicio por duelo. Dos años después, la ley británica abolió este tipo de recursos.

[14] Clementina Sarah Drummond, señora de Burrell (1749-1822), otra de las patrocinadoras de Almack's.

[15] Lady Caroline Lamb, vizcondesa de Melbourne (1785-1828), fue una aristócrata que mantuvo un idilio con lord Byron y que, en venganza a su abandono, escribió una novela gótica llamada *Glenarvon*, donde presentaba al poeta como un traidor. La novela incluía caricaturas de varios personajes de la alta sociedad inglesa, entre ellos lady Jersey que, en represalia, le denegó la entrada a Almack's. Condenada al ostracismo social, lady Melbourne murió de forma prematura, sumiendo a su esposo en una profunda tristeza.

[16] En una ocasión, al duque de Wellington le denegaron la entrada en Almack's por no respetar el código de vestimenta.

[17] Katherina Alexandra Dorothea Fürstin (1785-1857), condesa de Lieven, fue una noble alemana, esposa del embajador ruso en Londres. Fue la primera extranjera elegida entre las patrocinadoras de Almack's, donde se cree que introdujo la moda de bailar el vals.

[18] Se refiere a la draisiana, vehículo inventado por el alemán Karl Christian Ludwig Drais en 1817, precursor del velocípedo y la bicicleta.

[19] Célebre boxeador de finales del siglo XVIII. Su academia de boxeo era muy conocida entre los miembros de la nobleza, y fue frecuentada por lord Byron.

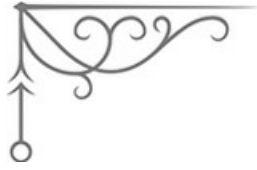
[20] William Pitt Amherst (1773-1857), diplomático británico que fue enviado como embajador extraordinario a la corte china en 1816.

[21] Henry Frederick Cooke (1784-1837), apodado «Canguro Cooke» por su parecido con este animal, fue un soldado y político inglés. A pesar de su fealdad, fue uno de los más destacados dandis de su época.

[22] Se refiere al Hospital Real de Bethlem, famoso por ser el primer psiquiátrico de Europa.

[23] Médico y secretario privado del rey Jorge IV de Inglaterra.

[24] Pueblo situado al sur de Escocia, que ofrecía la posibilidad de casarse sin el consentimiento de sus padres a los menores de edad.



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Notas](#)